



SIN ALIENTO

ilsa j. bick

Lectulandia

A una edad en la que debería estar soñando con un príncipe azul, el pasado de Jenna está lleno de zonas oscuras. Asómate al interior de su corazón: no podrás dejar de leer.

Jenna tiene dieciséis años y su vida no ha sido fácil. Pero alguna explicación debe darle al agente Pendleton. Porque, ¿cómo ha llegado a tener que ser rescatada de un lago helado? A solas con una grabadora, Jenna cuenta lo que no ha querido compartir con nadie: la temporada en el psiquiátrico, la verdadera razón por la que escribe a su hermano o por qué se hace daño a sí misma.

También están los problemas de su madre con el alcohol, la hipocresía de su padre y, sobre todo, por qué el profesor Anderson fue tan considerado con ella desde el principio; en realidad, algo más que considerado. Jenna nos guía por un laberinto de giros inesperados: cuando hace tiempo que dejó de creer en los cuentos de hadas, descubrirá que no está tan claro dónde se ocultan los auténticos monstruos.

Lectulandia

Ilsa J. Bick

Sin aliento

ePub r1.0

sleepwithghosts 28.03.15

Título original: *Drowning Instinct*
Ilsa J. Bick, 2012
Traducción: Nua Velasco

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para AK: sí, para ti

Unos dicen que el mundo acabará en llamas,
otros dicen que helado.
Por lo que yo sé del deseo,
me quedo con los que apuestan por el fuego.
Pero si tuviera que sucumbir dos veces,
creo saber lo bastante acerca del odio
para afirmar que el hielo
es también poderoso.
Y bastaría.

ROBERT FROST

—Mira —dice el detective, bajando la vista hacia la chica acurrucada en la camilla.

A pesar de la media docena de mantas, la pobre sigue temblando como cuando la sacaron del agua, hace una hora. Bob cree que, diez o quince minutos más en el lago, y la chica tampoco habría sobrevivido.

—Sólo has de contar la verdad. La verdad no puede hacer daño...

Ella no contesta. Desde lo alto de la pared, unos altavoces emiten música navideña; teniendo en cuenta que están en el servicio de urgencias, le resulta de una irracionalidad casi obscena. Su mujer siempre le dice que es demasiado sensible para ser policía.

—¿Jenna?

Silencio. Los ojos de la chica miran algo que él no puede ver. Él estaba allí cuando los submarinistas salieron a la superficie. La imagina concentrada en algo terrible, una verdadera pesadilla. Tiene la cara tan blanca que los labios, duros y morados, parecen lombrices muertas; el pelo le cae en hebras grises y lacias. Aun así, Pendleton advierte que es muy guapa y, considerando todo lo que ha pasado a lo largo de los años y también ahora, condenadamente valiente. Tiene ese tipo de belleza etérea e inconsciente de algunas chicas con que te rompen el corazón. O el suyo.

—Jenna.

Bob le cubre las manos delgadas y sin vida con las suyas. Tiene la piel fría y pálida como el cristal. Con el contacto, un temblor recorre el rostro de la chica. Sus ojos miran el vacío y él se agacha para atraer su mirada.

—¿Cariño?

—¿Estoy... estoy... detenida?

Son las primeras palabras que pronuncia desde que la cogió de brazos de los submarinistas e insistió en llevarla, medio congelada y tiritando, a la ambulancia. Su voz es vacilante y extraña.

—¿Voy a... i-i-i-ir a la c-c-cárcel?

—No, no.

Le estrecha suavemente la mano.

—Claro que no. No has hecho nada malo. Ha sido un accidente.

—¿Qué parte? —pregunta ella.

Pendleton frunce el ceño.

—No te entiendo.

—¿Qué parte ha sido un accidente?

Sus ojos, de un impactante y brillante verde marino, se humedecen y una lágrima le rueda por la mejilla.

—¿La de antes o la de después?

—¿Antes o después de qué? —pregunta él, pero ella se limita a menear la cabeza —. Jenna, tengo que saber qué ha ocurrido. —Hace una pausa—. ¿No lo entiendes? Aquí la víctima eres tú.

Ella no responde.

—Mira, esto es lo que vamos a hacer.

Pendleton rebusca en el bolsillo y saca una grabadora minúscula, no más grande que un paquete de chicles. Le muestra las teclas y lo que significan los símbolos que aparecen en la pantalla: los números, para las carpetas; las letras, para los archivos.

—Como los capítulos de un libro. He oído que te gustan los libros.

—Y las películas —susurra ella—. Me... me gustan las películas.

—Perfecto entonces. Habla en el aparatito tanto como quieras. Las enfermeras dicen que vas a estar aquí un buen rato, así que en un par de horas vendré a ver cómo te va. ¿Qué te parece?

Ella estudia la grabadora y luego asiente.

—Vale.

—Buena chica.

Pendleton le da unos golpecitos en la mano, se vuelve para marcharse y se detiene en la puerta. Más allá de la habitación, en el área de traumatología, todo es caos, apremio y movimiento: médicos con bata verde, el hedor a limpiador antiséptico, a carne moribunda y a sangre fresca, el tintineo del metal contra el metal, el pitido de los monitores y un murmullo inarticulado de voces superpuestas. Pendleton oye el agudo silbido de un mosquito y el grito seco del médico:

—¡Despejen!

Y luego... nada.

Y más... nada.

Cuando Pendleton vuelve a mirarla, podría apostar que ella también oye el silencio.

—Ya no queda nadie más que tú para contarlo —le dice—. Así que necesito la historia, Jenna. Necesito la verdad.

El dolor de sus ojos verdes desaparece y luego se enardece; por un momento, Pendleton ve a la mujer en la que se ha convertido y que aún no debería ser, no a los dieciséis años. Un aguijón ardiente de vergüenza se le clava en el pecho, como si hubiera entrado en la habitación de la chica sin llamar, y está a punto de apartar la vista.

—Ya —dice ella—. Como si las dos fueran lo mismo.

1: a

Vale. Bueno... esto es...

Vale. Esto... esto es muy raro, detective Pendleton. Lo siento. Bob. Me pediste que te llamara Bob, como si fuéramos viejos amigos o algo parecido. Supongo que, teniendo en cuenta que nos conocimos después del incendio y que volvimos a vernos ayer, cuando fuiste al hospital a ver a mi madre... bueno, tal vez sea verdad. Que somos amigos, quiero decir. Lo único es que... ¿te acuerdas de aquella primera vez? ¿Cuando yo tenía ocho años? Estaba inconsciente, conectada a un respirador y casi había muerto ya dos veces. Así que no creo que ese encuentro cuente.

En cualquier caso...

b

Quieres que cuente la verdad.

La verdad... es que tengo mucho frío. Debería estar muerta. Tal vez lo esté.

Eso estaría bien.

c

¿Sabes qué estaba pensando ahora mismo, Bob? Que «contar» es una palabra de lo más interesante. Tiene tantos significados... Calcular una cifra. Confiar en alguien. O tejer un cuento, inventar una historia. Eso se me da bien.

Pero no sólo las palabras cuentan cosas, también los gestos. Como los de un jugador. Ya sabes, la manera en que su expresión y sus gestos revelan a los otros jugadores que va de farol. David Mamet hizo una película increíble que va sobre eso, *Casa de juegos*. Sí, conozco a Mamet. No te sorprendas tanto. Cuando te pasas cuatro meses ingresada en un psiquiátrico y el resto del año exiliada en casa, tienes mucho tiempo para ver películas.

Y, a todo esto, ¿sabes qué es lo que más me gustó de esa película? La chica mala; la psiquiatra que dispara a su amante, ese estafador que le ha tendido una trampa. Porque al final ella se sale con la suya y se perdona a sí misma.

Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

d

Así que puedo contar muchas cosas, Bob. Pero ¿la verdad? No sé cuál es. Hasta esta tarde creía saberlo, pero ahora... Aunque cuente mi versión de la verdad, ¿luego qué? ¿Vuelvo a mi antiguo yo? ¿Y qué clase de futuro sería ése?

Porque... deja que te hable de mi antiguo yo, Bob, la versión beta de Jenna Lord. Así es cómo piensa Beta-Jenna: «En cuanto me dejen marchar, me cortaré. Saldré de esta habitación, Psico-papi me recibirá con los brazos abiertos... y me cortaré. Visitaremos juntos a mi madre, una borracha adicta al sol artificial que sólo quiere lo mejor para mí... y me cortaré».

«Me cortaré».

«Me cortaré».

Sí. Volver a ser Beta-Jenna hace que la verdad resulte muy pero que muy atractiva.

e

La verdad.

Verás, el año en que cumplía los dieciséis fue una completa mierda. Considerando que ya había muerto dos veces, es mucho decir. Faltaba un mes para mi cumpleaños cuando empecé mi segundo curso de bachillerato en el Turing, un instituto científico-técnico en las afueras de Milwaukee para cerebritos, que es lo que supone que soy. Me salté un curso, me eximieron de algunas asignaturas, bla, bla, bla... Ni qué decir tiene que soy una estudiante de matrícula, silenciosa, algo así como una perdedora, y la clase de chica de la que nadie sospecharía nunca.

La clase de chica que pasaría inadvertida.

Otro tema, otro tema...

Vale, mi móvil es rosa. Soy una conductora cautelosa. Nunca he besado a un chico, lo que me parece... una injusticia. Tengo dieciséis dulces años, la edad a la que se supone que una chica encuentra a su príncipe y sienta la cabeza.

Antes fingía ser Ariel. Tenía la muñeca y un disfraz azul, como en la película. Lo llevaba puesto la noche en que nos conocimos, Bob, aunque lo más probable es que no lo recuerdes porque, para entonces, había muerto un par de veces, el disfraz era apenas un montón de cenizas y estaban ocurriendo un sinfín de cosas.

Conservo muy pocos recuerdos del incendio, el que se tragó la casa del abuelo hace ocho años. Sí me acuerdo de haberme encogido muerta de miedo detrás de la caldera mientras le oía romper cosas en la cocina. Hubo una discusión subida de tono y luego se oyó el ruido del cuerpo del abuelo MacAllister al caer desmayado en el suelo, con un cigarrillo encendido sujeto aún entre los dedos y dos más humeando en el alféizar, encima del fregadero. Ahí es donde dicen que se originó el incendio, ¿te acuerdas, Bob? Las cortinas de encaje, empapadas con el vodka de la botella que él había derramado al caer, debieron de prender como una mecha.

El resto es una mezcla extraña: los remolinos de humo negro, el agudo pitido de la alarma, el siseo y los chisporroteos de las llamas anaranjadas... Pero sí recuerdo que el miedo invadió todo mi cuerpo y me dejó paralizada.

Y luego recuerdo a Matt, mi hermano mayor, gritando frenéticamente mi nombre. Su voz era como un salvavidas, un gancho que se clavó en mi corazón y al que me agarré con todas mis fuerzas, lanzándome escaleras arriba desde el sótano como un torbellino de enaguas azul celeste, mientras Matt forzaba la puerta. Pero la avidez del fuego era colosal. Sus dedos anaranjados se pegaron a mi vestido, que murió con un crepitante aullido.

Y cuando el fuego empezó a lamerme la espalda me puse a gritar, y Matt esquivó las llamas, me cogió en brazos y me llevó con él, pero la puerta principal estaba todavía muy lejos y luego...

f

Oí a mi madre, chillando fuera de sí, peleándose con los técnicos de la ambulancia:

—No se atrevan...

g

Al volver a la vida después de la descarga, sentí que me abrasaba como una supernova gigante. Un fuego tan ardiente como para asar la piel y derretir la grasa, un fuego que inflama también el dolor: constante, agónico y tan intenso que ni siquiera te permite morir con suficiente rapidez. Quería gritarles a los doctores que pararan, que se detuvieran, pero no podía hablar. El fuego había abrasado mis pulmones y hervido mi voz. Un tubo se hundía en mi garganta para insuflar y luego extraer el aire. Así que no tenía modo de contarle a nadie lo que quería. Tampoco habría servido de nada, porque nadie dejaría morir a una niña. Creen hacerte un gran favor manteniéndote con vida porque la tienes toda por delante.

Bueno, Bob, ahí va una noticia de última hora: no es cierto. No necesariamente. Porque ¿crees que sólo hay un tipo de dolor? ¿Que el dolor es dolor y ya está?

Uuuh, creo que la respuesta sería no.

Está el dolor de la sangre. El dolor del cuchillo. El dolor que te tritura los huesos.

Y está el dolor del fuego, fundido y vivo. El remolino de llamas que se abre paso a través de la madera podrida y la carne desnuda. El dolor que se mueve cuando tú te mueves, que murmura entre respiraciones, que se clava en tus oídos. El dolor que te desgarrar. Piensas que ningún dolor puede ser más terrible.

Hasta que descubres que el pozo no tiene fondo. Siempre hay más. Un tipo de dolor distinto, quizá, pero más y mucho, mucho peor.

Pero me estoy adelantando.

h

El dolor no es lo único que recuerdo. Había luces brillantes. El pitido de los monitores. Agujas y tubos. Muchas caras... Dios, ahora que lo pienso, me trajeron a esta misma unidad de urgencias. Quizá éstos sean los mismos médicos, no lo sé, porque entonces mi conciencia iba y venía. Me acuerdo de que todo el mundo, todos los rostros, eran lúgubres, como si ya hubieran leído la historia y supieran que no tenía un final feliz.

Más tarde, los doctores me recordaron la suerte que tenía de que mi madre y Matt hubieran decidido ir a recogerme temprano de casa del abuelo. La suerte que tenía de estar viva. Suerte, suerte, suerte.

Sí, ésa soy yo, Bob. Tengo tanta, tanta, suerte...

i

Me estoy yendo por las ramas. Lo sé. No quiero contar esta historia, Bob, ¿y sabes por qué? Porque es un cuento con sus partes grises, y lo malo es que tú vas a querer blanco o negro, Bob, bien o mal. No estoy segura de poder dártelo. Ése es el problema de la verdad. A veces es ambigua, o un cliché realmente malo.

Pero ésta es la verdad, Bob: soy una mentirosa.

Soy afortunada, una mentirosa, una buena chica, una princesa, una ladrona... y una asesina.

Y mi realidad —mi historia— empieza con el señor Anderson.

2: a

Las puertas de la biblioteca estaban cerradas, por supuesto.

Otro tanto para Psico-papi, que se había impacientado cuando le recordé que debía asegurarse de que la bibliotecaria de la escuela estuviera allí para dejarme entrar.

—No te preocupes por eso —había dicho la pasada noche—. Llamé a la escuela hace una semana. Dijeron que no había problema.

Pues parece que te equivocabas, papi.

b

El instituto Turing era una de esas decisiones de Psico-papi, igual que la de mudarnos a una nueva megamansión ciento cincuenta kilómetros al norte de Milwaukee tras mi estancia en el psiquiátrico. ¿O fue mi colapso nervioso? No, no, era mi «pequeño episodio», expresión que usaba mi padre para referirse a mi estancia en el lugar donde los locos dan de comer a las ardillas. Siempre lo llamaba «pequeño episodio», como si mi vida fuera una telecomedia y pudiéramos limitarnos a zapear hacia el pasado.

La primera vez que sacó el tema a colación estábamos en el despacho de Rebecca. Corría el mes de marzo, y aunque por entonces yo no lo sabía, sólo iba a ver otras dos veces a mi terapeuta. Otra pieza más de la campaña de Psico-papi para hacer borrón y cuenta nueva.

—El Turing es una buena idea —dijo él—. Jenna es una chica brillante y sensible. Sólo tuvo un... pequeño episodio, eso es todo. Cuando estaba en el, ah...

—¿Hospital? —le apunté.

Estaba retrepada en mi sitio habitual, un mullido sillón de cuero.

—¿Unidad?

Los labios de papá se convirtieron en una línea sobre su barbilla. Una fisura en el granito. En casa nunca le hablaba así, a menos que quisiera despertar a Psico-papi. Por supuesto, la excusa perfecta es que papá es cirujano plástico y se tira a su enfermera y tiene ataques de mal genio porque está bajo mucha presión. Eso sin hablar de los rollos y las aventuras. Pero eso no le incumbe a nadie. Es un asunto familiar. Ya sabes de lo que hablo, Bob.

Pero el despacho de Rebecca era mi territorio. Allí papá tenía que comportarse. Los médicos son muy sensibles con su reputación frente a otros médicos; aunque sea frente a un loquero, la forma más inferior de vida, porque todos los médicos saben que los estudiantes de medicina que se especializan en psiquiatría son, para empezar, bastante raritos, de esos que se asustan como niñas ante la visión de la sangre y las vísceras. Y que Rebecca fuera una chica... lo demostraba.

—Sí —dijo él—. Tu profesora de allí dijo que estabas a años luz del resto de chicos.

Eso era cierto, aunque no era mucho decir. Durante los cuatro meses que permanecí hospitalizada, sólo hubo dos chicos que se quedaron lo suficiente como para necesitar algo aparte de que les mandaran los deberes escolares. Uno tenía once años y sufría crisis maníacas la mitad del tiempo; la otra mitad la pasaba en la sala de aislamiento, amenazando con volar aquel antro por los aires. La otra chica tenía diecisiete años, se había quedado embarazada y luego había empezado a vomitar para permanecer delgada, hasta que el bebé murió de hambre y lo perdió. Sólo que entonces no pudo —o no quiso— dejar de vomitar. Creo que sólo hubo una semana en la que no la vi deambulando por la unidad con una sonda nasogástrica pegada a la nariz y un asistente psiquiátrico al alcance de la mano.

—He mantenido una larga charla con el director y el asesor del Turing —estaba diciendo papá—. Me han asegurado que están acostumbrados a tratar con chicos con... problemas.

—¿Les has hablado de mí?

Clavé los ojos en Rebecca, quien nos miraba frunciendo el ceño.

—¿Tú sabías algo de esto?

—No exactamente —contestó Rebecca—. Doctor Lord, usted no...

—No creí que fuera necesario involucrar a Becky en las etapas preliminares.

Papá nunca llamaba «doctora Savage» a Rebecca, aunque ni siquiera ella utilizaba el diminutivo «Becky».

—En cualquier caso, tampoco es una decisión que le incumba.

—Pero no me lo preguntaste a mí —protesté, creyendo como una estúpida que tal vez tantas horas de terapia familiar habían hecho mella—. No lo hemos discutido.

Mamá intervino para disculparlo:

—Tu padre no tenía intención de herirte.

—¿Por qué no puedo seguir estudiando desde casa?

—Eso es imposible —sentenció papá.

—¿Por qué?

—Porque sí. Emily está muy ocupada con la librería y yo tengo operaciones programadas todos los días, sin contar las intervenciones de urgencia. Me paso seis días en el hospital, a veces siete. Ni tu madre ni yo tenemos tiempo para hacerte de canguro.

Eso me hirió, como papá pretendía. Se me humedecieron los ojos, aparté la vista y me mordí el labio inferior, deseando que las lágrimas no llegaran a rodarme por las mejillas. Me volví hacia Rebecca.

—Por favor. Di algo.

Rebecca dejó escapar un suspiro.

—Por desgracia, tus padres tienen razón, Jenna. Necesitas estar con chicos de tu edad, y a poder ser que no tengan problemas serios. Si te escondes en tu casa no lo

conseguirás. Cuando has estado sola te has metido en problemas.

—Ya, pero estaba en la escuela cuando todo suce...

Lo dejé correr. No podía discutir. Aunque ya llevaba seis semanas sin cortarme —un récord para mí por entonces—, las ganas seguían ahí todo el tiempo. Era tal y como decía la chica bulímica del hospital: «Si pasa una hora sin que piense en vomitar, me preocupa que algo vaya mal. Potar es la nueva normalidad».

Sin embargo, si empezaba a rebanarme y cortarme a daditos acabaría de nuevo en el hospital, y lo sabía. Todas las puertas de la nueva megamansión cerraban con llave, pero yo no podía usarlas. A veces, después de ducharme, mi madre irrumpía en el baño mientras yo me estaba secando, con su ya patentado: «Oh, no sabía que estaba ocupado». Ya. Yo la veía mover rápidamente los ojos en busca de nuevos cortes, cicatrices frescas. Sabía que revolvía en la basura por si había pañuelos de papel manchados de sangre o tiritas usadas. Dios no quisiera que alguna vez mirara detrás del panel falso que había debajo de mi tocador y encontrara mis tijeritas para las uñas. No las había usado desde mi regreso a casa, pero eran... un seguro.

Entonces se me ocurrió otra cosa.

—Espera un momento —le dije a Rebecca—. ¿No necesitas mi permiso para compartir mis informes?

Rebecca negó con la cabeza.

—Técnicamente no. Sólo tienes quince años.

—Cumpló los dieciséis en septiembre.

—No importa. Hasta los dieciocho, tus padres deciden si quieren compartir o no tus informes. Legalmente no puedo impedirselo.

Papá chasqueó los dedos para llamar nuestra atención.

—¿Podemos centrarnos en el tema? El caso, Jenna, es que eres perfectamente capaz de estar con chicos de tu edad, y el Turing es un instituto de ciencia y tecnología excelente.

—¿Quién ha dicho que voy a dedicarme a la ciencia? —quise saber, aunque tal vez fuera la cosa más estúpida que pudiera haber dicho.

El mejor regalo de Navidad que había recibido en mi vida era un kit para jóvenes científicos que Matt pagó de su propio bolsillo cuando yo tenía cinco años. A mamá le dio un ataque cuando llené el sótano de humo naranja.

—¿Mi opinión no cuenta para nada?

—Tiene razón —señaló por fin Rebecca—. Voy a ser honesta, doctor Lord. Tenía la impresión de que estábamos hablando acerca de la posibilidad de ir al Turing. No tenía ni idea de que les habían dado a conocer los informes sobre Jenna, y mucho menos de que la hubieran aceptado. Ni siquiera he recibido una petición para que valorara el caso por parte del consejero del Turing.

—Un momento. —Mamá miró a papá—. ¿No tienen una carta de Rebecca?

—No —respondió papá. Luego suspiró como si estuviera muy, muy cansado de tener que espabilarnos a todas. Hablaba despacio y con mucha claridad, como si

fuéramos idiotas—. Ya es bastante malo que Jenna haya perdido meses de su vida recuperándose de su... —Papá agitó una mano para intentar soslayar mi pasado—. No veo ninguna razón para cargarla además con prejuicios por las observaciones de Becky. Jenna ha recibido el alta hospitalaria. No toma medicación. Está en casa, no atada con una camisa de fuerza. Viene aquí ¿qué?, ¿una vez al mes? Becky, sin ánimo de ofender, una semana tiene ciento sesenta y ocho horas, de las cuales mi hija pasa contigo una, exactamente. No, menos que eso: cincuenta y cinco minutos. Tu participación es mínima. Dudo que tu opinión tenga mucha relevancia en este tema.

—Ya veo. —El tono de Rebecca destilaba acidez—. ¿Y de qué tema se trata exactamente?

—El tema es que te estamos muy agradecidos. Reconocemos la ayuda que le has prestado a Jenna, pero su futuro no va a depender de los cincuenta y cinco minutos que pasa aquí, ni de una evaluación basada en un contacto limitado.

—En otras palabras —le dije a Rebecca—: estás despedida.

Psico-papi vociferó un rato, dijo cosas como «superado» y «romper el cascarón» y «es hora de que despliegue las alas», como si yo fuera un polluelo que Rebecca, tan protectora, no quisiera que abandonara el nido. Pero al final todo se redujo a esto: papá decidió que yo necesitaba empezar de nuevo. Ahora le tocaba al Turing, y Rebecca quedaba fuera. Mi opinión no contaba. Dios había hablado.

Algo que ocurre a menudo cuando el apellido de tu padre es Lord.^[1]

C

Pasé aquel verano encerrada en la nueva megamansión de mis padres, en la que nunca me he sentido como en casa. Durante los meses en que permanecí ingresada, papá se deshizo de todos mis muebles. Ahora tenía una cama con cuatro columnas y un baldaquín con volantes que odiaba a muerte, lo cual resultaba irónico teniendo en cuenta lo mucho que había suplicado de pequeña, porque todas las princesas tenían una cama con dosel.

Arranqué las malas hierbas del jardín, corté el césped, podé los árboles y pinté la mesa de picnic que nadie utilizaba. Dado que mi madre es dueña de una librería, había mucho que leer, así que devoraba al menos tres libros a la semana. Cuando no estaba leyendo o haciendo alguna tarea, mantenía en marcha el negocio de Netflix^[2] con una sola mano.

Y también le envié un mail a Matt, aunque no se lo conté a nadie. Ni siquiera se lo he mencionado nunca a Rebecca, a quien le habría dado un ataque. Nos comunicábamos a través de una cuenta secreta que había abierto en un servidor fantasma que funcionaba desde Israel, lo creas o no. Ya sé que suena exagerado, Bob, pero tenía que ser hipercuidadosa. Mis padres desaprobaban que Matt se hubiera alistado. Creo que lo que de verdad carcomía a Psico-papi era que, una vez que Matt

hubo cumplido los dieciocho, fue libre y él no puedo hacer absolutamente nada al respecto.

Y lo que Matt quería era correr, largarse de allí. No salió como había planeado; o a lo mejor sí, quién sabe. En cuanto se marchó a Irak, mis padres dejaron de hablar de él y con él. Así que, si descubrían que manteníamos el contacto, mi madre sufriría una crisis nerviosa. A papá le explotaría el cerebro. Y la verdad es que esos quebraderos de cabeza no me hacían ninguna falta.

No culpaba a Matt por echar a correr. Sé lo que es. Antes de que la vida se derrumbara a mi alrededor, yo corría en el equipo de *cross*. El verano antes de ingresar en el Turing, pensé en empezar de nuevo, en entrenar en serio. Pero nunca lo hice —no entonces, en cualquier caso— porque creo que, de algún modo, sabía que por mucho que corriera y corriera, seguiría sin alcanzar la meta.

La verdad, Bob, es que no importa lo mucho que corras o te alejes: el pasado siempre te persigue; una sombra oscura y sin rostro que se pega a la suela de tus zapatos y que sólo la luz ultravioleta es capaz de aniquilar. Y entonces, durante esos pocos momentos en que no existe nada más que las llamas más intensas del sol más deslumbrante, la luz cae sobre tu cuerpo y abrasa la sombra, reduciendo tu pasado a cenizas.

d

Así que ahora, a las seis y cuarto de la mañana, me encontraba en la semioscuridad de un instituto extraño, mirando las puertas cerradas y preguntándome qué hacer. Mamá se había marchado hacía rato; había seguido la estela de las luces traseras de su coche mientras ella tomaba la rotonda y se dirigía de nuevo hacia la carretera que desembocaba en la autopista, en dirección este, hacia la vieja librería de su madre... y la cruz que arrastraba. Mamá no regresaría hasta al cabo de doce horas; entonces lavaríamos, enjuagaríamos y repetiríamos la jornada escolar, y eso durante un tiempo sin especificar que abarcaba todo mi brillante y soleado futuro. Es decir, hasta que ella —o, mucho más probablemente, papá— decidieran que era lo bastante normal como para sacarme el carné de conducir e ir sola. Con todo lo que había ocurrido, iba a tener que esperar una larga temporada.

¿Dónde estaba todo el mundo? Según mi reloj, aún disponía de noventa minutos antes de que sonara el timbre de la primera clase. Sin duda, el personal administrativo aparecería enseguida, en media hora como mucho. Hasta entonces, podía esperar. Pero mi mochila pesaba un tonelada y yo sostenía un *capuccino* empalagosamente dulce que no me apetecía, pero que mamá había insistido en comprar, como si el café fuera un rito de iniciación, un billete para mi nueva vida. Bueno, al menos podía sacar alguna de las libretas. Recordé que mi taquilla estaba en el piso de arriba, a la izquierda. «Las escaleras están al final del siguiente pasillo —pensé—, pasada la

cafetería y...»

—¡Eh!

Me volví procurando ahogar un chillido. El tipo era bajo y fornido, con un bigotillo y un mugriento trapo rojo pasado por una trabilla vacía del cinturón.

—Yo... mm... —murmuré al tiempo que mi corazón regresaba a su lugar en el pecho—. He venido pronto... Tengo... tengo permiso... eh...

—Las puertas no se abren oficialmente hasta dentro de casi una hora.

—Estaban abiertas. Suponía que mi padre se había encargado de arreglarlo. Que yo esperara en la biblioteca, quiero decir, así que pensé que podía entrar.

Aquello era una locura. ¿Aquel tipo grimoso quería que volviera afuera y esperara en la acera mientras él cerraba con llave la puerta principal?

—La biblioteca no está aquí.

Sus ojos se movían de mi cara a mis pechos. Tal vez fuera algo retrasado.

—Lo sé.

—Nadie me avisó.

—Lo siento. Las puertas estaban abiertas.

—Ya lo has dicho —replicó, hablándoles a mis pechos—. Eso tampoco debería haber ocurrido.

—Bueno, hay dos coches en el aparcamiento.

—La camioneta es mía.

Lo que dejaba un Prius con un portabicicletas en el techo.

—Puede que alguno de los profesores haya llegado antes y dejara la puerta abierta...

—Tal vez —señaló frunciendo el ceño—. ¿Llevas tu identificación?

Sólo llevaba el permiso de conductor en prácticas. Lo saqué de la cartera y se lo mostré. Se acercó a mí para escrutar la foto, mientras sus ojos pasaban de ella a mí y viceversa.

—De acuerdo —dijo al final—. La biblioteca está al final del pasillo.

—Lo sé. Está cerrada. —Al ver que volvía a abrir la boca, continué—: Sí, la bibliotecaria no llega hasta dentro de una hora, ya lo sé. ¿Tiene la llave?

Él asintió.

—¿Puede abrir la puerta?

Negó con la cabeza.

—La bibliotecaria tiene que estar presente.

—Bueno, entonces ¿puedo ir a mi taquilla, por favor? La bibliotecaria tal vez llegue mientras estoy guardando mis cosas.

Me di cuenta enseguida de que no le gustaba la idea, pero yo ya me estaba alejando en dirección a las escaleras, sin esperar su permiso.

Me dejó avanzar tres metros y me llamó:

—¡Eh!

¿Y ahora qué? Me volví.

—¿Sí?

Sujetaba aquel maldito café en la mano, el que yo había dejado en el suelo al intentar abrir las puertas de la biblioteca.

—¿Esto es tuyo?

e

Para cuando llegué al segundo piso, tenía un nudo en el estómago. Genial. Ni siquiera era capaz de manejar a un bedel pervertido. No tenía intención de volver abajo, no mientras aquel hombre anduviera rondando. Pensé que quizá podría esconderme en el baño. Los baños eran seguros, incluso a oscuras. Sobre todo a oscuras. Encerrarme en un cubículo, encender el iPod, desconectar y dejar que la negrura me envolviera como una manta.

El pasillo del piso superior estaba en silencio. Las taquillas se alineaban contra las paredes de hormigón, interrumpidas a intervalos regulares por las puertas cerradas de las aulas.

Todas excepto una, a la derecha. Un resplandor de luz fluorescente se derramaba por el suelo, y había música, algo esplendoroso y agridulce.

Un profesor adelantando trabajo el primer día de clase, ¿y qué? Yo me dirigía hacia mi taquilla, nada más. Sólo tenía que sortear la puerta con sigilo, rezar para que mi taquilla no chirriara, meter mis cosas dentro y esconderme en el baño, al otro lado del pasillo.

Me moví con rapidez, de puntillas, silenciosa como un ratón. La música lo invadía todo. Como una vela ondeando al viento. Adentrarse en el oleaje de los violines era como atravesar una sutil neblina, y no pude evitarlo. Aflojé el paso, sólo un poco, eché un rápido vistazo hacia la derecha... y me detuve, petrificada.

Porque. Oh. Dios. Mío.

3: a

Era la típica aula de química: escritorios y sillas en el centro rodeados por mesas de trabajo y taburetes altos, con una mesa para demostraciones de laboratorio al frente, en la tarima. Grifos cromados, fregaderos. Nada especial.

Nada, claro, excepto él.

Estaba de espaldas a mí, en el extremo más alejado de una de las mesas, mirando a través de un ventanal que se abría a los bosques del nordeste. El cielo era de un azul limpio, claro y cerúleo. Los rayos del sol naciente bañaban con una rica luz dorada sus hombros y su espalda, perfectos y musculosos.

Porque estaba desnudo.

b

Me había quedado de piedra. Yo sólo... Bob, era incapaz de moverme. No tienes ni idea, o puede que sí. Como la primera vez que viste a la chica que se convertiría en tu esposa... Quizá para ti no fue un flechazo, pero incluso mis padres, a pesar de todos sus problemas, recuerdan el instante en que se vieron por primera vez. Y yo recuerdo cada segundo de esa primera vez.

Era...

Era hermoso, como salido de un sueño. Cuando se encogió de hombros para ponerse una camisa azul celeste, la luz del sol onduló sobre valles de músculos y esa piel suave, tersa. Su pelo, oscuro y rizado, ardía en reflejos cobrizos y rubios. Sus movimientos eran fluidos, gráciles y completamente inconscientes, pues creía estar solo. Era un semidiós y yo estaba... sobrecogida. Como si no pudiera existir alguien tan perfecto.

Ya sé que esto te parecerá extraño, Bob, pero así es como me sentí. Ésa es la verdad; nunca olvidaré ese momento de sol y luz y belleza.

c

Tal vez hice algún ruido. O puede que él se diera cuenta de que lo observaban. Sea como sea, debió de intuirlo, porque empezó a volverse apartándose de las ventanas. Fue entonces cuando advertí que no estaba desnudo sino que llevaba unos pantalones de color caqui ajustados a una esbelta cintura. Su boca se abrió en un gesto de sorpresa.

—¡Qué...?

—¡Lo siento!

Y salí disparada, un conejillo asustado escabulléndose por el pasillo. Baño, baño,

dónde estaba el baño... ¡ahí! Me abalancé sobre la puerta como si fuera una cuestión de vida o muerte, mientras pensaba: «Si consigo escaparme...».

Estaba cerrada con llave. La golpeé con el hombro, con fuerza, y el impacto hizo que rebotara y que la tapa de aquel estúpido café saliera disparada como el corcho de una botella de champán. Un chorro de *capuccino* tibio se desparramó sobre la puerta y me salpicó la falda y las piernas desnudas. El líquido pegajoso me bajó por las pantorrillas y se me metió en los zapatos. «Oh, no, no, no...»

—Eh, eh, oye. —Él había salido al pasillo—. No pasa nada, tranquila. No voy a hacerte daño, no te preocupes.

Me eché a llorar.

4: a

Se llamaba señor Anderson y era el profesor de química, mi octava clase del día. De vuelta en el aula, me tendió un montón de toallas de papel y señaló hacia un cuarto trasero:

—Hay un lavamanos. Y mucho jabón. Tómate tu tiempo.

El cuarto era una especie de despacho con un par de ordenadores, una cafetera, una campana extractora y un corto pasillo que conducía a más puertas y a un almacén con estanterías alineadas llenas de productos químicos. La música se elevaba desde un altavoz Bose que ocupaba el alféizar.

La falda caqui que con tanto esmero había preparado el día anterior lucía una mancha oscura justo sobre la entrepierna. Tenía un salpicón del tamaño de un puño estampado en la blusa. Incluso después de secar la ropa, iba a parecer y a oler como si me hubiera bañado en una cafetera. Genial. Al menos mis zapatos de lona eran de color azul oscuro.

En el lavamanos había una pastilla de jabón. Me limpié los brazos, me refresqué la cara y luego me miré en un pequeño espejo que colgaba de la pared. Tenía los ojos hinchados y rojos, como si alguien me hubiera lanzado un puñado de arena, pero por lo demás no ofrecía mal aspecto. ¿Y ahora qué? Dios, sentí tanta vergüenza... Tal vez pudiera esconderme allí hasta que sonara el timbre y...

—¿Va todo bien ahí detrás? —gritó el señor Anderson desde el aula—. ¿Necesitas algo más?

«¿Qué tal una vida nueva?»

—No, gracias, estoy bien. Enseguida salgo.

«Venga». Me recogí un mechón de pelo de la frente con un pasador, me colgué la mochila del hombro y soplé, como solía hacer antes de una carrera importante. «Sólo es un profesor; no te va a morder. Sólo tienes que pedirle disculpas y marcharte».

El señor Anderson estaba de nuevo junto a las ventanas, en una cuña de sol brillante, sorbiendo café de una taza con la carátula de *Expediente X*. Al oírme, alzó la vista y sonrió.

—¿Mejor?

Asentí, incapaz de hablar, mientras las palabras que había pensado se estrellaban contra mis dientes. La cara del señor Anderson era delgada pero cuadrangular, con los pómulos altos, un hoyuelo apenas sugerido en la barbilla y una frente ancha enmarcada por unos rizos gruesos y oscuros. Sus ojos eran de un extraordinario azul mar brillante, como hielo antiguo, y tenía la piel bronceada por el sol.

—Gr-gracias —acerté a decir al final—. Siento... siento haber montado este lío.

—No te preocupes. Has tenido suerte de que el café no estuviera caliente. Mientras te estabas lavando, he limpiado el pasillo. Harley tendrá una cosa menos de la que quejarse. —Levantó la taza—. ¿Quieres uno?

—No —respondí, y luego pensé que sonaba grosero, así que añadí—: en realidad

no me gusta el café. Ha sido idea de mi madre.

—Una mujer inteligente. El café es el elixir de la vida. —Vaciló—. Oye, esto... sobre lo de antes... lo que estaba haciendo...

—No pasa nada —respondí rápidamente—. En serio.

El alzó una mano.

—Deja que me disculpe, ¿vale? Sólo quería decirte que siento haberte asustado. Creo que me has pillado. Está claro que no esperaba que hubiera nadie a estas horas.

El modo en que dejó los ojos en blanco me provocó una risita tonta, y él también sonrió. Tenía los dientes cuadrados y muy blancos, y una bonita sonrisa.

—Así está mejor. Estoy entrenando para un Ironman; en verano no hay problema, pero en cuanto empiezan las clases, tengo que sacar tiempo de donde sea. ¿Tú corres?

—Antes hacía *cross* —dije.

Me pregunté por qué le estaba contando aquello. Quizá porque había sido amable conmigo. Podría haberme mandado de vuelta escaleras abajo.

—¿De verdad? ¿Cuál es tu marca en los cinco kilómetros? —Le contesté, y él emitió un gruñido de admiración—. No está mal. ¿Has corrido media distancia? ¿Quinientos u ochocientos?

—No; de hecho hace tiempo que no corro. Es decir, que no entreno. En cualquier caso, sólo me gustaba correr. Me gusta... la velocidad.

No era exactamente lo que quería decir, pero «volar» sonaba... raro, y se suponía que tenía que actuar como una persona normal.

—A mí me gusta la sensación de poder, ¿sabes? —explicó él—. Cuando todo funciona como debería y no te duele nada, cuando entras en esa dimensión en que casi levitas, como si corrieras junto con la Tierra en lugar de hacerlo sobre ella.

—Como una estela —dije. Se me escapó.

Asintió con mirada grave. Sabía que no era del tipo de personas que se ríen, aunque me tomara por idiota.

—Eso es. Sólo los verdaderos corredores alcanzan ese estado. —No dije nada. Me ardían las mejillas—. ¿Te interesa volver a entrenar? Soy el entrenador de atletismo y *cross*, y la verdad es que me vendría muy bien otro par de piernas para el equipo femenino de la escuela.

Se pasó una mano por el pelo y sonrió.

—Lo siento, las clases aún no han empezado, eres nueva aquí y yo ya estoy intentando reclutarte. Lo más probable es que quieras adaptarte antes de cargarte con un millón de obligaciones. Vamos, te acompañaré abajo, a la biblioteca, por si Harley sigue al acecho.

Esperó mientras yo me miraba la palma izquierda, donde esa mañana me había apuntado la combinación de la taquilla. Por desgracia, después del café y de haberme lavado las manos, los números se habían difuminado y estaban borrosos, y me equivoqué dos veces. El señor Anderson esperó un instante y luego dijo:

—Tienes que darle dos vueltas en el sentido de las agujas del reloj para reiniciar

el mecanismo... Espera, déjame. —Extendió la mano—. ¿Cuál es la combinación?

Se la di. Desde tan cerca, podía distinguir su olor a sol, agujas de pino y jabón. Hizo girar el pomo hacia la derecha, hacia la izquierda, una vuelta entera y se detuvo en el último número antes de tirar. La taquilla se abrió con un ruido metálico.

—Gracias.

Después de meter mis cosas dentro, recorrimos el pasillo de vuelta y pasamos junto a su aula. La exuberante música seguía sonando.

—Es muy bonita —comenté—. La he oído antes; en una película. —Pensé un segundo—. *Blume enamorado*; en la última escena, cuando están en la plaza de San Marcos.

—¿Ah, sí?

Ladeó la cabeza, cerró los ojos, escuchó un momento y dijo:

—¿Sabes? Ahora que lo dices... es verdad. Pero ¿George Segal? —Me dedicó una mirada de curiosidad—. Ni siquiera es de mi generación. ¿Cómo es que conoces la película?

Si para algo tienes un montón de tiempo en un psiquiátrico, es para ver películas en DVD. Pero eso no podía decirlo, así que me encogí de hombros.

—Me gusta el cine. ¿Qué es?

—Es de una ópera, *Tristán e Isolda*. El nazismo se apropió en parte de su pensamiento, pero me encanta la música de Wagner. Como la de la escena del helicóptero en *Apocalypse Now*. Eso también es de Wagner.

—¿De verdad?

—Ajá. La «Cabalgata de las Valquirias». Robert Duvall es...

El señor Anderson siguió con la charla sobre ópera y películas con bandas sonoras clásicas al tiempo que bajábamos las escaleras. Hasta yo conocía *2001*, pero ¿*Alien*?

A Harley no se le veía por ninguna parte. Mientras nos acercábamos a la biblioteca, el señor Anderson preguntó:

—¿Y dónde vives para haber llegado tan pronto?

—Junto al lago.

Arqueó las cejas.

—¿Sí? Somos casi vecinos. Yo vivo a unos treinta kilómetros al oeste, pasado Plymouth, en Kettle Moraine. ¿Por qué vienes a esta escuela?

Escuchó mientras yo le contaba la versión reducida de mi discurso ensayado: «Vivimos en el norte, pero la librería de mi madre está cerca de aquí y el Turing es una escuela genial, así que bla, bla, bla...».

—¿Qué librería? —quiso saber.

—MacAllister's.

—¿De verdad? Mi mujer es una gran lectora.

Descubrir que tenía esposa fue como recibir el pinchazo de un alfiler. Sentí que me deshinchaba, lo cual era una soberana estupidez. Por supuesto que estaba casado;

era guapísimo. ¿Llevaba alianza? No, no lo creía, pero ni por todos los demonios iba a comprobarlo, no en ese momento. Nunca. Dios, ¿de cuántas maneras se puede deletrear la palabra «fracasada»?

—¿Qué le gusta leer?

—Sobre todo novelas románticas y ficción literaria. Una de sus autoras favoritas es de aquí... mmm... Simmons, creo que se llama.

—¿Meryl? Es muy buena amiga nuestra. Mi madre la conoce desde que eran niñas. Mamá celebra un encuentro anual con escritores el último fin de semana de septiembre y Meryl viene desde su granja del norte para firmar libros y ese tipo de cosas.

—¿En serio? Mi mujer se quedará impresionada.

—A lo mejor puedo conseguirle un libro firmado. O quizá mi madre pueda invitarlos a la fiesta.

Estaba parloteando tonterías. ¿Qué me importaba a mí que su mujer tuviera un ejemplar firmado del último libro de Meryl? Al llegar a las puertas de la biblioteca (que gracias a Dios estaban abiertas y las luces del interior, encendidas), terminé sin convicción:

—Para las lecturas, quiero decir.

—Claro, estaría muy bien —respondió.

Pero sus ojos se dirigían ya al reloj y supe que estaba pensando en lo que le quedaba de día.

—Bueno, ahora estarás bien. La veo en clase, señorita Lord.

La bibliotecaria estaba medio dormida y bebía de una enorme taza de café. Me dedicó un gesto vago y gruñó que podía sentarme donde quisiera. Di una vuelta hasta que encontré una acogedora y solitaria mesa bajo una ventana, al final de un pasillo. En cuanto lo vi supe que era el sitio perfecto: libros a mi derecha y una ventana abierta al mundo a la izquierda.

Sólo mucho tiempo después me di cuenta de que la ventana daba al nordeste, igual que las del señor Anderson. Tal vez estuviéramos mirando la misma cosa precisamente en el mismo momento, aunque tenía la sensación de que lo que él veía sería distinto. Después de todo, yo estaba en la planta baja y él justo encima, con una vista más amplia, nítida y brillante.

Y eso... bueno, no lo sé, Bob. Pero ¿sabes qué pasó cuando me di cuenta?

Me pareció un buen augurio.

5: a

Cuando sonó el primer timbre, la señora Sherman no se inmutó. Sus dedos jugueteaban con un abrecartas largo y puntiagudo, con un mango macizo decorado con piedras verdes.

—Claro está, todos nuestros alumnos son excepcionales. No quisiera transmitirte la idea equivocada de que estás sola, querida —dijo antes de dejar el abrecartas y entrelazar los dedos.

Por un momento, temí que fuera a ponerse a rezar.

—Pero no es extraño que los alumnos más brillantes sean más... sensibles o socialmente torpes. No quiero que sientas que aquí nadie te comprende.

—De acuerdo —contesté—. Gracias.

Menos de cinco minutos después de que me acomodara en la biblioteca, la señora Sherman me había tendido una emboscada para mantener una breve charla y ver qué tal lo llevaba. Teniendo en cuenta que las clases todavía no habían comenzado, lo más probable es que quisiera asegurarse de que la nueva chalada no cometía ningún disparate el primer día. Me alegraba de que no me hubiera visto estampándome contra la puerta para huir del señor Anderson.

La señora Sherman y yo nos habíamos reunido dos semanas antes, durante el período de orientación. Era como todos los consejeros: ferviente y deseosa de convencerme de que podía sincerarme y contarle todos mis problemas, de que todo lo que habláramos sería confidencial, bla, bla, bla. Tenía los ojos húmedos y de un castaño oscuro, como los de un cocker spaniel.

—En este centro hay otros estudiantes que reciben tratamiento psiquiátrico o que han estado ingresados en un hospital o una institución —señaló, claramente decidida a abandonar el acercamiento sutil—. Así que no tienes por qué sentirte sola. ¿Con cuánta frecuencia visitas a tu terapeuta?

Mierda. Si decía que dos veces a la semana, sonaría como si me costara apañármelas. Cada semana era sólo un poco mejor. Claro que, puesto que no estaba viendo a ningún terapeuta...

—Una vez al mes —mentí—. Antes iba más a menudo, pero... —dejé la frase inconclusa.

—Curioso.

Abrió un sobre de papel manila con el pulgar, hojeó unos papeles y paseó una uña afilada y bien cuidada por una hoja.

—Tus padres olvidaron facilitarnos el nombre y el número de teléfono de tu terapeuta.

—¿Para qué lo necesitan?

—Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

Hizo una pausa mientras me estudiaba con sus grandes ojos húmedos. Su

pensamiento se leía tan claramente como en una viñeta de cómic: «Oh, demonios, espero que, si está en tratamiento, esta mañana haya tomado la medicación. ¿Dónde está el botón de alarma?».

—En caso de que tengas dificultades —respondió al fin en voz baja, como si acabara de entrar en la habitación de un paciente terminal—, preferimos saber a quién llamar.

«¿A los *Cazafantasmas*?» Dios, Bob, te juro que lo tenía en la punta de la lengua. Era el momento perfecto. Pero tal vez ella no tuviera sentido del humor, y yo sólo conseguiría parecer más rara de lo que ya era.

—¿No llamarían a mis padres?

—Jenna.

Apretó los labios. La dulzura y la comprensión se habían terminado.

—¿Existe alguna razón por la que no debemos saber quién te trata?

—¿Porque es privado? ¿Porque no es asunto suyo?

—Jenna, de verdad, no hay necesidad de ser hostil. Sólo queremos...

El sonido del teléfono la interrumpió. Lo descolgó, saludó, escuchó unos segundos y luego dijo:

—Enseguida voy.

Colgó y se dispuso a levantarse.

—Mira, no quiero ser categórica ni cruel, querida, pero no queremos arriesgarnos a que se repitan tus problemas.

—Creía haber oído que estaban acostumbrados a los chicos con problemas.

Su expresión se endureció.

—Espera aquí.

Se marchó, cerrando con un portazo seco e incisivo.

Esperé. En la puerta del despacho había un rectángulo de cristal reforzado con alambres. Desde mi asiento, se atisbaban unos centímetros de pasillo. Oí voces ahogadas, el zumbido de un teléfono. Vi pasar a una mujer con los brazos cargados de papeles que dirigió una mirada rápida y vacía a través de la ventana enrejada, como quien mira un animal anodino y sin interés en un zoo, y siguió andando. Sobre la puerta había un reloj que marcaba los segundos, igual que los disparos percutidos de una pistola.

Contemplé el abrecartas de la señora Sherman. La hoja era metálica y puntiaguda, y parecía bastante afilada. Mis manos se dispararon en un espasmo, igual que las patas de un cangrejo ermitaño. Eché un vistazo a la puerta, detrás de mí. No había nadie en la ventana.

El abrecartas resultó ser mucho más pesado de lo que esperaba. Apoyé la punta en la yema del dedo índice izquierdo, presioné y sonreí cuando la piel se hundió. Con esa cosa podías sacarte un ojo.

Por primera vez en meses, las cicatrices de mi estómago empezaron a latir. La piel injertada entre mis omoplatos se frunció. Sentí un rugido en los oídos y tuve que

cerrar los ojos. Me pregunté cuánto tendría que apretar para hacer que la sangre brotara. «No mucho», decidí.

«Unos segundos; es todo lo que necesito».

Entonces oí el segundo timbre y pensé: «A la mierda». A aquellas alturas, mi mañana había sido ya suficientemente desastrosa; pero hacer eso, y no importaba lo mucho que lo deseara, sería como admitir que era una completa chiflada. Además, si me entretenía medio minuto más llegaría tarde a la primera clase de mi primer día, y no tenía intención de dejar que eso pasara.

Así que no esperé a la señora Sherman. Antes de cerrar la puerta, volví a dejar su estúpido abrecartas sobre la mesa.

6: a

Los pasillos estaban demasiado iluminados y abarrotados de chicos que charlaban y reían. Llevaba casi un año sin estar rodeada de tanta gente de mi edad, y me quedé de pie, en estado de shock, una roca en medio de un veloz torrente que rompía y se arremolinaba contra ella. Los fragmentos de conversación fluían a mi alrededor como hojas arrastradas por la corriente.

—... su madre se puso como loca...

—¿Que él dijo qué?

—«Ni de coña», le respondí, «no soy de ésas»...

—Y entonces papá vio el coche y flipó...

—Oh, aquí viene Robbie, no...

—Mi madre estaba tan cabreada...

—¿Que te dijo qué?

Avancé corriente arriba y conseguí llegar a trigonometría antes del último timbre. El profesor llevaba unas gafas tipo Lennon con los cristales sucios, que le daban el mismo aspecto de ojos de mosca que el comandante con cabeza de pez de la primera peli de *La guerra de las galaxias*. (Vamos, Bob, sabes cuál es, esa en la que el muñeco extraterrestre grita: «¡Es una trampa!».) Ojos de Pez bizqueó a través de las manchas y estudió la lista de asistencia que la señora Sherman había insistido en que pasara, a pesar de que era el primer día para todos y probablemente porque quería... bueno, alertar a todo el mundo de quién era la nueva chalada. Ojos de Pez señaló con un dedo rechoncho una silla vacía en el centro de la clase.

—Nos sentamos en orden alfabético.

Genial. ¿Conoces la última escena de *Los pájaros*, Bob, cuando Rod Taylor y la mujer mayor que interpretaba a su madre intentan meter a Tippi Hedren en el coche, moviéndose entre un enjambre de gaviotas y cuervos que podrían alzar el vuelo y sacarles los ojos en cualquier momento? Bien, pues aquello fue igual. Lo juro, fue como si un millar ojos me taladraran la espalda: todos esos chicos observando y esperando a que tropezara, soltara un eructo o me tirara un pedo, o las tres cosas a la vez. Conseguí llegar a mi pupitre sin montar una escena dramática y ésa pareció ser la señal para que todos volvieran a los cotilleos, lo cual me pareció estupendo.

Entonces, tal vez diez segundos después de que me deslizara en el asiento, noté un golpecito en el hombro derecho y me volví. «¿Esto es tuyo?» No pude evitarlo: me acordé de Harley y el estúpido vaso de café.

—David Melman.

Tenía los ojos oscuros y una mata de pelo castaño. Al sonreír, se le formó un hoyuelo en la comisura izquierda de los labios. Me tendió la mano:

—Bienvenida al Turing.

—Jenna Lord... encantada de conocerte.

Tenía la piel suave, pero su apretón fue firme. Extrañamente confortable y al

mismo tiempo formal.

—Todos te dirán que estoy siendo amable porque me presento al consejo de estudiantes. En parte tienen razón.

—¿Sobre lo del consejo de estudiantes, o sobre lo de ser amable?

—Oh, voy a presentarme al consejo. Mejorará mi currículum. Si tu asesor aún no te ha soltado ese discurso, lo hará. ¿Sabes quién es?

—Estoy demasiado ocupada intentando orientarme.

Sonó el timbre para los rezagados. David bajó la voz hasta convertirla en un susurro:

—Bueno, si necesitas ayuda o no entiendes algo, pregúntamelo, ¿vale?

—Claro.

Le dediqué mi sonrisa de «no lo dudes» más animada y me volví. Pero, para ser sincera, Bob, también estaba un poco mosqueada. ¿Acaso tenía pinta de necesitar ayuda?

«Esto es como el psiquiátrico. —Me hundí unos centímetros en la silla—. No grites, no armes un escándalo, sonríele al médico y todo irá bien».

El primer día es prácticamente igual en todas las asignaturas, con independencia de la escuela. Trigonometría no era una excepción. Ojos de Pez terminó de pasar lista y luego pidió a un par de alumnos que repartieran los libros de texto. Pasamos los siguientes veinte minutos revisándolos, buscando comentarios y tomando nota de dónde habían garabateado las respuestas otros estudiantes. Luego, entre resoplidos y bufidos, Ojos de Pez consiguió ventilarse el capítulo de repaso en los quince minutos restantes y nos puso deberes —«Ejercicios del 1 al 6, incluidos los problemas»—, lo cual nos dejó unos treinta segundos de tiempo libre antes de que sonara el timbre.

«Gracias, Dios mío». Recogí mis libros mientras los alumnos empezaban a parlotear como periquitos enjaulados. Aun así, aquel ruido era la tapadera perfecta. Podía escabullirme con sigilo por detrás de esas tres chicas y salir...

David me cogió por el codo.

—¿Qué tienes ahora?

—Eh... —Tuve que pensarlo un segundo—. Inglés avanzado.

—Ah, te gustará Dewerman. —Sonrió—. Es muy...

—Señorita Lord —me llamó Ojos de Pez cuando estábamos ya en la puerta—. Un momento, por favor.

Me detuve en seco y David estuvo a punto de tropezar con mis pies.

—Lo siento —me disculpé.

—No importa —contestó—. ¿Quieres que te espere?

—Ah...

Los demás estudiantes salían en tromba a nuestro alrededor, unos lanzando miradas de curiosidad y otros sonrisitas que significaban «qué putada estar en tu lugar». Para ser honesta, David me estaba poniendo de los nervios. No era un cachorro abandonado, por el amor de Dios, sólo la nueva chalada.

—No —contesté al fin—, estoy bien, gracias.

David abrió la boca para añadir algo más, pero yo ya le había vuelto la espalda.

—David, ¿puedes cerrar la puerta al salir? —le pidió Ojos de Pez.

—Claro —respondió él—. Nos vemos, Jenna.

—Sí —le contesté sin mirarlo.

Oí cómo se cerraba la puerta. El aula quedó en un silencio absoluto. Mis zapatillas se encaminaron silenciosamente por el suelo de linóleo hacia la mesa de Ojos de Pez.

—¿Sí, señor?

No estaba muy segura de si debía decir «señor», pero había olvidado el nombre de aquel tipo y usar «Ojos de Pez» hubiera sido probablemente un error.

—¿Hay algún problema? ¿He hecho algo mal?

—¿Mal? Oh, no, no.

Ojos de Pez se quitó las gafas y sacó un paño de su bolsillo. Sin ellas, sus ojos quedaron reducidos al tamaño de dos canicas.

—Sólo quería decirte lo encantados que estamos todos de tenerte aquí, Jenna... ¿Puedo llamarte Jenna? Bien... He tenido... ocasión de revisar tu expediente (tus pruebas de aptitud y los exámenes que pasaste mientras estudiabas desde casa) y es francamente impresionante. Sobre todo —cogió una de las lentes y la frotó con el paño—, sobre todo teniendo en cuenta tus... peculiares circunstancias.

No dije nada. Noté cómo el calor me subía por el cuello y me inundaba la cara. Dios mío, ¿iba a ser así con cada uno de los profesores? No, espera, eso no era justo. El señor Anderson no me había tratado como a un bicho raro. Aún. Tal vez no había relacionado todavía el nombre con el diagnóstico.

—Sabemos que... que has tenido que... superar muchas dificultades —continuó Ojos de Pez—. Has pasado una época muy difícil. Quiero que sepas lo mucho que siento que...

—Gracias.

En cinco segundos, mi piel tirante se separaría de los huesos y se lanzaría pasillo abajo chillando. Todo lo que quería era correr, correr, correr y encontrar algún sitio para cortarme en paz.

—Debería irme —añadí, esbozando una animada y reluciente sonrisa—. No me gustaría llegar tarde en mi primer día.

Lo cual era bastante cierto.

—No, por supuesto que no.

Ojos de Pez volvió a ponerse las gafas.

—Sólo quiero que sepas que, si necesitas cualquier cosa... si te hace falta ayuda o quieres hablar...

—Gracias —respondí alejándome poco a poco, con una sonrisa petrificada en la cara—. Muchas gracias.

No eché exactamente a correr, como había hecho con el señor Anderson. Quería

hacerlo, pero me escocían los ojos y lo más probable era que chocara contra una pared. Además, correr era patético. Aun así, me moví con bastante rapidez; al cruzar la puerta y sumergirme en el torbellino general, no miré hacia dónde iba.

¡Bam!

Me estampé contra David Melman con tanta fuerza que hice que se tambaleara. Mis libretas, de colores brillantes como los M&M, salieron disparadas como cometas con las alas rotas. El libro de texto de trigonometría quedó hecho trizas gracias al amplio surtido de piernas y pies, antes de que un chico lo recogiera y se lo entregara a David.

—Guau, ¿estás bien? Deja que te ayude.

David se agachó al tiempo que yo me arrodillaba para recoger mis libretas y nuestras cabezas chocaron. Mi visión se quedó en blanco y, esta vez, los libros de trigonometría de ambos acabaron en el suelo.

—Dios. —David se llevó la mano a la frente—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —contesté por enésima vez ese día.

¿Cuántas horas llevaba ya allí? Noté que empezaba a salirme un chichón justo encima de la ceja izquierda. Genial. Ahora parecería un rinoceronte.

—¿Y tú?

—También.

David apiló las libretas en mis brazos.

—Me he quedado cerca por si necesitabas... ya sabes, ayuda para llegar a tu próxima clase.

—No, estoy bien —insistí mientras sonaba el segundo timbre—. Pero tengo que irme. Nos vemos, ¿vale?

—Espera. —David me agarró del codo—. Si vas por ahí no llegarás a tiempo. Ven, tomaremos un atajo por la cafetería.

Esta vez no discutí. Bajamos las escaleras prácticamente corriendo y entramos en el comedor, donde ya había varios grupitos dispersos de chicos bebiendo café y masticando donuts. Alguien gritó el nombre de David, pero él devolvió el saludo con la mano mientras salíamos a toda prisa de la cafetería y llegábamos a un corredor lateral.

—Vale —dijo David.

Jadeaba y llevaba la oscura melena despeinada.

—Sigue el pasillo hasta el final; es la última puerta a la izquierda. Tengo que ir al piso de arriba, pero llegaré a tiempo para acompañarte a tu tercera clase. Almorzamos a la misma hora. Siéntate conmigo y te presentaré a la gente.

—No necesito un escolta —dije mientras él se dirigía hacia una estrecha escalera.

—Sí que lo necesitas —replicó él por encima del hombro—. Lo que pasa es que todavía no lo sabes.

7: a

Segunda hora: inglés avanzado. Crucé el umbral como una exhalación después de que sonara el timbre para los rezagados. Por supuesto, los únicos asientos que quedaban libres eran los de la primera fila. Me escurrí hasta uno situado cerca de la pared. Todos me ignoraron, lo cual me pareció perfecto. Al profesor, Dewerman, no se lo veía por ninguna parte. Casi todo el mundo estaba hablando con alguien, excepto una chica sentada dos filas por detrás de mí que no apartó la mirada. Era guapa, con un aire deportivo: una larga coleta rubia, piel tersa y ropa pija, la típica animadora, o tal vez capitana del equipo de fútbol. Cuando mis ojos se apartaron de ella, se volvió para cuchichear con otra chica; me echó un vistazo, hizo una mueca, soltó una risita tonta y le contestó también entre susurros.

Aparté la vista. Una de las técnicas de supervivencia que había aprendido en el psiquiátrico era cómo detectar rápidamente a los enemigos potenciales y los capullos comunes. A Cola de Caballo no le gustaba, eso estaba claro. «Perfecto. Tú no me molestas, y yo no te molestaré». Pero me preguntaba qué había hecho para cabrearla. A menos que, por principios, le desagradaran los nuevos. Eché un vistazo a las paredes. A Dewerman le gustaban los pósteres en los que aparecían famosos exhortándote a leer y también las reproducciones de cuadros: Van Gogh, Rembrandt, Picasso. Detrás de su escritorio y alineadas a lo largo de la pared que quedaba a mi izquierda había tres estanterías repletas de libros, ordenados alfabéticamente. Recorrí los lomos con la mirada, y el título de un libro que me resultaba muy familiar se me clavó en los ojos como si fuera el extremo de una valla afilada.

«Oh, mierda». El estómago me dio un vuelco. Mi mirada cambió de plano, pero el título quedó grabado a fuego en mi retina, como cuando el sol te abrasa los ojos si lo miras demasiado tiempo. «Relájate; él no lo sabe, nadie de aquí lo sabe. No le des importancia...»

—¡Bienvenidos de nuevo, chicos y chicas!

Dewerman entró tambaleándose; era un enorme tonel sostenido sobre una patita. Dios mío, todos y cada uno de los adultos de este sitio parecían enganchados a algo. Dewerman era un barbudo estilo años sesenta, un Teletubby desteñido, con tirantes y una esmirriada coleta de color gris rata.

—Muy bien, ¡allá vamos!

Primero pasó lista. Cola de Caballo se llamaba Danielle Connolly: el nombre le pegaba. Yo solté mi rollo de «Hola, soy Jenna» y estaba a punto de volver a sentarme cuando Dewerman me dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Tu madre tiene una librería? ¿No será MacAllister's?

—¿Eh?

Para empezar, ¿por qué había mencionado la librería? Sabía que él tenía el libro. Era como si le estuviera desafiando a sumar dos más dos. Podría haber mentido. Quizá debería haberlo hecho. Pero en lugar de eso, contesté:

—Sí.

—Vaya, ¡que me aspen!

Dewerman se afanó hacia la estantería, señaló el ejemplar que yo había reconocido y lo alzó. Era una reedición, porque desde la cubierta una banda gritaba: «La edición completa y sin censurar de la demoledora novela».

Porque, por supuesto, Dewerman era un fan.

b

Un pequeño inciso, Bob, porque no pareces un tipo al que le gusten los libros. No es una crítica, sólo es... bueno, probablemente sea un hecho. Si estuviera dirigiendo la película de tu vida, diría que fuiste una estrella del deporte en el instituto, puede que en el equipo de fútbol americano. Diez contra uno a que solicitaste una beca, pero te lesionaste la rodilla o la espalda y por eso acabaste siendo poli. Sólo que apuesto a que te aburríste o acabó por enfermarte tener que quedarte ahí plantado mientras los técnicos de la ambulancia despegaban a gente que conocías —amigos, antiguos amigos de borrachera, quizá alguna novia— del asfalto. Tal vez tuviste que desmembrar a demasiada gente para sacarla de coches accidentados. Debiste de pensar que, ¡demonios!, la vida de un detective tenía que ser mejor. Allanamientos de morada, asaltos, asuntos de drogas, no un montón de cuerpos. Debiste de pensar que más al norte no se producen tantos homicidios. Quizá uno al año, dos como mucho.

Claro que, por aquel entonces, aún no me habías conocido.

En cualquier caso... mi abuela era Stephanie A. MacAllister. Para el resto del mundo, la madre de mi madre era esa brillante escritora que comenzó a mantener relaciones sexuales a los diez años. Sinceramente, Bob, según ella misma decía, se había acostado con cualquier cosa excepto con un jerbo, y luego escrito sobre ello. Si le hubieran dado el tiempo suficiente, seguro que también se las habría apañado con el jerbo.

Naturalmente, el libro —*Memorias de una muy buena chica*— fue prohibido, quemado y destruido, así que casi todo el mundo lo había leído y hablaba sobre él. Mi madre siempre dice que no hay nada mejor que la mala publicidad. Para cuando cumplió los treinta y cinco, la abuela MacAllister había amasado una fortuna, puesto en marcha una colonia de artistas bastante famosa, abierto su librería, descubierto nuevos talentos, promovido la lectura, bla, bla, bla. Jamás volvió a escribir otro libro. Nunca le pregunté por qué, pues yo aún no había nacido cuando ella se suicidó colgándose de una robusta viga de madera en un hotel de lujo de Nueva York, la noche en que le otorgaron no sé qué premio por los logros de toda su carrera.

Dejó la librería a mi madre, lo cual cabreó bastante al abuelo. Ya sabes, el alcohólico, el fumador compulsivo que inició el fuego que arrasó su casa. Mamá solía escribir poesía, y por cierto bastante bien. Sin embargo, tras la marcha de Matt

compró todos los ejemplares que pudo encontrar de su única antología y los quemó en una enorme hoguera, en el patio trasero de la vieja mansión.

Tras la muerte de la abuela, mamá se volcó en la librería. Aquello funcionó bastante bien hasta 2003, cuando Matt se marchó. Desde entonces, las ventas habían descendido vertiginosamente, la publicidad había caído en picado y mamá y la tienda... bueno, es como darle un cubo a una bulímica, Bob. Por mucho que vomite, el cubo nunca está lo bastante lleno.

C

Mientras Dewerman divagaba, me empezó a doler la espalda y noté como mis alas, las que partían de la piel injertada entre mis omoplatos, empezaban a desplegarse. Mi garganta trató de cerrarse al recuerdo del humo denso y acre. Hasta aquel instante había sido la chica nueva, una don nadie, otra alumna que había cambiado de colegio. Sólo mis profesores sabían algo acerca de mi «pequeño episodio», pero nadie lo había relacionado con mi abuela, la maníaca sexual que se lo hacía con jerbos. Ahora todo el mundo hojearía el libro, aunque sólo fuera para hacerle la pelota a Dewerman. ¿Habría algo sobre nuestra familia? ¿Sobre mí?

—... análisis comparativo.

La voz de Dewerman se coló en mis pensamientos.

—El suicidio es una elección sumamente personal. Los psicoanalistas os dirán que hay una relación muy estrecha entre la creatividad y la locura.

Danielle levantó la mano.

—Eso del suicidio... ¿no es algo familiar?

Dewerman abrió la boca, pero yo me adelanté.

—Bueno —dije, tratando de sonar chistosa y pensando, estúpida de mí, que aún podía salvar la situación siendo superguay—, yo aún estoy viva.

—Sí —añadió Danielle—, hasta ahora.

8: a

Salí disparada de la clase de inglés, lo bastante rápido como para resultar borrosa. Si David estaba esperándome, no lo vi. No sé qué me desquiciaba más: la efusividad de Dewerman, que la gente se hubiera enterado de lo de mi abuela loca o la mirada afilada de Danielle.

Me puse en modo crisis, un mecanismo mediante el cual el mundo se desdibuja y yo me evado a una realidad paralela, como cuando corro. Rebecca lo llamaba «despersonalización», pero eso es una gilipollez, Bob. Nunca he flotado fuera de mi cuerpo y me he mirado a mí misma. Os miro a vosotros. Pienso en Ariel dentro de una pecera. El mundo se convierte en agua y yo floto en mi burbuja de cristal, a vuestro lado. Vosotros me veis, yo os veo, pero habitamos distintos cuerpos de agua. No podéis tocarme y yo no puedo tocaros, y eso es bueno.

Floté de ese modo a través del universo de los estudios superiores y me dirigí a mi cuarta clase, gimnasia; fingí ser un clon femenino de Clark Kent y me cambié de ropa en un cubículo del baño, en lugar de hacerlo en una cabina de teléfono. A nadie le importaba. La profesora se pasó media clase hablando de seguridad y la otra media haciéndonos tirar a canasta. Sin estrés, sin alboroto.

Así que, a la hora del almuerzo, empezaba a sentirme relajada.

Grave error.

b

No sé en qué estaba pensando. Después del incendio, y sobre todo después de que Matt se marchara, había aprendido a odiar la cafetería, esa pausa momentánea en la que un millar de ojos me escudriñaba y luego me desechaba, los susurros siguiéndome como un olor pestilente mientras me dirigía a una esquina solitaria. Pero estaba en una escuela distinta, ¿no? Mi oportunidad para convertirme en una chica normal. Las cosas tenían que mejorar. Además, David había dicho que me guardaría un sitio.

Delante de mí vi al señor Anderson, de pie justo al otro lado de la puerta. Buen augurio. Estaba hablando con otro estudiante, pero mientras yo pasaba afanosa por su lado, me hizo un gesto con la cabeza y saludó:

—Señorita Lord.

Di cuatro pasos más, oí mi nombre y sí, ahí estaba David, de pie junto a una mesa alejada agitando los brazos. Me dirigí hacia él...

Y entonces vi a Danielle a su izquierda.

Eso era malo. Incluso desde el otro lado del comedor, pude leer su expresión: «Mantente alejada o te extirparé las amígdalas con un tenedor».

Verás, eso sólo significaba más problemas que no necesitaba. Así que a medio

camino, sin alterar el paso, realicé un giro abrupto, completo, de ciento ochenta grados... lo cual constituyó mi segundo grave error.

—¡Eh! —chilló alguien.

Una centésima de segundo después, colisioné con una ensalada de taco, salsa, patatas fritas y una Coca-Cola grande. El tío que llevaba la bandeja soltó una maldición. Un líquido marrón y pegajoso se desparramó por mi pecho. El hielo repiqueteó contra el suelo como unos dados. Un pegote de nata agria y judías negras fue a caer en mi muslo izquierdo.

Y se hizo el silencio. Total. Y absoluto.

Oí como la Coca-Cola llovía sobre el suelo. Nadie se movía excepto el señor Anderson, quien avanzó en mi dirección. Todos los demás contemplaban embobados al bicho raro, la extraterrestre que acababa de bajar de una nave espacial. David seguía en pie, mientras una expresión de sorpresa se filtraba en su rostro. Danielle esbozó una sonrisita.

—¡Ua! —dijo el chico cuyo almuerzo llevaba puesto—. ¿Estás bien?

El señor Anderson estaba a tres metros.

—Señorita Lord...

—Estoy bien.

Mi voz sonaba ahogada, gargarizada, extraña, y entonces me moví a toda velocidad, me escabullí por el pasillo y entré precipitadamente en el baño. Vacío. Nadie en los lavamanos. Tragué aire como el salmón que se ha tragado un anzuelo y muere lentamente de asfixia. La ensalada de taco del chico había resbalado por mi muslo y caído en algún lugar del camino. Busqué toallas de papel a mi alrededor y no encontré nada más que secadores de mano. Genial. Una escuela muy progresista, concienciada con el entorno. Me metí en el primer cubículo y cerré la puerta; me puse en cuclillas sobre el retrete y me abracé las rodillas. Estúpida, estúpida, estúpida.

Minutos más tarde, la puerta del baño se abrió de nuevo. Una ráfaga de la charla del pasillo se coló dentro. Miré por debajo de la puerta y vi cuatro pies de chica que se dirigían a los lavamanos. Oí cómo abrían las cremalleras de sus bolsos para hurgar en busca de rímel y pintalabios.

—Oh, Dios mío —dijo una—. Casi me muero; ha sido tan divertido... ¿Has visto su cara?

—Está en mi clase de inglés —contestó la otra, y reconocí la voz de Danielle—. Su abuela era una escritora loca muy famosa o algo por el estilo. Dewerman casi tiene un orgasmo.

—He visto a David con ella.

—¿Y?

Danielle chasqueó los labios para comprobar cómo le había quedado el carmín.

—Sólo estaba siendo amable. Ese chico y sus cachorros perdidos... Cuanto más rotas están, más le gustan, igual que a Anderson.

—El señor Anderson es simpático. Creía que te gustaba. Dijiste que era guay.

Una pausa.

—Y lo es. Habla con todo el mundo y escribe unas recomendaciones fantásticas. Sólo me gustaría que hubiera decidido ya si voy a ocupar el puesto de ayudante cuando David empiece la temporada de esgrima. Dios, espero que esa chica esté en la clase de química de Schroeder. Si no...

Siguieron un rato más y acabaron hablando de otros perdedores. Luego se marcharon.

Me quedé en el retrete. No llevaba ni un día entero en la escuela y ya había conseguido hacerme un hueco en los cotilleos de los grupitos de rímel-y-pintalabios. Al menos, ahora sabía por qué me odiaba Danielle. No tenía de qué preocuparse. A partir de aquel momento, David no iba a recibir ni una pizca de estímulo.

Me quité la falda empapada para inspeccionar los daños. Mi piel se veía extrañamente amarilla bajo los fluorescentes del baño, surcada por cicatrices abultadas y pálidas como tenias, y la zona de los muslos de la que habían extraído los injertos convertida en dos desdibujados rectángulos.

Mi cuerpo era una colcha de recordatorios, un mosaico de cicatrices, estados de ánimo y hechos que era mejor guardar en la oscuridad. Aquí, Matt corría conmigo en brazos mientras me ardía la espalda. Aquí es donde mamá sofocó las llamas con su abrigo. Aquí es donde el abuelo MacAllister, senil y aún con vida después del incendio, intentó pellizcarme el culo, así que decidí arrancar la grapa de un panfleto informativo sobre el Alzheimer y clavármela hasta sangrar.

(Mamá gritando: «Ni se les ocurra salvar...».)

Tenía tantas ganas de cortarme que casi podía sentirlo. Pero la idea de que alguien como Danielle fuera capaz de desequilibrar la balanza me enfurecía. No iba a darle tal satisfacción a aquella zorra.

C

Salí del baño treinta segundos después de que sonara el segundo timbre. El río de chicos había menguado hasta convertirse en un arroyo. El señor Anderson estaba apoyado en la pared al pie de las escaleras, pero se apartó de un salto al verme venir. Demasiado tarde: no tenía escapatoria. El día todavía no había terminado y me sentía como si me hubiera pasado la vida entera metiéndome en líos y huyendo de él.

—Toma —dijo tendiéndome un justificante—. Puede que te lo pidan por llegar tarde. ¿Estás bien?

«No». Pero me encogí de hombros vagamente, esperando que lo entendiera como un sí y me dejara marchar.

—Lo estarás. Es cuestión de tiempo.

—Debería irme a clase. De hecho —recordé—, a la biblioteca. Tengo hora de estudio.

—Entonces, acompáñame.

Las palabras de Danielle acudieron entonces a mi mente: al señor Anderson le gustaban las chicas rotas por dentro. Bueno, si eso era cierto, ¿cuál era el problema de Danielle? Lo que fuera.

—Estoy bien.

—De acuerdo —dijo él enseguida—. Sin compromiso.

De pronto me sentí mal. Él sólo estaba siendo amable.

—Lo siento.

—¿Por qué? No tienes que disculparte por nada. Está permitido tener sentimientos.

Vaciló un segundo y luego añadió:

—De vez en cuando, por las mañanas salgo un rato a correr o a montar en bicicleta. Si llegas tan pronto como hoy y alguna vez quieres venir, serás bienvenida. Siempre es más agradable hacer ejercicio en compañía. Y no insistiré para que te unas al equipo, lo prometo.

—Gracias.

Sabía que no aceptaría su ofrecimiento, pero el hecho de que se hubiera preocupado por mí me hizo sentir mejor.

—Lo pensaré.

—Mentirosa —dijo, pero sonrió y añadió—: la oferta está en pie. Ven, iremos a mi despacho. Tengo que dedicar la siguiente hora a preparar las clases, y tengo un secador que puedes usar para la falda. En la habitación trasera tendrás intimidad.

—¿Y la hora de estudio? ¿No debería ir a la biblioteca?

—¿Para qué? —preguntó el señor Anderson—. Estás conmigo.

9: a

Y el resto de ese día...

Bah, ¿a quién le importa? Ya sabes, Bob, la escuela es la escuela, una de esas experiencias vitales por la que todos los chicos tenemos que pasar para convertirnos en vosotros. Entonces nos preguntamos de qué iba todo aquel alboroto, sobre todo mientras limpiamos vuestros pequeños desastres: vertidos tóxicos, guerras, rescate de bancos... En serio, si nosotros hubiéramos acumulado deuda del modo en que lo habéis hecho vosotros, nos habríais castigado, requisado el móvil y obligado a limpiar retretes con un cepillo de dientes hasta devolver el último penique.

En cualquier caso, apuesto a que las cosas no han cambiado mucho desde tu época en la escuela. Los únicos que la disfrutaban son los chicos hiperpopulares, con centenares de amigos en Facebook y una tarjeta de crédito sin límite, o los verdaderos empollones. Y los deportistas, supongo. El resto pasamos desapercibidos o, al menos, lo intentamos.

Así que ahí va la única cosa importante. Dos cosas, de hecho. Vale, tres.

b

Uno:

En clase de química, el señor Anderson no me pidió que me levantara y me ahorré tener que soltar mi discursito. Sí, pasó lista, pero al llegar a mi nombre no alzó la vista ni hizo una pausa, se limitó a seguir y mi nombre se perdió en la maraña general. Tal vez pensó que ya había tenido bastante. De todos modos, para entonces casi todo el mundo conocía mi historia. Así que habría sido una más de la masa de anónimos, si no fuera porque...

c

Dos:

Justo después de que pronunciara mi nombre, Danielle le susurró algo a una compañera. Nada audible, pero cuando empezaron a reírse por lo bajo, el señor Anderson hizo una pausa, la taladró con la mirada y le preguntó si había algo que quisiera compartir.

Danielle parecía asombrada, como si no pudiera creer que le hubiera llamado la atención.

—¿Disculpe?

—Te he preguntado si te gustaría compartir con nosotros tu conversación o bien proseguirla en el pasillo. —El señor Anderson se cruzó de brazos y se apoyó en la

pizarra—. Estaremos encantados de esperar a que acabes.

En el aula reinaba un silencio de muerte. Todos miraban a Danielle, incluso yo. De hecho, no podía evitarlo: me había sentado en la última fila, así que vi cómo el rubor le subía por el cuello.

—No —contestó Danielle con un hilo de voz—. Lo siento. No volverá a pasar.

—Excelente —dijo el señor Anderson—. Bien, ¿por dónde iba? Ah, sí... ¿Jim Morris?

d

Y tres:

El señor Anderson nos dio una charla de media hora sobre seguridad, el currículo, bla, bla, bla. Y luego hizo un experimento.

—Veamos qué le ocurre al hexano líquido en contacto con el aire y sobre un cristal —anunció después de apagar las luces.

Estábamos todos apiñados alrededor de la mesa de pruebas, con los ojos abiertos como platos. Vertió algunas gotas sobre una placa tan grande como la lentilla de un elefante. Después sujetó un pedernal sobre la placa y levantó una lluvia de chispas.

El hexano prendió con un leve siseo. La llama, nítida y muy brillante, casi blanca, ardía lentamente. Todos soltaron exclamaciones de admiración. Si hubieras estado allí, Bob, habrías visto como yo el modo en que el señor Anderson palmeaba el cristal y cogía un puñado de llamas con las manos desnudas.

—Ahora, mirad qué ocurre cuando el hexano está dentro de una botella de plástico. Será mejor que os apartéis un poco.

Cubrió la botella, metió con cuidado una larga varilla por el cuello y prendió una chispa.

¡Bum! El hexano estalló en una fuente de fuego brillante y violenta que escapó a borbotones de la botella, como una antorcha. Todo el mundo soltó un grito ahogado y se oyeron un par de aplausos. Alguien dijo:

—Guau.

—Sí, muy guau. Y esto es lo que tenéis que recordar, chicos: las condiciones en las que se desarrolla un experimento son clave. Si cambias un solo parámetro, podrías alterar el resultado. En la placa de cristal, los vapores se han disipado. Sigue siendo hexano y no es menos volátil, pero consigues una bonita llama controlada. En cambio, si prendes fuego al mismo hexano en un entorno del que los vapores no puedan escapar, obtendrás una explosión no menos hermosa —dijo el señor Anderson—, pero mortal.

10: a

Lo bueno de empezar la escuela una semana antes del Día del Trabajo^[3] es que, después de sólo cuatro días de clase, te espera un fin de semana largo. No hay tiempo de caer en la rutina, y sabes que la semana siguiente también será corta. Así que estás, no sé... desubicada. Al menos yo lo estaba. Si fuera normal y tuviera vida social, habría estado tan contenta como cualquier otra chica de no tener clase al lunes siguiente. En lugar de eso, me vi arrastrada a nuestro peregrinaje de culpa mensual para ver a mi abuelo.

Bien pensado, nunca había sido como cualquier otra chica.

b

—Stephie, cariño.

Antes incluso del incendio, el abuelo MacAllister —el esposo de mi abuela loca, la obsesa sexual— era igual que una gárgola, con su nariz picuda y los ojos brillantes como botones negros. Ahora la mitad izquierda de su cara colgaba flácida, como cera derretida, debido a un derrame que había sufrido en la unidad de cuidados intensivos. La buena noticia era que, la mayor parte del tiempo, no sabía quién era yo. Me confundía con la abuela Stephie, con la tía Betsy —la hermana de mi madre que, sabiamente, se había mudado a Inglaterra y nunca venía a casa— o con una mujer llamada Helen, a la que nadie conocía. (Viendo la mirada lasciva de mi abuelo, me alegraba de no conocerla.) El hecho de que a veces el abuelo pensara que yo era su mujer —la madre de mamá— ponía a mi madre de los nervios.

—Stephie, ¿me has traído el cartón de Camel que te pedí?

—Papá... —dijo mi madre cansinamente.

Alzó la vista desde el alféizar en el que estaba apoyada con su Crackberry, revisando las facturas de la librería. No entiendo por qué se molestaba en llamar «visita» a lo que hacía.

—Mamá está muerta. Ésta es Jenna... Tu nieta.

—No me digas qué es qué, Betsy.

Los labios del abuelo se fruncieron en un puchero húmedo, rollizo y melancólico. Un hilillo de baba le caía permanentemente del lado izquierdo de la boca.

—¿Crees que no reconozco a mi propia esposa?

—Te lo he dicho muchas veces —intervino mi padre, que permanecía de pie en el umbral de la habitación del abuelo, fuera porque el aire era mejor allí o porque le resultaría mucho más fácil salir disparado—. Tienen que subirle la medicación.

Mi madre lo ignoró.

—Soy Emily, papá. Betsy vive en Greenwich y mamá está muerta, ¿te acuerdas? Se ahorcó en un hotel.

—¡Cómo no iba a saberlo!

El semblante del abuelo se ensombreció y sus dedos nudosos tiraron de un pliegue carnoso de la papada. El abuelo era el típico granjero de Wisconsin. De las muchas y variadas... eh... formas de vida a las que se tiraba mi abuela, nunca escribió sobre su marido. Puede que, cuando la abuela era joven y famosa y todavía eran ricos (antes de que el abuelo se fundiera el resto bebiendo y apostando), fuera un tipo bastante decente. Cuando se conocieron, ella tenía veinticinco años; él pasaba de los cuarenta, había enviudado una vez y ya le daba a la botella. Así que tal vez la dejara demasiado tiempo sola, no se la tirara con frecuencia, prefiriera su botella de vodka a ella... No lo sé. Si no se le levantaba, la abuela debía de sentirse aliviada.

El caso es que, desde el derrame, la mezquindad del abuelo había ido saliendo a la luz, como si la piel de su máscara estuviera mudando, dejando sólo la serpiente.

—Dejó todo hecho una maldita porquería para que la lavaran otros, como siempre hacía. Apuesto a que las camareras tardaron varias semanas en sacar la peste de su mierda de la alfombra.

—Ya te lo he dicho. —Mi padre se balanceaba adelante y atrás sobre los talones —. La medicación.

Mamá lo fulminó con la mirada.

—¿Podrías callarte? No estarías así si fuera tu padre.

—Mi padre nunca será como él.

El abuelo me miró bizqueando.

—¿Qué les pasa a estos dos, Stephie?

—No lo sé, Max —le contesté.

—Jenna, te agradecería que no hicieras eso —dijo mamá.

—Oh, ¿qué tiene de malo? —replicó papá—. ¿Crees que dentro de cinco minutos lo va a recordar?

—Es poco respetuoso —señaló mamá.

—Como si tu padre hubiera sido respetuoso alguna vez...

—No pasa nada —dije yo—. Si a él le hace feliz...

Era mentira. No tenía ningún interés en hacer feliz al abuelo. Esperaba que no volviera a reconocermé nunca más.

—¿Lo ves? Conozco a mi propia esposa.

El abuelo alargó el brazo para pellizcarme el culo. Mamá se puso tensa.

—No la toques, papá.

—No importa —dije yo, apartándome antes de que sus dedos pudieran agarrarme con firmeza.

Su contacto me provocó deseos de desprenderme de mi piel como si fuera un guante. Por suerte, no podía alcanzarme porque el personal lo había atado a la silla de ruedas.

—Siento no haberte traído los cigarrillos. Lo olvidé —le dije.

—Excusas. —La expresión del abuelo se tornó huraña—. Zorra estúpida.

—Jeeeeeeena —me advirtió mamá—. No lo excites.

—No le echas la culpa a ella —intervino papá cambiando de cantinela—. No puede confundirlo más de lo que ya está.

—Callaos ya, chupapollas —exclamó el abuelo—. Es mi mujer, no la vuestra.

Los médicos nos habían explicado que la apoplejía del abuelo era del tipo «desinhibidor», un término médico rebuscado para decir que ahora soltaba lo que quería cuando quería. Pensándolo bien, tampoco suponía un gran cambio.

—Ya te advertí sobre lo de escuchar a esos médicos.

El abuelo agitó la punta del dedo índice frente a mi cara. Había sido un fumador empedernido, y las manchas de nicotina le llegaban hasta los nudillos.

—Ya es bastante desagradable tener que pasarme todo el día aquí sentado, ¿es que no puedo fumarme tranquilamente un cigarrillo?

—No está permitido, Max —le expliqué—. Ya sé que es duro. Lo siento.

—Jesús —dijo mi madre.

—Que lo sientes...

El abuelo emitió un sonido que empezó en un tono de indignación y se convirtió en una tos flemática. Quiso escupir en la garra en que se había convertido su mano, sólo que gran parte de la flema le aterrizó en la barbilla y le resbaló por la garganta. Luego se limpió la mano llena de mocos en el muslo.

—Siempre pidiendo perdón como una zo...

—¡Papá! —exclamó mi madre.

—¿Qué? —preguntó él.

Sin embargo, estaba claro que mamá lo había desconcentrado, porque la mirada del abuelo se tornó confusa.

—Está bien —continuó en tono más calmado—, está bien.

Se rascó la barba de dos días de su mejilla con las garras y luego sus ojos recorrieron mi cara. Parpadeó una vez, dos, como un lagarto soñoliento.

—Sólo hablaba con Betsy; estábamos manteniendo una agradable... —hizo una pausa para buscar las palabras— charla entre padre e hija.

—Ya estamos otra vez —dijo papá.

Mamá: «Papá, ésta tampoco es Betsy».

Abuelo (a mí): «Y qué, niña, ¿por dónde anda ese marido tuyo?».

Yo: «Oh, ya sabes, en casa, cortando el césped».

Mamá: «Jenna, no tiene gracia».

Abuelo: «¿Por fin se ha puesto a trabajar? Ya era hora. Te dije que no te casaras con él. Cualquiera con dos dedos de frente se hubiera dado cuenta de que las mujeres no le entusiasmaban demasiado».

Yo: «Lo sé, pero ¿qué puedo decir? Estaba enamorada».

Mamá: «¡Jenna!».

Papá: «Yo lo encuentro muy divertido».

Mamá: «Claro, no es tu padre».

Papá: «Gracias a Dios».

Abuelo: «No estoy sordo, Stewart; muchas gracias».

Papá: «Me alegra saberlo, Max, pero me llamo Elliot. ¿En qué año estamos, Max?».

Mamá: «Elliot».

Abuelo: «¿Y eso qué tiene que ver?».

Papá: «¿Qué día es hoy?».

Mamá: «¡Elliot!».

Papá: «¿Qué? Sólo le estoy orientando. ¿Quién es el presidente, Max?».

Abuelo: «Nixon. ¡Ja! Creías que ibas a pillarme, ¿eh?».

Papá: «Eres una lumbrera, Max».

Abuelo: «No lo dudes. Y Stewart, no creas ni por un momento que no sé que votaste por ese maldito Kennedy».

Mamá: «Oh, por...».

Papá (en un bocadillo que representaba su pensamiento, como en los cómics): «Te lo dije».

Abuelo: «Es un hijo de puta chaquetero. Un charlatán que se tira a cualquier cosa con un agu...».

Mamá (cerrando la Crackberry): «Sí, creo que ha llegado la hora de que nos marchemos».

Pensándolo bien, Bob, puede que el abuelo y la abuela se merecieran el uno al otro.

C

Mientras mamá iba a quejarse a las enfermeras, traté de despedirme del abuelo con un beso al aire.

Sin embargo, al acercarme, su mirada se afiló y supe que me había reconocido.

—Jenna, eres tan dulce; mi amorcito.

Su alientoapestaba a tabaco rancio, a los huevos revueltos de esa mañana y a la podredumbre de su pecho.

—Vuelve a visitar a tu viejo abuelo cuando quieras.

—Sí —respondí, y di un paso atrás mientras él trataba de agarrarme de nuevo sin conseguir alcanzarme—. Claro.

Salimos de la habitación; papá se fue a separar a mamá de las enfermeras mientras yo me escabullía al baño, que olía a polvos de talco y pedos de viejo. Todos los retretes estaban elevados y equipados para minusválidos. Me senté sobre uno de ellos y me rodeé la tripa con los brazos, con fuerza. Si hubiera tenido un ordenador habría escrito un mail a Matt, cosa que a veces me ayudaba, pero no tenía esa opción. Tenía el vientre contraído y la piel injertada me quemaba con tanto ardor y fiereza

como cuando me la trasplantaron.

(Nota para Bob: lo que no te cuentan antes de la operación es que, además de los injertos, las zonas de origen duelen tanto como quemaduras de segundo grado, y durante el mismo tiempo. Estuve ardiendo, de un modo u otro, durante aproximadamente un año y medio.)

El cierre metálico del reloj de pulsera no era ni de lejos lo bastante afilado, pero tenía que hacerlo; tenía que hacerlo. Aquella superficie de piel inmaculada a la izquierda, debajo del ombligo, me pareció perfecta. «Sí, sí, venga, vamos». Trabajé a conciencia; hurgué, escarbé y pellizqué mientras la piel se me escurría entre los dedos. Mi labio superior se cubrió de sudor frío, y una gota me resbaló por la nuca y se deslizó entre los implantes de mi espalda. «Me tocó me vio me tocó me vio».

(Mamá aullando: «No, no lo hagas...».)

Al final, una burbuja roja se hinchó y estalló, y yo suspiré aliviada al tiempo que la sangre brotaba y expulsaba el veneno del abuelo.

En el psiquiátrico había otra chica que se cortaba. Grababa palabras y letras en su piel. Pero yo no.

Francamente, Bob: ¿cómo se graba un grito?

11: a

Mis padres se pusieron manos a la obra en cuanto salimos del aparcamiento.

Mamá: «No ha ido tan mal, ¿no?».

Decía lo mismo cada vez. Papá siempre mantenía la vista fija al frente y dejaba que el silencio se alargara.

Mamá (con un tono de voz afilado, como si nos desafiara a contradecirla): «Creo que esta vez tenía mucho mejor aspecto».

Papá: «Estaba más delgado y confundido, Emily. Sus temblores han empeorado y no hay duda de que está desorientado. Deberías firmar una orden de no reanimación».

Mamá: «Eso no es lo que él quiere».

Papá: (Murmura algo entre dientes.)

Mamá: «No te he entendido».

Papá: (Silencio.)

Mamá: «¿Perdona?».

Papá: «He dicho que nos harías un favor a todos si firmaras la orden. El último ataque le habría matado, pero no, tuviste que impedirlo. Emily, sigues actuando movida por el sentimiento de culpa. Deja que se marche».

Mamá: «No pienso ser partícipe del asesinato de mi padre».

Papá (con un resoplido de risa): «Ésa sí que es buena».

Mamá: «¿Qué has dicho? ¿Qué demonios acabas de decir?».

Yo: «No os peleéis. Por favor».

Mamá: «Tiene que estar mejor atendido».

Papá: «Tienes que dejarlo marchar».

—No me digas qué hacer con mi...

—No podemos permitirnos...

—Prometí que...

—No me sorprendería que hubiera puesto la soga alrededor del cuello de tu madre...

—¿Cómo te atreves...?

—Oh, mira quién habla. Primero él, luego tu hija y ahora tú y esa maldita librería que nos está chupando...

—Trabajo tan duro como tú.

—¿Sabes de dónde vienen los trastornos mentales en esta familia? De mi parte no, desde luego; mi padre...

—No menciones a...

—... aún está cuerdo.

—... ¡mi madre! ¡No me vengas con esa mierda! Los problemas de Jenna no son...

Y así sin parar. Se lanzaron puñales y el aire se cortó y se desgarró y aulló.

Yo me enchufé los cascos y puse Nine Inch Nails a todo trapo, hasta que me

sangraron los oídos.

b

En casa.

Mis padres se metieron en la cocina para continuar su «discusión». Yo salí disparada escaleras arriba hacia mi habitación, puse Hurt, abrí mi cuenta fantasma y releí el mail de Matt de ese día.

De: Lord, Matthew, Sargento
Para: Jenna Lord
Asunto: RE: El frente del hogar

Jenna, no debes sentirte nunca mal por contarme lo que pasa. Durante mucho tiempo pensé en ti todos los días, sola con ellos y probablemente volviéndote loca. ¿Te acuerdas de cuando me marché a hacer la instrucción básica, y sólo mamá y tú vinisteis a despedirme?

Sí, lo recordaba. Me agarré a una bandera americana en miniatura mientras mamá sollozaba. Yo no quería que Matt se preocupara por mí, pero, por dentro, estaba temblando. Matt era mi protector. Ahora ya no quedaba nadie entre nuestro padre y yo, entre mis padres y yo, entre las llamas y yo.

Al principio no podía dejar de pensar en ese día, en lo que había dejado atrás, y me pasaba el rato mirando por encima del hombro, buscándoos, ¿me entiendes? Pero en cuanto cruzas la alambrada por primera vez, estás en el presente. Si no, eres hombre muerto. Sólo puedes permitirte ver el presente. Así que te inquietas por esa bota tirada en medio de la calle y por la forma en que el tendero se ha escabullido dentro de su tienda; todo está en silencio, un silencio denso, y ¿dónde están los niños? Cuando todo el mundo desaparece sabes que algo malo va a pasar.

Así que finjo. O quizá miento, no lo sé. Para llegar al final del día tienes que decidir que no existe pasado ni familia alguna a la que regresar. Te dices a ti mismo que ya estás muerto y enterrado...

—¡Eso no es cierto! —El tono de mamá era agudo, lo bastante para hacer añicos el cristal—. Sabes que trabajo tanto como...

Papá: (Algo insensible y mezquino que no pude descifrar.)

Mamá: «... perdóname... por intentar... ¡siempre rebatiéndome!».

Papá (elevando el tono, más mezquino): «No insistas...».

Mamá: «... quien... ¡tirándote esta semana!».

Papá (en un tono muy alto): «... bebiendo... ¡no me provoques!».

Mamá: «... no tienes huevos para...».

De pronto se oyó un violento «bum». Los cristales de mi ventana temblaron. Mamá gritó.

El corazón me subió a la garganta. Salí corriendo de mi habitación pero me detuve en el descansillo, sin saber bien qué hacer. Seguro que me entiendes, Bob. Una cosa es correr hacia un accidente que ya ha ocurrido para ver si puedes ayudar, y otra muy distinta meterte de un salto en el coche justo antes de que se estampe contra

el árbol.

—¿Mamá? ¿Papá?

Silencio.

—¿Papá?

Puse un pie con cautela en el primer escalón, luego en el segundo y después en el tercero. Me dolían las cicatrices y los implantes entre los omoplatos tiraban de mí, como si intentaran retenerme.

—¿Mamá?

Nada más, lo cual no significaba necesariamente ni una cosa ni otra. Habían pasado unos cinco segundos desde el «bum» y ahora tenía que elegir entre bajar las escaleras o volver a mi habitación y fingir que no había oído nada.

Tienes tres oportunidades para adivinarlo, Bob.

C

La cocina estaba... mal.

Mi madre se hallaba medio encogida por el miedo, con las manos levantadas en el aire, frente a la cara. Mi padre resoplaba como un toro. En el aire flotaba una nube de polvo y había más sobre el suelo de la cocina. La sangre y el yeso cubrían los nudillos de la mano derecha de mi padre. En la pared, junto a la oreja de mamá, había un cráter del tamaño de un puño.

—Vuelve arriba, Jenna —me dijo Psico-papi sin apartar los ojos de mamá.

—Pero... papá —susurré—. Mamá.

—Te he dicho que vayas arriba.

La sangre caía en grandes gotas carmesí sobre los azulejos color crema.

—¿Qué parte es la que no has entendido?

No me moví, aunque el mosaico de carne tierna y ajada del estómago y la espalda tiraba con fuerza. Por un momento pensé en llamar a Emergencias, pero ¿para contarles qué, exactamente? ¿Que el psicótico de mi padre había matado la pared de la cocina?

—Mamá, ¿quieres que...? ¿Prefieres que me qu...?

—No. Vete, Jenna —respondió en un tono monocorde, fantasmagórico, moribundo—. Estaré bien. Sé una buena chica y sube a tu cuarto.

Si iba, si hacía lo que me decían, no estaría más que fingiendo otra vez, como en el hospital y en la escuela. Finge que no has oído eso, Jenna. Vete a escuchar música, Jenna. Cuéntate una bonita historia, Jenna, y todo irá bien.

Convéncete de que estás muerta, igual que hace Matt, para que el pasado no pueda herirte.

Ojalá pudiera decirte que llamé a Emergencias, Bob. Ojalá pudiera decirte que me interpose entre ellos como un escudo humano y le espeté a mi padre que, si tenía

ganas de pegar a alguien, empezara por mí. Tal vez Matt lo hubiera hecho. Sin duda había tratado de protegerme, aunque no siempre había servido de algo.

Ojalá hubiera alguna otra historia que pudiera contarte, Bob.

Pero querías la verdad, ¿recuerdas?

Pues ahí va: fui una chica buena e hice lo que me mandaban.

12: a

Cinco minutos más tarde oí cómo la puerta del garaje subía y bajaba; después, el sonido apagado de los armarios de la cocina y el delicado tintineo del hielo contra el cristal. Sabía qué estaba pasando. Mamá estaba a punto de sacar la botella de Stolichnaya que guardaba escondida detrás de un paquete tamaño gigante de jabón para lavavajillas y servirse el primer trago de la tarde. Era lo que ocurría siempre que papá y ella discutían, y puesto que lo hacían al menos un par de veces por semana, mi madre le daba mucho al vodka.

Al cabo de un momento se oyó el murmullo de la televisión. El canal de cocina, seguramente. Cuando mamá empezaba con el Stolichnaya, era incapaz de distinguir cuándo veía a alguien cocinar y cuándo lo hacía ella misma.

Una hora más tarde bajé las escaleras. Mamá estaba desplomada en el sofá, con un paño sobre los ojos. Paula Deen soltaba chorradas sobre el melocotón desde el televisor. Tapé a mamá con una vieja manta de ganchillo que había tejido cuando estaba embarazada de mí.

¿Alguna vez has observado a alguien mientras duerme, Bob? Me refiero a estudiarlo con detenimiento. ¿A tu mujer, quizá? En las películas y los libros, los amantes lo hacen todo el tiempo. Hay una serie de televisión muy antigua —de ciencia ficción, Bob, así que supongo que, siendo una persona tan realista, nunca la has visto— en la que salía una tribu alienígena que practicaba un ritual. Cada miembro de la pareja pasaba una noche despierto mientras el otro dormía, porque ése es el momento en que todo lo artificial se desvanece. Lo que se ve entonces es lo que hay detrás de la máscara, el verdadero rostro.

Lo cual me lleva a la pregunta siguiente, Bob: cuando me miraste después del incendio, ¿qué viste?

¿A quién?

b

Y hablando de máscaras, deja que te cuente un secreto, Bobby.

Cuando era pequeña, jugaba a disfrazarme. No sólo de Ariel. Me metía a hurtadillas en el armario de mi madre y me enfundaba en vestidos de seda que olían a rosas fragantes y me tambaleaba sobre sus zapatos de tacón.

Cuando era pequeña, me sentaba frente al antiguo tocador con cinco espejos de mi madre y contemplaba mi imagen repetida muchas veces, cada una en su propio mundo. Todos mis yos nos peinábamos con el pesado cepillo de plata de nuestra madre. Nos delineábamos los ojos y la boca y nos empolvábamos las mejillas con su maquillaje. Cada yo era distinta de la otra y al mismo tiempo igual, como los ángulos de un triángulo o las caras de un diamante.

Cuando era pequeña, solíamos reunirnos en familia para ver películas. Sonreíamos. Nos tocábamos. En aquel entonces, nada de todo eso era mentira.

Hay una película buenísima de Coppola, Bob, *La conversación*, donde la verdadera historia reside en los matices: como quién eres y lo que estás preparado para oír influye en tu percepción de lo que en realidad se dice. En una de las escenas, una mujer ve a un borracho en la calle y dice algo como que ese pobre tipo fue alguna vez el bebé de alguien, que alguien lo amó y lo cuidó, pero había acabado siendo un borrachuzo.

Ésos somos nosotros, Bob. Miro atrás y me acuerdo de que yo era la niña de mis padres. Matt aún no se había marchado, y éramos una familia.

Lo que recuerdo de ellos, Bob, es amor.

Dormida, la máscara de mi madre había caído para revelar el fantasma de una hermosa chica que había reunido el coraje para leerle sus poemas a un joven y atractivo cirujano residente de Harvard durante un picnic en la playa, junto al mar azul y cristalino.

Y me acuerdo, Bob, de lo que sentía cuando era pequeña.

Mi madre era una reina y yo quería ser como ella.

Ahí estaba, casi una adulta y siendo solamente yo, con una madre que se agarraba un pedo seis días de cada siete y un capullo psicópata como padre. Matt era el único ser puro que quedaba, y se había marchado.

C

Después de arropar a mi madre, me preparé un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada con el cuchillo menos afilado que encontré y me lo comí apoyada en el fregadero. Luego metí mi plato sucio y el vaso de vodka vacío de mamá en el lavavajillas. Si tuviera agallas habría tirado el Stolichnaya a la basura, pero los dos sabemos bien que no es así como funciona, Bob.

En lugar de eso, metí la botella en su escondite, apagué el televisor y me fui a la cama.

13: a

Casi un mes más tarde, me encontraba en mi escondite de la biblioteca mirando a Danielle y a las demás chicas del equipo de *cross* mientras hacían series cronometradas. Danielle iba en cabeza, con la coleta rubia ondeando como una crin, lo cual no era mucho decir. Tal vez fuera rápida, pero sólo porque las otras chicas iban pisando huevos. El estilo de Danielle era penoso: se movía como un canguro, arriba y abajo, en lugar de planear y empujar, planear, empujar y estirar. Si fueras corredor, Bob, entenderías lo que quiero decir. Concentraba toda su energía en el impulso, no en la velocidad. El señor Anderson esperaba en la meta con un cronómetro en la mano; cuando Danielle llegó le dijo algo que pareció cabrearla, porque se apartó del grupo con las manos en las caderas y frunció el ceño mientras pateaba la hierba.

Miré el reloj. Su tiempo en los doscientos era para tirarlo al retrete: cinco segundos más lenta que la semana anterior. Alcé la vista a tiempo de ver al señor Anderson soplar el silbato y dirigirse hacia las otras chicas para que terminaran y se le acercaran. Danielle estaba sentada en las gradas interpretando su papelón de ofendida. Puede que el señor Anderson se hubiera hartado de ella y le hubiera mandado sentarse durante el resto del entrenamiento. Ya era hora. La había visto enfadarse varias veces —en clase, en la pista de atletismo— y me maravillaba que no la hubiera echado. Aquel tío tenía la paciencia de un santo.

O eso, o le gustaba que abusaran de él.

b

Me había adaptado a la escuela. Las clases no eran complicadas, mi preferida era la de química (menuda sorpresa) y me llevaba bien con... vale, vale, evitaba a casi todo el mundo.

Menos a Danielle.

No estaba segura de que tuviera que ver sólo con David. Él era el ayudante del señor Anderson, así que me era imposible no verle cada día. Nos saludábamos y él intentaba convencerme para que me uniera a la comisión de festejos de la cena anual de ex alumnos, así conocería a gente distinta. Yo me escaqueaba aludiendo que vivía muy lejos, bla, bla, bla. Al final dejó de intentarlo, pero seguía siendo bastante simpático y a mí me parecía bien.

Sin embargo, Danielle no dejaba pasar la oportunidad de hacer comentarios sarcásticos. Cuando a Dewerman se le metió en la cabeza que hiciéramos un trabajo extra sobre la creatividad y el suicidio, fue, por supuesto, por mi culpa. Teníamos que elegir un nombre de una lista de escritores famosos que se habían suicidado, y luego descubrir si había algo en su obra que explicara por qué optaron por suicidarse.

Gracias a Dios, la abuela no estaba en la lista. Ni siquiera Dewerman era tan negado.

—Sed creativos, chicos —nos animó—. Quiero que decidáis si lo que estáis leyendo es literatura en mayúsculas o sólo se la considera como tal porque el autor ha estirado la pata. Estudiad la red de conexiones que configuran la vida de una persona y tirad de los hilos, comprobad si están realmente conectados.

Desconcierto. Un chico levantó la mano.

—Mmmm... pero ¿cuáles son los deberes?

—Sócrates dijo que una vida sin análisis no es digna de ser vivida. ¿Leemos estos libros sólo porque un crítico nos lo dice?

—No —respondió un listillo—. Porque nos lo mandan.

—Estoy hecha un lío —dijo Danielle mirándome con mala cara, pero dirigiéndose a Dewerman—. ¿Quiere que escribamos una redacción, un poema o lo que sea con el estilo de ese escritor, que pintemos un cuadro o qué?

—Sí —dijo Dewerman, lo que desencadenó otra oleada de risas.

Aquello hizo que Danielle me lanzara más rayos mortales con la mirada. Yo aún no había elegido a nadie de la cada vez más escasa lista de Dewerman. No sé qué estaba esperando. Inspiración, tal vez. O quizá daba por hecho que mi nombre sería el del escritor que nadie más quisiera, lo cual me parecía bien.

C

Sé que te costará creerlo, Bob, pero a pesar de su amabilidad, también evitaba al señor Anderson. Tal vez mi instinto de reptil —el que me dice cuándo echar a correr o cuándo mimetizarme con el paisaje— me estaba enviando señales. O yo mantenía la cabeza gacha, no lo sé. Sólo quería pasar los días con el mínimo dramatismo posible.

Pero esquivar no es lo mismo que ignorar. No lo hacía. Yo... le observaba. Sobre todo desde mi escondite detrás del cristal de la biblioteca. Si la bibliotecaria no estaba cuando yo llegaba por la mañana, esperaba afuera, en la acera, a cubierto. Así podía contemplar al señor Anderson cuando llegaba después de correr (los lunes, miércoles y viernes) o de montar en bicicleta (martes y jueves). El bosque quedaba al oeste del campus y, cuando emergía de entre los árboles, el sol naciente le iluminaba, se posaba en él y lo teñía de oro, como un dios romano. Me gustaba verlo en movimiento, la forma en que su cuerpo cortaba el aire con suavidad, las fibras de sus músculos en acción. Se notaba lo fuerte que estaba. Tal vez sospechara mi presencia, pero nunca dijo nada ni miró en mi dirección. Cuando cada mañana me dirigía a mi taquilla, oía la música que salía de su aula —jazz, clásica, ópera, canciones antiguas— y podía olerle, recién salido de la ducha: húmedo, verde oscuro y misterioso como los bosques.

Aun así, en clase me trataba como al resto, hasta el punto de que aquella primera

hora juntos de aquel primer día se convirtió en una historia que me había contado a mí misma. No una mentira, pero tampoco la pura realidad.

No era la única que se fijaba en él. El día en que anunció que iba a buscar un nuevo ayudante, la chica sentada a mi lado murmuró que le encantaría ayudar al señor Anderson de la forma que él quisiera, lo que hizo reír a todas las demás, incluida Danielle. Aunque a mí no.

Iba a la cafetería a almorzar un par de veces a la semana, cuando reunía el valor suficiente para engullir un bocadillo apartada en una esquina donde no se sentaba nadie más. David me dirigía sus esporádicas y elocuentes miradas, por lo general cuando Danielle estaba ocupada cotorreando con alguna de sus acólitas, pero yo siempre apartaba la mía. El señor Anderson miraba hacia donde yo estaba, a veces me dedicaba un gesto o una sonrisa, pero nunca se me acercaba delante del resto de chicos. Me gusta pensar que era lo bastante sensible para darse cuenta de que aquello me hubiera hecho parecer más patética de lo que ya me sentía. Él tenía turno en la cafetería tres veces por semana, así sabía que yo me saltaba el almuerzo más veces de las que iba. Dado que justo antes tenía clase de gimnasia, mi excusa perfecta — ducharme, cambiarme de ropa— era legítima. Durante el resto de la hora del almuerzo, llegué a conocer las pintadas de todos los retretes de todos los baños.

Sin embargo, unas dos semanas después del comienzo del curso, me libré por los pelos. El primer timbre ya había sonado y yo estaba saliendo del lavabo con la intención de correr hacia la biblioteca para mi hora de estudio, cuando miré hacia arriba y vi a la señora Sherman de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. Me señaló con el índice.

—Se suponía que debías pasar por mi despacho la semana pasada. Teníamos una cita justo después del almuerzo, no sé si te acuerdas. Sé que te pasaron el aviso. ¿Por qué me evitas, Jenna?

—¿Eh? Estoy...

¿Me habían pasado un aviso? No lo recordaba.

—¿Señorita Lord?

La señora Sherman y yo nos volvimos hacia el señor Anderson, que se acercaba.

—Señorita Lord, ¿qué hace? Es hora de empezar... Oh, hola, Rosalie. Lo siento. ¿Tienes que hablar con la señorita Lord? ¿No puede esperar?

—Bueno. —La señora Sherman parecía tan sorprendida como yo—. Sólo quería hacer una comprobación. Teníamos una cita a la que no acudí. —Y añadió dirigiéndose a mí—: ¿Así que ayudas al señor Anderson en tus horas de estudio?

—Em... —dije yo—, ¿a veces?

¿Lo había pronunciado como una pregunta?

—Lo hace muy bien —intervino el señor Anderson—. Le insisto en que sea mi ayudante, pero se hace de rogar. —Arqueó las cejas al tiempo que me miraba—. ¿Qué? ¿Hoy?

—Oh... —Lo intenté de nuevo—: Claro.

—Bien, entonces no te entretengo más, Jenna —decidió la señora Sherman—. Por lo que parece, te estás adaptando bien.

—Sí —contesté al final. Lo sé: muy elocuente—. Todo va genial.

—Excelente. No mires atrás —me conminó el señor Anderson mientras subíamos las escaleras.

Sonó el último timbre y los pasillos se vaciaron, excepto por uno o dos rezagados. Al llegar a su despacho, dijo:

—Bueno, aquí es donde yo me bajo. Puedes trabajar en mi despacho durante tu hora de estudio, ya lo sabes. O... —sus labios se fruncieron en una sonrisa— comerte el bocadillo que aún no has sacado de la taquilla.

No sabía si debía darle las gracias.

—¿Por qué lo ha hecho?

Se encogió de hombros.

—Tenías aspecto de necesitar que te rescataran; te estaba soltando un rollo. La gente como el Tanque me cansa. Sus intenciones son buenas, pero se me ocurren pocas cosas peores que el hecho de que te recuerden constantemente experiencias que preferirías olvidar. Además, ¿qué cree que le vas a contar?

«Todas las cosas que no me importaría contarte a ti». Eso es lo que pensé, Bob. Por supuesto, me quedé callada. Nos despedimos y nos separamos. No recuerdo si ese día me comí el bocadillo.

Aun así, aquello fue como... el principio de algo. Algunas noches, se dejaba caer por la biblioteca de camino a su coche, según decía, para ver cómo me iba. Hablaba del equipo de *cross*, que no lo estaba haciendo muy bien, pero no me presionaba para que me uniera al grupo. Otros días no venía, pero miraba hacia mi ventana mientras cruzaba el aparcamiento y me saludaba con la mano. Los cristales estaban tintados, y nunca supe si me veía devolverle el saludo. Pero sabía que yo estaba allí, Bob, lo sabía.

d

Y entonces, diez días antes de la fiesta literaria de mamá, un martes...

Siete menos cuarto y sin señales de mamá. En diez minutos oscurecería, y en un cuarto de hora cerrarían la biblioteca. Los focos del campo inferior, donde se estaba disputando un partido de fútbol, brillaban a través de las ventanas. El equipo de fútbol americano bregaba en el campo de arriba. Más allá, desde los primeros árboles del bosque, se extendía un denso manto de oscuridad.

Cuando cerró la biblioteca me encontré sin saber qué hacer. Aún no tenía móvil. No podía ir a ninguna parte. Y aunque pudiera, me daba miedo que mamá llegara, no me encontrara y se enfadara. Andaba muy estresada con la librería y la fiesta. Pasaba una mala época y había tenido que despedir a dos empleados; ahora ella y Evan, el

encargado, se ocupaban de todo. Lo último que necesitaba era que yo desapareciera en combate. Así que, pensé, cuando la bibliotecaria me echara lo mejor sería esperar en la acera. Si me asustaba, siempre podía caminar bajo las luces de los soportales.

Una de las dudosas ventajas de llegar pronto y tener que quedarme siempre hasta tarde era que podía hacer los deberes y usar el ordenador de la biblioteca para escribir a Matt, lo cual era mucho más seguro que hacerlo desde casa, porque me estaba prohibido cerrar con llave la puerta de mi habitación. (Sinceramente, Bob, resulta sorprendente lo mucho que se parece una política de puertas abiertas a vivir en una cárcel. Hay tantas cosas que no haces y que no puedes hacer...) Así que encontré la frase en la que Matt me preguntaba cómo iban las cosas y empecé a escribir la respuesta.

Que cómo me van las cosas, pregunta el tío. Ja. ¿Después de todo lo que has pasado tú? Eres muy valiente. Mi vida no es ni de lejos tan emocionante. La escuela es... ya sabes, la escuela :<P. Pero es mejor que el hospital. Mi asignatura preferida es química. Tengo un profesor increíble...

—Hola.

Me sobresalté tanto que di un respingo. La bibliotecaria siempre se retiraba a su despacho para poder contar los segundos hasta que yo me marchara y dejara de ser su mayor incordio. Nadie más utilizaba la biblioteca a aquellas horas. Había estado tan absorta que no había oído entrar a nadie. Volví la cabeza.

—Oh —dije—. Hola.

—Hola.

El pelo oscuro de David estaba húmedo, y tenía el labio superior perlado de sudor. Olía a jabón de vestuario y a cuero. Llevaba una mochila colgada del hombro derecho, y una bolsa de deporte lo bastante grande como para meter un chelo en el izquierdo.

—¿Te apetece compañía?

—Uh —dije yo—. ¿Qué haces aquí?

Genial. Como si el chico no tuviera derecho a estar en la biblioteca de la escuela.

—Entrenamiento de esgrima.

Encogió el hombro izquierdo, del que colgaba su gigantesca bolsa.

—Te he visto desde el pasillo. De hecho, te veo aquí todas las tardes, pero normalmente a estas horas ya te has marchado.

¿Me había visto todos los días? La idea de que a cualquiera que no fuera un profesor o un consejero se le ocurriera mirar —o preocuparse por mí— me chirriaba.

—Sí, tengo que... esperar a mi madre. Llega tarde.

—Qué putada. ¿La has llamado?

—No tengo teléfono.

—Anda ya. ¿No tienes móvil?

—Yo... nunca lo he necesitado. Quiero decir que... —intenté bromear— ¿quién iba a llamarme?

—Si no tienes teléfono, ¿cómo vas a saberlo? —preguntó frunciendo el ceño—. En serio, deberías tener uno, al menos para emergencias.

Movió una mano hacia el bolsillo delantero de sus tejanos.

—¿Quieres usar el mío?

—No, gracias. Lo más seguro es que mi madre se haya entretenido en la librería, eso es todo.

—Vale.

David me observó un momento.

—¿Cómo es que no tienes coche? —continuó.

«¿De cuánto tiempo dispones?»

—Puede que me compren uno. —Tampoco tenía carné de conducir, pero no me había preguntado sobre eso—. A lo mejor este verano.

—Bueno, qué putada —repitió él—. Tener que esperar debe de ser un coñazo.

—La verdad es que no me importa. —Y añadió, sonriente y animada—: Así puedo hacer los deberes.

Dios, aquello sonaba patético.

—Yo no soportaría tener que depender de mis viejos todo el tiempo. Me volvería loco.

«Eso a mí ya me ha pasado». No sabía qué decir, así que permanecí en silencio. No entendía qué hacía hablando conmigo: las elecciones al consejo estudiantil ya se habían celebrado. (Sí, Bob, David las había ganado.)

Después de otro momento de silencio, David se descolgó la bolsa de deporte y la dejó en el suelo con un tintineo metálico.

—Bueno —dijo mientras se dejaba caer en una silla junto a mí—, ¿y en qué estás trabajando?

—Oh.

Intenté minimizar la ventana, pero él estaba ya inclinado por encima de mi hombro derecho, ojeando el correo. A esa distancia, podía distinguir también la fina película de sudor que le empapaba las sienes. Olía... realmente bien.

—Oh, es un correo. Para mi hermano.

—¿Sí? ¿Dónde está?

—Lejos —contesté, y luego cerré la cuenta—. Es privado.

—Ah, vale. Claro —dijo él, con la naturalidad suficiente para que yo pensara que no había visto la palabra «hospital». O puede que fuera lo bastante amable para no decir nada.

Aunque, pensándolo mejor, llegué a la conclusión de que no había captado la palabra. David era un tío decente y no parecía tan buen mentiroso. Créeme, Bob, los mentirosos nos reconocemos enseguida.

Un rato más de silencio incómodo. Miré a la bibliotecaria, que nos observaba desde la ventana de su despacho. Dios sabe qué creía que iba a ocurrir. Nuestras miradas se cruzaron y entonces hizo el acostumbrado ritual de mirarse el reloj. Como

si cada día viniera un chico a verme en el último segundo para fastidiarla a ella.

Me volví hacia David.

—¿Qué tal el entrenamiento?

—No muy bien.

Arrugó la nariz, apartó la silla y luego se retrepó con languidez, de modo que la camisa se le subió dejando a la vista la piel desnuda.

—Me cuesta concentrarme. Estoy cometiendo muchos errores estúpidos.

—Ah.

Su estómago me miraba a la cara, así que no pude evitar mirarlo a mi vez. A David le faltaban un par de pastillas para completar la tableta de chocolate, pero aun así, su abdomen lucía fibroso y esbelto... y cruzado por moratones. Algunos eran recientes, pápulas violentas y moradas; otros, de un amarillo verdoso, se estaban curando. Parecía que le hubieran azotado con un látigo.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Eh?

Desconcertado, siguió mi mirada y luego se levantó el borde de la camisa y se examinó la piel, como si la viera por primera vez.

—Oh, son cortes de sable. Te acostumbras a ellos.

—Pero ¿no duelen?

—Sí, pero el sable no es como el florete o la espada. Puedes puntuar con toda la hoja, no sólo con la punta, y hacer blanco de cintura para arriba. Así que es bastante rápido, y hay muchos cortes y heridas.

En su rostro se dibujó una media sonrisa.

—Supongo que por eso me gusta. Pero el entrenador cree que este año estoy más interesado en ganar a cualquier precio.

—¿Y eso?

Mis ojos se centraron en el extremo de una cicatriz muy rosada, tan gruesa como mi dedo meñique, que serpenteaba por su costado derecho, debajo de las costillas. Palabra de experta, Bob: ese corte había sido profundo y doloroso.

—Supongo que estoy cabreado.

Su risa no tenía rastro de humor; parecía más bien un ladrido.

—Ya sabes; cosas...

Cosas... Aquello era una invitación en toda regla para continuar. Porque la verdad, Bob, es que había olvidado cómo hablar con la gente normal. Ya sabes, el intercambio de frases, las mentiras inofensivas, los agujeros negros que evitas porque los amigos saben lo que no hay que decir... Lo peor de un psiquiátrico es que has de medir siempre tus palabras. A los terapeutas les encantan los mensajes ocultos, sobre todo cuando sus pacientes se transforman en mini-yos. Como si cuanta más gente estuviera de acuerdo contigo, más razón tuvieras. Los verdaderos psicópatas son quienes mejor saben hacerlo, porque son unos completos aduladores, unos excelentes mentirosos, y cuando el terapeuta está mirando, te taladran hasta que te enfadas o

bien te rindes y les das la razón: sí, sí, lo que has dicho no es lo que querías decir. El silencio no es una alternativa. El silencio es resistencia y, como todos sabemos, la resistencia es fútil.

David quería hablar, eso estaba claro. ¿Por qué otra razón iba a preocuparse por alguien como yo? Así que la respuesta normal habría sido: «¿A qué cosas te refieres?».

En lugar de eso, pregunté:

—¿De qué es ésa?

Una expresión de sorpresa le cruzó el semblante.

—¿Dónde? Oh.

Se remangó la camisa y vi que el corte le había rasgado la piel hasta la axila.

—¿Eso? Es del año pasado. La hoja de mi contrincante se partió en pleno combate y me atravesó la chaqueta. Ocurre más a menudo de lo que te imaginas.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque la hoja de un sable es muy flexible y ligera, así que puedes moverte con rapidez. Las hojas se rompen constantemente. Aunque los médicos dijeron que había tenido suerte de que el corte fuera ascendente y no hacia dentro. Había sangre por todas partes. Los entrenadores y el árbitro se pusieron como locos. Y yo también.

—Guau —dije yo.

Y, de repente, mi mano flotaba en el espacio que había entre nosotros antes de que pudiera detenerla. Quizá en realidad no quería detenerla, Bob, no lo sé. Era como si estuviera viendo en sueños cómo se movían mis dedos.

Su piel se estremeció por el contacto. No había modo de disimularlo. Oí un respingo levísimo mientras ahogaba un jadeo, pero no dijo nada. No me pidió que me detuviera. Viéndolo desde la distancia, Bob, no creo que quisiera que me detuviera. O puede que estuviera demasiado sorprendido.

La cicatriz era muy suave. Cálida. La sensación cambió a medida que mi mano reseguía la huella sobre la dura repisa de sus costillas. David seguía sin moverse ni hablar; creo que estaba tan asombrado —e hipnotizado— como yo. La cicatriz se desvanecía finalmente sobre su pectoral izquierdo. El corazón le bombeaba con tanta fuerza que noté el latido en las yemas de los dedos.

Creo que perdí un poco la cabeza. Podía distinguir el violento pulso de sus venas en el cuello. Abrió los labios y una expresión decidida le cruzó el rostro. Parpadeó y dijo con brusquedad:

—Ya no duele.

Aquello rompió el hechizo.

—Oh —dije yo soltando una risita temblorosa al tiempo que retiraba la mano—. Lo siento.

—No pasa nada —dijo él mientras se bajaba la camisa. Tenía las mejillas teñidas de escarlata—. Yo... mmm... sigo guardando el sable roto. ¿Quieres verlo?

—Claro —contesté.

Él ya se había vuelto y agachado para abrir la cremallera de la gran bolsa azul de deporte. Volví a oír el tintineo metálico mientras él hurgaba en el interior, y vi al menos cinco espadas distintas.

—¿Para qué tienes tantas? —pregunté.

—Algunas son para los enfrentamientos, y otras para entrenar —me explicó, y sacó el sable roto—. Mira.

La brillante empuñadura era ancha y curvada, como las de las películas, pero la hoja en sí resultaba algo decepcionante: apenas alcanzaba los treinta centímetros y era de un gris apagado. Tampoco era muy pesada. Supongo que leyó la decepción en mi rostro.

—Es muy ligera —dijo—, pero la punta, donde se ha roto... Aquí. —Me mostró el arma inservible—. Es mejor mantenerse alejado de ella.

Tenía razón. El metal dentado del sable estaba muy afilado. Pensé en lo sencillo que resultaría hacer correr la sangre. Para tu información, no sentí la tentación. Sólo estaba... interesada. Devolvérsela me resultó mucho más fácil de lo que pensaba.

—¿Por qué la guardas?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo haciendo girar el arma rota en las manos—. Creo que quizá... para recordarme que podría haber muerto, ya sabes. Es algo que sucede de vez en cuando.

—¿Y por qué sigues con la esgrima?

—Porque el peligro constituye la mitad de la diversión. —Apartó los ojos del sable y los posó en los míos—. Si quieres, puedes venir a vernos entrenar alguna vez. A lo mejor te gusta lo bastante como para intentarlo.

En ese momento pensé en el señor Anderson, en cómo había insistido para que me uniera al equipo de *cross*.

—¿Me estás reclutando?

Dios, ¿había sonado como una indirecta? ¿Era lo que pretendía? ¿Estaba coqueteando? Tal vez. El tinte escarlata de sus mejillas se acentuó.

—Bueno, nunca sabrás si se te da bien a menos que lo pruebes. Podría ser divertido. ¿Practicar algún deporte?

—Antes corría. —Hice una leve pausa—. *Cross*. Como Danielle —añadí.

—Ah.

Me dirigió una mirada cautelosa.

—¿Y cómo es que no estás en el equipo?

«Oh, ¿tal vez porque tu novia me patearía?» Por otra parte, Bob, también había algo en el hecho de mostrarme frente al señor Anderson que... me hacía sentir un cosquilleo en la garganta. No sé si me entiendes. No se trataba de las cicatrices y los injertos: la camiseta y los pantalones me proporcionaban suficiente protección para que él jamás los viera.

Pero pensaba que quizá me gustaría que él me mirara; allí de pie, con el

cronómetro en la mano y concentrado sólo en mí. Lo cual era ciertamente extraño, teniendo en cuenta lo mucho que le evitaba.

—Este año no me apetece —contesté.

—Ah —volvió a decir David.

Hubo un momento de silencio, que llenó mirando el reloj.

—Oye, la biblioteca está a punto de cerrar. ¿Vamos a tomar un café? Si quieres, podemos llamar a tu madre y te llevo a la tienda.

Fue tan inesperado —tan amable—, que casi miré hacia atrás por encima del hombro para asegurarme de que no se dirigía a otra persona. Deseaba aceptar, pero entonces recordé la cara de Danielle el primer día de clase, cuando dijo: «Cuanto más rotas...».

Y eso hizo que volviera a preguntarme por qué demonios se preocupaba David por mí. ¿No acababa de decir que estaba teniendo un año de mierda con la esgrima? ¿Que estaba enfadado? Había dicho que le pasaban «cosas...», y estaba convencida de que esas cosas tenían que ver con Danielle. Así que aquello no era una cita ni nada parecido. Incluso alguien como David debía de necesitar a alguien con quien hablar. Tal vez pudiéramos ser amigos. No estaba tan mal.

Pero entonces mi cerebro accionó uno de sus resortes malévolos, y todos sus engranajes empezaron a machacarme, rodearme y poner al descubierto las más oscuras motivaciones. Achácalo al internamiento en el psiquiátrico, Bob, y a todas las veces que los terapeutas te explican que lo que dices no es lo que quieres decir.

—Eres muy amable —le respondí—, pero será mejor que espere. Mi madre debe de estar de camino, y si no me encuentra se pondrá nerviosa.

Aquello tenía la ventaja de ser cierto. Si David lo hubiera dejado ahí, todo habría ido bien. Pero no lo hizo.

—No deberías quedarte sola —insistió—. ¿Quieres que espere contigo?

«Sí. No. ¿Por qué no piensas tú por los dos?» Pero yo no era Ilsa Lund, él era bastante más guapo que Humphrey Bogart y no estábamos en Casablanca, sino en Wisconsin.

—No pasa nada.

Se quedó un segundo callado.

—¿Es por Danielle?

Bingo.

—En parte. Vosotros... ¿os habéis peleado?

—¿Qué más da?

La sombra de una media sonrisa se dibujó en sus labios, pero de pronto su mirada se volvió recelosa.

—Sólo es un café, no una cita ni nada parecido.

Oh, sí; lo era.

—¿Y si alguien nos ve juntos? ¿Danielle no se mosqueará?

«¿No es eso lo que quieres?»

—¿Eso es lo que crees? ¿Que quiero devolvérsela?

—¿No es así?

Me salió solo. Bueno, vale: dejé que saliera. Da igual. La voz del fantasma de Rebecca resonaba en mi cabeza. Cada una de las palabras que salían de su boca se convertía en un pequeño y espeluznante tentáculo verbal, como una antena: «Pienso; siento; me pregunto». Como si no quisiera que la sorprendieran decantándose por una cosa u otra, de modo que nunca estuviera equivocada. Nada de lo que ella había dicho era una conjetura, era un «pienso».

—Porque, no sé, me lo preguntaba...

Por supuesto, estaba en lo cierto. Deberías haber visto la expresión de sorpresa de su cara: se tiñó de morado como una remolacha. ¡Hasta las orejas tenía rojas!

Y ¿sabes qué, Bob? No tienes ni idea de lo mucho que duele ver eso.

David me estaba utilizando. En verdad, yo era sólo un medio para fastidiar a Danielle. Le resultaba conveniente, eso era todo. Pero el hecho de que tuviera razón no significaba que quisiera tenerla.

—Lo siento —me disculpé, aunque es probable que hablara por los dos.

Sentí detrás de los ojos el súbito aguijoneo de unas lágrimas que no me podía permitir.

—No es asunto mío —añadí.

—No te preocupes.

El semblante de David se ensombreció. Era muy mal mentiroso, Bob. Así que, a pesar de todo, es probable que fuera un buen chico, ¿sabes? Vengarse de alguien que te ha hecho daño o que te importa es humano; bueno, a menos que seas un psiquiatra, en cuyo caso puedes manipular el sentido de lo ocurrido. O mejor aún, echarle la culpa a otro, preferentemente tus padres.

—Debería marcharme.

David metió con brusquedad el sable roto en la bolsa y se puso en pie.

—Olvida lo que he dicho, ¿vale?

Sí, ojalá. Cinco segundos después, David salía en dirección a su coche. Recogí mis libros y traté con todas mis fuerzas de dejar la mente en blanco. La bibliotecaria salió de su despacho y empezó a apagar las luces antes incluso de que me pusiera el abrigo. Pero aún había claridad suficiente para ver mi reflejo en la ventana... y a David.

Estaba en su coche, sentado al volante, mientras las luces del techo inundaban el vehículo de un resplandor anaranjado, con la mirada fija. En mí.

Me quedaba muy lejos, así que no podía descifrar qué era lo que había en sus ojos. No tenía manera de leerlos. Pero era como si cada uno estuviera en la pantalla de su propia película: él, detrás del parabrisas; yo, en mi pequeña pecera de la biblioteca.

La invitación volvía a estar ahí; David estaba esperando. No sé si lo hacía por él o por mí. Puede que esperara por los dos.

¿Y sabes lo más terrible? Aquel momento fue como la escena de una película. Si la chica hubiera dado media vuelta, habría visto al chico que intentaba salvarle la vida. Se habría metido en el maldito coche, o habría dejado escapar ese metro, y todo lo que se encaminaba en una dirección se habría desarrollado en sentido contrario.

En ciertos aspectos, mi noche habría seguido acabando como acabó, pero los personajes habrían sido distintos. Y entonces Bob, esta sala de urgencias, mi historia, nunca habría ocurrido. Tal vez.

Pero dejé que aquel momento pasara, se alejara. Se evaporara.

La luz del coche se apagó y se encendieron los faros. La bibliotecaria se aclaró la garganta y, mientras yo me apartaba de la ventana, David se marchó.

14: a

Las ocho y diez.

Hacía mucho que David se había marchado. El partido de fútbol había terminado. El desfile de coches se veía a lo lejos, sus faros como cuentas en un cordel. El autobús del equipo contrario se había marchado traqueteando. Desde mi sitio, acurrucada al abrigo del muro exterior de la biblioteca, había visto a los jugadores abandonar el campo superior en dirección a los vestuarios y luego volver a salir, para dirigirse, entre gritos e improperios, a sus coches.

Mamá. No. Aparecía.

Nunca había llegado tan tarde. La librería cerraba a las nueve los días laborables, pero desde que había empezado la escuela, mamá dejaba que Evan se ocupara. Podía haberse retrasado y haber salido a las siete, incluso a las siete y media. Media hora, como máximo, para llegar. Si se había topado con un accidente o un atasco, puede que más. Quizá eso era lo que había ocurrido.

O... ¿tal vez se había olvidado de mí? ¿Cómo te olvidas de tu propia hija?

Tenía que haber una explicación más sencilla. Últimamente, mamá andaba muy ocupada en la tienda. Se había enfrascado en el trabajo y yo había desaparecido de su mente por completo. Puede que ya estuviera a medio camino de casa, conduciendo casi en piloto automático, pensando en todo lo que tenía que hacer antes de la fiesta. Seguro que en cualquier momento se acordaría. Probablemente estaba buscando un sitio para dar media vuelta.

Pero ¿y si se había visto implicada en un accidente?

Me abracé las rodillas, temblando. Al día siguiente empezaba el mes de octubre y, en Wisconsin, el aire ya era cortante y muy frío. ¿La llamaba? A pesar de los motivos que lo impulsaban, debería haber aceptado el ofrecimiento de David. Había sido una estúpida quedándome a esperar, perdiendo el tiempo cuando podía haber usado su móvil o buscado un teléfono. En el despacho, quizá. ¿Habría una cabina cerca del campo de fútbol? Me puse en pie mientras me sacudía los tejanos. Bajaría a ver si encontraba...

—¿Hola?

Estaba tan preocupada que no había oído como se abría la puerta principal. A mi izquierda se encontraba el señor Anderson, envuelto en un halo de luz bajo los soportales.

—¿Quién...? Por Dios, ¿qué haces aún aquí afuera?

Era un *déjà vu* de lo ocurrido con David, pero esta vez todo lo que sentí fue una súbita oleada de alivio. Debería haber pensado en el señor Anderson, pero no había visto su coche, así que imaginé que se había marchado a casa en algún momento, cuando yo no miraba. Seguramente, cuando estaba ocupada ganándome la antipatía de David. Me escuchó mientras yo le explicaba lo que ocurría y luego se metió la mano en el bolsillo.

—Lámala —me dijo, ofreciéndome su móvil.

Esta vez no discutí, aunque tuvo que enseñarme a usarlo. Era un iPhone y mi experiencia con los móviles se limitaba a la vieja Blackberry de mamá, pero estaba demasiado preocupada para avergonzarme.

Mamá no contestó. Llamé tres veces, y a la tercera saltó el buzón de voz. Entonces probé con la tienda. Evan me atendió, sólo para darme más malas noticias: mamá se había marchado antes de que cerraran.

—Ya debería de haber llegado —señaló Evan—. Intentaré ponerme en contacto con ella y le diré que la has llamado, ¿vale? Dame el número.

—Ah...

Miré al señor Anderson.

—¿Cuál es su número de teléfono? —le pregunté.

—Dame —dijo él, y me cogió el móvil.

Dictó el número de un tirón, escuchó, dijo «Anderson», escuchó de nuevo y luego me tendió el teléfono.

—¿Quién era ése? —preguntó Evan. Su tono era más afilado ahora, más suspicaz—. ¿Va todo bien?

—Claro, estoy bien. Es mi profesor de química —respondí, mortificada.

—Mmmmm.

Una pausa.

—¿Quieres que vaya a recogerte, cariño?

—No, estoy bien, Evan. De verdad. Sólo... Si averiguas algo sobre mamá...

—Lo haré. Llámame si no consigues encontrarla, ¿de acuerdo? En el peor de los casos, puedes quedarte conmigo y con Brad.

—Estaré bien —insistí—. Llámame sólo si...

Me aseguré que lo haría y corté la llamada.

—Lo siento —le dije al señor Anderson—. Por lo de Evan, quiero decir.

—No pasa nada. Es bueno que la gente se preocupe por ti. ¿Quién es el siguiente?

—Mi padre.

Pero su móvil también estaba apagado y, cuando llamé al hospital, la operadora me dijo que había acabado su jornada y su busca estaba apagado.

—¿Puedes llamar a alguien más? —me preguntó el señor Anderson—. ¿Un pariente, un hermano, una hermana?

Yo negué con la cabeza y añadió:

—Tal vez deberías llamar otra vez a Evan.

—No, estaré bien. Seguro que se le ha hecho tarde. No será nada...

—Si crees que voy a marcharme dejándote aquí...

El señor Anderson se pasó una mano por el pelo, miró hacia el camino vacío y soltó aire.

—Venga, vamos a la librería de tu madre. Puede que Evan esté equivocado. Si no está allí, te llevaré a casa, ¿vale? Puedes seguir llamándola desde la camioneta.

Protesté, señalando que si mi madre llegaba y no me encontraba, sufriría un ataque al corazón. Pero el señor Anderson no aceptó mis protestas.

—No pienso dejarte aquí sola. Además, tampoco vivimos tan lejos. Estoy seguro de que tus padres lo entenderán. Vamos.

Seré honesta. Estaba tan asustada que en realidad no hacía falta que insistiera tanto. Si había algo que no deseaba era quedarme ahí sola, en medio de la oscuridad. Dios, ¿por qué no había aceptado el ofrecimiento de David? Podría haberme tomado un café con un chico simpático que sólo intentaba ser amable. Vale, de acuerdo, tenía problemas con su novia, pero tampoco es que Danielle fuera mi persona preferida.

Seguí al señor Anderson hasta una camioneta Toyota roja.

—El Prius está en el garaje —explicó.

La furgoneta estaba como los chorros del oro y olía como él: a limpio y verde. Había una caja de zapatos con CD de mezclas que había grabado él, y me dijo que eligiera el que quisiera. Todos eran de música clásica y *jazz*, así que cogí uno al azar y lo metí en el reproductor. El coche se llenó de una animada ráfaga de trompeta, piano y batería de *jazz*, que el señor Anderson identificó como Duke Ellington. Me metí el meñique en una oreja y seguí llamando desde su móvil, pero todo lo que conseguí fue oír la voz de mamá que decía de forma automática que dejara un mensaje y pasara un buen día.

b

En la tienda.

—Hola, cariño.

Evan me besó en la mejilla; luego le estrechó la mano al señor Anderson y advertí, por el modo en que entornaba los ojos, que estaba intentando formarse una opinión de él.

—¿Sabes algo de mamá? —pregunté.

Evan negó con la cabeza.

—No coge el teléfono. No tengo ni idea de adónde puede haber ido, a menos que...

—¿Qué?

—Bueno, Nate Bartholomew está en la ciudad. ¿Te suena? ¿El tipo que escribió *Sandlot Blues*?

Señaló un libro del escaparate con el pulgar. En la cubierta, un abatido lanzador de béisbol, sospechosamente parecido a Kevin Costner, levantaba el polvo rojo de un montículo de una patada.

—Va a quedarse unos cuantos días y tu madre comentó algo acerca de ir a cenar —explicó, y añadió dirigiéndose al señor Anderson—: A veces lo hace. Nate y ella siempre se han llevado bien.

De hecho no, nunca lo hacía. A mamá le gustaban los libros, no los escritores. Con la excepción de Meryl, opinaba que todos eran prima donnas, borrachos, inadaptados sociales, pedantes o depresivos. Brillantes, tal vez, pero rematadamente locos. (Ya sabes, Bob, los iguales se reconocen entre sí.) Antes hubiera preferido clavarse agujas en los ojos que salir a almorzar voluntariamente con cualquier autor, no importa lo famoso que fuera.

—¿Sabe el número del señor Bartholomew? —preguntó el señor Anderson.

Evan no lo sabía, y tampoco tenía más ideas.

—Bueno, pues ya está. Te llevaré a casa —decidió el señor Anderson, y nos dirigimos a la camioneta.

Para entonces, yo estaba tan aterrada que, aunque hubiera querido, no podría haber opuesto resistencia. Dejamos atrás las luces de Milwaukee y luego de Mequon, y la oscuridad se cernió sobre nosotros como un manto. A mi izquierda había campos y granjas; a mi derecha, el lago en calma; y nosotros, conduciendo en dirección norte con los faros de la camioneta iluminando la carretera interestatal. El señor Anderson me pidió que pusiera un disco con varios temas de Cyrus Chestnut y me habló de las similitudes entre el *jazz* y la música clásica. Sé que intentaba distraerme para que no pensara en lo que podría haberle pasado a mi madre, pero yo sólo le escuchaba a medias y gruñía respuestas monosilábicas; hasta que, al cabo de un rato, también él se quedó callado.

Yo no dejaba de darle vueltas al asunto. Que papá desapareciera era de lo más normal; lo más probable es que se estuviera tirando a alguna enfermera. Pero mamá... ¿por qué iba a hacer una excepción con el tal Bartholomew? A menos que...

Oh, Dios mío. ¿Se estaba acostando con él? No, no, mi madre no era así. Quizá había sufrido un accidente. ¿Debía llamar a la policía? ¿A los hospitales? ¿Y si había desaparecido?

O... o... Oh, mierda.

—¿Estás bien? —me preguntó el señor Anderson.

Debía de haberme oído ahogar un grito.

—Oh... no... sí... estoy bien —contesté mientras pensaba: «Oh, mierda, mierda; por favor, que no sea eso, por favor».

—Me siento incómodo dejándote en casa si no hay nadie allí —comentó el señor Anderson.

—¿Qué? —Le di un pisotón al hámster hiperactivo en que se había transformado mi cerebro—. No, estaré bien. Ya me he quedado sola otras veces.

—En circunstancias normales. Si no hay nadie en casa, o los móviles de tus padres siguen apagados, me quedaré hasta que llegue alguien.

—No —repliqué, y añadí—: es decir, no puedo dejar que haga eso. No puedo llamar a nadie, pero estaré bien. Cerraré la puerta con llave y por la mañana, yo...

Me quedé a media frase. ¿Yo qué? El señor Anderson pronunció en voz alta lo que yo acababa de comprender de pronto:

—Y si no viene nadie, ¿cómo irás a la escuela?

No lo sabía. De pronto todo aquello me sobrepasaba. Me ardían los ojos, me mordí el labio inferior y me arranqué un trozo de piel. La boca se me llenó del sabor metálico de la sangre. Dios, ¿por qué no podía estar de vuelta en el ala psiquiátrica del hospital? Si alguien te incordiaba, llamabas a un auxiliar. Te traían la comida en bandejas con cubiertos de plástico. Te lavaban la ropa. Las cosas estaban bajo control. Sí, en cierto modo se parecía a una cárcel: si te ibas de la lengua, te encerraban o te inmovilizaban, pero aun así...

—De momento, vamos a tu casa y allí decidiremos, ¿vale? —propuso el señor Anderson.

—No quiero molestarle.

Pero no lo decía de corazón. Tampoco quería quedarme sola; no estaba segura de poder manejar la situación si sucedía algo terrible.

—¿Y la señora Anderson? —pregunté—. ¿No se pondrá nerviosa si no regresa a casa? Ya es muy tarde...

—No. —Una pausa—. Mi mujer está fuera.

—Oh.

No sabía qué decir. Entonces pensé en que el señor Anderson siempre llegaba muy pronto a la escuela y se marchaba tarde.

—Está visitando a su familia; su padre ha estado enfermo. Así que no hay problema.

Siguió conduciendo. Chesnut se convirtió en Coltrane, que se convirtió en Armstrong para dar paso a Judy Garland y su *Somewhere over the Rainbow*. Debía de haberse grabado cuando ella era ya mayor porque, de algún modo, su voz sonaba más ronca y triste, y cuando intentó alcanzar la nota alta final, le tembló la voz. Era muy, muy triste.

El señor Anderson debía de estar pensando lo mismo, porque dijo:

—En sus últimos años, sonaba verdaderamente rota. ¿Sabes que tuvo una hepatitis en los años cincuenta? Cuando le explicaron que podía quedarse inválida y no volver a cantar nunca, ¿sabes qué dijo? Que se sentía aliviada.

—¿Por qué?

—Por haberse liberado. Por fin tenía una razón legítima para dejar de actuar. Por fin podría dedicarse a ser.

Yo sabía a qué se refería. Tras la marcha de Matt, había sentido la misma presión para ser perfecta, para compensar todas las expectativas de mis padres que Matt no había cumplido.

Pero no dije nada. El CD resultó ser una mezcla de temas de los cincuenta, no sólo Garland sino también Sinatra, Dean Martin y Sammy Davis Jr. Mientras Sammy interpretaba *Begin the Beguine*, el señor Anderson dijo:

—Nunca te lo he preguntado, pero ¿qué haces cada tarde en la biblioteca para mantenerte ocupada?

Dios, sombras de David.

—Deberes, sobre todo. Leo. —Y no sé por qué, añadí—: Escribo a mi hermano.

—Ah.

Pasó un latido; luego otro.

—¿Dónde está?

Era algo que no le habría contado nunca a David ni a nadie más en el Turing.

—En Irak.

Otra pausa.

—¿Todavía? ¿Incluso con la reducción de tropas?

—Sí.

Tragué saliva.

—Está en Faluya. En Camp Baharia.

—Oh, así que es marine —asintió—. Mi hermano también está en el ejército. Fuerzas especiales.

—¿Dónde está destinado?

—En realidad no tengo ni idea. Todo lo que cuenta es que está en alguna parte de Afganistán. Cuando no sé nada de él me asusto, y cuando se pone en contacto conmigo, el alivio lo borra todo durante un tiempo, como si hubiera corrido ochenta kilómetros en lugar de treinta.

Sabía a qué se refería.

—¿Su hermano le escribe muy a menudo?

—¿Casey? —Lo pensó un momento—. Puede que una vez al mes. No mucho. Todo lo que hace es material clasificado. ¿Y el tuyo?

—Matt me envía un mail una vez a la semana, pero yo le escribo casi todos los días. Me hace sentir mejor. Como si estuviera haciendo algo. Como...

—¿Qué?

—Como si lo mantuviera con vida. Como si nuestros correos fueran un...

Quería decir «salvavidas». Si escribía a Matt, le mantenía cerca de mí. Pero no podía decir nada de aquello; sonaba a locura. Ya había hablado demasiado, así que me callé.

Él aguardó un rato y, finalmente, me preguntó:

—¿Lo saben tus padres?

Parecía una pregunta extraña. Me volví a mirarle, pero estaba concentrado en la carretera.

—No.

Le expliqué que se habían opuesto a que Matt se alistara.

—Lo último que quiero es disgustar a mi madre más de lo que ya lo está.

—Creo que se disgustaría más si descubriera que lo mantenéis en secreto.

—Ya tiene bastantes preocupaciones. —Hice una pausa y añadí—: No... no le contará esto a nadie, ¿verdad? ¿Ni a la señora Sherman?

—¿El Tanque? No. Pero... ¿es un tema por el que debería preocuparse? —Antes

de que pudiera responder, levantó una mano—. Lo siento. No es asunto mío. Sé guardar un secreto. Pero, Jenna... sabes que tu hermano no es la única persona con la que puedes hablar.

¿Era la primera vez que me había llamado por mi nombre?

—No conozco a nadie más.

—Bueno, me conoces a mí. —Hizo otra pausa—. Y podrías esforzarte más para integrarte en la escuela.

Ahora sonaba como un adulto.

—¿Cómo? No tengo coche. Ni siquiera tengo móvil.

—¿No te has sacado el carné?

—Mis padres no han... Mi madre no ha tenido tiempo de llevarme a la oficina de Tráfico.

—¿Y tu padre?

—Está...

Mi cerebro adaptó el modo robot preprogramado:

—Está muy ocupado. Se pasa el día trabajando. Está sometido a un gran estrés.

—Todos tenemos cosas que hacer. Debería encontrar tiempo.

A lo mejor, en el mundo perfecto del señor Anderson había padres que estaban más interesados en sus hijos que en sus propios problemas, pero yo tenía que vivir en el mío.

—De todas formas —observé—, tampoco puedo salir corriendo y hacer cosas con cualquiera.

—Pero ¿quieres? —Al ver que yo no contestaba, añadió—: Es lo que pensaba.

Sinceramente, Bob, ¿qué podía decir?

C

Primero, las buenas noticias. Al detenernos en el camino de entrada de la megamansión, la visión de aquellos pequeños rectángulos amarillos no me dejó lugar a dudas: todas las luces de la planta baja estaban encendidas.

Y luego, las malas noticias. La puerta del garaje estaba cerrada, así que no tenía manera de saber quién había en casa. No podía evitar que el señor Anderson entrara conmigo. Él no cedería y yo estaba demasiado alterada para discutir.

Desde el recibidor no oí la televisión, pero eso no tenía por qué significar nada.

—¿Mamá?

Una pausa.

—¿Papá?

No obtuve respuesta. El señor Anderson me seguía de cerca sin decir nada. Cada paso parecía una marcha hacia el cadalso. La luz era tan intensa y violenta que me dolieron los ojos.

«Por favor. —Giré por el corto pasillo hacia la cocina—. Haz que me equivoque, haz que me equivoque».

No hubo suerte.

15: a

Tenía la cabeza sobre la mesa, con la cara vuelta hacia un lado y la mejilla apoyada en los brazos. Un vaso, medio lleno con un líquido transparente y hielo, descansaba junto a su mejilla. Gotitas de agua condensada resbalaban por el cristal y caían sobre la mesa. Los armarios de debajo del fregadero estaban abiertos y la botella de Stoli, sobre la encimera. La cocina olía a huevos fritos y alcohol.

Yo era consciente de la presencia del señor Anderson, de pie detrás de mi hombro derecho. No dijo palabra. Yo no me atreví a mirarle. En lugar de eso, apoyé la mano en el hombro de mi madre borracha.

—¿Mamá?

Al ver que no contestaba, repetí, elevando el tono:

—¿Mamá? Despierta, soy Jenna. ¿Mamá?

—¿Qué?

Dio un respingo y se incorporó en la silla con tanta rapidez que a punto estuvo de golpearme en la cara con la cabeza. No estaba segura de si el penetrante hedor a alcohol provenía de mi madre o de la botella abierta. Tenía los ojos hinchados, pero no vagaban de un lado a otro, lo cual era buena señal.

—¿Jenna? ¿Qué...?

Sus ojos treparon por encima de mi hombro derecho y se abrieron de par en par.

—¿Quién...?

—Mitch Anderson —la saludó el señor Anderson tendiéndole la mano—. Soy el profesor de química de Jenna.

—Emily Lord —dijo mamá en un susurro.

Hizo un movimiento para estrecharle la mano y entonces se detuvo, mientras sus dedos se movían como las patas de una araña moribunda.

—¿Qué... por qué...?

El señor Anderson esperó un instante y luego se metió la mano en el bolsillo.

—Como no aparecía por la escuela ni contestaba el móvil, he traído a Jenna a casa.

—¿Escuela?

Mamá se llevó las manos a la boca. Tenía la mejilla pegajosa, llena de babas.

—Dios mío. Oh, Jenna, cariño, lo siento tanto... Estaba tan liada... No podía pensar, he puesto el piloto automático... Yo...

Su mirada se dirigió a la bebida y tragó saliva.

—No podía pensar —repitió.

—Está bien —dije a falta de algo mejor.

No arrastraba las palabras, así que a lo mejor no había bebido tanto. A lo mejor estaba tan cansada que se había quedado dormida sobre la mesa de la cocina. A lo mejor los cerdos volaban.

Los tres nos quedamos callados un segundo, hasta que el señor Anderson habló:

—Señora Lord, parece usted agotada. ¿Ha comido algo? ¿A qué hora ha llegado a casa?

—A las nueve, creo. No me acuerdo. He salido con Nate... el señor Bartholomew a tomar algo y luego hemos... he venido a casa.

Se pasó una mano por los labios y miró la cocina, viéndola quizá por vez primera.

—Mi intención era sólo sentarme y poner en orden mis pensamientos. Supongo que me he quedado dormida.

Y en todo ese rato —mientras se tomaba unas copas con Nate, volvía a casa, entraba en la mansión vacía y se servía el vodka—, no había pensado en mí ni una sola vez.

—¿Dónde está papá? —quise saber.

—Me ha dejado un mensaje en el contestador. Ha tenido que sustituir al doctor Kirby; estaba a punto de entrar en el quirófano.

Yo había hablado con la operadora y sabía que no era cierto. Antes de que pudiera decir nada, el señor Anderson intervino:

—Entonces, todo en orden. Tengo una idea, señora Lord. ¿Por qué no se da un baño mientras nosotros preparamos té y unos sándwiches? Se sentirá mejor.

Cogió a mi madre del codo y la ayudó a ponerse en pie con delicadeza.

—Jenna, ¿por qué no subes con tu madre? Podrías abrir el grifo de la ducha.

Yo sabía lo que él quería que hiciera.

—Claro. Gracias.

Me hizo el favor de no sonreír.

—No pasa nada.

—Lo siento mucho, cariño —dijo mi madre mientras subíamos. Su aliento desprendía un olor agrio—. No quería avergonzarte. Es sólo que... Las cosas en la tienda no mejoran y...

—Oh, mamá. Tenía miedo de que hubiera pasado algo. Y tú no contestabas al móvil. ¿Por qué? ¿Te has quedado sin batería?

—Sí —contestó ella al cabo de un momento—. Debe de ser eso.

b

Cuando volví a la cocina, me encontré al señor Anderson metiendo el último de los platos sucios en el lavavajillas.

—Eh —dijo al tiempo que me hacía un gesto con la cabeza hacia la botella de Stoli, ahora con el tapón enroscado—. ¿Dónde lo pongo?

—¿En la basura?

Estaba demasiado agotada para sentirme ni siquiera avergonzada. Me crucé de brazos mientras me echaba a temblar. La casa estaba helada, aunque siempre sentía frío cuando estaba cansada.

—Señor Anderson, debería marcharse a casa. Siento lo de mi madre...

—Déjalo.

Me puso una mano en el hombro con suavidad y la apretó ligeramente.

—Muchas familias tienen problemas. Bueno... ¿Te gustan los sándwiches de atún?

Saqué pan y abrí las latas. El señor Anderson picó un poco de apio. Por encima de nuestras cabezas se oía el borboteo del agua mientras mamá se duchaba.

—Mi padre bebía, ¿sabes? —dijo él mientras yo extendía la mayonesa—. Era un borracho de la peor clase. Se ponía desagradable; entonces bebía un poco más y se ponía violento. Cuando yo era joven, llamé más de una vez a la policía. Sólo dejó de beber porque yo me hice lo bastante mayor y fuerte para romperle la crisma.

Mi mirada se desvió hacia la pared de la cocina que mi padre había hundido hacía un mes. La pared estaba ya reparada y cubierta de yeso, pero día tras día yo seguía viendo el agujero.

—Yo no soy tan fuerte —señalé, cogiendo más mayonesa.

—No estoy tan seguro de eso. Podrías haberte hundido, y no ha sido así. Cuidaste de tu madre, y probablemente sea más de lo que ella ha hecho por ti últimamente. Aun así, recuerda que, a pesar de lo malo que te parezca ahora, en un par de años te habrás marchado. Irás a la universidad y... No, espera, prueba esto —dijo echando unos chorritos de soja en el atún—. Vamos, mézclalo... y no me mires así. Está bueno. Confía en mí, Jenna.

—Oh, señor Anderson. Yo... —Se me hizo un nudo en la garganta—. Yo nunca... Yo...

—Jenna, no te preocupes. El hecho de que tu madre tenga un problema no significa que yo piense que eres una persona horrible, o una perdedora. Pienso que eres una chica valiente, lista y dura que lo hace lo mejor que puede en circunstancias realmente terribles.

Solté una risa débil y llorosa.

—No me conoce.

—Conozco lo que necesito conocer por ahora —replicó él.

C

Mamá bajó un cuarto de hora después, entre constantes disculpas. Se había lavado la cara y tenía mejor aspecto. Tomamos té de jazmín y sándwiches de atún (y la verdad, Bob, es que saben mejor con una pizca de salsa de soja). El señor Anderson encauzó la conversación con mamá hacia los libros, que era justo lo mejor que podía hacer. Ella parloteó sobre la librería y luego le habló de la gran fiesta de octubre.

—Es la semana que viene. Debería venir. Por favor, nos encantaría poder contar con usted. Traiga a su mujer; puedo presentarle a Meryl.

—Bueno, ya veremos —contestó el señor Anderson sin comprometerse, y luego consultó el reloj—. Debería marcharme. Mañana es día de escuela...

Mamá lo acompañó hasta la puerta y le estrechó la mano.

—Muchísimas gracias por ocuparse de Jenna. No sé cómo agradecerle su amabilidad.

Error. ¿Ocuparse de mí? Por cómo lo dijo, parecía que yo tuviera cinco años.

—Por favor, considere la invitación de venir a la fiesta —continuó ella.

—Lo haré, pero sólo si deja de disculparse —contestó el señor Anderson, rodeando la mano de mamá con las suyas—. Si quiere hacer algo por mí, podría comprarle un móvil a Jenna. Debería tener uno, aunque sólo sea para emergencias. Esta noche ha tenido suerte de que yo aún estuviera allí. Si usted no hubiera caído en la cuenta de que la había olvidado hasta medianoche, sepa que en la escuela no hay cabinas.

—Oh. —Mamá vaciló—. Sí. Bueno...

—Y debería tener el permiso de conducir y, tal vez, un coche. Si ella condujera, usted no estaría sometida a tanta presión. O, si eso supone de verdad un problema, yo podría dejarla en la librería después de clase. De todos modos, me viene de camino.

—Bueno —repitió mamá, que parecía ir quedándose sin aliento—. No quisiera molestarle.

—No me supone ningún problema. Pero no lo hago por la bondad de mi corazón; para ser honesto, tengo un motivo oculto: me gustaría que su hija se uniera al equipo de *cross* y, para eso, necesitará tener un coche. Claro que yo podría llevarla alguna vez, o Jenna podría ponerse de acuerdo con otras chicas y viajar con ellas, pero la vida le será mucho más sencilla si puede desplazarse sola.

Cuando terminó, mamá había aceptado que el móvil era una buena idea y decidido que el sábado me llevaría a la oficina de Tráfico. Ah, y que yo iba a empezar a entrenar con el equipo de *cross*.

—Estupendo —dijo el señor Anderson, dándole un último apretón de manos a mi madre—. Oh, y Jenna, no lo olvides: mañana a primera hora te espero en mi despacho, bien despierta. Si vas a ser mi nueva ayudante, tengo que ponerte al día.

—Claro —respondí yo.

—¡Dios mío! —exclamó mi madre tras cerrar la puerta—. Sin duda es un hombre muy persuasivo.

Parecía aturdida, como si algo la hubiera cegado y no supiera muy bien qué.

Yo tampoco. Aquello era surrealista. Me sentía como en esos momentos en los que me desligaba de la realidad y me dejaba arrastrar por la corriente, contemplando a los actores de mi vida desde la distancia. Porque, ¿alguien había pedido mi opinión? Creo que la respuesta sería «no». Me quedaba plantada como una imbécil mientras los adultos hablaban a mi alrededor, planeaban mi vida, decidían qué y cuándo era lo mejor para mí. Claro que quería el carné y un móvil, pero la forma en que lo había conseguido el señor Anderson no dejaba de ser extraña. Como si mi madre fuera un

muro y él conociera sus puntos débiles, el modo de atravesar los resquicios sin mover un solo ladrillo. No, mejor: él sabía cómo rodearla.

Bien pensado, era como un Psico-papá, más amable y gentil, tomando una de sus decisiones de mando. Exactamente lo mismo, sólo que sin escándalo y sin sangre.

El caso, Bob, es que el hecho de que el señor Anderson se ocupara de mí, estuviera allí, se hiciera cargo de la situación de esa manera...

Me gustaba.

Me... gustaba.

16: a

—Los corrosivos, aquí; los inorgánicos, allí. Obviamente, los corrosivos se guardan bajo llave. Siempre que necesites algo, me lo pides y abriré el armario... Jenna, ¿estás ahí?

—Mmm.

Ahugué un bostezo. Aunque había disfrutado de un sueño sin sueños, había sido corto: sólo cinco horas antes de tener que arrastrarme fuera de la cama, quitarme la ropa del día anterior, ducharme, vestirme y meterme en el coche. Por primera vez, me había bebido la mitad del *capuccino* que mamá había pedido a toda prisa. No estaba malo. Es decir, era bebible.

Mamá estaba malhumorada, aunque no tanto como otras mañanas, después de una larga noche con Rachel Ray o Bobby Flay. No habló mucho hasta que me dejó en la escuela, cuando me tendió uno de los libros de Meryl.

—Es para la esposa de tu profesor. Está firmado, aunque no dedicado. Dile que, si se pasan por la fiesta, estoy segura de que se encontrarán con Meryl. Te veo esta tarde, ¿vale? No me retrasaré, te lo prometo.

El señor Anderson estaba leyendo el periódico en su ordenador cuando entré, y me comentó que ese día iba a salir a correr más tarde.

—Esta mañana he dormido un rato más.

Eso fue todo lo que dijo, y cuando le di el libro de Meryl, me lo agradeció y luego fue al grano.

Mi principal tarea consistiría en catalogar y organizar el almacén. Por lo visto, David se había visto superado por el trabajo de organizar el laboratorio y asistir a los entrenamientos de esgrima, con lo que el almacén era un caos. Revisamos los frascos y las cajas de productos químicos colocadas en las estanterías metálicas. El señor Anderson guardaba sus compuestos en tubos de plástico durante días si tenía mucha prisa y no disponía de tiempo para sacar el equipo de laboratorio del almacén.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando una puerta de madera.

Era la única puerta de un pasillo muy corto y quedaba a la derecha de una escalera de incendios, señalada con una débil luz en el techo.

—Ah...

Mientras sacaba las llaves, me pareció que se avergonzaba. La habitación era estrecha y alargada, con dos grandes pilas y una encimera a la derecha; a la izquierda había un catre, una estantería colgada justo por encima y una ducha. De un toallero colgaban dos toallas de color beis. Junto al catre, sobre el felpudo, había un par de zapatillas de deporte. La habitación olía a jabón, con un levísimo toque de almizcle.

—Mi escondite —explicó el señor Anderson—. Antes era un cuarto oscuro, y luego lo convirtieron en almacén. Cuando ampliaron el aula, lo renové un poco. Coincidió con la reforma de mi cabaña, así que aproveché un fin de semana para traer el viejo plato de ducha. Ahora puedo trabajar y ducharme sin que nadie se entere. —

Sonrió al tiempo que cerraba la puerta—. Excepto tú, claro.

Pasamos un rato más repasando el programa informático con el que debía registrar el contenido del almacén, porque la escuela tenía que pasar las inspecciones oficiales. Me recalcó que organizarlo y catalogarlo era la máxima prioridad.

—Yo empezaría con los inorgánicos para acostumbrarme al programa. Te ayudaría, pero tengo una reunión. Presupuesto, bla, bla, bla. Tengo que ir a presionar para conseguir más tubos de ensayo.

—¿De verdad?

Me parecía estúpido organizar una reunión para eso.

—No. De hecho, necesito buretas y cilindros graduados, y puede que importe al departamento de administración para conseguir un reciclador térmico... Vale, no estás interesada.

Había vuelto a llevarme la palma de la mano a la boca.

—No, de verdad. Estoy bien.

—Ya, vale. Me estoy quedando dormido sólo con mirarte. Toma un poco más de café; te ayudará.

—No pasa nada.

Y entonces lo estropeé con un bostezo.

—Ja, ja. ¿Has comido algo?

—Estoy bien.

De hecho, estaba hambrienta. Al oír mencionar la comida, mi estómago traidor escogió ese momento para quejarse en voz bien alta. Nos miramos un momento y luego nos echamos a reír. Aquello rompió la tensión, al menos la mía. No había sabido cómo comportarme con el señor Anderson, pero sentía que las cosas eran... normales. No: mejor que normales. Sentía que eran seguras. Como si fuera un amigo que mantuviera sus promesas.

—Lo que tú digas. Ah, y aquí...

Se inclinó sobre el ordenador, tecleó algunas órdenes y luego se irguió.

—Muy bien; a través de este ordenador puedes acceder al mismo contenido que desde el de la biblioteca. Por si alguna vez quieres quedarte aquí.

Puse los ojos en blanco; me salió perfecto.

—Como si fuera a sobrarme tiempo. El almacén está hecho un desastre.

—La culpa es de David. Si alguna vez te quedas cuando yo no esté, sólo tienes que salir del sistema, asegurarte de que las luces están apagadas y cerrar la puerta del despacho, ¿vale? Haré un par de copias de la llave para que puedas entrar siempre que quieras.

Pasé los siguientes cuarenta y cinco minutos catalogando productos químicos. El trabajo era sencillo y repetitivo. Ahora entendía por qué David lo había ido posponiendo, y luego me pregunté a qué hora venía... si es que aún lo hacía. ¿Le había contado el señor Anderson que yo iba a tomar el relevo y a encargarme de organizar el almacén? No veía cómo: había tomado la decisión hacía sólo ¿qué?

¿Ocho horas? Tenía la sensación de que mi vida había cambiado de repente.

La radio estaba encendida y sonaba música clásica. La ventana que había junto al ordenador daba al aparcamiento y, mientras trabajaba, vi cómo aparcaban los coches y los profesores entraban en el edificio. A mi derecha, columnas de nubes esponjosas se alzaban sobre la mancha gris azulada del lago Michigan. Era una vista muy hermosa, relajante.

En algún momento me serví más café en la taza de Starbucks. La cafetera descansaba sobre un armarito gris de metal que había frente al ordenador, junto al escritorio del señor Anderson. Mientras me lo tomaba, dejé vagar la vista por un corcho del que colgaban horarios, un calendario y un par de viñetas de *Get Fuzzy*. Entonces, tras vacilar un segundo, me escurrí hasta el sillón de cuero negro del señor Anderson. Pasaba tanto tiempo allí sentado que se había amoldado a su cuerpo. El mío no encajaba tan bien, pero me resultaba cómodo y decidí tomarme un descanso. Los productos químicos habían esperado hasta entonces y yo estaba muy cansada. El café era fuerte, pero le había añadido al menos un cuarto de kilo de azúcar y crema de leche para que me supiera mejor. Paseé la mirada por el escritorio del señor Anderson: un ordenador, una lámpara de mesa pequeña, su taza de *Expediente X*, un calendario y una pila de libros de texto. Una novela de John Sandford: *Víctima de invierno*.

Pasé los dedos por los cajones del escritorio. Había cuatro: dos a la izquierda, uno en el centro y otro a la derecha. Abrí unos centímetros el de abajo a la izquierda: esquemas de las lecciones, hojas de laboratorio, artículos y otros papeles. En el cajón de encima había material de oficina distribuido en varias cajitas: bolígrafos y lápices, gomas, grapas, clips para papel. En el de la derecha guardaba cuatro libros de laboratorio, cada uno etiquetado por tema y nivel, y los resultados de varios ensayos escritos con la letra clara y firme del señor Anderson.

Quedaba un cajón: amplio, centrado y con cerradura. Pasé un dedo por debajo, tiré y se movió. Así que no estaba cerrado.

La gente siempre tiene un cajón en el que guarda el material realmente importante. Material personal.

Escuché un momento, pero no oí nada más que el tictac del reloj y el *glissando* de un piano. Avancé de puntillas hasta la puerta del despacho para comprobar si la clase estaba vacía y regresé, también de puntillas.

Hacía casi una hora que el señor Anderson se había marchado. En tres cuartos más, comenzarían las clases. En veinte minutos, llegarían los primeros autobuses.

Sólo un vistazo.

b

Bolígrafos y lápices sueltos.

Un paquete de caramelos de cereza.

Un puñado de monedas en un platito.

Una pequeña cámara digital.

Un diario de cuero negro encuadernado a mano y atado con un cordón que se cerraba en un botón metálico en forma de flor.

Y debajo del diario...

Un cuchillo.

«¡No lo hagas!» Mi cerebro lo gritó de verdad, pero yo ya estaba extendiendo la mano como había hecho al acariciar la cicatriz de David con las yemas de los dedos, como en un sueño. «No lo toques. ¡No! ¡No!»

Sí. Como si yo siempre obedeciera...

C

¿Sabes algo de cuchillos, Bob? Seguro que hay polis que sí. Yo sé mucho. Deja que te hable de éste.

Era hermoso del mismo modo que el señor Anderson. Estaba tan equilibrado, resultaba tan agradable sostenerlo... Un cuchillo perfecto.

En la empuñadura de cuerno de alce había incrustado un diminuto escudo de latón con dos pájaros y las palabras «El beso de las grullas». Pasé el pulgar por el mecanismo y abrí la hoja, que se desplegó con un leve clic. No era la típica navaja suiza sino más bien un estilete, parecido al sable de David, aunque en este caso se trataba de ocho brillantes centímetros de reluciente y afiladísimo acero de carbono...

—¿Señor Anderson? —llamó una voz de chico procedente del aula.

El corazón me dio un vuelco. Oh, mierda, mierda.

—¿Señor Anderson? —volvió a oírse la voz, más cerca a medida que avanzaba por el aula en dirección al despacho.

—Señor... Oh, hola, Jenna. Eeeh, ¿qué estás haciendo?

—¿Yo?

Estaba de nuevo frente al ordenador, tecleando con afán.

—Ya sabes, trabajo de ayudante.

—Oh.

David parecía sorprendido. Iba despeinado, como si acabara de levantarse de la cama, y habría jurado que vestía la misma camisa que el día anterior.

—Sí, vale, está bien. Imaginaba que el señor Anderson iba a incorporar a alguien más, pero creí que iba a pedírselo a...

—¿David?

Otra voz, que también reconocí. «Oh, perfecto», pensé.

—David, ¿está...?

Una larga mirada y los ojos de Danielle se abrieron primero como platos y luego

se entrecerraron como los de un gato. Sus labios dejaron los dientes al descubierto.

—¿Qué haces tú aquí? —gruñó.

—Oh —dije yo—. El señor Anderson me ha pedido que sea su nueva ayudante y...

—¿Qué? No: tú no. Se suponía que la ayudante del señor Anderson iba a ser yo, no tú.

—Eh, tómatelo con calma. —David puso una mano sobre el brazo de Danielle y ella la apartó—. Hay trabajo más que suficiente para dos personas.

—¿Nos apostamos algo? Ella llega pronto y se queda hasta tarde y...

—¿Y qué, Danielle?

El señor Anderson había aparecido de pronto, con un plato de la cafetería cubierto con una servilleta y que olía a patatas fritas.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Danielle—. David es tu ayudante y yo...

—Danielle, cálmate. —El señor Anderson dejó el plato en el escritorio—. Si no recuerdo mal, éste es mi despacho. ¿No crees que ya tienes cosas de sobra de las que ocuparte?

—¿Y eso qué tiene que ver con...?

Le temblaron los labios. Se volvió hacia David, que evitó su mirada, y luego de nuevo hacia el señor Anderson, mientras apoyaba los puños en las caderas.

—Yo lo pedí primero —protestó.

—¿De verdad quieres que hablemos de esto ahora, Danielle?

El señor Anderson sonrió levemente y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Jenna llega habitualmente más pronto, como has señalado, y se queda hasta más tarde. Tú tienes el *cross*, los deberes, la banda y... otras cosas.

La expresión de Danielle cambió y entonces advertí, por primera vez, las manchas de color violeta oscuro que tenía bajo los ojos, como si no durmiera lo suficiente. Pensándolo bien, parecía tan agotada como David y... ¿no eran ésos los tejanos del día anterior?

—Eso no es justo. ¿No tengo voz ni voto?

—No. Esto no es una democracia, Danielle. Yo decido.

No tenía ninguna necesidad de escuchar aquello. Allí pasaban muchas más cosas de las que yo sabía.

—Debería marcharme —dije, y sin esperar a que me diera permiso, recogí mis cosas y salí zumbando del despacho.

El señor Anderson me alcanzó a la altura de la puerta. Los corredores se estaban llenando de estudiantes.

—Está disgustada —explicó, y luego suspiró—. No sé en qué estaba pensando. Debería habérselo dicho primero.

No pensaba decir nada, pero me sorprendí preguntando:

—¿Por qué no la eligió a ella?

—¿Sinceramente? —El señor Anderson clavó en mí la mirada—. Porque cree

que, si se distrae, todo lo demás desaparecerá.

No tenía ni idea de qué significaba aquello, así que no dije nada.

—Toma. —El señor Anderson me tendió el plato cubierto—. Tienes que comer. Y no te preocupes por Danielle. Nos vemos después de clase, ¿de acuerdo?

—Oh, claro —respondí.

d

Una vez dentro del lavabo de chicas, inspeccioné qué había bajo la servilleta: huevos revueltos, tostadas crujientes y zumo de naranja.

Me había traído el desayuno. Un gesto dulce y considerado. Algo que Matt también habría hecho.

Tiré la comida a la basura.

e

Cuando las clases terminaron, fui directa a la biblioteca. Me pasé el rato esperando que el señor Anderson apareciera buscándome, pero no lo hizo. O tal vez sí, pero yo me había asegurado de no sentarme en mi sitio habitual. Aunque era muy probable que hubiera captado el mensaje al advertir que no me quedaba después de clase. Desde mi asiento no podía ver el exterior, así que no sabía si había salido a correr o a montar en bicicleta, si estaba entrenando al equipo de *cross* o si seguía ocupado recomponiendo los pedacitos de Danielle con Superglue. No quería saberlo. No era asunto mío. Cuando vives con un padre psicópata el tiempo suficiente y has visto a suficientes auxiliares de psiquiatría derribar a la suficiente gente mientras las enfermeras corren por el pasillo blandiendo jeringuillas y agujas, te haces una idea bastante aproximada de cuándo una persona está al borde del precipicio, y Danielle se encontraba justo ahí. Sus problemas no me hacían ninguna falta.

Mamá fue puntual. Qué bien. Cuando nos marchamos, la furgoneta del señor Anderson seguía en el aparcamiento. No miré hacia las ventanas de su despacho. Si mi cerebro hubiera sido un disco duro, habría pulsado «suprimir», lo habría hecho pedazos, cualquier cosa.

—¿Qué? —preguntó mamá en tono alegre—. ¿A tu profesor le ha gustado el libro?

—Sí —mentí—. Me ha pedido que te dé las gracias.

—Parece un hombre estupendo —soltó entusiasmada—. Envidio a su mujer. Y me gusta que se interese por ti. Necesitas a alguien como él.

—Ajá.

Hice un cálculo mental rápido: sólo faltaban setecientos ochenta días para que me graduara.

Setecientos ochenta días de señor Anderson: en clase, en los pasillos, en el almuerzo...

Emergiendo entre los árboles iluminado por un rayo del primer sol de la mañana.
Era muy afortunada.

17: a

Por una vez, después de haber cambiado la guardia con su colega, el doctor Kirby, papá estaba en casa. Nos sentamos a la mesa como personas civilizadas y nadie gritó. Después de la cena, papá se retiró a su estudio para dictar informes. Mamá me pidió que me ocupara de los platos porque tenía que trabajar, y luego se sentó con una tetera de té de jazmín y sus libros de contabilidad. Cuando fui a vaciar los restos, vi la botella vacía de Stoli en la basura.

Mientras la contemplaba, empecé a sentirme mal. ¿Qué estaba haciendo? El señor Anderson se había tomado muchas molestias conmigo. Por lo que yo sabía, lo hacía con todo el mundo. Sólo había que ver cómo había calmado a Danielle. ¿Y cuántos profesores llevarían a casa a una alumna y además le traerían el desayuno? Por no hablar del hecho de convencer a su madre para que espabilara y actuara con más responsabilidad. Mamá se había deshecho de aquella botella por el señor Anderson. Había sido puntual por él, y tenía la certeza de que papá y ella habían hablado la noche anterior, pues se estaban comportando... por el señor Anderson. Mi familia era seminormal, al menos por una noche; se lo debía al señor Anderson, y yo lo había tratado como a un apestado.

Pensé en él, solo, en su casa. Probablemente estaba de pie frente al fregadero comiéndose un yogur. O puede que no estuviera comiendo. La casa estaría limpia y olería a limón, o a rosas, y la encontraría silenciosa al entrar. Así que pondría música, porque el silencio era una manta que podía ahogar a un hombre si no se la sacudía. ¿Qué escogería? Algo suave y relajante. Bach no. Bach era para las mañanas, Bach era dar órdenes y estudiar matemáticas y arreglar el mundo. Mozart tampoco (demasiado alegre). No se me ocurría ningún otro compositor excepto Wagner y Beethoven. *Jazz*, entonces, o *blues*. Pero seguro que habría música, porque el señor Anderson pertenecía a ese tipo de hombres. Si había silencio, sería porque él lo habría elegido, no una imposición.

Entonces reflexioné: quizá se preocupaba por los demás porque nadie se preocupaba por él. Su mujer estaba lejos. Debía de sentirse solo. Quizá se hacía cargo de los descarriados para sentirse mejor.

Al terminar con los platos le dije a mamá que subía a mi habitación para trabajar un poco y que luego me acostaría. Me dio un beso en la mejilla. Tenía los labios calientes por el té, y olía como una flor.

Yo sabía cuáles eran los tablones del suelo que crujían, y había leído en algún sitio que la parte más ruidosa de un escalón o un pasillo es justo el centro, donde todo el mundo pisa. Me dirigí con normalidad a mi dormitorio, encendí la luz y cerré la puerta desde fuera. Luego avancé de puntillas, pegada a la pared, hasta la habitación libre.

Las bisagras chirriaron, pero tan poco, que sólo yo las oí. Matt no había vivido nunca en aquella casa, así que allí no había nada suyo: ni su cama nido, ni su guante

de béisbol, ni su casco de fútbol americano, ni sus libros. Aun así, si Matt volviera, por alguna razón, ahí es donde dormiría. Cerré la puerta con sigilo, oí el leve tic del pomo al encajar y me quedé un momento quieta. Conocía la disposición de memoria: cama a la izquierda, una cómoda justo delante, un escritorio contra la pared de la derecha, entre dos ventanas... y un teléfono.

El señor Anderson había dicho que vivía a unos treinta kilómetros al suroeste, y creía recordar el nombre de la población porque me había señalado la salida la noche anterior. La operadora dio con él enseguida.

—¿En la calle J?

Una carretera comarcal. Así es Wisconsin: un montón de caminos que no tienen nombre, sino letras o números, y que se abren paso a través de tierras de cultivo. Dije que sí y luego que no, que gracias, que ya lo marcaría yo. Al hacerlo, me aseguré de bloquear el identificador de llamadas, por si acaso... Bueno, por si acaso.

Marqué los números y esperé al sonido de tono. Una vez, dos, tres... Al quinto timbre, descolgaron.

—¿Hola?

Una voz de mujer. ¿O de chica? Joven, pero no más joven que yo. Todo lo que estaba a punto de decir —aunque no sé muy bien qué era— se transformó en polvo sobre mi lengua.

—¿Hola?

Sonaba cansada, algo enfadada y a punto de enfadarse más. Por detrás de la pausa oí música, notas inconexas de un piano cuya melodía no pude seguir porque ella preguntó de nuevo, ahora furiosa:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Y luego:

—¿Eres tú?

Otra voz, de fondo pero acercándose. Un hombre, preguntando quién llamaba. ¿Era el señor Anderson?

—No lo sé.

La voz de ella sonaba ahogada, como si hubiera cubierto el auricular con la mano.

—Creí que... él... llaman desde un número oculto...

La otra persona contestó algo y ella continuó:

—... Sabes que él... no sabe... aquí.

—Cuelga —oí con bastante claridad.

—Nos dijo que no...

Clic.

Al cabo de unos momentos, saltó una grabación que me invitaba amablemente a colgar.

Y eso hice.

b

Vale.

Probablemente era su mujer.

Excepto que no lo era.

Él había dicho que la señora Anderson estaba en Minnesota. Y la voz masculina, ¿era la del señor Anderson? Bueno, ¿cómo iba a saberlo?

Tampoco importaba.

El señor Anderson tenía una vida.

Y seguro que no me necesitaba en ella.

c

Esa noche leí uno de los correos de Matt. Había tenido un mal día. Su convoy había sido atacado por francotiradores y había tenido que salir a inspeccionar los edificios lo cual, según él, puede acabar contigo con la misma rapidez que un artefacto explosivo casero. Matt consiguió liquidar a dos francotiradores, pero el tercero hirió a su compañero y huyó. La historia era trágicamente familiar, como tantas otras que ya había leído antes; sin embargo, esta vez me costó escribir una respuesta. Deseaba y necesitaba hablar con alguien real, no enviar electrones a la otra punta del mundo. Pero también sabía que Matt no podría responder las preguntas que yo me hacía.

Terminé por no escribirle. Descubrí que, por primera vez, me faltaba energía para inventarme una bonita historia, y eso me hizo sentir aún peor. Que Matt se hubiera marchado no significaba que no me necesitase.

Antes de meterme en la cama, entré en el baño y cerré la puerta. Hice correr el agua de la ducha y, mientras se calentaba, me desvestí. Extrañamente, el bolsillo derecho de mis tejanos pesaba mucho... hasta que el porqué me vino a la memoria.

d

No recordaba haberme metido el cuchillo en el bolsillo, pero lo había encontrado a la hora del almuerzo, escondida en uno de los retretes. Me pregunté si el señor Anderson habría notado su ausencia. Y si era así, ¿sospecharía de mí? Había estado muy ocupado con sus clases y luego yo me había marchado a la biblioteca. Así que o bien lo sabía y no le importaba, o bien no lo sabía. En cualquier caso, tendría que encontrar un modo de dejarlo de nuevo en su cajón.

El cuchillo del señor Anderson —el estilete con «El beso de las grullas»— conservaba el calor de mi cuerpo. Estudié la hoja mientras el agua borboteaba y el

espejo se empañaba. Lo prefería, porque no me gustaba mirarme —ya sabes, ni siquiera la cara— y evitaba las cicatrices de los muslos. Nunca sentí la necesidad de inspeccionarme la espalda. (A los doctores, en cambio, les encantan ese tipo de cosas: «Oh, está cicatrizando muy bien».)

Hay una peli, Bob, que lo explica muy bien en parte, al menos para mí. Se llama *Secretary*, y la protagoniza una chica que se autolesiona. El chico del que se enamora es algo grimoso y perverso, y al final la historia se convierte en un tremendo lío sexual. El sufrimiento de ella prueba lo mucho que le quiere, bla, bla, bla... ese tipo de cosas. Para el chico, las cicatrices forman parte de la belleza de ella. La baña, le lava el pelo, besa cada centímetro de su piel, saborea cada herida.

Pero, para ella, cada cicatriz representa una historia, un estado de ánimo, un escenario. Un recuerdo.

Así que la colcha de cicatrices llena de recuerdos que se arrastraban como lombrices sobre mi estómago... sí, a veces la miraba. Supongo que para recordarme algunas cosas a mí misma: «Aquí, mamá vomitó en las escaleras. Aquí, Psico-papi le propinó un puñetazo a Matt». Mis heridas constituían el resumen de historias que explicaban lo peligrosa que puede ser la vida.

Pero aquí estaba el cuchillo de los besos del señor Anderson. Me gustaba su peso, su prometedora solidez. Aquella mañana, durante un rato —antes de que Danielle apareciera—, me había sentido segura en el despacho del señor Anderson. La noche antes, él me había cuidado.

Miré la puerta del lavabo.

Podía hacerlo. Sería muy sencillo. Un movimiento rápido de muñeca. Una leve presión. Podía hacerlo.

Así que lo hice. Por primera vez en meses, Bob... cerré la puerta con llave.

18: a

El pomo estaba frío y húmedo a causa del vapor. La cerradura encajó con un minúsculo «snic».

El corazón me latía con fuerza. Con el cuchillo agarrado en la mano, aparté la cortina y me metí bajo la ducha. El agua me martilleó la cara y el cuello, me cubrió el pecho y se derramó por el vientre y los muslos. Estaba caliente, pero abrí un poco más el grifo ante una súbita necesidad de calor. Dejé que la temperatura aumentara y ahogué un grito cuando el agua hirviendo me aguijoneó los pechos. El sonido —un rugido imperioso y creciente— era casi idéntico al bramido del fuego de hace tanto tiempo, y que está siempre dentro de mí. El calor y el vapor y el dolor llovían de la ducha, y ¿sabes qué, Bob?

No todo era... malo.

Porque tenía el cuchillo. Su cuchillo. Abrí la hoja y noté cómo se desplegaba. Era el cuchillo, su cuchillo, su cuchillo de los besos...

El cuerno de alce era áspero, pero el estilete era suave, de un acero brillante y frío al principio y que luego empezó a calentarse. Pasé la yema del pulgar por la hoja... «cuidado, ten cuidado»... y sentí lo afilada que estaba.

«Cuidado».

Entonces acerqué la punta, aguda como un pico, a mi pecho izquierdo y seguí su redondez... con cuidado. Lentamente. Como si dibujara mi contorno para darme vida, si es que tiene algún sentido. Jadeé al sentir el cuchillo contra mi piel hormigueante porque eso...

Eso era...

Eso era lo que yo deseaba. Sin sangre —no del cuchillo de los besos— y sin gritos; no quería ese dolor. Recorrí el filo del cuchillo en mitad del calor ardiente mientras la sangre me retumbaba en los oídos y...

—¿Jenna?

Di un respingo.

El cuchillo de los besos me resbaló de las manos.

Sentí un pinchazo repentino, brillante y blanco de dolor y, mientras una escarapela roja se abría como una flor, contemplé horrorizada la sangre que manaba del punto donde el cuchillo de los besos había hecho una muesca en mi piel, justo a la derecha del corazón.

—¡Jenna! —Mi madre llamó a la puerta y el pomo tembló—. ¿Por qué has cerrado la puerta?

—Yo... Mamá, estoy... ¡estoy en la ducha! —conseguí articular a través de una súbita oleada de pánico.

¡Mierda, mierda! Obligué a mis dedos temblorosos a explorar el corte y solté un leve suspiro de alivio. No era profundo, apenas un minúsculo rasguño producido por la afiladísima punta del estilete. Un accidente, había sido un accidente; había

resbalado; no tenía verdadera intención de hacerme daño...

—¡Jenna! ¡Abre la puerta ahora mismo!

—¡No!

Contemplé cómo el agua que me salpicaba el pecho se teñía de rosa y luego palidecía. Ya casi había dejado de sangrar. Dios, me había salvado por los pelos. ¿En qué estaba pensando? Aquello era una locura. No existía nada parecido al «buen» dolor. ¿O sí? No, no. Eso sólo sucedía en la película en que la tímida secretaria conseguía a su chico, y esto era la vida real. Además, no había ningún chico.

—Estoy en la ducha.

Mamá siguió gritando que aquello no formaba parte del trato, pero yo repetí que estaba en la ducha y que no entendía qué decía, ¿qué?, ¿qué? Para cuando ella dejó de vociferar, yo ya había dejado de sangrar. Claro que sabía que la cosa no acabaría ahí. En cuanto saliera, mamá me llevaría a su cuarto de baño para inspeccionar mi cuerpo desnudo, porque allí la luz era mejor.

Pero no lo vería. En primer lugar, porque siempre me cortaba en el estómago o en las caderas. En segundo, porque el corte era tan limpio, tan nítido, con los bordes sin rastro de sangre, que no había manera de que ella lo detectara.

Cuando abrí la puerta, el cuchillo de los besos estaba escondido detrás de mi cómoda junto con las tijeras de las uñas.

¿Saber que el cuchillo de los besos estaba ahí? ¿Que me había salido con la mía? ¿Que podía coger el cuchillo —sujetarlo, llevarlo, tocarlo— siempre que quisiera?

¿Que conservaba un pedazo tangible de un recuerdo del señor Anderson preocupándose por mí, de un lugar seguro?

Era algo bueno, Bob.

Me sentía bien.

Porque era mío, Bob. Era mío.

19: a

El miércoles, tres días antes de la gran fiesta de mamá, Dewerman me llamó después de clase.

—Felicidades. Puesto que eres la única alumna que no ha elegido a nadie para el trabajo, me complace nombrarte la afortunada ganadora del concurso de Desidiosos Anónimos. El primer premio es una semana en Nueva Jersey y —me mostró una tarjeta con una caligrafía llena de florituras— el único nombre que nadie más ha querido. Puedes estar agradecida: el segundo premio eran dos semanas en Nueva Jersey.

Escruté la tarjeta.

—¿Alexis Depardieu? ¿Cómo... el actor?

—Nada que ver. Esta Depardieu era la Rachel Carson^[4] de los mamíferos marinos. Estudiaba las ballenas y los delfines, principalmente, y escribió un libro, *Ladyfish*, publicado póstumamente un año después de su muerte.

—Umm.

Teníamos que elegir entre gente que había escrito novela, poesía o ensayo. Quizá por eso nadie había escogido a Depardieu.

—¿Y por qué está en la lista? ¿Cómo se suicidó?

En el rostro de Dewerman se dibujó una fina sonrisa.

—No lo hizo. Su barco chocó contra un ballenero cerca de la costa de Japón en noviembre de 2000.

—¿Un accidente?

—Es una manera de verlo. Está claro que si la he incluido en la lista es porque tal vez tenga mis dudas, ¿no crees? Así que ve.

Me hizo un gesto para indicarme que me marchara.

—Aprende. Tienes toda semana que viene para trabajar en una propuesta de trabajo, durante las vacaciones de otoño. Ahora, largo de aquí.

Me largué. Al cruzar la puerta vi que el señor Anderson se acercaba por la derecha del pasillo, así que salí disparada hacia la izquierda. Cuando volví la vista, Dewerman estaba gesticulando con su taza de mamuts y el señor Anderson tenía las manos en los bolsillos. Ninguno de los dos miraba en mi dirección. Eso estaba bien.

b

En la biblioteca no tenían el libro de Depardieu, así que lo pedí a través del servicio de préstamo interbibliotecario y luego realicé una búsqueda en Google. La entrada en Wikipedia era bastante exigua. Aquí está la versión abreviada, Bob: Alexis Depardieu era francocanadiense e hija única. Su padre había muerto cuando su barco de pesca naufragó a causa de un temporal en el mar del Norte. Alexis tenía nueve

años cuando su madre volvió a casarse con un abogado acomodado y, a los doce, ingresó en un internado. Empezó a cursar la carrera de Medicina en McGillis, pero la dejó para estudiar Biología Marina, se doctoró en Cambridge y luego viajó de un lado a otro: Quebec, Nueva Zelanda, California. Trabajó como profesora en Berkeley y Stanford; empezó a publicar artículos sobre el comportamiento y la comunicación de los delfines, bla, bla, bla...

A finales de los ochenta, Alexis entró en contacto con el biólogo marino Stephen Wright, profesor y miembro de Sea Stewards, un grupo ecologista radical. Alexis y Wright fueron detenidos varias veces por intentar liberar delfines de los acuarios y otras actividades parecidas. Acabaron por despedirlos de Berkeley y entonces se unieron a Sea Stewards a tiempo completo.

Otro enlace me llevó a un artículo sobre la organización. Eran una especie de Greenpeace; acosaban a los balleneros, ese tipo de cosas. En 1997, cerca de la costa de la Antártida, Stephen Wright cayó por la borda mientras pilotaba su zódiac entre un ballenero japonés y una ballena jorobada. Aquello no detuvo a Alexis por mucho tiempo. Un año después, más o menos, reaparece a bordo del buque insignia de los Stewards, el *Mystic Dreamer*.

A finales del año 2000, y dependiendo de a quién creyeras, el *Mystic Dreamer* había chocado con un ballenero japonés o bien lo había embestido intencionadamente. El barco se fue a pique. Según los supervivientes, Alexis ordenó que la tripulación saltara a los botes salvavidas, pero ella se quedó al timón y la radio, desde donde continuó emitiendo la señal de socorro. (Los japoneses se esfumaron. Supongo que pensaron que la tripulación del *Dreamer* tenía su merecido.) La última persona que la vio con vida fue el primer oficial; después el *Mystic Dreamer* se hundió y *au revoir* Alexis. El resto de la tripulación fue rescatada al cabo de dieciséis horas por una embarcación australiana que respondió a la llamada de socorro. Fin de la historia.

No había mucho más. Algunos enlaces a artículos sobre lo mucho que se habían cabreado los japoneses, pleitos y cosas por el estilo. También encontré enlaces a ensayos, un par de biografías no autorizadas, bla, bla, bla.

No tenía ni idea de qué iba a hacer con aquello, así que cerré la sesión y decidí no pensar en ello.

20: a

La gran *Oktoberfest* de mamá era el sábado, y me venía de perlas tener toda la semana siguiente de vacaciones para recuperarme. La fiesta había sido una idea, en sus tiempos, de la loca de mi abuela Stephie. Al principio era algo serio, el equivalente en Wisconsin de la mesa redonda del Algonquin;^[5] sólo que, en lugar de escritores famosos, críticos literarios y actores que se reunían para comer en un restaurante chic de Nueva York, despellejar a sus amigos y beber hasta el estupor, la abuela cultivaba la amistad de barones de la cerveza, magnates navieros y propietarios de canteras de las que se extraía arenisca. Básicamente, cualquiera lo bastante forrado como para hacer el viaje hasta el lago Superior disfrutaba de un fin de semana de bebida, atracones, cotilleos y coqueteo general, a cambio de codearse con tipos de Nueva York y Chicago con pinta de escritores y desembolsar una considerable suma de dinero para comprar libros al mismo precio que en la librería. Un buen trato para todos.

Cuando mamá se hizo cargo de la tienda las fiestas continuaron, pero redujeron su escala y se trasladaron al sur: primero a nuestra antigua casa y ahora a la megamansión. Invitaba sobre todo a autores de la región, la mayoría desconocidos. Mamá suministraba los libros e invitaba a un montón de clubs de lectura y a un grupo de gente, en su mayoría pretenciosa y preferiblemente adinerada, a la que le gustaban (o fingía que le gustaban) los libros y los comentaba (o fingía comentarlos). Pero casi todo el mundo iba por la comida y la bebida gratis.

El único problema es que la librería llevaba años perdiendo dinero con la fiesta, sobre todo porque la gente venía a comer y a beber, y ya no se llevaba los libros a carretadas como solía hacer antes. Así que, como un reloj, la mañana siguiente mis padres discutían sobre cuánto dinero había perdido mamá y la poca repercusión económica que tenían las fiestas y bla, bla, bla. Papá siempre amenazaba con retirarle su apoyo hasta que mamá se arrastraba lo suficiente y la discusión se postergaba hasta el año siguiente.

Mi tarea era siempre la misma: recibir y dar la bienvenida; luego subía penosamente las escaleras cargada con los abrigos, bajaba, circulaba entre la casa y el patio, donde papá mantenía el fuego encendido, y en general, me mostraba encantadora. Tenía un *stock* de respuestas estándar que me había aprendido al dedillo: «Bien, trabajando mucho, he pensado en matricularme en una universidad del este, puede que en Medicina, pero la verdad es que aún no lo sé». La mayoría de los invitados eran personas a las que conocía desde hacía años, así que no me importaban; lo que sí me gustaba era escuchar a algunos de los escritores.

Bueno, a la mayoría.

b

Nate Bartholomew era aún más atractivo que en la fotografía de la sobrecubierta de su libro. A juzgar por las caras de adoración de un montón de mujeres —y un par de amigos de Evan—, iba a salir de allí con un grupo completo de nuevos fans. Habló de *Sandlot Blues* y de la película y de cómo las estrellas protagonistas y él habían ido a jugar un partido de golf en pleno invierno.

Mamá se sentó en la primera fila con una sonrisa radiante. De vez en cuando, los ojos de él se cruzaban con los de ella y puedo jurar que mamá se ruborizaba. Al posar para las fotos, la abrazó para estrecharla contra él más de lo estrictamente necesario. Más tarde, ella se quedó cerca mientras él firmaba autógrafos, para asegurarse de que tenía suficientes bolígrafos, un vaso de agua y cualquier otra cosa que necesitara, lo cual era habitual. Quiero decir que hacía lo mismo con todos los escritores, pero advertí que se reía mucho con las bromas de Nate y le ponía la mano en el hombro.

Pensé en la noche en que mamá no estaba en la tienda, cuando dijo que Nate Bartholomew y ella habían salido a tomar unas copas. Ahora me preguntaba si aquello era todo lo que habían hecho.

Así que observé atentamente mientras Bartholomew le susurraba algo a mi madre al oído y ella se sonrojaba. Tenía los ojos brillantes.

Oh, sí.

Oh... sí.

C

Al cabo de unas cuatro horas, me escapé. Los invitados estaban comidos y bebidos, y puesto que yo no era la atracción principal, nadie se dio cuenta de que me escabullía en la casa. Subí las escaleras pensando en la suerte que tenía de haber vuelto a correr —yo sola, sólo para descargar tensión, y no, Bob, no pensaba en el señor Anderson mientras lo hacía—; de otro modo, después de tanto ir arriba y abajo y de un lado para otro, a esas alturas mis piernas se habrían convertido ya en fideos hervidos.

No me había molestado en encender las luces porque tanto en la planta baja como en el exterior ya estaban encendidas, y proyectaban un débil resplandor plateado en el descansillo del piso de arriba. Lo suficiente para que me diera cuenta de que algo no marchaba bien.

La puerta del cuarto de Matt estaba entreabierta. Sólo un resquicio. Señal de que algo ocurría, porque siempre estaba cerrada. Mamá se aseguraba de ello.

Entonces oí un sonido tan leve que apenas podría calificarse de sonido. Me acerqué con sigilo a la puerta de Matt, alargué la mano hacia el pomo y entonces lo oí de nuevo. Me quedé paralizada.

El murmullo urgente de un hombre. El crujido del somier. Y después, un llanto lastimero, casi un gemido.

Jo-der.

d

Vale, tiempo muerto.

Bob, es probable que tenga algunos problemas, pero no soy una *voyeur* psicópata. Para ser sincera, confesaré que cuando era más pequeña oí alguna vez a mis padres, y me dio bastante asco. (Vamos, Bob, admítelo: tú también oíste a los tuyos. Y no me digas que creíste que eran ratoncitos.) Eso había sido antes de que Matt se fuera, cuando las cosas marchaban mejor: mamá no bebía hasta caer desplomada, papá no se tiraba a sus enfermeras y, sin duda alguna, yo no estaba a un corte de ingresar en el psiquiátrico.

Así que conocía los ruidos que hacía la gente en la cama. No necesitaba un mapa. Y no era asunto mío, ¿vale?

Al pensar en ello ahora, ése fue otro de los momentos, Bob, en los que mi historia podría haber tomado un rumbo distinto.

Porque si me hubiera limitado a fingir que no había nadie en la habitación, la pelea nunca habría tenido lugar.

21: a

Pero no fingí no haber oído nada.

En lugar de eso, me acerqué un poco más y entreabrí un poco más la puerta. ¿Por qué? Sobre todo porque había algo en el tono del hombre que no me gustaba y entonces, a esa distancia, pude distinguir algunas palabras: «Relájate, nena, relájate, vamos, vamos...».

Así que miré. Había suficiente luz para que me hiciera una idea general. Sinceramente, en retrospectiva, habría sido mejor que me clavara agujas en los ojos.

Estaban en la cama, el tío encima. Era el único que se movía. Seguía hablando, pero entonces pude distinguir con mayor claridad su frustración:

—Vamos, vamos, venga...

De hecho, sonaba cabreado.

La mujer yacía inmóvil y sólo gemía de vez en cuando. No era un sonido placentero, Bob, no sé si me entiendes. No parecía estar disfrutando, sino que sonó más bien como un quejido, como si se encontrara mal, le doliera y no supiera qué demonios estaba ocurriendo. Me recordó a los chicos del psiquiátrico que no podían hacer que las voces de su cabeza dejaran de torturarles. Y todavía puedo ver la mano de ella, Bob, colgando como una flor muerta del borde de la cama.

No sabía qué hacer. Estoy segura de que este tipo de cosas —me refiero a que la gente se colara en las habitaciones y se enrollara; lo cual, teniendo en cuenta cuánto se enfadan los adultos cuando lo hacen los chicos de mi edad, me parece bastante hipócrita— llevaban ocurriendo desde la época de la abuela Stephie. Conociéndola, lo más seguro es que tomara notas. Demonios, puede que aquellos dos estuvieran casados, pero no lo creía. Tendrías que haber estado allí, Bob, pero tenía un mal presentimiento.

Entonces oí cómo la respiración del hombre se cortaba al sentir que lo estaba mirando. Su cara era un borrón plateado cuando miró por encima de su hombro y ahogó un rápido jadeo.

—¿Qué co...?

Me largué de allí. Al volverme, tiré de la puerta para cerrarla y luego salí disparada por el pasillo en dirección a mi cuarto. Cerré de un portazo y no me preocupé de encender las luces; me lancé al extremo más alejado de cama y me hice un ovillo, al tiempo que una de las columnas de madera me golpeaba la espalda. Sentía como si alguien hubiera cogido una antorcha y me hubiera derretido los ojos hasta dejar las cuencas vacías. Las ventanas estaban abiertas y se oía un murmullo de fondo, voces que corrían como el agua sobre las rocas, el chisporroteo y los crujidos del fuego, y ráfagas de risas. La banda estaba tocando un tema de *jazz* que me hizo pensar en el señor Anderson, y de inmediato deseé no haberlo hecho. Él habría ayudado a esa mujer. Yo era una completa cobarde. Era como cuando Psico-papi había matado la pared de la cocina y yo había huido con el rabo entre las piernas

como un conejito. Debería haber hecho algo. Gritar. Aullar. Encender la luz. Apartar a aquel asqueroso. Algo.

El tiempo pasó. No sé cuánto. Por encima del latido de mi corazón, oí los pasos del hombre acercándose. Se metió en el lavabo del pasillo; mi lavabo. Una luz se encendió y el resplandor se coló por las rendijas del marco. El agua corrió, cayó en la pila y se escurrió por el desagüe con un gorgoteo. Después, un breve y escalofriante silencio.

Y luego pasos. Una oscura lengua de sombra lamió la luz que se colaba por debajo de la puerta de mi dormitorio.

—¿Jenna?

No llamó ni trató de entrar.

—Jenna, ¿estás ahí, corazón?

b

«Corazón».

Ahora sabía quién estaba ahí fuera.

—Corazón —repitió el doctor Kirby, colega de mi padre y al que conocía desde que tenía edad para conocer a alguien—. Jenna, corazón, sería mejor para mí que no dijeras nada. Sé que lo sabes, ¿verdad? —Al ver que yo no contestaba, añadió—: No la he forzado.

Oh, no, sólo estaba como una cuba. Ni siquiera podría haber consentido para salvar la vida. El doctor Kirby dijo alguna otra estupidez, no recuerdo cuál, y luego la sombra de sus pies se desvaneció. Esperé unos minutos para asegurarme de que se había marchado, y entonces salí de mi habitación.

La mujer estaba de rodillas junto a la cama de Matt. La habitación era estrecha y el aire estaba viciado; al inclinarme hacia ella, se cubrió la boca con la mano.

—Creo... —se atragantó—. Creo que voy a... Voy a...

Llegamos al baño justo a tiempo. Le sujeté el pelo mientras ella se agarraba al inodoro. El hedor era denso como una nube negra y aceitosa, lo bastante desagradable para que contuviera la respiración y me concentrara en mantener lo poco que había comido en el estómago. Cuando terminó de escupir, mojé una toalla con agua fría y se la apliqué con suavidad sobre la cara y el cuello. Los tres primeros botones de su blusa habían desaparecido, tenía las medias rasgadas y arañazos en el cuello.

—Estoy muy borracha —dijo, poniendo de manifiesto lo que era obvio.

Tenía la voz pastosa. Se esforzó por enfocar mi cara, pero los ojos se le disparaban hacia un lado y otro como un juego de canicas. Se dejó caer junto a la bañera, con la boca abierta, el aliento afrutado y enfermizo.

—¿Has venido con alguien? ¿Cómo te llamas?

Tuve que preguntárselo un par de veces y, cuando consiguió encontrar las

palabras, le expliqué:

—Vale, voy a buscar a tu marido. Tú quédate aquí. No te muevas, ¿de acuerdo?

Como si estuviera en condiciones de ir a ninguna parte.

Su marido era enfermero quirúrgico, según me había dicho. Una vez fuera, escuté entre las caras y fui preguntando hasta que la esposa de un doctor me guió en la dirección correcta. Tras llevar al tipo a un lado y explicarle la situación, lo acompañé hasta la casa. El doctor Kirby trató de atraer mi mirada, pero mis ojos sólo se cruzaron con los suyos una vez y no volví a mirar atrás.

Entre su marido y yo conseguimos poner en pie a la mujer y enfocarla en la dirección correcta. Al llegar a la puerta principal, el marido me miró por encima del hombro.

—Ha sido una velada estupenda —dijo, lo que estaba completamente fuera de lugar.

Parecía tan sumamente avergonzado que sentí ganas de decirle que todo iría bien. Pero me quedé callada, contemplándolos mientras avanzaban tambaleándose entre la conga de coches que serpenteaba por el camino.

El aire frío me asentó el estómago. No había luna y, a pesar de que la megamansión desprendía una gran contaminación lumínica, pude distinguir algunas estrellas. No quería volver a entrar en aquella casa. Pero si ése no era mi hogar, ¿dónde se encontraba? Tuve el repentino y salvaje impulso de robar el coche de mis padres y conducir hacia el norte, al lago Superior, en Canadá. Obviamente, no lo hice.

Pero debería haberlo hecho, Bob.

C

En su lugar, entré de nuevo para limpiar aquel desastre. A mitad de la escalera, se me ocurrió que también tendría que ocuparme de la habitación de Matt. La idea de cambiar las sábanas hizo que mis cicatrices encogieran. Nunca estarían lo bastante limpias. Sería mejor quemarlas.

Justo en ese momento, empecé a flotar. Un amodorramiento que me resultaba familiar se extendió por mis venas y mi cabeza se vació hasta quedar tan hueca como un globo de helio. Me mantenía en la estela, sólo que no estaba corriendo... o puede que sí, metafóricamente; corriendo para alejarme de toda la fealdad.

Aun en aquel estado de ausencia, me dediqué a limpiar: detergente en la pila, limpiador de baños en el retrete y medio bote de espray desinfectante para acabar con aquella pestilencia. Abrí el grifo de la bañera y, aunque no estaba sucia, froté mientras no pensaba en nada.

Probablemente ésa sea la razón de que no le oyera.

d

Estaba vaciando agua azul por el desagüe de la ducha cuando, de repente, sentí que había alguien en la puerta. Miré por encima del hombro.

—Hola, corazón. —El doctor Kirby tenía envergadura suficiente para bloquear el hueco de la puerta—. He pensado que quizá deberíamos hablar.

22: a

No dije nada. No me moví. La piel se me tensó sobre el cráneo.

El doctor Kirby avanzó un paso hacia mí.

—Ya sé lo que parecía, pero aquí todos somos adultos, ¿verdad? ¿Eres lo bastante mayor para entender cómo funcionan las cosas?

Abrió los brazos y fue entonces cuando vi el rostro de Ben Franklin arrugado entre dos dedos de su mano derecha. Dio un paso más mientras yo permanecía inmóvil y extendió la mano, con el dinero a punto, dispuesto a meter aquel billete de cien pavos en el bolsillo del pecho de mi blusa.

—Sé que sabes mantener la boca cerrada.

—Yo...

Me tragué el nudo que me oprimía la garganta.

—No quiero su dinero, doctor Kirby.

Se quedó petrificado, con la mano colgando como una tarántula sobre mi pecho izquierdo, el que me había rasguñado con el cuchillo de los besos. Me miraba a los ojos; tal vez intentaba dilucidar si iba a ponerme a chillar, cosa que no tenía intención de hacer.

—Tómalo como un regalo de Navidad anticipado —insistió, violentado—. ¿Qué adolescente no necesita dinero extra?

Yo negué con la cabeza.

—No necesito nada, doctor Kirby. Estoy bien.

—Oh, vamos.

Y entonces, no sé cómo, estaba aún más cerca, deslizándolo el billete en mi bolsillo, rozándome el pecho con los dedos mientras una estúpida sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Antes éramos amigos, ¿te acuerdas? Sé cómo ser tierno —añadió.

Su aliento era repugnante y, de pronto, me encontré contra la pared; él se inclinó sobre mí mientras extendía los dedos para ahuecar las manos y toquetearme.

—No —dije—. Doctor Kirby, no.

Pero no se detuvo. Primero una mano y luego la otra y después me apretó contra la pared, con su boca babosa en mi cuello y luego aplastada contra mis labios, al tiempo que su lengua culebreaba con fuerza entre mis dientes apretados para lamerlos.

Oh, Dios, Bob. ¿Hice algo más? ¿Darle un puñetazo en la mandíbula? ¿Pisarle el empeine? ¿Propinarle un rodillazo en la entrepierna y luego en la barbilla cuando se doblara de dolor? ¿Morderle la lengua? ¿Gritar siquiera?

No. No lo hice. Podría mentir y decir que sí. Salvo el doctor Kirby y yo misma, nadie lo sabría nunca. Pero no fue eso lo que ocurrió. No sé si lo entenderás, Bob, pero piensa en esa fría oleada de sorpresa la primera vez que tus padres te abofetean, o se emborrachan como una cuba o balbucean ante un policía una excusa para

justificar por qué se han saltado el semáforo en rojo, y lo entenderás. Eso son traiciones, momentos en los que la fina membrana que separa tu vida como niño del mundo real se rasga un poco más. El primer par de veces cubres el rasguño con una tirita y los pedazos vuelven a unirse. Unas veces queda una cicatriz, aunque otras no, y sigues con tu vida. Intentas fingir que las heridas que causan las peores traiciones —cuando descubres que tus padres no se quieren, pongamos— se han restañado. Pero al final, los cortes son tan profundos que la membrana se rompe y la cortina nunca puede volver a correrse. Puede que sea entonces cuando te haces mayor.

Él era el doctor Kirby. Mi padrino. Nuestro amigo.

Así que no me resistí. Dije que no y me eché a llorar. Aquello debería haber bastado —diablos, ni siquiera debería haber empezado nunca—, pero no fue así. El doctor Kirby me manoseó por encima de la blusa, clavó la rodilla entre mis piernas y las separó. Uno de los botones de la camisa salió volando, y luego otro y otro, y yo le empujé por los hombros y dije:

—No, doctor Kirby, no no no...

—¡Eh!

El doctor Kirby dio un respingo.

Miré por encima de su hombro con los ojos anegados en lágrimas... y luego sólo quise morirme.

Porque, por supuesto, era el señor Anderson.

23: a

El doctor Kirby se apartó bruscamente, como si el contacto con mi piel lo abrasara.

—Oh, hola —dijo.

—¿Qué está pasando aquí?

La mirada del señor Anderson voló del doctor Kirby a mi rostro y luego al suelo, donde los botones de mi blusa estaban esparcidos como las cuentas de un collar. Su expresión mudó, pasando de la sorpresa a la comprensión y luego a una furia negra.

El doctor Kirby también se dio cuenta.

—Estaba a punto de marcharme —dijo mientras se abría paso como un matón y se lanzaba en dirección a las escaleras—. Jenna, despídeme de tus padres, ¿de acuerdo?

—¡Eh! —le llamó el señor Anderson mientras el doctor Kirby bajaba al vestíbulo. Luego se dirigió hacia la escalera—. ¡Eh!

Por fin encontré un hilo de voz.

—Señor Anderson, yo...

—Quédate aquí, Jenna, ¡tú quédate aquí! —chilló antes de lanzarse escaleras abajo tras el doctor Kirby.

Les seguí. Cuando llegué al recibidor, el señor Anderson ya había alcanzado la puerta principal. Oí gritos. La cocinera salió como una exhalación de la cocina, envuelta en la blanca ráfaga del delantal.

—¿Qué...? —empezó a decir.

—¡Avisa a mis padres! ¡Consigue ayuda!

Y yo también crucé la puerta principal.

b

El doctor Kirby se tambaleaba dando bandazos, resbalando y patinando sobre la grava del camino de entrada. Era más rápido de lo que yo pensaba, y tal vez habría alcanzado su coche si el señor Anderson no fuera tan buen corredor. En seis zancadas, le cerró el paso y arremetió contra él; lo cogió por el cuello y lo hizo girar como si fuera un fardo de ropa sucia. El doctor Kirby gritó sobresaltado y se volvió a medias, con los brazos abiertos como aspas, pero el señor Anderson era más fuerte. Lo estampó contra una furgoneta y los pies del médico perdieron el contacto con el suelo. El vehículo se balanceó y la alarma empezó a emitir un agudo chillido; el doctor Kirby gritaba una nota sostenida mientras braceaba contra el señor Anderson, intentando dar en el blanco. Éste le agarró de las solapas y luego empezó a insultarle y a golpearlo contra el monovolumen una vez, dos...

—¿Qué diablos...? —maldijo alguien mientras pasaba junto a mí como un

cohete: mi padre.

No sabía que pudiera moverse tan rápido. En un segundo, él y otros hombres agarraron al señor Anderson por los brazos y lo arrastraron lejos del doctor.

—¡Déjalo, déjalo, deja...!

Podría decirse que aquello puso fin a la fiesta.

C

Más tarde —después de que el doctor Kirby notara que tenía el labio partido y empezara a amenazar con demandar al señor Anderson, después de que mi padre fuera a buscarle hielo, después de que los invitados se dispersaran hacia sus coches —, los adultos se reunieron en el estudio de mi padre y hablaron durante veinte minutos. Yo esperé en la cocina y contemplé cómo el personal del *catering* limpiaba platos hasta que mi padre me hizo llamar.

Su estudio está forrado con paneles de roble y cuero rojo, de los que cuelgan diplomas enmarcados y fotos, y estanterías que llegan hasta el techo atestadas de volúmenes encuadernados en cuero que nunca ha leído. La habitación huele al aceite de naranjas con el que la chica de la limpieza pule la madera. Mi padre estaba sentado tras el escritorio, un mueble antiguo y gigantesco de caoba, como los que usa el presidente. El señor Anderson y el doctor Kirby estaban sentados en sendos sillones que mi padre reservaba para las visitas. Meryl y mi madre permanecían en un pequeño confidente, a un lado. Mi madre se retorció las manos y tenía la piel tan pálida que parecía que se hubiera perfilado los ojos con rotulador. A Meryl sólo se la veía indignada.

El señor Anderson se puso en pie cuando entré. La sombra rojiza de un moratón manchaba su mejilla izquierda, pero nadie se había preocupado de traerle hielo.

—Siéntate aquí —me ofreció.

—Está bien así —dijo mi padre.

El señor Anderson le dedicó una mirada escrutadora y se encogió de hombros, pero siguió en pie y se acercó un poco a mí. Tras una incómoda pausa, mi padre me preguntó en tono de enfado:

—Jenna, ¿tienes o no tienes el dinero que te ha dado el doctor Kirby?

Los cien dólares. Los había olvidado por completo. El billete seguía arrugado en el bolsillo del pecho. Asentí.

—Ahí lo tienes, ¿ves?

El labio inferior del doctor Kirby era del tamaño de una salchicha.

—Te lo he dicho, Elliot —continuó—; le estaba dando una propina...

—Eso no era una propina —le interrumpió el señor Anderson.

—... igual que he hecho otras veces —concluyó.

No se me ocurría ninguna otra ocasión en la que me hubiera dado una propina,

pero él insistió:

—Elliot, por el amor de Dios, conozco a Jenna desde que era un bebé. ¿No puede un padrino darle una propina a su ahijada para agradecerle el duro trabajo que ha hecho esta noche? Sólo nos estábamos dando un abrazo de despedida; eso es todo. Lo único que quiero es dejar esto atrás...

—Apuesto a que sí —apostilló el señor Anderson en voz baja.

Yo estaba de pie junto a él, así que fui la única que le oyó.

—... porque sin duda ha habido un malentendido. Me desagrada mucho que haya ocurrido esto entre nosotros, Elliot.

El doctor Kirby extendió las manos.

—Trabajamos juntos. Tenemos que pensar en la consulta.

—Y usted tiene a su hija —le señaló el señor Anderson a mi padre—. Piense en ella.

—Oh, créame, lo hago.

El tono de mi padre era quebradizo, como las hojas secas. Soltó un suspiro muy sufrido y añadió:

—Escuche, aprecio su interés por Jenna, de verdad. Dios sabe que necesita a gente que la ayude a encauzar su vida. Probablemente no esté al tanto, pero antes de llegar al Turing tuvo... bueno, problemas, y...

«No, por favor, no lo digas». Vi cómo los labios de mi padre se movían, pero no oí nada por encima del ensordecedor latido de mi corazón. Quería derretirme sobre la alfombra. La tierra tembló, se abrió y caí en una profunda sima mientras pensaba: «Bien, bien, trágame».

—... así que supongo que entiende que tiene ciertas necesidades especiales —estaba diciendo mi padre—. Tras su hospitalización, esperábamos que el Turing fuera una oportunidad para comenzar de nuevo.

—Esto no tiene que ver con nada de eso —respondió el señor Anderson—. Hablamos de que ese tipo estaba acosando a su hija. Dios, ¿es usted ciego o sólo estúpido? Mire su blusa. Mírela a ella.

—Hasta aquí hemos llegado. Ya he tenido bastante —gruñó el doctor Kirby al tiempo que se ponía en pie—. Elliot, admito que he bebido un poco más de la cuenta y que ha habido un malentendido, pero eso es todo. Ahora me marchó a casa. Mañana dormiré hasta tarde, leeré el periódico, me tomaré un café y olvidaré todo esto. Nos vemos en la consulta.

Saludó a mi madre con un gesto de cabeza.

—Emily.

Una vez se hubo ido, el señor Anderson miró a mi padre.

—Es su hija.

—Así es.

Mi padre se puso en pie y se inclinó por encima del escritorio para tenderle la mano.

—No puedo expresar lo agradecido que le estoy por haberse tomado tanto interés. Hoy en día escasean los profesores dispuestos a invertir tiempo en sus alumnos.

El señor Anderson no se movió.

—Pero es su hija.

—Sí. Bueno.

La sonrisa de mi padre se volvió trémula y retiró la mano.

—Sólo me queda desearle buenas noches.

d

El señor Anderson me pidió que lo acompañara hasta el coche. Mi padre abrió la boca para negarse, pero entonces advirtió la mirada desafiante del señor Anderson y, por una vez, se contuvo.

Nuestros pies removían la grava mientras bajábamos por el camino de entrada. No había luna y, a medio camino, el señor Anderson ya no era más que una sombra que se deslizaba junto a mí. Hacía más frío del que recordaba, y una brisa del este hacía murmurar las ramas desnudas de los árboles. Me estremecí y crucé los brazos.

—¿Frío? —preguntó el señor Anderson.

—Estoy bien.

—Dices eso demasiadas veces.

Oí el leve crujido de una tela y luego el señor Anderson me cubrió los hombros con su chaqueta. El cuero conservaba el calor de su cuerpo.

—No puedo aceptarla. Estaré bien; no está tan lejos. Es su chaqueta.

—Sí, lo es. Si te vas a sentir mejor, puedes devolvérmela cuando lleguemos al coche y temblar todo el camino de vuelta, ¿de acuerdo? Ahora sé amable y da las gracias.

—Gracias.

—De nada. —Y añadió—: Lo siento, Jenna.

De repente, supe que estaba al borde de las lágrimas y roí mi ya maltrecho labio inferior. Un poco más, y apenas me quedaría piel.

—Usted no ha hecho nada. Soy yo la que debería disculparse.

—No —replicó en tono áspero—. Ni se te ocurra decir eso. No tienes por qué disculparte. Siento no haber podido evitar que tu padre te avergonzara más de lo que... —Hizo una pausa—. Mira, nada de lo que diga tu padre va a hacer que cambie de opinión, ¿de acuerdo? Sigues siendo la misma persona.

—Debería darle una explicación sobre lo que pasó el año pasado...

—No.

Su mano emergió de la oscuridad y se posó en mi hombro.

—Escúchame, Jenna. No importa lo que ocurriera. Pertenece al pasado; no necesito saberlo. Lo único que importa está aquí y ahora, ¿lo entiendes? A veces es

mejor dejar atrás el pasado, Jenna. No te obsesiones tanto mirando atrás o te olvidarás de mirar hacia delante.

Echamos a andar de nuevo. Las palabras se me apiñaban en la garganta. Lo que el señor Anderson no entendía era que... De repente, me invadió el deseo de contárselo. Quería que me conociera, que supiera de Matt y del incendio, del psiquiátrico. Pensé en su cuchillo, escondido en mi mochila para poder tocarlo y llevarlo siempre cerca de mí. Me gustaba sentir el tacto de aquel secreto entre las manos, y también quería confesárselo.

Sin embargo, no dije nada. Dejé que su chaqueta me hiciera entrar en calor y mantuve la boca cerrada.

—Quiero que me prometas algo —me pidió al llegar a su coche—. Si alguien te toca, quien sea, quiero que me llames, ¿lo entiendes? De día o de noche, no importa. Aunque sólo sea porque quieras hablar con alguien, estaré ahí. Iré a cualquier parte para recogerte. Lo digo de verdad, Jenna. Estoy aquí para lo que necesites. Lo que... —La voz le tembló por la emoción—. Lo que ha pasado... es una locura, es...

—Creo que mi madre tiene una aventura.

Las palabras escaparon volando entre mis dientes y no hubo modo de detenerlas.

—Mi padre se tira a una de sus enfermeras. Matt se ha marchado y, ahora que estoy sola con ellos, tengo miedo de que se divorcien y a continuación pienso que estaría bien que lo hicieran.

—Oh, Jenna. Oh, cielo, lo siento.

Dio un pequeño paso y pensé que iba a abrazarme, pero estaba oscuro y su cara se ocultaba tras una maraña de sombras. Así que ni siquiera ahora estoy segura. Pero seré sincera: quería un abrazo. Lo necesitaba, mucho. Nada de eso ocurrió y, al cabo de un segundo o dos, dijo:

—Escucha, si alguna vez necesitas descansar de tus padres, ven a nuestra casa, ¿vale? Las puertas están abiertas las veinticuatro horas, siete días a la semana. No serás la primera.

Nuestra casa. Claro. Estaba casado. Recordé mi estúpida llamada y me pregunté por qué no le acompañaba su mujer. También me alegraba de que no pudiera verme la cara.

—Claro —respondí.

e

Psico-papi estaba esperándome detrás de la puerta.

—¿Qué le has contado? —quiso saber.

—Nada —contesté.

24: a

Domingo, tras la fiesta.

A mediodía, contemplé el coche de mis padres mientras retumbaba por el camino de grava. Meryl iba en el asiento trasero y fue la única que me dijo adiós con la mano, lo que resumía bastante bien el ambiente que se respiraba entre todos los implicados: gélido, próximo al punto de congelación. Saludé a Meryl antes de que mi padre girara a la derecha al final del camino, enfilara la subida que conducía a la autopista y el coche desapareciera de mi vista.

Cerré la puerta y escuché cómo el silencio se asentaba. Antes de que Matt se marchara, toda la familia viajaba al norte, a la granja de Meryl en la isla de Madeline. Era un trayecto largo, de unas ocho horas, y siempre nos tomábamos uno o dos días más para navegar en kayak por el lago Superior, pasear en bicicleta por la isla o quedarnos en la granja, ayudando a Meryl con las ovejas que criaba para obtener lana. Mamá decía que, cuando yo era pequeña, siempre lloraba porque teníamos que marcharnos. Es probable que sea cierto. Quería a Meryl casi tanto como a mamá, y a veces más.

Aun así, me sentí aliviada por quedarme, pues hasta el momento en que mi padre encendió el motor y puso el coche en marcha, había temido que me hicieran ir con ellos.

Mis padres no iban a volver hasta el martes por la noche, así que disponía de sesenta horas de libertad, más o menos. Aparte de los deberes y de correr, no tenía ni la más remota idea de qué iba a hacer con todo aquel tiempo.

Si lo pensabas por un segundo, se hacía extraño recordar que a esas alturas del año anterior yo estuviera en un psiquiátrico. Visto así, el hecho de que mis padres me dejaran sola significaba que confiaban en mí.

Pensando mal... bueno, supongo que podría decirse que no les importaba un comino.

Y creo que eso se acerca más a la verdad.

b

Durante las primeras dos horas, terminé todos los deberes. Navegué un rato por internet y entré en los perfiles de Facebook de mis antiguos amigos. No había actualizado el mío desde antes de la hospitalización. Ni siquiera tenía el mismo aspecto. Entonces llevaba el pelo más corto y mis pechos eran casi imperceptibles. (Maduré tarde. Mamá siempre decía que era un patito feo que un día se convertiría en cisne. Tal vez tuviera buena intención, pero cada una de sus palabras me hacía sangrar.) Además, ¿qué podía añadir a mi página? ¿«Por fin libre. Cuarenta y siete días desde el último corte»?

Entonces me acordé de Matt. Llevaba días sin escribirle y eso no estaba bien. Pero ¿qué podía contarle? ¿Que había tirado los cien dólares del doctor Kirby por el retrete? ¿Que había pensado en mis viejas tijeritas para las uñas pero que en lugar de eso había agarrado el cuchillo de los besos como suplicaba mi piel? ¿Que por mucho que lo deseara no me había cortado porque sabía que el señor Anderson era el único adulto que deseaba protegerme, luchar por mí? ¿Que él nunca, nunca me haría daño? No, no podía contarle a Matt nada de eso.

No había ningún DVD que me apeteciera ver. No teníamos *Alien*, pero encontré la secuencia final en YouTube, ésa en la que Sigourney Weaver hace que el extraterrestre salga despedido al espacio, y subí el volumen. El señor Anderson me había dicho que el fragmento pertenecía a la *Sinfonía Romántica* de Howard Hansen, así que me descargué ése y algunos temas más: un álbum de Judy Garland, Duke Ellington. La pieza de piano de Cyrus Chestnut que habíamos escuchado la otra noche. Wagner.

Entonces pensé: «Sal a correr». Ya había planeado una ruta de quince kilómetros desde la megamansión, pero estaba inquieta y quería algo nuevo. Busqué en Google Earth hasta dar con la dirección.

El señor Anderson había dicho que su puerta estaba siempre abierta.

Había llegado la hora de averiguar si era cierto.

C

La carretera del condado J resultó discurrir en su mayor parte entre campos de cultivo ondulados, ahora en barbecho, con los tallos mustios recogidos en fardos esponjosos de color pardo. Aquí y allá, los campos de calabazas desprendían un resplandor naranja imposible e iridiscente bajo el brillante y claro sol de octubre. Pasé junto a granjas tristes, graneros en ruinas y silos inclinados; otras estaban mejor conservadas, con los graneros pintados de un color rojizo o de un impecable y deslumbrante blanco.

El buzón del señor Anderson custodiaba la entrada a un camino de tierra bordeado de árboles que serpenteaba por una elevación y luego desaparecía. Por lo que había visto en Google Earth, poseía cerca de un centenar de acres y su casa se asentaba en la orilla suroeste del gran lago en forma de judía. Las imágenes de Google se habían tomado en verano, porque las copas de los árboles se veían frondosas y los campos eran de un intenso verde esmeralda. Desde el lago, el bosque se extendía en todas direcciones y luego daba paso a campo abierto hacia el este, rodeado de más bosques hacia el norte y el oeste. Un pequeño arroyo desembocaba en el extremo septentrional del lago, mientras que otro ondulaba hacia el sur. Parecía haber al menos un edificio más hacia el oeste, casi sumergido en el bosque, tal vez una casa de veraneo o una vieja cabaña de caza. La residencia más cercana se

encontraba a unos cinco kilómetros al este, pero cerca de la propiedad del señor Anderson había zonas verdes, con otro lago y varias pistas para correr, y hacia allí es adonde me dirigí.

Si crees que estaba tentando la suerte, Bob, estás en lo cierto. En ese momento me dije a mí misma que sólo me hacía falta un nuevo escenario para retomar mis entrenamientos. Pero sé cuál es la verdad: esperaba encontrarme con el señor Anderson en las pistas. Me había comentado que solía correr por la propiedad y por el parque, y yo también corría y vivía bastante cerca. Así que nos encontraríamos por casualidad y entonces...

Entonces ¿qué?

«Ven cuando quieras», me había dicho. ¿De verdad? Creía que sí. También tenía la sensación de que bailábamos alrededor de algo, ejecutando una complicada serie de pasos a un ritmo ancestral que él conocía. Pero que yo todavía no entendía. Aunque tal vez estuviera bailando sola mientras el escenario se desplegaba únicamente en mi imaginación. Como tantas otras cosas.

d

A pesar del bonito día de octubre, Faring Park estaba prácticamente desierto. Sólo había un coche, y no era el del señor Anderson. Me calcé las zapatillas de deporte, realicé algunos estiramientos y luego me puse en marcha a lo que sabía que era un ritmo ligero, de unos diez kilómetros por hora. Seguí un camino de curvas y rodeado de árboles que, al cabo de cinco kilómetros, desembocaba en otra pista que iba de este a oeste y que me conduciría a la linde de la propiedad del señor Anderson. La distancia total entre ida y vuelta era de algo menos de once kilómetros. Si cruzaba el límite de la propiedad del señor Anderson —si me metía en su casa, digamos—, sumaría seis kilómetros. Eso representaba diecisiete kilómetros. Era factible. Sólo que no sabía si lo haría.

Igual que las matemáticas y la ciencia, correr nunca ha sido un problema para mí. Ni siquiera escucho música mientras troto. Cuanto más sudo, más se despeja mi mente, como si todos los pensamientos, buenos y malos, se alejaran de mí como ríos de sal. Al cabo de un rato no queda nada más que el ritmo acelerado de mi corazón. Los músculos entran en calor, las zancadas se suceden sin esfuerzo y de pronto me encuentro apenas rozando el suelo. No pienso, mi cabeza se vacía, y eso es lo mejor de todo.

No me crucé con nadie en la pista. Supe cuándo había llegado a las tierras del señor Anderson porque había placas colgadas de los árboles en las que se leía: «Propiedad privada» y «No pasar». Podría haber continuado. El camino se desplegaba como una alfombra marrón. Podía seguir corriendo por su propiedad, rodear el lago y pasar por casualidad por su muelle justo cuando él saliera a admirar

las vistas con una taza de café humeante en la mano. Entonces él miraría una, dos veces, entornaría los ojos y sus labios se curvarían en una alegre sonrisa de sorpresa:

«Jenna, ¿qué haces aquí? ¿De dónde vienes? ¿A qué velocidad? Tu marca era... ¡Dios mío! Es un tiempo magnífico. No sabía que corrieras tan rápido. Oye, si tienes un segundo, ¿por qué no entras? Acabo de poner una cafetera y he pensado que sería estupendo compartirla...».

e

Hice un gran tiempo en el camino de vuelta al coche.

f

Esa noche hablé con mi madre por teléfono.

—La verdad es que tu padre y yo necesitábamos airearnos —me explicó.

No habían llegado a Bayfield a tiempo de coger el último ferry a la isla, así que se habían quedado en el pueblo y estaban a punto de salir a cenar en su restaurante favorito.

—Creo que tal vez nos quedemos unos días más. No te importa, ¿verdad?

—¿Y la librería? —pregunté, pero lo que pensé fue: «¿Y tu amiguito?».

—Evan se encargará de todo. No he tenido vacaciones en... bueno, no sé cuánto tiempo hace. Se acerca el día de Acción de Gracias y las cosas van a complicarse aún más. Necesito pasar unos días fuera.

—Lo entiendo. No te preocupes por mí; estaré bien. Hay comida de sobra y siempre puedo salir a comprar.

Había ahorrado un buen puñado de dinero de los cumpleaños que tenía planeado gastar en ropa nueva, pero mi madre había estado muy ocupada e ir de compras sola resultaba demasiado patético incluso para alguien como yo.

—Hay dinero guardado para emergencias. —Mamá me explicó dónde encontrarlo y añadió—: ¿Podrás conducir hasta la escuela?

—Tenemos una semana de vacaciones.

—Oh. —Una pausa—. Es verdad. Lo había olvidado.

Menuda sorpresa.

—¿Cuándo crees que volveréis?

—¿Te va bien el jueves?

Tras asegurarle que sí, mamá volvió a preguntarme qué había hecho durante el día, pero entonces me interrumpió para decirme que papá la estaba esperando para ir a cenar.

—Y tomarse su primer Martini —dijo—. Hablamos mañana.

—Claro —respondí yo—. Mañana.

25: a

Lunes.

No había deberes que pudiera fingir tener. Iba adelantada en todas las asignaturas excepto en inglés. Ya era hora de que me pusiera en serio con el trabajo, aunque no tenía ni idea de qué iba a escribir. El libro de Alexis había llegado a la biblioteca de la escuela el día antes de las vacaciones, y aún tenía que hincar los codos. Así que puse la radio —creo que sonaba Mozart— y me acomodé en el asiento bajo la ventana de mi habitación.

Esperaba algo árido, un resumen de lo que ya había averiguado a través de mi búsqueda en Google amenizado con algunas anécdotas intercaladas. En lugar de eso, el primer capítulo trataba del rescate de una beluga atrapada en una maraña de trampas ilegales para langostas cerca de la costa de Canadá, a la altura del estuario de St. Lawrence. Cuando el equipo de rescate llegó a bordo de sus zódiac, la pobre llevaba horas luchando para mantenerse a flote. Las belugas se desplazan en grupo, y sus compañeras estaban histéricas y emitían silbidos de alta frecuencia mientras se movían en círculos alrededor de su compañera. Mientras Alexis observaba, algunas intentaron deslizarse por debajo de la hembra para evitar que se ahogara, pero no podían acercarse lo suficiente para ayudarla sin quedar también enredadas.

La única manera de liberarla era cortar las cuerdas, y eso implicaba meterse en el agua con todos aquellos animales. Las belugas no son tan grandes como una ballena —las adultas apenas alcanzan los cuatro metros y medio de longitud—, pero pueden llegar a pesar más de una tonelada. Si la manada se inquietaba cuando los submarinistas se metieran en el agua, o la hembra atrapada empezaba a retorcerse, no tendrían ninguna posibilidad. Pero si no la ayudaban, la beluga se ahogaría. Así que no había elección.

Mientras las zódiac tomaban posiciones entre la manada y la beluga atrapada, Alexis y otros tres submarinistas se sumergieron en el agua helada. En cuanto lo hicieron, el animal se quedó prácticamente inmóvil, como si supiera que eso era lo que debía hacer. El resto de belugas nadaron en círculos a su alrededor, en silencio, observando y esperando. Durante más de una hora, aun entumecidos por el frío, los submarinistas se dedicaron a cortar la cuerda de nailon conscientes de que las belugas podían agruparse para defender a su compañera, sabiendo que si perdían la concentración por un instante o colocaban mal el cuchillo podían herirse o herir a la beluga.

Cuando finalmente quedó libre, la beluga se alejó del círculo de submarinistas. La manada emitió silbidos y chasquidos, y luego todos los ejemplares se reunieron alrededor de los submarinistas con tanta rapidez que no tuvieron tiempo de subir a las zódiac. Alexis pensó que aquello era su fin.

Sin embargo, los animales nadaron en círculos mientras la beluga liberada acercaba con suavidad la protuberante joroba de su cabeza —Alexis lo llamaba

«melón»— a cada uno de los submarinistas. Cuando llegó el turno de Alexis, escribió: «Ante el contacto de la beluga, sentí que mi alma inquieta se calmaba. Fue como si llevara toda la vida adormecida y entonces, de repente, me des...».

b

Sonó el teléfono.

El ruido me catapultó fuera de las páginas del libro, de vuelta al mundo real. Me peleé con los auriculares para quitármelos.

—¿Hola?

—Hola... ¿Jenna? —Una pausa—. ¿Estás bien?

Mi respuesta fue automática, torpe:

—Sí, estoy...

Estaba tan absorta en el relato que me costó entender las palabras. Entonces mi cerebro se iluminó y ahogué un suspiro de sorpresa.

—¿Señor Anderson?

—Sí. —Sonaba preocupado—. Sólo llamaba para ver cómo te va. Habría llamado ayer, pero... ¿Estás bien?

Tragué saliva y aparté a un lado todos los pensamientos sobre Alexis Depardieu.

—Sí, sí. Estaba leyendo un libro para un trabajo de inglés.

—Ah.

Una pausa.

—Muy bien, de acuerdo. No quería molestarte.

—No, no pasa nada, de verdad. Sólo...

Eché un vistazo al reloj: casi mediodía. Se habían evaporado dos horas.

—Guau, había perdido la noción del tiempo.

—Debe de ser un buen libro.

—De hecho lo es, y no me lo esperaba. En cualquier caso... —Me pasé la lengua por los labios—. Estoy bien.

—Me alegro. Sólo quería asegurarme. Ya sabes, desde lo que pasó el sábado por la noche, he... he estado pensando en ti. Te habría llamado ayer, pero pensé que era demasiado pronto y que tus padres...

—Mis padres se han marchado un par de días —le interrumpí—. Salieron el domingo por la mañana. —Le hablé de Meryl y añadí—: Así que tengo la casa entera para mí sola hasta el jueves.

—Ah.

Pausa.

—Bueno, ¿y qué tienes planeado hacer con todo ese tiempo libre... aparte de leer?

—Mmm... bueno, he empezado a correr de nuevo. —Reuní todo mi coraje y

añadí—: De hecho, ayer estuve por Faring Park.

Si estaba sorprendido, no lo demostró.

—¿Sí? Yo corro por allí. ¿Qué tal fue?

Se lo dije y calculó:

—Eso es... espera... diez minutos por kilómetro, segundo arriba, segundo abajo.

No está mal. ¿Has salido hoy a correr?

Negué con la cabeza y entonces recordé que él no podía verme.

—Aún no.

—Yo tampoco. ¿Te apetece tener compañía? —Lo dijo como de pasada y agregó

—: Si no estás demasiado ocupada; sin compromiso. Ayer hice un recorrido largo, así que hoy me lo voy a tomar con calma. Unos siete kilómetros.

—No... —Tenía el corazón desbocado—. Quiero decir, sí. Me encantaría tener compañía —contesté.

—Estupendo. Bueno, ya sabes dónde está el parque, ¿no? ¿Qué tal si nos encontramos allí dentro de, digamos, una hora?

Le respondí que me parecía perfecto, él me dijo que llevara ropa de recambio porque conocía un pequeño local donde almorzar, yo le contesté que sonaba bien y colgué. En quince minutos estaba lista.

Según como lo mires, Bob, podría decirse que fue la peor decisión de mi vida. Según como lo mires.

26: a

—¿Cómo van las cosas con tus padres? —me preguntó el señor Anderson al cabo de un kilómetro y medio—. Es decir, en general.

Ya le había hablado de la gelidez del domingo por la mañana, así que le respondí:

—¿Qué quiere decir?

Íbamos a un paso tranquilo, ocho minutos por kilómetro, y tenía aire de sobra para hablar. Aunque no es que hubiera hablado mucho: apenas había pronunciado palabra y me sentía incómoda. Antes de salir de casa, me había costado decidir qué ponerme. Al empezar a correr de nuevo me había comprado dos pares de mallas cortas, pantalones y camisetas a juego, y unas zapatillas. Las mallas estaban algo desgastadas pero las camisetas no tanto, y pensé que cuanto más *grunge* pareciera, mejor. Al fin y al cabo iba a correr —con un hombre mayor—, no a una cita (y en cualquier caso nunca había tenido una). Al final, combiné unas mallas cortas de color azul marino con una camiseta azul celeste que ocultaba las cicatrices en caso de que tuviera que sacarme alguna capa de ropa; un sujetador de deporte blanco, una chaqueta ligera para entrenar y unos buenos calcetines de lana. El día era una copia del anterior, aunque un poco más frío, porque el señor Anderson había propuesto que rodeáramos el lago Faring.

Tras superar los dos primeros kilómetros, mis músculos ya se habían calentado, estaba sudando y mi cuerpo se movía a un ritmo bastante cómodo, aunque tenía que ampliar un poco las zancadas para mantener el ritmo de las largas piernas del señor Anderson.

—Bueno —me lanzó una mirada y luego apartó la vista.

El moratón color ciruela apenas se distinguía en mitad del rojizo encendido que salpicaba sus mejillas. El sudor empezaba a gotearle sobre los musculosos hombros y la garganta le brillaba.

—Seguramente no es asunto mío, pero mencionaste que estabas preocupada por tu madre.

Se me hizo un nudo en el estómago. Me alegraba de que estuviéramos corriendo, porque así no podía verme la cara.

—Tal vez exageré un poco.

O tal vez no. Te sorprendería descubrir cuánto tiempo puede la gente engañarse a sí misma cuando la verdad está justo frente a sus narices.

Así que le expliqué lo de la noche en que me había acompañado hasta la librería y mamá no estaba, y lo que yo había empezado a pensar. Lo que había visto en la fiesta.

—Si no tienen una aventura, entonces es que están muy unidos.

El señor Anderson tardó tanto en responder que empecé a pensar que había hecho algo mal. Tal vez no hubiera contado con eso. Una cosa era preguntar por mis padres y otra muy distinta que la chica chalada te contara sus secretos. Quise decirle que lo lamentaba, pero tenía miedo de que eso me hiciera sonar estúpida, como una criatura,

así que me limité a seguir corriendo.

Al cabo de medio kilómetro, el señor Anderson me preguntó:

—¿Así que piensas que ése es el motivo de que tus padres hayan decidido tomarse un par de días libres? ¿Que tu madre quiere el divorcio y tu padre tal vez intente convencerla de lo contrario? Eso es tan probable como que estén simplemente disfrutando de su compañía mutua y necesiten alejarse por un tiempo.

«De ti». No lo dijo, pero yo lo oí de todos modos. Sabía que tenía razón. Mis padres necesitaban unas vacaciones de sus atareadas vidas, lo cual incluía a la loca de su hija. Había sido muy tonta al creer que el señor Anderson estaba haciendo algo más que ser amable con la chica nueva y rarita. Debía de estar pensando en lo que mi padre había dicho: que mis «problemas» me habían llevado al psiquiátrico. Quizá ya se estuviera arrepintiendo de haberme llamado y contaba los minutos hasta llegar al aparcamiento.

«Esto es lo que pasa. Esto es lo que pasa cuando olvidas que Matt es el único que lo entiende. Puedes hablar con Matt. Sus correos nunca cambian, él nunca...»

De repente, estaba esprintando; corrí tan rápido como pude, a toda velocidad, mis pies chocaban contra el suelo y mis brazos se movían con ímpetu, mi pecho subía y bajaba como un fuelle. Oí que el señor Anderson gritaba mi nombre, pero no miré atrás, sólo aceleré y aceleré y aceleré, al tiempo que mi cerebro repetía: «Corre, corre, corre más rápido; tienes que alejarte, tienes que ir más deprisa». Si lo hacía, con suerte, la piel de mi cuerpo se desprendería y saldría flotando, y entonces sería como la beluga, al fin libre para alejarme de mi vida como si...

—¡Jenna! —El señor Anderson se acercaba, pero yo no reduje el paso ni me di la vuelta—. Jenna, ¿qué...?

—¡No! —jadeé.

Las gotas de sudor me nublaban la vista... ¿o eran lágrimas? ¿Estaba llorando? Era una perdedora, era una...

—¡Ay!

Un súbito dolor punzante me atravesó el costado; solté un resoplido y me retorcí de dolor cuando me sobrevino un calambre más intenso. Entonces me descubrí jadeando, parada y transida de dolor.

Los latidos del corazón me retumbaban en los oídos, después mis rodillas golpearon el suelo y me quedé resoplando a cuatro patas. La bilis, amarga y nauseabunda, se abrió camino hasta mi boca y la escupí. Sentí otra vez el pinchazo y dejé escapar un gemido.

—Eh. —El señor Anderson se arrodilló y me pasó un brazo por los hombros—. Eh, no pasa nada, tranquila. Intenta no jadear.

—Es-estúpida —conseguí articular.

Intenté escupir de nuevo, pero tenía la boca llena de polvo y la lengua seca. Me temblaban los brazos, empezaba a notar calambres en las pantorrillas y sentía todo el cuerpo tembloroso y débil. Me di cuenta de que estaba deshidratada. ¿Qué había

bebido? Un café por la mañana, y luego me había sentado a leer. No había bebido ni comido nada más. Estúpida, estúpida, qué estúpida había sido.

—Tranquila, estoy aquí —dijo el señor Anderson.

No sé cómo me encontré tendida boca arriba, contemplando el cielo azul a través de las ramas retorcidas y desnudas de los árboles. Era incapaz de fijar la vista y me temblaban las piernas. El señor Anderson tenía mi pie derecho apoyado en su regazo y me tiraba de la punta de los dedos mientras masajeaba la sólida piedra de mis gemelos para aliviar el calambre.

—Respira hondo, inspira... y expira... inspira, y...

—Lo siento.

Avergonzada, me cubrí la cara con el brazo. Estaba demasiado deshidratada para llorar y me ardía la piel.

—No debería haber ido tan rápido.

—Deja de disculparte. A veces pasa. La culpa es mía por no comprobar si te habías hidratado bien antes de correr. Toma.

Me puso algo en la mano y mis dedos se cerraron alrededor de un sobre de gelatina.

—Espero que te guste la manzana ácida.

Miré el envase con los ojos entrecerrados.

—La odio.

—Da igual. Venga, tómatala. Aquí no tengo más, pero no estamos lejos del coche. En el aparcamiento hay baños y también agua. Al menos podrás tomar algo.

Yo temblaba tanto que apenas era capaz de hacer que mis dedos respondieran, y el señor Anderson tuvo que abrir el sobre por mí. La gelatina de manzana ácida nunca me había sabido tan bien, pero me costó tragarla y me dejó con sed. Al final, los calambres de las piernas remitieron lo suficiente como para que pudiera renquear hasta el coche, si bien es cierto que muy lentamente y con el brazo del señor Anderson alrededor de mi cintura.

Tras dar un largo trago en la fuente y tomarme otros tres sobres de gelatina que el señor Anderson tenía en el coche (todos de manzana ácida), me sentí algo más humana. Los temblores ya no eran tan intensos, pero seguía débil y atontada, y un penetrante dolor de cabeza me presionaba las cuencas de los ojos y se escapaba por mis oídos.

—Ni hablar. —El señor Anderson negó con la cabeza al ver que yo intentaba dirigirme a mi coche—. No vas a marcharte a casa todavía. Lo último que necesitamos es que te estampes contra un árbol. Vamos.

Buscó en el asiento trasero de su Prius y sacó un forro polar.

—Ponte esto. Iremos a mi casa. Y cierra la boca —añadió, al ver que yo la abría—. Soy el entrenador. No admito discusiones.

Así que la cerré.

27: a

La casa del señor Anderson era una vivienda laberíntica y moderna de dos pisos, toda de cedro, pino y cristal. Gracias a Google Earth, me había formado una idea aproximada de su disposición, pero la fotografía de satélite se había tomado en pleno verano. Ahora, con las ramas de los árboles desnudas, la casa parecía enorme, casi una mansión en una pequeña elevación sobre el lago. Unos escalones de piedra conducían hasta el muelle. La rampa donde debería haber habido un barco estaba vacía. De la parte de atrás del embarcadero salía un largo camino revestido de madera en dirección a un cobertizo destinado a guardar barcos durante el invierno. Había una franja de arena marrón junto al agua y dos kayaks encallados en ella.

A pesar de mis objeciones, el señor Anderson cogió mi mochila y me acompañó escaleras arriba y luego abajo, hasta un recibidor en la parte trasera, hacia lo que él llamaba la habitación de invitados, pero que resultó ser una serie de tres estancias dispuestas en semicírculo, cada una abierta a la siguiente: una salita con televisor, un dormitorio tres veces más grande que el mío y un baño equipado con un *jacuzzi* y una ducha con cuatro salidas lo bastante grande como para albergar a un equipo de relevos.

—Tómate el tiempo que quieras —dijo mientras se dirigía de vuelta al recibidor—. Y gasta el agua caliente que necesites. —Sonrió—. Tengo tres hermanas. Cuando acababan de ducharse, nunca quedaba agua caliente, así que decidí que cuando fuera mayor tendría tres calderas y las bautizaría con sus nombres.

Al entrar en la ducha me sentí en el cielo. Estaba helada hasta el tuétano y decidí que no era momento de mostrarme comedida, sino de recrearme. Abrí las cuatro salidas de agua y subí la temperatura tanto como pude resistir. El agua me repiqueteó en los hombros, corrió entre las cicatrices de mi abdomen y se derramó sobre las mariposas de mi espalda, arrastrando el sudor, la suciedad y el cansancio.

La vergüenza.

Dios, qué estúpida había sido. Una idiota. No había seguido las reglas que todo corredor que se preciara conocía. Tenía suerte de que el señor Anderson fuera entrenador y hubiera sabido qué hacer, cómo ayudar. Había sido muy amable.

Así que, ¿por qué no podía yo hacer lo mismo y darme un respiro? No todo era culpa mía. Me vino a la memoria algo que me había dicho mi psiquiatra una vez: «Creer que todo es culpa tuya es como decir que el mundo gira a tu alrededor. Es puro narcisismo, y es destructivo».

«Vale, vale —pensé—. Haz lo que te ha dicho: cierra la boca».

b

Sorprendentemente, terminé de ducharme y de vestirme antes que el señor

Anderson. Mientras subía las escaleras que conducían al primer piso, oí el agua de una ducha corriendo en el otro extremo de la casa. El edificio estaba dispuesto formando una gigantesca H: los dormitorios, a la derecha; el resto de estancias, a la izquierda. Caminé por un pasillo alfombrado, hacia lo que suponía que sería la cocina.

Desde unos altavoces ocultos sonaba música clásica. En el aire flotaba un leve aroma a rosas y a alguna clase de especia que me dio picor en la nariz. La luz entraba por las ventanas y las claraboyas. En lo que me pareció una salita, un enorme ventanal ocupaba una de las paredes y enmarcaba el lago como un cuadro.

De la pared opuesta, por encima de un sofá de cuero, colgaban un puñado de fotografías. En una, el señor Anderson más joven, flanqueado por un hombre y una mujer mayores que, por el parecido, tenían que ser sus padres. En otra, el señor Anderson más o menos a mi edad, en bañador, suspendido en el aire y a punto de zambullirse en el agua. El señor Anderson esprintando, con el pecho adelantado, las piernas flexionadas en una gran zancada mientras cruzaba el primero la línea de meta. Una imagen del señor Anderson bajo el agua, equipado con un traje de submarinismo, el cabello ondulante como las algas.

En la esquina izquierda, cerca de una chimenea de piedra, había tres fotografías más. En una se veía al señor Anderson en su escritorio: de perfil, frente a la ventana, contemplando el lago con una taza de café en la mano. La neblina se elevaba desde el agua y los árboles estaban desnudos, así que deduje que la habrían tomado a finales de otoño o principios de primavera.

Era una foto bonita y parecía que la habían sacado poco tiempo atrás.

Pero no era la más interesante de las tres.

C

Sólo había dos en esa estancia. Puede que hubiera imágenes similares en otras habitaciones de la casa, pero lo dudaba. De los pasillos colgaban cuadros, no fotografías. Por otra parte, quizá sólo se necesitaran dos para contar esa historia en particular.

En la más antigua, la señora Anderson estaba tan guapa como una princesa: esbelta y con las mejillas sonrosadas, con una cascada de rizos negros. El vestido de novia tenía un pronunciado escote en pico y, en lugar de velo, llevaba un sombrero de ala ancha inclinado en un ángulo desenfadado. El señor Anderson lucía un frac y una faja de un azul vivo que resaltaba el color de sus ojos. Ambos sonreían y se abrazaban, y parecían tan felices como se supone que tienen que serlo los recién casados.

La segunda fotografía, de una época posterior, era en blanco y negro. Reconocí los muebles: la habían tomado en esa misma habitación. La señora Anderson estaba

de pie a la izquierda del ventanal, con una mano en el respaldo de la silla y la otra cubriéndose el vientre. Un rayo de luz hacía brillar su piel y mostraba la translucidez de la blusa. Así que no había manera de confundir la tripa.

Ni las cicatrices.

d

Para ser justa, Bob, sólo alguien con mi historial habría sabido qué estaba mirando. Por el modo en que la fotografía había sido retocada, la mayoría de la gente —incluso tú— no habría distinguido la cicatriz de la garganta. Pero la próxima vez que veas una fotografía o una peli de la era pre-Photoshop, Bob, estudia los primeros planos y verás a qué me refiero. Las caras de los chicos son siempre más afiladas, más cinceladas, angulosas. Pero en los clásicos en blanco y negro —*Mildred Pierce*, *Stella Dallas*, *Casablanca*—, los rostros de las mujeres son mucho más suaves, con la textura de un sueño. Eso es porque los primeros planos se filmaron a través de una gasa que cubría la lente para esconder las imperfecciones que el maquillaje no ocultaba: pecas, granos...

Cicatrices.

La única razón por la que yo había advertido la del cuello era porque la señora Anderson llevaba una blusa vaporosa de estilo indio escotada y con mangas largas y acampanadas. La cicatriz parecía un hoyuelo diminuto, del tamaño de una moneda de cinco céntimos y algo más pálido que su piel. Con una luz normal —en color—, probablemente hubiera sido tan rosada como un ratón recién nacido. Lo sabía porque yo también había recibido respiración asistida. La cicatriz de la traqueotomía había sido como la suya hasta que el doctor Kirby cogió el escalpelo y la hizo desaparecer. Lo que me queda ahora es... invisible. Nadie en absoluto diría que me abrieron un agujero en la garganta para intubarme. Los doctores tienen razón: cicatrizo muy bien.

Pero, por alguna razón, la señora Anderson seguía mostrando sus cicatrices, como si hubiera decidido mantener aquella lombriz a lo largo de su muñeca izquierda. No sabía si se había cortado también la derecha, porque esa mano descansaba sobre su vientre. Diez contra uno a que también se la había abierto en canal, aunque puede que no tan bien. La mayoría de las personas son diestras, así que, según las estadísticas, primero se habría cortado la muñeca izquierda. Para cuando se puso con la otra, debía de haber empezado a sangrar y seguramente estaba temblando, aturdida. Yo nunca he hecho nada parecido, pero conozco a un par de chicos y chicas que sí. Así que confía en mí, Bob, sé de qué hablo.

Mi mirada volvió a centrarse en la fotografía de la boda.

Ni una sola cicatriz.

Curioso.

e

Oí que se abría una puerta a lo lejos, en el pasillo. Cuando el señor Anderson entró en la salita, yo estaba estudiando un paisaje psicodélico: granjas de un blanco cegador con tejados azul eléctrico reproducidas a vista de pájaro y envueltas en el resplandor anaranjado del sol poniente.

—¿Te gusta? —me preguntó—. Me encanta ese cuadro.

—Es muy interesante —contesté.

El señor Anderson tenía el mismo aspecto que el día en que nos conocimos, fresco después de la ducha, con el pelo húmedo y ondulado en las sienes. Por supuesto, esta vez iba completamente vestido: tejanos, mocasines y un jersey de cuello alto verde bosque que resaltó los reflejos caoba de su cabello cuando atravesó un haz de luz. Devolví la vista al cuadro.

—Me gusta cómo cambia según la luz. ¿Quién es el artista?

—Harold Gregor. Obama también tiene una de sus obras en su despacho, así que supongo que hice bien al comprarlo. ¿Tienes hambre?

Lo seguí hacia la cocina mientras continuaba hablando sobre la evolución de la técnica de Gregor; sin embargo, mi mente no lograba centrarse en el arte.

Porque ahora sabía cosas que nadie más sabía ni había mencionado en la escuela.

En algún momento de su matrimonio, la señora Anderson había intentado suicidarse.

Y luego se había quedado embarazada.

Así que, ¿dónde estaba el niño?

Y ¿dónde estaba ella, en realidad?

28: a

El señor Anderson decidió que habíamos tenido suficientes aventuras por un día y preparó la comida. La recuerdo perfectamente, Bob: tortillas de queso de cabra y ensalada verde con peras en conserva, vinagre balsámico, fresas y almendras fileteadas. Mientras yo troceaba la lechuga para la ensalada, él desapareció en la despensa y salió unos segundos más tarde con una *baguette* que cortó en rebanadas. Luego las regó con aceite y las metió en el horno para que se tostaran. Yo lavé la lechuga, froté las tostadas con ajo y el señor Anderson las aderezó con una mezcla de alcachofa picada, pimientos rojos asados y dados de *mozzarella*. Un minuto antes de retirar las tortillas, me pidió que metiera las *bruschettas* bajo el gratinador para derretir el queso.

La comida estaba deliciosa, y yo tenía un hambre canina a pesar de todo. Me había acostumbrado tanto a las comidas improvisadas y los restos de *pizza*, que había olvidado a qué sabía la comida casera. Por cómo manejaba los cuchillos y las sartenes, estaba claro que el señor Anderson se sentía cómodo en la cocina. Llegó incluso a lanzar la tortilla al aire e hizo una imitación bastante buena de Julia Child: «¡Debes tener el valor de tus convicciones!». Consiguió que me riera, que me sintiera bien, y pasamos un buen rato. Devoré hasta el último pedazo de la tortilla, me serví otra ración de ensalada y me comí cuatro *bruschettas*. Almorzamos en la mesa de la cocina, con vistas al lago, y apenas hablamos. Ambos teníamos mucha hambre. A continuación, el señor Anderson sacó del congelador una bolsa de galletas de chocolate caseras para acompañar un té de menta caliente.

Al terminar, había empezado a recoger los platos cuando el señor Anderson me detuvo con un gesto.

—¿Qué prisa hay? ¿Tienes que ir a alguna parte? Ése es el problema de la gente. —Cogió otra galleta y le dio un mordisco—. No se toma tiempo para disfrutar del momento.

—Lo siento —dije mientras volvía a sentarme.

—Y deja de disculparte —replicó él con fingida seriedad y, al ver que yo me reía, sonrió—. Tienes mil veces mejor aspecto que en la pista. Me has preocupado.

—Lo sie... —Me interrumpí y volví a intentarlo—: No me había pasado nunca. Vaya, he tenido calambres, todo el mundo los tiene, pero nunca tan fuertes como para no poder correr.

—Tal vez tu cuerpo intenta decirte algo, como... que dejes de correr.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de significado. Al mirarle, estaba soplando su té con la vista fija en el lago, pero la invitación era clara. El silencio se alargó. El señor Anderson tomó un sorbo de la taza y añadió:

—No tenemos que hablar de nada que no quieras.

Danielle había dicho que le gustaban las mujeres rotas. La señora Anderson constituía una clara prueba de ello, ¿no? No todas las cicatrices son visibles. El señor

Anderson no lo había advertido a tiempo o no había sido capaz de ayudarla una vez lo entendió. Por lo que yo sabía, si ahora era tan sensible al dolor íntimo de la gente, el que se encuentra donde nadie puede verlo, era debido a la señora Anderson. Eso explicaría por qué se esforzaba tanto con alguien como yo. Y tal vez también con Danielle.

Pero en realidad, ¿a quién le importaba? La señora Anderson no estaba allí, y tampoco Danielle. El señor Anderson era la primera persona que se había preocupado por mí en lo que parecía una eternidad. Sí, le gustaba ayudar a la gente que sufría. Ya ves tú qué problema, ¿no?

Todo era un tira y afloja, Bob. Como si estuviera jugando a tirar de la cuerda conmigo misma.

Porque había otro problema: ¿cómo contarle que no era una sola cosa? Si sólo se hubiera tratado del viejo verde del doctor Kirby, habría sido fácil. Pero estaban Matt y mis padres, y el abuelo MacAllister, y el psiquiátrico, y los pensamientos que yo aún tenía. Las ansias de cortarme... y no podía contarle que el cuchillo de los besos estaba evitando que lo hiciera, porque entonces tendría que admitir que se lo había robado. Y luego estaba la escuela, intentar encajar mientras me preguntaba si el esfuerzo valía la pena.

Pensar en todo aquello resultaba agotador. A pesar de las horas que habían pasado diseccionándome, los psiquiatras seguían sin estar convencida de que hablar sirviera de mucho, excepto para que todo el mundo supiera lo que pasaba por mi cabeza. Hablar nunca había hecho que nada de todo aquello desapareciera.

La otra cosa era que... no sabía las reglas; todavía no. Vamos, Bob, ya sabes de qué te hablo: hay amigas con las que sólo hablas de ropa, mientras que otras guardan tus secretos y viceversa. Cada relación tiene sus reglas. La nuestra estaba apenas empezando. No, eso no es cierto. Mi relación con el señor Anderson se estaba convirtiendo en algo distinto a lo que había sido.

Fueran cuales fuesen sus motivos, ¿a quién le importaba? Me gustaba el cambio. Me gustaba él, sólo por lo que era. Me hacía reír y conseguía que me sintiera cómoda en mi estúpida piel. Y no tenía ninguna intención de desaprovechar aquella oportunidad.

—Gracias —dije al final—. Por el ofrecimiento. Es agradable saber que hay alguien que... —quería decir «se preocupa», pero busqué algo menos revelador—: Alguien que quiere escuchar.

—Siempre —respondió él.

b

Mientras él lavaba los platos y yo los secaba, me preguntó qué planes tenía para el resto de las vacaciones. Le hablé de mi trabajo de inglés, del que había oído algo

entre los demás alumnos, y de Alexis. Resultó que había leído el libro hacía bastante tiempo, en la universidad.

—Y tenía grandes ambiciones.

Soltó una risa compungida.

—Quería salvar el mundo. Me metí de lleno en todo lo relacionado con Jane Goodall, Dian Fossey y Alexis Depardieu. Una de mis películas preferidas era *Born Free*.

Yo no la había visto, así que me habló sobre Joy Adamson y luego añadió:

—Antes de que nos marchemos, recuérdame que busque en mi estudio. Creo que tengo algo sobre Depardieu que tal vez no hayas encontrado.

—¿Quería ser biólogo marino?

Él se encogió de hombros.

—Quizá. Era un sueño. Cuando cursaba segundo en Stanford hice unas prácticas de verano con un tipo que estudiaba los delfines. Acabamos en Japón. Tratábamos de documentar la caza masiva de delfines, pero nos detuvieron. Créeme, no hay nada peor que pasar un par de noches en una cárcel extranjera.

—¡Guau! ¿Se asustó?

—Sí. Creía en lo que hacíamos, pero todavía era muy joven. Sólo podía pensar en lo que haría mi padre cuando volviera a casa. El tipo de la embajada americana vino al tercer día, y al quinto nos soltaron. Luego nos metieron en un avión y eso fue todo.

—¿Qué hizo su padre?

—Me sacó de la universidad y me envió a Madison. No me malinterpretes, no es que Madison sea una mala universidad, pero California...

Meneó la cabeza.

—Allí la gente es muy distinta, mucho más abierta. La luz también es diferente, el aire de las montañas está más limpio y de algún modo... te sientes más grande.

—¿Cómo se interesó por los delfines?

—Por *Flipper*. Y la cuarta peli de *Star Trek* me pareció una obra desgarradora de una genialidad asombrosa —aseguró con tanta seriedad que me dio un ataque de risa. El señor Anderson esbozó una sonrisa—. Sinceramente, los cetáceos son geniales. ¿Qué me dices de esas historias en las que rescatan a submarinistas y bañistas? En mi primer año de universidad, yo mismo vi cómo sucedía.

—¿En serio?

—Del todo. Había un tipo de segundo que estaba fascinado con los tiburones blancos. Había visto *Tiburón* unas cien veces. Tomamos juntos clases de submarinismo y hacíamos surf. Un día salimos a practicar con otro amigo; él iba con su tabla, y de repente una cría de gran blanco se le echó encima. Eso es lo que hacen: dan cabezazos para noquear a su presa y luego, mientras está inconsciente, se la comen. Mi amigo estaba remando y de pronto —dio una palmada con las manos— ¡zas! La tabla le golpeó en la cara, y él salió despedido en una dirección y la tabla en otra. Le oí gritar y me volví a tiempo de sumergirme mientras su tabla pasaba

volando por encima de mi cabeza. Mi amigo estaba en el agua, a unos diez o doce metros. Pensé que lo había tirado una ola inesperada, pero había sangre en su cara y en el agua... y entonces vi un torpedo gris que se acercaba a toda velocidad y supe lo que había ocurrido.

Yo tenía los ojos abiertos como platos.

—¿Qué hizo?

—¿Después de que se me parara el corazón? Mi otro amigo y yo permanecemos en nuestras tablas y remamos a toda prisa mientras chillábamos a pleno pulmón.

Al ver la expresión de mi rostro, sus labios se curvaron en una sonrisa lúgubre.

—No es que tenga instintos suicidas, pero la realidad es que los tiburones no atacan nunca diferentes objetivos. Se centran sólo en uno; son máquinas de matar verdaderamente extraordinarias. Además, yo tenía un cuchillo. Siempre llevo uno por si se me enreda la cuerda de seguridad. Para cuando llegamos, el tiburón tenía atrapado a Ken por una pierna, a la altura del muslo.

Como la escena de la película en la que el tiburón atrapa a Quint. Me estremecí.

—Creo que Ken se salvó sólo porque el tiburón era aún una cría y su boca no era lo bastante grande. El caso es que mi otro amigo lo golpeó con la tabla de Ken y yo acuchillé al animal justo detrás de la aleta dorsal. Supongo que si hubiera estado en el agua habría intentado clavárselo en el ojo, pero...

Se pasó la mano, húmeda después de lavar los platos, por el pelo.

—En fin, que el tiburón lo soltó, arrastramos a Ken fuera del agua y lo tumbamos sobre nuestras tablas. Le manaba sangre de la pierna. Para entonces, los socorristas ya se estaban acercando, pero había sangre por todas partes y el color iba desapareciendo del rostro de Ken. Entonces arranqué mi cuerda de seguridad, se la até a la pierna y tiré para apretarla. Aquello detuvo la hemorragia. Los socorristas llegaron al fin, pero en las motos de agua no había espacio para mi amigo y para mí, así que les vimos regresar a la orilla con Ken y nosotros seguimos en el agua, rodeados de sangre.

Yo ahugué un grito.

—Oh, no.

—Oh, sí. Cerca de un minuto después, distinguí unas aletas que se acercaban directas hacia nosotros y pensé: «Oh, oh, más tiburones; estamos acabados». Pero entonces me di cuenta de que eran delfines mulares.

—¿Qué hicieron?

—El grupo nos rodeó y luego nos siguió hasta que hicimos pie. El guía es siempre el macho dominante, y te juro que vi un delfín que comprobaba si lo habíamos conseguido. Cuando se hubo cerciorado de que estábamos a salvo, se marcharon. Y ésa —concluyó mientras me tendía la sartén mojada— es la razón por la que empezaron a interesarme los delfines.

—¡Guau! —volví a exclamar—. ¿Y por qué ya no los estudia? Incluso estando en Madison, podría haber encontrado el modo.

—Tal vez. Si hubiera sido listo... y valiente. Pero no lo fui. Después de lo de Japón me asusté bastante. Mi padre era ingeniero químico y quería que participara en el negocio familiar. Dios, amenazó con desheredarme no sé cuántas veces. Siempre decía que estaba esperando a que yo recuperara el juicio y dejara de perseguir sueños que nunca se cumplirían y con los que nunca podría ganarme la vida... Ese tipo de comentarios realmente disuasivos. Para ser sincero, creo que él estaba contento de que, en cierto modo, aquella experiencia... me desmoronara, ¿entiendes? La presión que uno puede soportar tiene un límite. Así que hice lo que él quería: abandoné los estudios, volví a casa y me matriculé en química —dijo mientras dejaba un puñado de cubiertos mojados en el fregadero con un tintineo metálico—. Y luego me casé.

C

Cuando regresamos a Faring Park, el sol casi se había puesto y los bosques estaban en penumbra. Mi coche era el único que quedaba en el aparcamiento. Mientras el señor Anderson aparcaba al lado, me desabroché el cinturón de seguridad.

—Gracias por la comida y... por ayudarme. Lo he pasado muy bien.

—Yo también.

A la débil luz, no podía distinguir su expresión. Pero sonaba sincero.

—¿Así qué, corremos mañana?

El corazón se me aceleró en el pecho.

—Claro.

—Genial. Pero sin excedernos. Esperaremos un par de días antes de apretar. ¿Cuántas continuas has corrido en el último mes?^[6]

—Ninguna. Me dedico sobre todo al fondo.

—No me parece una buena idea. La resistencia es importante, pero tienes que practicar la carrera continua para mejorar la velocidad. ¿Qué te parece si mañana hacemos eso? ¿Unos cuarenta y cinco minutos?

Ah, las palabras mágicas: «Resistencia, velocidad, carrera continua». Yo sabía adónde quería llegar. Nunca era demasiado tarde para unirse al equipo, sobre todo cuando tus mejores corredoras están teniendo la temporada más desastrosa de sus vidas. Bueno, ¿por qué no? Sólo quedaba un tercio de temporada; necesitaba el ejercicio; Danielle tendría que aguantarse.

—Vale.

—Estupendo. Quiero cronometrarte en la colina después de correr cinco kilómetros. Si lo haces bien, al día siguiente practicaremos intervalos. Por supuesto, cuando volvamos a la escuela...

—Me uniré a los entrenamientos del equipo.

—Ésa es la idea. Cuando llegue el mal tiempo nos trasladaremos al pabellón

cubierto, pero yo corro al aire libre casi todos los días a menos que sea muy peligroso. Si quieres... —vaciló y luego prosiguió—: podrías seguir corriendo conmigo.

¿Era cosa de mi imaginación, o había percibido una nota de preocupación por si yo rechazaba la propuesta?

—Vale.

—Bien. —Pareció levísimamente aliviado—. Bueno, ¿qué te parece mañana por la mañana? Pronto, ¿a las ocho? Te recogeré y después de correr iremos a desayunar. Te prometo que no cocinaré; te llevaré a una cafetería que conozco. Las tortitas están de muerte.

—Eso sería genial.

Abrí la puerta, y la luz del techo se encendió y se derramó por el interior del Prius. Mientras salía a toda prisa, me volví para recoger la mochila de la alfombrilla, pero el señor Anderson se había inclinado y la sostenía en la mano. Nuestras miradas se cruzaron. No sé por qué, pero ambos nos quedamos inmóviles. Ninguno de los dos apartó la mirada, conscientes de que algo sucedía. Yo sabía que él lo sentía porque vi cómo las emociones cruzaban su rostro. Notaba la boca tan seca que tuve que mojarme los labios.

—Gracias otra vez. De verdad.

—No. —Soltó mi mochila—. Gracias a ti.

Esperó a que arrancara mi coche y luego me siguió. No se dirigió hacia su casa, como yo esperaba, sino que condujo detrás de mí todo el camino hasta la carretera principal, como si quisiera asegurarse de que sabía llegar o de que nada ocurría. No nos encontramos con ningún otro coche; yo conducía despacio, consciente de que los ciervos empezarían a ponerse en movimiento en cuanto el sol se pusiera y la temperatura descendiera unos grados. Cuando alcanzamos la señal que indicaba la carretera interestatal, ya se había hecho de noche y los ciervos habían salido; sus ojos brillaban como monedas verdes a la luz de mis faros. El señor Anderson tocó una vez la bocina. Por el retrovisor vi cómo el Prius daba media vuelta y enfilaba el camino en dirección a su casa. Reduje la marcha para contemplar las luces rojas gemelas de sus faros traseros hasta que las perdí de vista.

Entonces me enfadé conmigo misma. ¿Qué hacía obsesionándome de esa manera? Aun a pesar de lo estúpida que me sentía, seguí mirando por el retrovisor, medio esperando que apareciera mágicamente.

No lo hizo.

Pero, de todos modos, yo seguí esperando.

d

Vale, un inciso.

Sí, sabía qué me estaba pasando. No tenía ni idea de lo que había en la cabeza del señor Anderson, pero no soy estúpida, Bob. Había luchado contra ese sentimiento desde el momento en que le había visto bañado en la luz del sol, un semidiós con pantalones color caqui y polo de Ralph Lauren. Puede que sea rarita, pero no soy imbécil. Lo sabía... y dejé que ocurriera.

¿Y por qué?

Porque sí.

Sólo... porque sí.

Vale, de acuerdo. Porque me sentía mal, ¿vale, Bob? Mi madre era una borracha egoísta, mi padre un gilipollas psicópata acostumbrado a salirse siempre con la suya y Matt... Matt se había marchado.

Estaba sola. Tenía dieciséis años, la edad en que la sirena encuentra a su príncipe. Creía en la magia, en el amor a primera vista y en el destino. Era como cualquier otra chica. Así que ahora tenía una aventura toda para mí, un secreto deliciosamente desquiciante.

¿Quieres saber cómo piensan las chicas, Bob? Bueno, aquí tienes una primicia: lo que alimenta un romance es la tortura de no saber, un dolor dulce, muy dulce. Es el anhelo, tonto. El amor no correspondido es el mejor de todos. Mira Shakespeare. Ya desde el primer momento te cuenta que el romance entre Romeo y Julieta es una tragedia. (Si vamos al grano, verás que las primeras frases de Romeo van todas sobre meterse en las bragas de Julieta. El chico tiene sus prioridades.) Tú sabes que la cosa no va a funcionar, pero de todos modos apuestas por esos dos jóvenes alocados. Se besan, mucho, y ella sólo tiene catorce años. Al final se acuestan, y ¿qué pasa luego, al siguiente anochecer? Que son historia. Para ellos no habrá mal aliento por las mañanas, ni niños en pañales, ni Romeo aparecerá arrastrándose después de un duro día batiéndose en duelo. Saborean el cielo por un momento y, cuando mueren, lo que piensas es que, para ellos, esa única noche de felicidad absoluta ha valido la pena.

Eso es lo que Will y Jane y Charlotte y todos esos escritores sabían, lo que sabe cualquiera que haya estado enamorado, Bob: que no existe nada mejor que el camino hasta ese primer beso. La obsesión es un motor por sí misma, un tormento de lo más grato. El resto sólo es... una verdadera decepción.

Si lo piensas, la obsesión —la anticipación— es el destello de una navaja, el parpadeo de un cuchillo que se posa sobre la piel incólume. El momento en que llegas a esa proverbial encrucijada: cortarte o no. Sangrar. O no.

Así que efectivamente, Bob, me estaba dejando caer en la obsesión. Incluso de vez en cuando tenía *flashes* en los que me encontraba pensando en el señor Anderson de ese modo. Cuando me había masajado las pantorrillas y luego deslizado una mano alrededor de mi cintura para ayudarme a volver a su coche, su contacto fue eléctrico; sus dedos, abrasadores. Mi corazón latió con más fuerza; una maravillosa chispa me ardía en el pecho. Entendí por qué su comida sabía tan bien, por qué compartir la preparación había resultado tan íntimo. Por qué había contemplado sus

manos mientras lavaba los platos y me había preguntado cómo sería sentir las sobre mí.

¿Te estás poniendo, Bob? ¿Crees que todo esto se va a volver muy gráfico? ¿Que voy a hacer que lo disfrutes? Ja. Sigue soñando. Pero ¿pensamientos como ése? Sí, los tenía, y la sensación era agradable. El señor Anderson era una persona amable, tenía una casa preciosa, le gustaba a todo el mundo... y quería pasar tiempo conmigo. Conmigo. Sí, yo sabía que eso se debía en parte a su campaña para asegurarse de que me incorporara al equipo. Danielle decía que el señor Anderson recogía a los extraviados, y yo había conseguido clasificarme entre ellos. Por lo que sabía, solía dejar que los chicos acudieran a su casa.

Pero ¿y si yo no era una mera extraviada? El modo en que me había rescatado del doctor Kirby, el momento en que nuestras miradas se habían cruzado... ¿Y si la emoción que había visto en su cara no era sólo un reflejo de la mía?

Y si... Y si... Y si... Una y otra y otra vez. Un tira y afloja.

No me importaba. Me gustaba la sensación porque el deseo me convertía en una chica normal.

Incluso aunque al mismo tiempo me sintiera un poco patética.

29: a

«Hola, cariño. Tu padre y yo hemos decidido quedarnos toda la semana. Estamos tan relajados, y hace tanto tiempo que no montaba en kayak ni salía de excursión...»

Había siete llamadas, tres de mamá, pero sólo había dejado un mensaje. Sonaba tan animada que me costó creer que fuera ella.

«Como no tienes clases, en realidad no nos necesitas, ¿verdad? Si quieres hablar con nosotros puedes llamarme al móvil, o al de papá...»

Ahora se oía otra voz de fondo: mi padre, con un tono tan malhumorado y agudo como el de un niño. La voz de mamá se ahogó de repente al cubrir el auricular con la mano, pero su risa era coqueta y estridente como la de una adolescente: «¿Aún no estás agotado?».

Vale, demasiada información. Al cabo de un segundo, volvió a oírse la voz de mamá: «Bueno, espero que todo vaya bien y que estés ocupada. ¿Cómo va el trabajo sobre el libro? Te quiero. Adiós».

Clic.

El identificador de las otras cuatro llamadas estaba bloqueado. No habían dejado ningún mensaje.

b

Todavía era pronto; las ocho y poco. Cogí el libro de Alexis pero fui incapaz de concentrarme: mis pensamientos vagaban de vuelta al encuentro del señor Anderson con aquel tiburón. Yo nunca sería tan valiente. La única persona que conocía que podía acercarse era Matt la noche en que me rescató del incendio.

«Oh, Matt». Llevaba más tiempo que nunca sin escribirle y me preguntaba qué me ocurría. Escribir a Matt siempre había constituido una prioridad. No importaba que sus cartas nunca cambiaran, lo importante era el salvavidas que mis correos le proporcionaban. Tal vez Matt pudiera tratarse a sí mismo como si ya estuviera muerto, pero yo no podía permitirme pensar lo mismo. Uno de los dos tenía que creer que aún seguía con vida. Era incapaz de enfrentarme a la alternativa.

Así que ahí estaba, sentada, contemplando la lista de los correos de Matt en su carpeta especial. Tenía la cuenta de correo abierta, el portátil zumbaba suavemente... y a mí no se me ocurría nada que decir. En realidad, no podía hablarle del señor Anderson y ya le había contado el mismo rollo a Matt un millón de veces. De repente, me sentí muy cansada de jugar a aquel estúpido juego...

El teléfono empezó a sonar y me sobresalté. En el identificador de llamadas se leía: «Desconocido». En circunstancias normales no habría contestado, pero esta vez cogí el auricular al tiempo que pensaba: «A lo mejor es...».

—¿Diga?

—¿Emily?

Un hombre. No era el señor Anderson y sonaba cabreado.

—Emily, maldita sea, ¿por qué demonios no lo cogías?

—Mi madre no está. —Idiota. ¿Qué es lo primero que les enseñan a los niños? Nunca digas que estás solo en casa—. ¿Quiere que le dé algún mensaje?

—Oh. —Una pausa—. ¿No estoy llamando a un móvil? ¿Eres Jenna?

—¿Quién llama, por favor?

—Soy Nate Bartholomew. Nos conocimos la otra noche en la fiesta de tu madre... de tus padres.

—Sí, lo recuerdo —respondí, mientras pensaba: «Sí, recuerdo que mamá te tocó la mano, y recuerdo cómo le susurraste al oído y el modo en que te miró»—. Mi madre está fuera y no volverá hasta dentro de un par de días.

—Ah.

Otra pausa.

—Creía que éste era su móvil. Bueno, esto... escucha, ¿tienes su número?

—Claro. —Le di el número y luego añadí—: Mi padre está con ella. —Lo sé: muy malvado—. Puedo decirle que le llame cuando tenga un momento.

Bartholomew rumió un rato y luego me soltó una historia rocambolesca sobre que mamá había organizado una firma de libros, pero el publicista de Nate no creía que funcionara... alguna estupidez semejante. Estaba mintiendo: Evan era el encargado de organizar las firmas de ejemplares. Pero le dejé contar la historia y le aseguré que le diría a mamá que le llamara.

—O si no, puede probar en el móvil.

—No, no, no es necesario. Sólo dale el mensaje, gracias.

Colgó con rapidez, probablemente preocupado por que le propusiera alguna otra cosa.

Dejé el auricular en su sitio y jugué con la idea de decirle algo a mi madre y evaluar su reacción. Entonces pensé: «Métete en tus asuntos». ¿Qué es lo que dicen sobre no levantar la liebre?

C

Al final, opté por llamar a Evan. La tienda estaba cerrada, así que con toda amabilidad dejé un mensaje de voz sobre el pobre Nate Bartholomew.

«Y ahora, intenta explicar eso, mamá».

La verdad, Bob, es que yo nunca podría haber seguido mi propio consejo.

30: a

El martes amaneció más frío, pero aún sin nubes. Corrimos por la propiedad del señor Anderson, una vuelta en el sentido contrario a las agujas del reloj desde su casa, bordeando el lago, y luego en dirección oeste a través de los bosques hacia Faring Park. Tal como había prometido, el señor Anderson me cronometró en carrera continua: quince minutos a ritmo lento, veinte apretando al máximo y luego quince más a trote ligero. No intercambiamos palabra. El señor Anderson dijo que eso me impediría prestar atención a las sensaciones de mi cuerpo cuando me acercara al límite, y que tenía que aprender a reconocerlas.

—Debes saber reconocer cuándo a tu cuerpo le queda todavía un último empuje. La victoria es una combinación de habilidad, determinación y estrategia. No serás capaz de ganar a menos que sepas cuándo apretar el gatillo.

No tenía ningún interés en saberlo; me sentía feliz por el mero hecho de estar al aire libre. La sesión fue mejor que la del día anterior: en el aire cortante flotaba un aroma a enebro y abeto. Sentía el cuerpo reluciente y poderoso, como una pantera deslizándose sobre la tierra, corriendo a través del bosque.

La ruta de vuelta nos llevó hacia el sureste y luego al norte, alrededor del montículo más alto del lago. Para entonces eran ya más de las nueve y pude distinguir el agua entre los árboles, su superficie brillante como la mica, ahora que la neblina matutina se había levantado. Entonces reparé en una serpenteante pista secundaria bordeada de hierbas aromáticas y alerces que llevaba hasta el lago. Los rayos de sol se filtraban entre las ramas de los árboles y me pareció entrever el brillo de un cristal. Recordé las imágenes de Google Earth, en las que se distinguía una pequeña cabaña entre los bosques.

De vuelta en la casa, había toallas limpias en el baño de invitados y zumo de naranja en la cocina. Después nos dirigimos a una granja a diez minutos de Faring Park, ahora convertida en un acogedor bistró en el que había una vitrina con pan y bollos artesanales y una pequeña cocina. Cuando abrimos la puerta, sonó una campanita. La mujer que había detrás del mostrador alzó la vista.

—Mitch —saludó, y después sus ojos grises se movieron hacia mí—. ¿Una de tus chicas?

El modo en que pronunció la palabra «chicas» me incomodó. El señor Anderson se limitó a soltar una risita y colocar una mano protectora sobre mi hombro, como un entrenador.

—¿Qué pasa, Adelaide? ¿Estás celosa?

Ella resopló.

—Soy veinte años demasiado mayor para eso. ¿No estáis a punto de finalizar la temporada?

—Nunca es demasiado tarde para sumar a una gran corredora al equipo. Adelaide, Jenna. Jenna, ésta es Adelaide, la mejor cocinera del condado y una

chismosa rematada.

—Hola —dije—. Encantada de conocerla.

—Eso lo dudo mucho. Por otra parte, Mitch tiene razón: soy la mejor cocinera del condado. —Adelaide le dedicó una leve sonrisa al señor Anderson—. ¿Cómo está Kathy?

—Bien. Está otra vez en Minneapolis, visitando a su padre —respondió él.

Adelaide desvió entonces el tema hacia el cáncer y la larga agonía que había padecido su padre.

A continuación pedimos, llenamos unas gruesas tazas blancas de café y nos dirigimos a un pequeño comedor. Un alegre fuego chisporroteaba en una chimenea de piedra. Aparte de dos tipos con mono de trabajo sentados a la mesa más alejada, junto a la ventana, éramos los únicos clientes. Llevamos los cafés a una mesa dispuesta frente a la chimenea.

Durante unos incómodos segundos no dijimos nada, y creo que fue entonces cuando tomé conciencia de que aquello era muy extraño, como si me hubiera transportado a un universo paralelo, un lugar donde llamaban al señor Anderson por su nombre y sabían qué quería comer (tortitas con fresa y salchichas) sin tener que preguntárselo. Seguro que en algún lugar había un camarero que sabía con exactitud cómo le gustaban al señor Anderson los Martinis, en caso de que los tomara. Al pensar en ello —en el ladino modo en que Adelaide había sacado a colación el nombre de la señora Anderson—, sentí un diminuto pinchazo de celos. ¿Una de las «chicas» del señor Anderson? Aquello me hacía sonar como una... bueno, como una prostituta.

—Siento lo que ha pasado.

Aparté mis pensamientos con un pestañeo. El señor Anderson me estaba mirando.

—Estoy bien —dije, y tomé un sorbo de café.

No sabía tan bien como el que preparaba el señor Anderson, ni siquiera como el mío.

—Ya, pero te fastidia.

—Un poco.

Él suspiró.

—Debería haber sabido que Adelaide sería incapaz de mantener la boca cerrada. A veces, sobre todo en verano, salgo a correr con todo el equipo y luego traigo a las chicas aquí para desayunar.

—No hace falta que me explique nada —mentí.

—Sí hace falta. No me gusta el modo en que te ha tratado. No me gusta lo que ha insinuado y, cuando regrese, solo, creo que ella y yo mantendremos una pequeña charla.

—No quiero causarle problemas.

—Adelaide saca sus propias...

Se interrumpió mientras otra mujer nos servía el desayuno. Le dimos las gracias,

esperamos a que rellenara nuestras tazas y se marchara, y entonces el señor Anderson empezó a untar las tortitas con mantequilla.

—Kathy lleva demasiado tiempo fuera. A estas alturas podría decirse que se ha mudado a Minneapolis mientras dure la enfermedad. Su madre murió y su padre está muy enfermo; es hija única, así que...

Empapó las tortitas con sirope, pinchó un trozo con el tenedor y se lo llevó a la boca. Luego sonrió.

—Adelaide puede ser una mujer difícil, pero hace unas tortitas increíbles. —Me acercó el plato—. ¿Quieres un poco?

Sí. Las tortitas olían a calor y a fresas dulces. Empecé a salivar. Sin embargo, respondí:

—No, gracias.

—No sabes lo que te pierdes. Además, un corredor necesita hidratos de carbono.

—Hablando de eso... —Eché sal a los huevos, fritos por los dos lados, deseando que fueran tortitas—. Aún no estoy decidida a apuntarme al equipo.

—Mira, creo que serías un gran fichaje, pero no voy a presionarte. Quedan cinco carreras. Si no corres para mí este otoño, podrías hacerlo en primavera. Si por entonces sigues sin querer, no hay inconveniente. Eso no cambia nada. Yo corro durante casi todo el invierno, y si quieres que sigamos haciéndolo juntos sería genial. Si no, tampoco pasa nada.

—Me gustaría seguir corriendo. Es agradable correr con... —Me acobardé en el último segundo—. Con alguien —dije, y no me gustó nada lo poco convincente que sonó.

La sonrisa del señor Anderson parecía sincera.

—A mí también me gusta correr contigo. Ahora, come antes de que se te enfríe el plato.

Adelaide era una estúpida, pero cocinaba de miedo y devoré los huevos, la salchicha y las patatas salteadas con cebolla en un tiempo récord. El señor Anderson me contempló mientras yo cortaba en tiras largas una tostada integral untada con mantequilla.

—Los llaman «soldados» —dije mojando una tira de pan en la yema del huevo—. Meryl dice que en Inglaterra se come así.

—¿Ah, sí?

Entonces el señor Anderson extendió el brazo, cogió uno de mis soldados, lo empapó en la yema, se metió el pan goteante en la boca y lo masticó a conciencia.

—No está mal —comentó.

Tragó el pedazo de pan y luego lamió un reguero de yema que le había quedado en el meñique derecho.

—Te cambio un par de soldados por una tortita.

—Eso estaría bien —respondí.

b

Íbamos por la tercera taza de café.

El señor Anderson se interesó por mis padres, Meryl, la granja de Meryl y qué tal era remar en el lago Superior.

—Siempre he querido hacerlo —comentó mientras jugueteaba con un sobrecito de azúcar—. Cuando me mudé aquí quise hacer la travesía, pero siempre surge algo que me lo impide.

—¿Dónde vivía antes?

—En Kenosha. Yo no tenía que ser profesor. Allí estaba la empresa de mi padre. Producía placas de níquel electrolítico, las piezas que se usan para cubrir los discos duros, diferenciales para automoción... se suponía que yo iba a hacerme cargo en cuanto me graduara. Y lo hice, durante casi tres años. Cuando mi padre se retiró de la junta directiva, vendí la maldita fábrica de inmediato y amasé más dinero que Dios —dijo riendo entre dientes—. Creí que a mi padre le iba a dar un ataque, pero yo fui el último en reír: dinero y mi libertad. Bueno, casi toda. Nunca volvería a ser joven, pero... Imagino que puede decirse que se la devolví por haberme sacado de Stanford.

Ningún adulto me había hablado antes con tanta franqueza.

—¿No podría haberse quedado? En Stanford, quiero decir.

—Claro, pero en aquel entonces no lo creía. —Dejó el sobre de azúcar en la cestita de mimbre y continuó—: Eso es algo que aprendes cuando te haces mayor. Los padres esperan tener la misma influencia sobre ti cuando tienes treinta años que cuando tenías diez. Algunos, los buenos, son capaces de dejar volar a sus hijos. A otros no les gusta quedarse anticuados y hacen todo lo que pueden para convencerte de que no puedes vivir sin ellos. Ahí fue donde yo me equivoqué. Tuve miedo, lisa y llanamente. Acepté la idea de mi padre y me convencí de que no podría conseguir nada sin su ayuda. La verdad es que las cosas han salido bien. Cualquiera que me viera pensaría que tengo una vida perfecta, de cuento de hadas: dinero, tierras, una casa maravillosa, una esposa encantadora. Pero todo eso es superficial. Es como detenerse a mirar a un extraño dentro del agua: te parece que está bien porque no grita ni alborota, cuando en realidad el tipo está a veinte segundos de ahogarse.

—Pero es usted rico —objeté—, podría hacer lo que quisiera.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Por una parte, no puedes retroceder en el tiempo. Por otra, ya no se trata sólo de mí. Tengo esposa y muchas responsabilidades. Llega un momento en la vida, Jenna, en que has de dejar atrás algunas cosas —señaló, encogiéndose de hombros—. En cualquier caso, imagino que puedo ayudar a gente más joven que yo a no cometer los mismos errores.

Quería preguntarle cuántos había cometido, aparte de abandonar su sueño de

convertirse en biólogo marino. Creía tener una idea. Y ahora sabía otra cosa, Bob: a pesar de todo lo que tenía —a pesar de su encantadora esposa—, el señor Anderson era infeliz. Se arrepentía de algunas cosas, cosas que habría deseado repetir de otro modo. Me preguntaba si entre ellas se incluía su matrimonio.

Él se irguió en la silla donde estaba retrepado.

—Ya hemos hablado bastante de mí. ¿Qué planes tienes para el resto del día? Además de redactar el trabajo de inglés...

—Nada —respondí.

—Genial. —Esbozó una sonrisa—. ¿Te gusta el cristal?

C

La pregunta sobre el cristal nos llevó a recorrer salas y más salas repletas de pisapapeles, de formas y tamaños distintos, unos antiguos y otros modernos, en un derroche de colores. El museo estaba en Neenah, ubicado en una mansión estilo Tudor de piedra caliza situada en una diminuta península en la orilla noroeste del lago Winnebago, no lejos de Appleton. Yo nunca había llegado más allá de Fond du Lac, mucho más al sur, y sin duda nunca había oído hablar de un museo dedicado exclusivamente a los pisapapeles. En la entrada, un panel informativo anunciaba que había unos tres mil, y que más de seiscientos pertenecían a la esposa de un hombre obscuramente rico que podía permitirse malgastar mucho dinero en ella, obsesionada con los pisapapeles desde que era una niña.

La mayoría de las piezas eran muy bonitas, y el proceso de fabricación resultaba bastante interesante. El señor Anderson me descubrió contemplando una pieza rectangular colocada sobre un solitario pedestal. Suspendidas en el cristal, varias abejas sobrevolaban cuatro ramos flotantes de flores multicolores, cuyas raíces dibujaban bonitas espirales. Las abejas parecían tan reales que entre sus patas traseras se distinguía la bolsa amarilla del polen. Pero había algo extraño en las raíces y, al observarlas más de cerca, me di cuenta de qué era.

—Son personas —le dije al señor Anderson—. El modo en que colocan las piernas y los brazos hace que parezcan raíces, pero en realidad son... cuerpos.

No había querido añadir «desnudos», pero lo estaban: una confusión de pechos generosos, nalgas redondeadas, barrigas prominentes y, bueno... Vamos, no hace falta que te dibuje un mapa, ¿verdad, Bob?

—Como ese pintor que representa a toda esa gente enmarañada.

—¿El Bosco? Mmm... Nunca se me había ocurrido, pero ahora que lo dices...

El señor Anderson sonrió.

—Tienes buen ojo, Jenna.

Después echamos un vistazo a la tienda de regalos, pero no nos entretuvimos mucho rato. Tenían un pisapapeles del mismo artista que el de las raíces, pero el

precio era astronómico, unos tres mil dólares. Además, me sentía rara comprando con el señor Anderson. Como si fuera algo demasiado íntimo, no sé si me entiendes. Pero también era emocionante. La gente que se gusta comparte cosas: lo que disfrutan haciendo, sus intereses comunes...

El señor Anderson me invitó a comer en Oshkosh, a media hora hacia el sur, en un restaurante con su propia destilería de cerveza y dos docenas de amarraderos para que los navegantes pudieran atracar y desembarcar. Cuando hacía buen tiempo se podía comer fuera, en unas mesas de picnic dispuestas junto al agua, pero la temporada había terminado y el mes de octubre estaba siendo muy frío. Las mesas estaban apiladas; las sombrillas, cerradas, y sólo unas pocas embarcaciones se mecían en el agua gris pizarra. El señor Anderson miró las mesas y luego se fijó en mi chaqueta (que ni de lejos abrigaba lo suficiente, si además tenías en cuenta la brisa que se levantaba desde el agua).

—Toma —dijo mientras se sacaba el abrigo y me lo tendía—. Póntelo.

—Yo... yo... no puedo.

No sabía qué hacer.

—Cógelo, venga. Tengo una sudadera en el coche. Una Under Armour de cuello alto, así que estaré bien. Fingiremos que estamos esquiando.

—Mmm... vale. —Teniendo en cuenta que yo nunca había esquiado y que no entendía de qué me estaba hablando...

Pero dejé que me lo pusiera en las manos. Era el mismo abrigo de piel de borrego que llevaba la noche en que me había salvado del doctor Kirby, y mientras él corría hacia su coche, hundí la nariz en el cuello y aspiré. Olía a... hombre. Como si, si decidiera cerrar los ojos y sólo tuviera ese aroma para guiarme, pudiera saber con certeza que el único hombre al que vería cuando los abriera de nuevo sería él. No puedo explicarlo mejor.

Metí las manos en los bolsillos y encontré algunos trozos de papel doblados, tres monedas de cinco centavos, una de medio dólar y siete peniques en el izquierdo, y una pequeña navaja suiza en el derecho.

Sentí una oleada de culpabilidad. Debía de haberse percatado de la desaparición del cuchillo de los besos, el que ahora llevaba siempre en mi mochila, como un amuleto de la suerte. Lo más probable era que se preguntara qué demonios había pasado con él.

O quizá...

Quizá lo sabía: había sumado dos más dos al darse cuenta de que el cuchillo había desaparecido durante la primera y única mañana que yo había estado en su despacho... pero había decidido no hacer nada al respecto. Dejarlo pasar. Dejar que conservara el cuchillo. Como si fuera un regalo, supongo.

En cualquier caso, resultaba hermoso imaginar que así era.

d

Nos acomodamos en una mesa iluminada por el sol y resguardada del viento y comimos hamburguesas. Estoy segura de que la camarera pensó que estábamos locos y puede que estuviera en lo cierto, pero yo me sentía libre y relajada, como si aquello fuera lo que hacen los adultos. Cuando terminamos, nos quedamos sentados contemplando el agua. Muy cerca de los amarraderos había un puente levadizo. Empezó a sonar una bocina y el puente se abrió para permitir la salida de una gran embarcación blanca.

El señor Anderson tenía los pies sobre el banco y la barbilla apoyada en las rodillas mientras contemplaba cómo el barco se alejaba.

—Antes me pasaba la vida navegando —comentó en tono soñador—. En un barco de pesca.

Me dedicó un rápido vistazo.

—Era muy parecido al de Quint, en *Tiburón*. A Kathy nunca le gustó, nunca le apetecía acompañarme, pero yo me pasaba horas en el agua, a veces días. En ocasiones pescaba, pero si no, me sentía igual de feliz. Cuando vivía en California solía bucear. Incluso llegué a hacer una inmersión en el lago Tahoe, en un lugar llamado Rubicon Point. No había visto nada igual. La pared se hunde doscientos cincuenta metros en el agua, tanto que no puedes bucear hasta el fondo. El agua es verde en la superficie y a medida que descienes se vuelve más fría y azul; pero no te amedrentas, porque todavía crees que son sólo un montón de rocas. Sin embargo, cuando alcanzas los veinte metros de profundidad, el fondo desaparece.

Separó las manos dibujando una nube en expansión.

—Es así: desaparece, y tú flotas sobre el abismo. Durante un minuto te invade la sensación de que vas a caer. Hay un yunque de agua por encima de ti y otro por debajo, y tú estás en medio. Entonces sigues la gran pared, esa inmensa amalgama de piedra y roca vertical que cae hasta el fondo. Te sumerges más y más, y hace más y más frío, hasta que llegas a los treinta y cinco metros, estás a cuarenta bajo cero y las luces se han opacado por completo, y te cuesta creer que alguna vez vayas a volver a entrar en calor.

Estaba de espaldas a mí. Su voz sonaba ahogada. Yo apenas respiraba, y esperé. Tomó aire y lo soltó con un suspiro.

—El lago Michigan es demasiado frío, demasiado oscuro y hay en él demasiadas embarcaciones hundidas. Nunca me gustaron ese tipo de inmersiones, nunca le encontré el sentido a contemplar naves sin vida. La única vez que buceé hasta un barco naufragado fue en Belice, a unos treinta metros, y sólo porque quería ver la plataforma continental. Recuerdo que miré a la izquierda y vi el fondo de arena blanco extenderse hasta terminar de repente. Como si hubiera llegado al fin del mundo. Más allá, el océano ni siquiera era azul, sino negro. Íbamos siguiendo una

cuerda que nos servía de guía, pues las corrientes de la plataforma pueden arrastrarte si no vas con cuidado. Y entonces, caerías realmente en el abismo.

—Asusta sólo de oírlo —comenté.

—Así es. Es lo que ocurre con la mayoría de cosas que requieren un esfuerzo semejante, pero ¿qué sentido tiene no arriesgarse nunca? No sé si sería capaz de soportar vivir mi vida con miedo. Aunque te diré lo que me asustaba al principio: bucear de noche. La idea de sumergirme voluntariamente en la oscuridad me resultaba inquietante. Pero en realidad es... mágico. Cuando nadas por la noche, el agua brilla con esos deslumbrantes destellos verdes, como estrellas, que emiten los organismos bioluminiscentes. Los submarinistas lo llaman «fuego frío».

Su tono estaba teñido de nostalgia.

—Es como visitar otra galaxia.

Pensé que sonaba como Alexis Depardieu. Quería decirle que si lo echaba de menos y disponía del dinero, tenía que retomar su afición. Debería haberle dicho que tenía que hacer lo que le hiciera feliz. Pero lo que salió de mi boca fue:

—Por cómo lo dice, parece algo que me gustaría probar algún día.

Se volvió y me miró.

—Tal vez lo hagamos —dijo.

e

No recuerdo de qué más hablamos, pero seguimos sentados en mitad del frío durante casi dos horas más: él con su sudadera, yo envuelta en el cálido abrigo que olía a él. Permanecimos allí el tiempo suficiente para que, cuando alcé la vista, la camarera estuviera observándonos a través de las ventanas ahumadas del restaurante.

Como si fuéramos nosotros quienes estuvieran atrapados en el cristal, y no a la inversa.

31: a

El señor Anderson me dejó de vuelta en la megamansión un poco antes de las siete de la tarde. El panel del teléfono de la cocina indicaba que había recibido dos llamadas, ambas de números que reconocí.

Primer mensaje: «¿Jenna? Soy Evan. He... he recibido tu mensaje y... bueno, puede que me equivoque, pero no estoy al corriente de que vayamos a hacer nada más con Nate. Así que... —Pausa—. No sé de qué habla. A menos que tu madre y él... —Pausa—. Llamaré a su agente para averiguar de qué se trata. Pero... creo que no vale la pena molestar a tu madre por esto, ¿vale? Adiós, cielo».

Segundo mensaje: «Hola cariño, soy mamá. Escucha, hemos decidido regresar a casa el sábado por la noche. Sé que no te importará. ¿Qué adolescente no mataría por conseguir que sus padres se marcharan durante una semana? —Pausa—. Bueno, que pases una feliz semana. Te quiero».

Clic. Tono de llamada.

Mamá tenía razón: no me importaba.

En absoluto.

b

Sintonicé la emisora que le gustaba al señor Anderson, la que habíamos estado escuchando en su coche. Sonaba una fuga de Bach. Pensé que tal vez él estuviera escuchando lo mismo en ese preciso instante. Así que, aunque no nos encontráramos en la misma habitación, de alguna manera estábamos disfrutando juntos de la música, y eso me hacía sentir bien.

Mientras escuchaba desdoblé los papeles que había cogido de su bolsillo. Eran anotaciones manuscritas, escritas con una estilográfica, pensé. Algo en la forma de las letras me recordó los ejercicios de caligrafía y pensé que no se parecía en nada a sus conocidos garabatos, esos que yo había visto en la pizarra y las correcciones de los ejercicios. Resultaba íntimo y emocionante imaginárselo formando cada letra con exquisito cuidado. Una era a todas luces una lista de la compra: huevos, fresas, leche, harina... todo lo necesario para hacer tortitas. Lo que significaba que había estado pensando en mí cuando la escribió. Aquello era... privado y especial, una nota que sólo yo podía entender.

La otra era breve: una sola letra y luego una palabra.

«J».

Y: «Amante».

La leí dos veces, pero sabía que no había error posible. Tenías que ser estúpido para no captarlo.

Yo era J. Y «amante» era...

Aquello se refería a mí, Bob.
Se refería a mí.

32: a

Cuando llegó el viernes, me sentía como si el señor Anderson y yo lleváramos meses juntos, en lugar de sólo unos pocos días. Habíamos establecido nuestra propia rutina: correr por las mañanas, una ducha y desayuno. (El señor Anderson decidió que debíamos mantenernos alejados del local de Adelaide; no estábamos haciendo nada malo, pero ¿qué necesidad había de buscarse quebraderos de cabeza?) A mí no me importaba. El hecho de cocinar juntos me hacía sentir como en casa, como si por fin perteneciera a un lugar. Él me enseñó a hacer una tortilla, y yo le expliqué cómo preparar salchichas con puré de patatas. Hablábamos mucho, sobre todo de él, de su familia. No me hacía demasiadas preguntas sobre dónde había pasado el último año o sobre qué había querido decir Psico-papí, como si entre nosotros existiera un acuerdo tácito. Si yo quería hablar, podía hacerlo. Si no, no importaba.

Por otro lado, había temas sobre él que siempre eludíamos: su matrimonio, su esposa. Asuntos sobre los que unas veces tenía verdaderas ganas de saber y otras no tanto, porque hablar de ella le recordaría que, probablemente, no necesitaba a una amiga como yo.

Después visitábamos algún museo, almorzábamos y entrábamos en otro museo; o dábamos un paseo y luego tomábamos café y pasteles, como decía el señor Anderson que hacen en Europa. De niño, había viajado por varias ciudades con su familia, y lo que más recordaba era el modo en que la gente se tomaba su tiempo y disfrutaba la vida. Antes de licenciarse, su padre le dejó pasar un verano entero en Italia, probablemente para intentar reconciliarse con él después de haberle obligado a abandonar Stanford. El señor Anderson opinaba que la mejor parte del día era la última hora de la tarde, cuando podía sentarse en cualquier plaza y tomar una grapa o una taza de café y un bollo mientras contemplaba a la gente y, quizá, inventaba historias sobre ellos. Si veía a un muchacho que no dejaba de mirar el reloj, pensaba que tal vez estuviera esperando a su novia. El señor Anderson afirmaba que podía deducir qué parejas iban a permanecer juntas por lo cerca que se sentaban y observando si comían uno del plato del otro, porque eso es algo que sólo se hace cuando confías plenamente en alguien. Prestaba verdadera atención a detalles como ése.

A veces, después del café, regresábamos a su casa y paseábamos alrededor del lago. Entonces me sentía en paz, como si el lago, la casa y la tierra fueran un mundo aparte, sólo para nosotros dos. Me gustaba ver cómo el paisaje cambiaba al anochecer: los bosques y los campos adquirían una tonalidad grisácea, el aire se volvía cortante, húmedo y lo bastante frío como para que camináramos muy juntos, mientras nuestros brazos se rozaban de forma inesperada haciendo que me resultara difícil respirar. El mundo se desvanecía, el gorjeo de los pájaros se apagaba y el día —y lo que yo era a la luz— se deslizaba hacia la noche.

Y lo que nosotros éramos se desdibujaba hasta quedar reducidos a sombras,

fantasmas de las personas que una vez fuimos. A veces nos deteníamos en la orilla opuesta y contemplábamos su casa, las ventanas incendiadas con una luz tan intensamente amarilla que su reflejo reverberaba en el agua.

Una vez, el señor Anderson dijo en voz muy baja:

—Es como mirar otro país desde un lugar muy lejano.

No estaba segura de qué quería decir, pero sonaba triste, como el día en que habló de cómo puedes mirar a alguien sin ver que está a punto de ahogarse, porque el agua parece estar en calma. Sentí deseos de alargar la mano y tomar la suya, demostrarle que estaba allí para ayudarle. Pero no lo hice.

Sin embargo, estaba encantada con todo, con cada momento. Me gustaba que el señor Anderson tuviera siempre toallas limpias para mí y que me prestara una de sus viejas batas. Siempre dejaba que me duchara primero. Luego, mientras él lo hacía, yo me envolvía en la bata, me tendía en la cama de la habitación de invitados y escuchaba el distante zumbido del agua. A veces me permitía imaginar sus músculos húmedos y brillantes, su piel bronceada bajo la ducha, aunque no visualizaba la imagen completa, no sé si me entiendes, Bob. Pero... casi. Lo suficiente para que me resultara difícil soportar el contacto de la bata con mi piel. Lo suficiente para imaginarme entrando en su cuarto de baño, dejando que la bata me resbalara por los hombros y entonces, de algún modo, él me vería y me dejaría mirarle mientras el agua le acariciaría el cuerpo, y habría un espejo y mi piel se tornaría incólume y blanca, sin cicatrices, sin injertos, y yo me metería bajo el agua con él y...

Y entonces, por unos segundos —en mi mente—, me sentía casi hermosa.

Pero yo nunca haría nada parecido. Era algo que jamás ocurriría y, además, estaría mal. El señor Anderson estaba casado; tenía esposa, y puede que un hijo. El señor Anderson era mi amigo. Yo intentaba convencerme de que se preocupaba por mí del modo en que lo haría cualquier profesor que se tomara la molestia de procurar que la chica chalada se sintiera bien consigo misma. Una amistad como ésa no se presentaba muy a menudo; tenía que procurar no estropearla.

Aun así, todas las noches, desdoblaba el pedazo de papel y releía las palabras que lo desmentían, y me preguntaba si él estaba despierto en mitad de la maraña de sábanas, mirando las sombras, pensando en mí.

b

Y llegó el sábado.

Cuando dejó de oírse la alarma y empezó a sonar música clásica, lo primero que pensé fue: «Es nuestro último día. Mañana a esta hora, nada será lo mismo».

Casi prefería quedarme en la cama. ¿Qué sentido tenía levantarse? Mis padres iban a regresar esa misma noche y el lunes empezarían de nuevo las clases. Volvería a ser yo. Evitaría pisar la cafetería, Danielle seguiría odiándome, tal vez David se

dejara caer por la biblioteca, pero... bueno, no importaba. Por supuesto, vería al señor Anderson de nuevo. El viernes me había pedido una vez más que por favor fuera su ayudante, aunque lo dijo con una sonrisa. Sabía que ganaría esa batalla igual que yo sabía que me presentaría en el entrenamiento de *cross* el lunes por la tarde, aunque sólo fuera para estar cerca de él.

Pero sabía que todo habría cambiado. Habría otros chicos, otras cosas que reclamarían su atención. Su mujer regresaría en un momento u otro. Cuando eso ocurriera, dudaba que volviera a invitarme a desayunar... si es que aún seguíamos corriendo juntos. Esa tarde, en cuanto me marchara, él desharía la cama de la habitación de invitados en la que yo nunca había dormido y metería las toallas y la vieja bata en la lavadora. Cuando oscureciera, mi presencia habría sido borrada por completo de su casa.

«Pero ahora estoy aquí. Ella no. La escuela tampoco. No lo estropees».

La temperatura había descendido progresivamente durante la semana, y ahora el frío se hacía notar también en la megamansión. Cuando salí de entre las mantas todavía no había aclarado, lo que me hizo sentir diez veces más frío. Caminar por el suelo de mi dormitorio era como cruzar descalza una pista de patinaje sobre hielo, y no pude evitar estremecerme mientras me vestía con el equipo para correr. Bajé a la cocina y me preparé unos copos de avena en el microondas, corté un plátano en rodajas y le añadí un puñado de almendras, y acompañé el desayuno con una taza de té tan caliente como pude soportar, sólo para sostener algo cálido entre las manos. Me sentía agarrotada, destemplada y enfadada, como si el sábado hubiera amanecido sólo para cabrearme.

De camino, encendí la radio. A aquellas horas de la mañana sonaban por lo general melodías ligeras: Mozart, Bach, Vivaldi. A través de los altavoces se escuchó una banda sonora, con violines y una sección aguda de metal. La reconocí de inmediato como la sinfonía de Hansen, el fragmento que suena justo después de que Ripley envíe al extraterrestre al espacio. En realidad es una escena más bien extraña, en la que ella no deja de canturrearle al monstruo: «Eres mi estrella de la suerte, de la suerte, de la suerte». Casi como si el extraterrestre fuera... su amante. (Vuelve a verla, Bob. Escucha también cómo respira Ripley, y percibirás un toque de perversión.)

La pieza terminó cuando enfilaba el camino de entrada a casa del señor Anderson. No sabía si la música era un buen o un mal presagio. Me daba miedo pensarlo.

Esa mañana teníamos intención de cubrir una distancia larga, de unos veinticinco kilómetros, y habíamos planeado conducir hasta la orilla del lago Michigan para seguir una ruta que el señor Anderson había trazado.

—No me gusta el aspecto de esas nubes —observó—. Cambio de planes. Partiremos de aquí, y seguiremos una pista que conozco y que serpentea hacia el norte del parque. Así, si se desata una tormenta, estaremos más resguardados. Nos mojaremos, pero no tanto.

La pista, de tierra, estaba cubierta de raíces retorcidas y bordeada por árboles desnudos a ambos lados. A pesar del frío, una densa niebla procedente del lago se elevaba desde el suelo y se colaba entre las ramas desnudas. Sin hojas que se interpusieran en su camino, las rachas de viento helado del norte me cortaban la cara y me hacían llorar. Ninguno de los dos habló demasiado mientras trotábamos hasta lo alto de la colina. Entonces, cuando llevábamos unos ocho kilómetros recorridos, el rugido de un trueno se coló entre los árboles y el viento se afiló, lanzando agujas de aguanieve sobre mi rostro. Alcé la vista hacia el cielo a tiempo de ver un rayo surcar las nubes grises. Hacia el norte, el cielo parecía un moratón reciente y oscuro.

El señor Anderson se detuvo, jadeante.

—No tiene buen aspecto. Debemos regresar. —Se secó el sudor de la frente con el reverso de la mano y añadió—: Si corremos rápido, puede que lo logremos.

Y a punto estuvimos de lograrlo. Deshicimos el camino a la carrera. Cuando enfilamos la última cuesta —un pequeño prado detrás del cual quedaban el lago y la casa del señor Anderson en la orilla, a lo lejos—, nuestros pies martilleaban el suelo y agitábamos con fuerza los brazos. En ese momento, las nubes se abrieron con un estruendo y la lluvia empezó a caer como una cortina helada y persistente que nos empapó en un segundo.

—¡Sígueme! —La lluvia era tan intensa y ruidosa que tuvo que pegar la boca a mi oreja y gritar. El agua le resbalaba por el pelo y el aguanieve le golpeaba en las mejillas. Tenía la ropa empapada y adherida al cuerpo, como si acabaran de sacarlo del fondo del lago—. ¡Conozco un sitio en el que podemos esperar a que amaine!

El señor Anderson se lanzó entre los árboles y yo le seguí. Nuestras zapatillas se hundían en el barro del sendero, cubierto de traicioneras y resbaladizas hojas. Era imposible ver a través de aquella cortina de agua, espesa como una lámina de acero. Más allá, sólo era capaz de distinguir el lago a través de los huecos entre los árboles, pero sabía por experiencia que aún estábamos a unos cinco kilómetros de la casa. Entonces, el señor Anderson se alejó torciendo a la derecha y descubrí que se dirigía hacia la estrecha cinta que constituía el camino que yo había descubierto esa misma semana.

—¡No estamos lejos! —gritó el señor Anderson por encima del hombro—. ¡Menos de un kilómetro!

Al cabo de un momento, los árboles se abrieron y entreví la casita, una cabaña de dos pisos con placas de cedro, en mitad de un pequeño claro. La puerta mosquitera se abrió con un sonoro chirrido y conseguimos, por fin, protegernos de la lluvia bajo el porche.

—Así está mejor —jadeó el señor Anderson—. Deja que...

Se arrodilló, hurgó en una jarra gris y azul de boca ancha y sacó una vieja llave de hierro.

—No sé por qué me preocupo. Nunca viene nadie, aparte de mí —comentó mientras metía la llave en la cerradura, que cedió con un fuerte ruido.

El señor Anderson entró y palpó las paredes en busca del interruptor.

—Ven —dijo—. Dentro hay toallas y una ducha. Dame un segundo y...

—¿Qué es...? —empecé a preguntar, y me interrumpí al encenderse las luces.

La cabaña parecía sacada de un cuento: madera clara, alfombras de pelo, un sofá de piel frente a una chimenea de piedra y ventanas con vistas al lago. A la izquierda estaba la cocina, equipada con fogones, una mesa rústica de madera y dos sillas con respaldo. Una escalera de hierro forjado conducía hasta un altillo abierto. A la derecha de la sala había una puerta entreabierta por la que alcancé a atisbar estanterías llenas de libros y la esquina de una mesa.

—¡Guau! Esto es increíble.

—Sí, a mí me gusta.

El señor Anderson estaba intentando desprenderse de la chaqueta. El agua le caía por el pelo y le empapaba la camiseta.

—Supongo que podría decirse que es mi casa fuera de casa, con todas las comodidades y sin ninguno de los inconvenientes. En su origen era una cabaña de caza con una sola habitación, cocina, un baño y literas donde ahora está el porche. Cuando compré la casa, la reformé por completo. Aquí es donde vengo a leer, pensar, escuchar música o escribir. A veces me escondo un par de días, sólo para desconectar. De hecho, paso mucho tiempo aquí, incluso en invierno. Es muy tranquila. —Sonrió—. Bueno, al menos ahora lo es. El viejo techo era de metal corrugado, y sonaba como si estuvieran haciendo palomitas.

—Es bonita —observé.

No me había movido de la alfombrilla de la entrada, donde estaba creando un charco considerable.

—Le voy a mojar el suelo.

—Espera un momento.

El señor Anderson se sacó las zapatillas y los calcetines y, goteando y descalzo, se acercó a un banco, levantó la tapa y sacó un montón de toallas.

—Toma —dijo al tiempo que sacudía una de playa grande—. La ducha está arriba, en el altillo, a la derecha. En el armario hay algo de ropa seca que puedes usar. Mientras tanto, encenderé el fuego y prepararé un té.

No hacía falta que me convenciera. Una vez a salvo de la lluvia, el frío me había calado hasta los huesos y no podía dejar de temblar. El altillo era enorme, con otra chimenea y una pequeña sala de estar con una alfombra, una mesita y dos sillas tapizadas. Detrás había una cama con dosel, una colcha de *patchwork* y un arcoíris de cojines. Oí al señor Anderson moviéndose por el piso de abajo, el golpe seco de los armarios de la cocina, el repiqueteo de la tetera. Al echar a andar, el suelo de parquet crujió y de repente tomé conciencia de que el señor Anderson podía oírme. Me pregunté si habría reparado en ello y luego decidí que me estaba comportando como una estúpida.

El baño, al que se llegaba a través de un corto pasillo flanqueado por dos

armarios, era todo de color blanco: azulejos blancos, un lavamanos blanco, una ducha de un blanco deslumbrante y un espejo sobre la pila. Por mi aspecto, con el pelo lacio y en mechones y los labios azulados, parecía que me hubiera ahogado. Incluso las cicatrices parecían marchitas. Tenía la piel tan fría que, cuando me metí bajo la ducha, me brotaron ronchas rojas que empezaron a picarme y luego a doler. Aun así, salí antes de lo que me hubiera gustado. En el armario encontré una camisa de franela que sólo me iba una talla grande y un par de pantalones de chándal demasiado anchos, pero era mejor que nada. No quería salir del cuarto de baño; estaba calentito y húmedo, pero yo seguía temblando. Envolví la ropa mojada en la toalla, me armé de valor, abrí la puerta e hice una mueca cuando una bola de aire frío me alcanzó en la cara.

—¡Le toca! —grité.

—Ya voy.

Oí los pasos del señor Anderson y luego vi su cabeza emergiendo de las escaleras. Recorrí mi cuerpo con la mirada asimilando la ropa que llevaba.

—Parece que aún tienes frío. ¿No has encontrado nada más?

—E-estoy bi-b-bien —respondí, y me eché a reír. Los labios me temblaban a causa del frío—. A-aunque t-t-tal v-vez no.

—Ve abajo. El fuego está encendido y he preparado una tetera. También te he dejado una manta, y si hurgas en el banco encontrarás calcetines gruesos. Yo bajaré enseguida.

En el piso de abajo, Sinatra cantaba en voz baja *Fly Me to the Moon*. El fuego chisporroteaba y había platos de queso y tostadas, frutos secos y fruta deshidratada dispuestos en una mesita. Una tetera y dos tazas, azúcar y leche.

También reparé en que la puerta del estudio del señor Anderson estaba entreabierta, como si hubiera entrado un momento y después hubiera olvidado cerrarla tras de sí. O quizá no le preocupara nada de lo que yo pudiera ver. Desde otro punto de vista, aquello podría interpretarse incluso como una invitación. Podría.

Escuché un momento, oí que el agua aún corría y me metí en el estudio.

Sólo para echar un vistazo.

C

En la pared opuesta se abría un ventanal con un asiento y cojines. Desde la cabaña, enclavada en una colina, podía contemplar el bosque y el lago. La casa, apenas visible, quedaba oculta entre los árboles y la cortina de agua que seguía cayendo con fuerza. Aun así, distinguí el embarcadero en la parte de atrás y vi que se había dejado la luz de la cocina encendida.

Las otras tres paredes estaban cubiertas de estanterías que llegaban hasta el techo y que albergaban un costoso equipo de sonido y montones de libros, entre los que se

mezclaban lujosas ediciones encuadernadas en piel y estampadas en oro con ejemplares de bolsillo. Uno de los estantes estaba ocupado por una colección de fósiles y rocas —en su mayoría cristales—, y pisapapeles como los que habíamos visto en el museo. Había también una silla, de un confortable cuero color burdeos a juego con una otomana, y una lámpara estilo Tiffany a la derecha. A su lado, una botella de perfume de cristal descansaba sobre una mesilla oscura junto con un montoncito de posavasos para el vaso o la taza del señor Anderson.

Su escritorio estaba dispuesto frente a la ventana. En el centro había un portátil y, a la izquierda, una pequeña impresora. La pantalla del ordenador estaba apagada, pero la luz verde del aparato parpadeaba.

También había una moderna estilográfica Montblanc, gruesa y negra, en un soporte de cristal negro. La saqué para estudiarla. La plumilla era de metal plateado con un ribete en oro. Toqué la punta con el dedo índice y, al apartarlo, me quedó una manchita de tinta azul. Imaginé al señor Anderson allí sentado, admirando las vistas, trazando escrupulosamente letras con su pluma.

Sí, pensé que debía de pasarse horas, días, arrellanado en el asiento bajo la ventana o en su escritorio, acogedor y seguro, en su pequeño mundo. Yo no quería salir nunca.

Su escritorio tenía un solo cajón, extrañamente cerrado con llave. Busqué el lugar donde podría haberla escondido, pero no vi nada que fuera obvio. Fijé la vista durante un largo momento en su ordenador y luego alargué la mano hacia el ratón...

En el piso de arriba, el gorgoteo de la ducha cesó.

Mis manos quedaron suspendidas sobre el portátil. Me moría de ganas de saber qué era lo que había estado consultando. Me bastaba un clic para averiguarlo, porque quería saberlo todo sobre él.

Pero entonces me sentí mal. El señor Anderson confiaba en mí. ¿Qué iba a pensar si me descubría fisgando?

Mejor tener la fiesta en paz.

Y aun así, al llegar a la puerta robé una última mirada por encima de mi hombro. Dejé que mi vista recorriera los estantes, los libros, el escritorio. La vista desde la ventana.

Faltaba algo. Algo que debía estar pero que no estaba. Y, sin embargo, no sabía qué.

En cualquier caso, no lo supe entonces.

33: a

—Pareces estar muy cómoda.

El señor Anderson bajó por las escaleras frotándose el pelo con una toalla.

—Mmmm.

El té sabía caliente, fuerte y dulce. Me había acercado tanto como había podido al fuego sin abrasarme las cejas. Fuera de la cabaña, el incesante tamborileo de la lluvia continuaba. Estaba tan amodorrada como un lagarto sobre una piedra caliente y más feliz de lo que me había sentido en años.

Él se echó a reír.

—Si quieres dormir, arriba hay una cama. No vamos a salir en un buen rato, al menos hasta que deje de llover.

—Arriba hace demasiado frío. Estoy bien.

—Sí, ya te he oído decir eso antes. Bueno, si quieres, duerme aquí. No te molestaré.

El señor Anderson se sentó a mi lado sobre la alfombra y contempló las fuentes saqueadas de queso y fruta deshidratada.

—Alguien tenía hambre —señaló.

—Eh, ha dicho que tenía que repostar. Me limito a cumplir las órdenes del entrenador —y entonces bostecé.

—Jenna, de verdad, vete a dormir. Tranquila.

—No quiero dormir —murmuré, dejando caer la cabeza sobre el sofá—. No quiero volver a dormir nunca.

—¿Por qué no?

Así que le conté la verdad. Sin más; no sé por qué razón. Quizá fue porque creía que no tenía nada que perder y... bueno, gran parte de mi vida estaba construida sobre mentiras de uno u otro tipo. Pero aquél era el escondite privado del señor Anderson, y pensé que sería lo bastante grande y seguro para albergar también mis secretos.

—Porque es nuestro último día y no quiero malgastarlo —dije mirando al techo—. Cuando no esté contigo tendré un montón de tiempo para dormir. El resto de mi vida.

b

El fuego crepitó y chisporroteó. La lluvia golpeaba los cristales. El señor Anderson no dijo nada. Había un silencio tan profundo que, cuando tragué saliva, me pareció haber escuchado un trueno.

Era incapaz de mirarle. ¿Qué había hecho? ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada? Lo había echado todo a perder. ¿Seguiría queriendo que me uniera al

equipo? ¿Quién querría a una chiquilla que le mirara con ojos de cordero degollado cada vez que pasara por su lado? Probablemente intentaba encontrar algo que decir para no sentirse culpable por despertar el instinto suicida de la pequeña gilipollas. Dios, tenía que marcharme. Con suerte, enfermaría de neumonía, moriría y le ahorraría el problema de tener que librarse de mí.

Pero no podía moverme. No podía respirar. No me atrevía a hacerlo. Entonces el señor Anderson dejó escapar una bocanada de aire, como si algo estuviera deshaciéndose en su pecho.

—Oh, diablos —dijo.

La forma en que lo pronunció... como si el mundo fuera una campana de cristal que hubiera estallado de repente en un raudal de afilados añicos. Pensé en mis tijeras, en el cuchillo de los besos. Me cortaría y me cortaría y me cortaría hasta alcanzar el hueso y sangraría, igual que sangraba mi corazón en ese momento.

Tenía que salir de allí.

—Lo siento.

Mi voz sonó áspera, rota y sangrante. Me erguí a toda prisa. La manta me cayó de los hombros mientras trataba de ponerme en pie, pero tropecé y estuve a punto de caer sobre la mesilla.

—Eh, eh.

El señor Anderson me cogió de la muñeca y de pronto estaba de pie y mis ojos se dirigían a todas partes (el suelo, el fuego, la puerta) menos a su cara.

—Jenna...

Intenté desprenderme, pero no me soltó.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. Tengo que marcharme. Por favor.

—No.

No sonaba enfadado, y su mano seguía alrededor de mi muñeca. Supongo que podría haber tirado con más fuerza, pero no lo hice.

—Soy yo el que lo siente —continuó—. No quería decir lo que he dicho; me ha salido todo mal. Deberíamos... deberíamos hablar de esto, de cómo te... cómo te sientes.

Cómo me sentía. Sí, vamos a hablar de cómo se siente la pequeña y patética psicópata. Sería como estar en el psiquiátrico.

—¿De qué hay que hablar?

Noté, con horror, el tono de desesperación en mi voz y el llanto que subía desde las profundidades de mi pecho. Tenía los ojos anegados de lágrimas.

—Lo siento. Debería marcharme.

—Jenna.

Recuerdo que hablaba en voz baja y ronca, y entonces me agarró por los hombros.

—Jenna, por favor. Por favor, mírame.

Lo hice, y en ese instante descubrí que los ojos son realmente la ventana del alma.

—No te vayas —susurró.

C

Vale. Tiempo muerto.

Sé lo que estás pensando, Bob. Estás pensando que me lo he inventado. Es demasiado perfecto, ¿verdad? La lluvia, la chimenea, la cabaña que resultó aparecer justo cuando la necesitábamos, el té y el queso y las mantas y bla, bla, bla. Esas cosas sólo pasan en los cuentos, eso es lo que estás pensando.

Pero ocurrió, Bob. Y así es exactamente como sucedió.

También sé otra cosa. Lo estoy haciendo de nuevo: divagar, revolotear como una polilla asustada. Para protegerme del recuerdo, supongo.

Porque si pudiera detener el curso del tiempo en ese momento o en cualquier otro antes de esa tarde, el resto nunca habría acontecido.

Y entonces, Bob, yo no estaría en esta sala de urgencias. Y tú tampoco.

d

—No te marches —volvió a susurrar—. No quiero que te marches. Por favor.

Cuando me tocó, cuando me sujetó de aquel modo, algo se desenmarañó dentro de mí, como si mi corazón fuera el cáliz de una flor que hubiera desplegado súbitamente sus pétalos. Las rodillas me flaquearon y temblaron, igual que cuando corría intensa y rápidamente durante un largo rato. Tenía la impresión de llevar toda la vida corriendo y corriendo, y entonces me sentí desfallecer, y...

Y entonces nos besamos.

O yo le besé. O él me besó. No lo sé. Pero yo le besé y él me besó, con mucha, mucha intensidad; como si estuviera embebiéndose de mí. Luego fue como si una frágil presa abriera por fin las compuertas y no pudiéramos estar lo suficientemente cerca el uno del otro; nos abrazábamos y nos besábamos y yo nunca había tenido tanta sed ni había temblado tanto y sus manos palpaban mi cuerpo y las mías el suyo, y su boca sabía a té dulce y humeante y entonces, no sé cómo, acabamos en la alfombra y él gemía en mi boca y luego sus manos se deslizaron por debajo de la camisa de franela y me tocaron, a mí, sólo a mí, sólo mi piel, y entonces...

Entonces mis cicatrices soltaron un alarido.

Yo ahagué un grito y me quedé rígida. Advertí su sorpresa mientras su mente registraba lo que estaba sintiendo. Apartó las manos con los ojos muy abiertos por el desconcierto, y me sentí como si hubiera estado suspendida flotando por encima de mi cuerpo y me estampara de nuevo contra él.

—No —dije apartando la cara, avergonzada—. Soy horrible. No me mires. No me toques. No.

—Jenna, Jenna, no, no lo eres. No pasa nada, shh, shh, cariño.

Entonces me recogió del suelo y me levantó mientras me acariciaba el pelo y la nuca.

—Oh, Jenna, mi niña... ¿qué diablos te has hecho?

34: a

Se lo expliqué. Lo del incendio, que Matt me rescató y que el abuelo MacAllister estuvo al borde de la muerte. Le hablé del hospital y de los implantes cutáneos, y de cómo había empezado a autolesionarme después de que Matt se marchara; al final, le hablé del terrible día en que mi profesor de inglés se había quedado mirando, horrorizado, cómo la sangre me empapaba la camisa. No había intentado suicidarme: me habían resbalado las tijeras, eso era todo. Pero nadie quiso escucharme. Ni el profesor, ni los doctores ni mis padres.

Hablé durante un largo rato. Estaba tendida boca arriba en la alfombra, con la cara vuelta hacia el fuego porque no quería ver mudar su expresión a medida que mi narración se asentaba: cómo habían reaccionado mis padres cuando el psiquiatra les explicó mi «enfermedad», como si fuera una nueva especie de insecto de la que nadie conocía la existencia. Hablé hasta quedarme ronca y la lluvia hubo cesado y el señor Anderson...

El señor Anderson escuchaba. No dijo nada, no me interrumpió ni me hizo ninguna pregunta. Estaba tumbado de lado con una mano apoyada en la cabeza y la otra sobre mi estómago. (No, no piel con piel. Íbamos vestidos y la camisa de franela estaba abotonada. Eres un perverso, Bob.)

—Así que no pude volver a mi antigua escuela —le conté al fuego—, no después de aquello. Pero en el Turing tampoco encajo, y no sé de qué ha servido todo esto. Mi familia se está desintegrando, mi madre es una alcohólica, mi padre se tira a todo lo que respira y Matt sigue lejos. Cuando me corto, las cosas mejoran. Eso es lo único que puedo controlar. Dios, la he cagado tantas veces...

—¿Quieres que te dé la razón? —preguntó el señor Anderson—. Jenna, ¿se te ha ocurrido alguna vez pensar que, mientras sigas lesionándote, tus padres permanecerán juntos?

Las mejillas se me tiñeron de rubor.

—Rebecca, mi terapeuta, también lo decía. Que mi enfermedad era una manera de asegurarme de que la familia se mantuviera unida, pero que los cortes eran simbólicos y no intentos de suicidio, que yo no quería morir. Decía que era como una fantasía. Aunque me lesionara, siempre me recuperaría. Me corto cuando la familia se desmorona, pero entonces me curo y volvemos a estar juntos.

—¿Cuándo fue la última vez que te cortaste? —Al ver que yo no contestaba, continuó—: ¿Fue cuando ese capullo de la fiesta...?

—Casi.

Mi boca no articuló las palabras que deberían haber seguido: «Pero no lo hice porque habría usado tu cuchillo y sé que tú nunca me harías daño. Así que no lo hice y ya ves: me salvaste».

—El Día del Trabajo. Cuando el abuelo me tocó.

Él permaneció en silencio y el fuego crepitó. Cerré los ojos y estudié las sombras

moradas que se formaban dentro de mis párpados. Oí el roce de su ropa al moverse y luego preguntó, con mucha dulzura:

—Jenna, ¿cuándo fue la última vez que te hizo daño?

Nadie, ni siquiera mi psiquiatra, me lo había preguntado nunca. Porque nadie más lo sabía, o eso se suponía, porque entonces ocurrirían cosas malas, como ya ocurrieron una vez.

—Hace bastante.

Seguía sin poder mirarle.

—Desde... —Meforcé a decirlo—: Desde el incendio.

—Entonces, fue el incendio lo que le detuvo.

Asentí.

—Sufrió... sufrió un par de derrames en el hospital y ahora... él sólo... no puede...

—¿Quién lo sabe, Jenna? ¿Quién sabe que te hizo daño, aparte de mí? ¿Con quién hablas de esto?

En ese momento abrí los ojos. Los suyos reflejaban seriedad y me abrazaban de un modo que otros brazos nunca podrían.

—Matt —contesté.

b

Si para algo no estaba preparada, era para su reacción. El señor Anderson entornó los ojos y frunció el ceño. Con cautela, me preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu hermano?

La pregunta me pilló desprevenida. Un ligero escalofrío de alarma me recorrió la columna.

—Hace unos dos años. Dos y medio, quizá.

—Antes de que empezaras a cortarte.

Lo formuló como la constatación de un hecho, no como una pregunta.

—Entonces... ¿no viene de permiso? ¿No llama por teléfono?

—No, ya te lo he dicho. Mis padres no querían que se alistara.

—No estoy seguro de que eso responda a mi pregunta. ¿Cómo mantienes el contacto?

—Por mail. Guardo todos los suyos en una carpeta aparte para que mamá no los encuentre. Eso sólo... Se disgustaría.

—¿Porque una hermana mantuviera el contacto con su hermano?

Yo no dije nada.

—¿Cuánto hace que le escribiste el último mail?

—Mucho. Desde...

Él esperó.

Volví a intentarlo:

—Desde la noche en que me llevaste a casa, más o menos. La noche en que... la noche en que mamá estaba...

Él esperó, pero al ver que yo no continuaba, preguntó:

—¿Entiendes por qué no le has escrito?

—Yo...

Las lágrimas se acumularon en mis ojos hasta desbordarse y hacerme cosquillas en las orejas.

—He estado... —«Pensando en ti, he estado contigo, contigo, contigo»—. Ocupada. Antes le escribía cada día, sólo que...

—Jenna.

Apartó la mano de mi estómago y cubrió con ella uno de mis puños cerrados.

—¿Cuándo recibiste la última respuesta de Matt?

Yo:

Señor Anderson: «¿Jenna?».

Yo:

Esperó. Sus ojos no se apartaban de los míos, pero vi que lo sabía y odié... odié...

Algo me explotó en el pecho; hexano a presión sin ninguna vía de escape, y ahora había saltado una minúscula chispa. Me senté de un salto mientras gritaba:

—¿Así que te has convertido de repente en mi psiquiatra? ¿Por qué me haces tantas preguntas? ¿Por qué estamos hablando de Matt? ¿Por qué me presionas? Creía que eras mi amigo; ¡creía que te importaba!

—Jenna, escúchame. Lo soy, y me preocupo.

—Entonces ¿por qué?

Me enjuagué el torrente de lágrimas con el brazo. Debería haberme puesto de pie para marcharme, pero la mesilla me bloqueaba el paso y no podía huir. Me llevé las rodillas a la barbilla y las rodeé con los brazos.

—¿Por qué haces esto?

—Porque...

Ahora estaba frente a mí, inclinado hacia delante, con expresión decidida y sus ojos clavados en los míos para que no pudiera apartar la mirada. Éramos como un par de sujetalibros separados por distintos volúmenes e historias, muchas historias, que casi se tocaban.

—Porque soy tu amigo y me preocupo, mucho más de lo que debería.

—¿Si lo fueras dejarías de hablar de esto!

—No, Jenna, cariño. No puedo. No sería amigo tuyo si lo hiciera.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Tomó mi cara entre sus manos.

—Porque Matt está muerto, Jenna, y lo siento muchísimo. Lo siento más de lo

que nunca sabrás. Pero Matt está muerto, y lleva muerto más de dos años.

35: a

—¿Crees que no lo sé? —chillé—. ¿Crees que no lo sé?

Había preguntas que no tenían respuesta, al igual que no la había habido cuando mi madre se negó a abrir la puerta a los marines uniformados de azul. Porque verás, Bob... si no podían contárnoslo, Matt era para todos nosotros como una mosca atrapada en una gota de ámbar, una flor inmarcesible conservada en cristal. Si no escuchábamos lo que los marines tenían que decirnos, Matt permanecería atrapado en algún lugar en cualquier otro «cuando», en animación suspendida: vivo todavía durante un poco más de tiempo.

Algo enorme y horrible se rompió en mi pecho y ya no pude seguir soportándolo: el dolor o la pena o las mentiras o las heridas que no se curarían sin importar lo profundos que fueran mis cortes. Puede que todo fuera la misma cosa; sigo sin saberlo, Bob.

Escondí la cara entre las rodillas y me eché a llorar como los niños pequeños cuando su mundo se resquebraja y nada parece ya seguro. Pero el señor Anderson me rodeó con los brazos y me apretó contra su pecho, donde pude oír su corazón. Me abrazó con fuerza, sin soltarme, y me salvó de romperme en pedazos.

b

Al final dejó de llover, como siempre pasa, y yo dejé de llorar. No nos movimos. Estábamos de cara al fuego: yo con la espalda apoyada en el señor Anderson y él con un brazo cruzado sobre mi pecho y una mano en mi pelo.

Me sentía agotada, sudorosa, vacía. Quizá debería haberme sentido aliviada —la gente dice que es bueno desahogarse—, pero la sensación era más bien horrible. Tenía la boca seca y con mal sabor, como si hubiera vomitado algo asqueroso. Aunque supongo que, en cierto modo, eso era lo que había hecho.

Lo había echado todo a perder. El señor Anderson había sabido mi secreto desde el principio. Tal vez esperara que yo lo hubiera superado y aquello había sido una prueba para ver si valía la pena invertir energía y tiempo en mí. Durante los dos últimos días debía de haber albergado esperanzas de que yo estuviera mejorando, pero ahora me había puesto en plan dramático y... bueno, un loco es el que hace locuras.

—Lo siento.

La voz me salió ronca. Tenía la lengua hinchada y los labios no me respondían.

—No debería haberte echado todo esto encima.

—¿Por qué lo dices? He sido yo quien ha preguntado.

—Pero ya conocías la respuesta. ¿Estaba en mi...?

—¿En tu expediente? Sí, en el informe del hospital.

—¿Por qué no dijiste nada la primera vez? ¿Por qué dejaste... —«que me comportara como una idiota»— que continuara?

Noté cómo se encogía de hombros.

—No te conocía lo suficiente. Un par de veces sentí deseos de decírtelo, pero seguía pensando que no era quién para dejarte sin eso. Todos tenemos nuestras fantasías, Jenna, pequeñas mentiras que contamos para sobrevivir día tras día. Así que te dejé continuar hasta... hasta que creyera que era el momento adecuado.

Bajo mis manos, su brazo era duro y musculoso, sólido, fuerte y seguro.

—¿Y qué ha cambiado? —pregunté con apenas un hilo de voz.

Me agarró con más fuerza. Hablaba en voz baja y áspera, casi como si supiera que debía detener las palabras antes de que salieran de su boca pero no pudiera, o no quisiera.

—Tú. Yo... lo que sentía...

—Por favor, no me odies.

—Oh, Dios, no te odio, Jenna. Esto no es culpa tuya. Se supone que aquí el adulto soy yo, y no al contrario. No deberías preocuparte por mí.

—Tengo dieciséis años.

—No he dicho que tuvieras doce, he dicho que no era culpa tuya. Yo... —vaciló mientras su brazo se deslizaba alrededor de mi cintura—. Escucha, al principio sólo quería ser agradable, ¿entiendes? Eras nueva y quería que te sintieras cómoda en la escuela y supieras que había alguien de tu parte, un adulto con el que podías hablar sin preocuparte por las notas o por que tus padres se enteraran, ese tipo de cosas. Con la mayoría de chicos resulta muy fácil, pero para llegar a ti se requería trabajo. No sé por qué puse tanto empeño, pero así es. Hay algo en ti...

Su voz se fue apagando.

Yo me colgué de su brazo. El corazón me golpeaba las costillas con tanta fuerza que él tenía que notarlo.

—Cuando era pequeño —continuó—, tendría unos diez u once años, nuestro gato atrapó un gorrión. Tenía un ala destrozada. Yo era un *boy scout* redomado y había leído cómo podía curarse pegándola al cuerpo del pájaro. Así que lo cogí y lo envolví en cinta adhesiva, bien sujeto. Bueno, pues al cabo de unos cinco minutos, el pájaro cayó redondo. Me puse como loco. Al tocarlo se irguió, y luego lo hizo dos veces más en unos tres minutos. Después de la última, no volvió a levantarse por mucho que lo intenté. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba muerto. Y hasta un poco más tarde no deduje que lo había matado. Había apretado demasiado la cinta adhesiva, el pobre pájaro se había ahogado y yo era el responsable. No tenía intención de hacerle daño, quería ayudar. Pero, literalmente, mi amabilidad lo mató. Aquella experiencia quedó grabada en mi memoria y juré que, siempre que intentara ayudar, sería muy prudente y nunca volvería hacer daño a nadie ni a nada. Siempre intento hacer lo correcto.

—Yo no soy un pájaro con un ala rota —señalé.

—Sí, lo eres. Sólo que aún no lo sabes. Podría haber dicho algo sobre Matt hace mucho tiempo, pero no me hubieras escuchado. Hubieras echado a correr. De hecho, si lo recuerdas, lo hiciste un par de veces. Supongo que esperaba que, si te concedía algo más de tiempo... Pero entonces vi cómo te trataba tu padre y me enfadé tanto que supe que tenía que forzarlo.

—Pero ¿por qué? —Me volví y nuestras caras quedaron a sólo unos centímetros—. Has dicho que no querías hacerme daño, pero lo has hecho de todos modos. Te has llevado a Matt.

—No he sido yo quien se lo ha llevado, fue un artefacto explosivo casero. Me he deshecho de su fantasma para que por fin pudieras ver.

—¿Ver qué?

—A mí, Jenna —respondió—. Para que me vieras a mí. Y entonces pudieras darte cuenta de que no eres la única que está sola.

36: a

Ya había oscurecido cuando abandonamos la cabaña y seguimos el haz de luz de la linterna alrededor del lago, de vuelta a casa del señor Anderson. (Sé lo que estás pensando, Bobby. Siento decepcionarte, pero nos limitamos a hablar y, cuando no lo hacíamos, contemplábamos el fuego y nos abrazábamos, eso es todo. De verdad, Bob, deberías ocuparte de tus propios asuntos.) Me cogió de la mano durante todo el trayecto. Apenas hablamos. Mis padres tardarían todavía unas horas en llegar, así que metí la ropa mojada en una bolsa de plástico. Me cambiaría en casa. Esta vez, el señor Anderson no me siguió hasta la carretera, pero se asomó por la ventanilla del conductor.

—Puede que nos convenga no poder vernos mañana. Los dos necesitamos tomarnos un tiempo para pensar en cómo...

Apartó la vista y luego volvió a mirarme esbozando una sonrisa.

—Además, el trabajo de inglés sigue pendiente, ¿no?

Oh, Dios. Ya se estaba arrepintiendo.

—Sí.

—Entonces... ¿estás bien?

—Claro. —Puse el motor en marcha—. Estoy bien.

—No. Espera. —No se apartó del coche. Se agarró con más fuerza a la puerta y miró al suelo—. Maldita sea...

Alzó la vista de nuevo; tenía los labios apretados y su voz delataba urgencia.

—Escucha, quiero que me prometas algo. No quiero que te hagas daño por lo que ha pasado. No lo hagas por mí, ni se te ocurra volver a cortarte.

Hablaba con tanta vehemencia que me quedé sin aliento.

—No lo haré. Te lo prometo.

Su expresión se suavizó.

—Bien. No podría soportar pensar que tú... que yo... —Se humedeció los labios—. Si alguna vez sientes ganas de hacerlo, sea de día o de noche, quiero que me llames. Hablo en serio, Jenna. Prométeme que no te harás daño. Prométeme que llamarás. Matt se ha ido pero yo estoy aquí, Jenna. Me tienes aquí.

Sus palabras dispararon un resorte oculto y sentí que algo en mis entrañas se deshacía.

—Vale.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Vale —suspiró—. Bien. Otra cosa: la cabaña. Cuando sientas la necesidad de escapar, ve allí. Siempre dejo la llave en el mismo sitio, la encontrarás. No tienes que pedirme permiso: si hay un problema y no puedes ponerte en contacto conmigo o yo no puedo acudir enseguida adonde tú estés, simplemente ve. Será nuestro refugio, ¿vale? Allí estarás a salvo.

El sudor perlaba mis labios y me temblaban los dedos. Me daba miedo echarme a llorar de nuevo, aunque esta vez de alivio.

—De acuerdo. Gracias.

—Vale. Nos vemos el lunes.

No dijo: «Nos vemos el lunes a primera hora» ni: «No olvides que tenemos que organizar el laboratorio; aceptaste el puesto de ayudante, cuento contigo».

Se apartó del coche y se despidió con un gesto de la mano mientras yo daba marcha atrás. Al llegar a la cuesta y mirar por el retrovisor, vi luz en las ventanas de su casa, pero nada más.

b

Mamá y papá aparecieron hacia las nueve. Estaban emocionados como niños. Mi madre no dejaba de pulular alrededor de mi padre, tocarle los hombros, despeinarlo... Me dieron arcadas. Papá sirvió una copa para cada uno y hablaron sin cesar de cuánto habían disfrutado navegando en kayak por las islas Apostle y follando sin parar. (Vale, me he inventado la última parte, pero de verdad, si yo me hubiera comportado de forma remotamente parecida con un chico en sus narices, Psico-papi me habría encerrado en un tonel y me habría alimentado a través de un resquicio durante el resto de mis días.) Incluso habían hojeado algunas ofertas inmobiliarias y papá empezó a fantasear sobre lo agradable que sería tener una pequeña finca a la que mudarse cuando se jubilara y mamá dejara la librería. Mamá se echó a reír y le dijo que jamás abandonaría la tienda, mientras le daba un golpecito insinuante en el pecho, y decidí que tenía que hacer algo si no quería vomitar.

Interrumpí a mamá a media frase:

—Me voy a la cama.

Mi madre dejó de hablar, con la copa todavía en la mano, al tiempo que su boca dibujaba una pequeña y perfecta «o».

—Claro.

—¿Te encuentras bien, pequeña? —preguntó papá—. Bueno, ¿y qué has estado haciendo toda la semana?

—Nada —contesté, dirigiéndome a las escaleras—. Buenas noches.

c

No dormí.

Alrededor de medianoche, mis padres subieron al primer piso. Me pregunté si se detendrían delante de la puerta de mi habitación, pero no lo hicieron. Oí cómo se abría la ducha y cómo luego la cerraban. El silencio y la oscuridad cayeron sobre la casa. No había luna y la única luz provenía de mi reloj. Tendida de espaldas sobre la

cama, contemplando cómo las sombras oscuras crecían y se unían en el techo, pensé en Matt, en cómo esta vez se había marchado de verdad y para siempre. Peor que un fantasma, Matt había sido primero una fantasía y ahora un recuerdo que se desvanecería, del mismo modo que no podía recordar los detalles del incendio ni lo que ocurrió antes ni cuál era mi helado favorito a los tres años.

El señor Anderson decía que estaría a mi lado, pero ¿cómo iba a funcionar? Él era mi profesor. Yo sólo era una niña. No importaba lo que él dijera: cuando se diera cuenta, se arrepentiría de haber abierto la boca.

Además, estaba casado.

Y su mujer... ¿dónde estaba su mujer en realidad? ¿Y su hijo?

Suspiré. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Me pregunté qué estaría haciendo, si estaría durmiendo o quizá pensando en mí...

Es posible que estuviera oyéndolo hacía rato, pero supongo que estaba tan ensimismada que era como ruido blanco, de fondo, del que no tomé conciencia hasta que alguien se rió. Me senté en la cama y agucé el oído. Eran sonidos irregulares, intermitentes, y entonces mi madre volvió a reír y mi padre gimió.

Oh, Dios. Mis padres lo estaban haciendo y no eran precisamente silenciosos. O tal vez creyeran que no estaban haciendo ruido, o no les importaba. Porque Jenna estaba durmiendo, ¿verdad? Jenna era una buena chica. Además, tras tantos meses ingresada en un hospital psiquiátrico, ¿quién iba a acordarse de ser silencioso?

Me cubrí la cabeza con la almohada y chillé.

d

El domingo, mis padres durmieron hasta tarde. Yo me levanté, me salté el desayuno y salí a correr lejos de casa del señor Anderson. La temperatura había descendido durante la noche y los charcos del día anterior se habían congelado. Al cruzar un puente resbalé sobre la negrura del hielo y a punto estuve de caer al río, pero no me importaba. Corrí hasta empezar a encontrarme mal, y tuve que tragar un par de sobres de gelatina con sabor a manzana ácida que me hicieron sentir náuseas.

Cuando regresé a casa, mis padres ya se habían levantado. La cocina olía a huevos y café y los cristales de las ventanas estaban empañados.

—Eh, has acabado siendo una verdadera atleta —dijo mi padre, con las mejillas rojas y el pelo todavía húmedo.

Mi madre estaba ocupada con una sartén, espátula en mano.

—¿Tienes hambre, cariño? —preguntó, dedicándome una sonrisa—. Estoy preparando tortillas de queso de cabra.

Si no salía de aquella cocina iba a vomitar en el regazo de mi padre.

—Voy a ducharme. Tengo trabajo.

—Vaya, pues a mí se me ha abierto el apetito —dijo mi padre guiñándome un ojo.

Luego cogió a mi madre por la cintura, y entonces ella chilló y fingió tontamente resistirse. Eran como un par de adolescentes con ojos de cordero degollado.

Ni siquiera se dieron cuenta de que me había marchado.

e

Pasé el resto del día en mi habitación y terminé de leer el libro de Alexis. He aquí lo que decidí: aquella mujer estaba chalada. Con toda aquella mierda sobre el éxtasis bajo el agua y la sangre caliente y el agua fría, tenía que estarlo. Ahora, sólo había que encontrar la manera de decir eso mismo en cinco páginas.

Pero no llegué a abrir el documento. En lugar de eso, accedí a mi cuenta de correo fantasma (oh, qué apropiado), repasé todos los mensajes que Matt me había enviado y luego mis respuestas. Vi cómo había ido modificando las fechas, reenviándome sus mails una y otra vez, de modo que lo antiguo volvía a ser nuevo: «¡Tienes correo!». Revisar aquella lista era como leer la cronología de mi... de mi crisis nerviosa, supongo.

Releí uno de los mensajes que había enviado cuando estaba realmente vivo:

La única manera de superar el día a día es fingir que ya no estoy. Si estás muerto, tu vida anterior también está muerta, y lo único que queda es el horror de lo que tienes frente a ti. Así que estoy muerto, Jenna. Tienes que pensar en mí de esa manera, ¿vale? Porque así es como yo pienso en ti y en papá y mamá. Mientras permanezca en este sitio todos estamos muertos, y así debe ser para que yo pueda hacer mi trabajo y volver a casa.

¿Era una locura? A mí no me lo parecía. Matt se protegió lo mejor que pudo. Yo jamás podría imaginar cómo había sido vivir en aquel lugar, morir en aquel lugar todos los días. La verdadera ironía era que Matt había decidido matarse todos los días para poder regresar a la vida, y terminó por morir de verdad.

Borré todos sus correos. Borré todas mis respuestas. Todas y cada una.

Entonces eliminé mi cuenta fantasma, lo envié todo a la papelera de reciclaje y la vacié. Si hubiera podido, habría arrancado el disco duro y habría pasado con el coche por encima, pero entonces hubiera tenido que explicar a mi padre por qué había matado mi ordenador. Puede que en algún momento desvariara, pero no estaba loca.

f

Mamá estaba en racha. Para cenar preparó lasaña, ensalada y pan de ajo. Papá y ella descorcharon una botella de Chianti y charlaron de su época universitaria y de cómo se habían conocido, bla, bla, bla. Yo jugueteé con la comida, pedí permiso para levantarme y, al ver que nadie me lo daba, me fui de todos modos.

Entonces me metí en la cama, me calé los auriculares y escuché *Learning to Fly* y

luego Death Cab for Cutie y luego Black Sabbath. A la mierda Ellington y Mingus y Judy, y a la mierda también tú, Wagner.

Si mis padres volvieron a hacerlo, puedo asegurarte que no les oí.

g

El domingo por la noche, le dije a mamá que algunas de las chicas del equipo entrenaban a primera hora, y que sería más lógico que fuera yo sola con mi coche. Ella estuvo de acuerdo; de todos modos, ahora que se acercaban Acción de Gracias y el Viernes Negro^[7] y las Navidades y bla, bla, bla, tenía montones de trabajo.

Todo aquello me traía sin cuidado. Ni siquiera sabía si de verdad iba ir a la escuela.

Sólo quería que me dejaran sola.

h

Y llegó el lunes.

Salí de casa treinta minutos antes de lo habitual, a las cuatro y media. Mis padres no se habían levantado todavía; la casa estaba en silencio; las calles, oscuras, y no había tráfico. Si finalmente decidía ir a la escuela me dije que, en cualquier caso, podía trabajar en el pasillo, fuera de la biblioteca. Harley estaba acostumbrado a que llegara pronto y no me molestaría. Demonios, puede que llegara incluso antes que él.

Pero sabía que me estaba mintiendo a mí misma. Tenía que saber si el señor Anderson estaba en la escuela. Tenía que saber si había llegado pronto, porque si estábamos en la misma longitud de onda, creía que así sería. No había ningún otro momento para hablar, excepto antes de que empezaran las clases. Así que decidí pasar por el aparcamiento. Si no había ningún coche —o si sólo veía la furgoneta de Harley—, entonces... bueno, aprendería a no hacerme ilusiones. Seguiría siendo su ayudante y me uniría al equipo, y fingiría que el resto —ya, ¿el resto de qué?— nunca había ocurrido.

Pero si estaba, eso... eso significaría algo.

Me detuve a comprar un café y pensé en pedir uno para él. Pero sabía que él siempre lo tomaba de su cafetera, así que resultaría poco convincente. Sí pedí dos bollos; luego pensé que estaba echando piedras sobre mi propio tejado y luego me dije que debía controlarme: al fin y al cabo, sólo eran un par de bollos.

Cuando aparqué en la escuela, el cielo había adquirido una tonalidad cobalto. Las estrellas brillaban como diamantes en el frío. Al principio pensé que no había más coches, ni siquiera el de Harley, y entonces el estómago me dio un vuelco.

La furgoneta del señor Anderson se encontraba allí.

Había llegado pronto. Antes que yo. Dios, ¿cuánto tiempo llevaría allí? Dirigí la

mirada hacia el segundo piso, por encima de la biblioteca, y distinguí un leve resplandor apenas visible. ¿Había encendido una luz? No lo creía. Pero estaba allí. Esperándome.

Ahora la pelota estaba en mi tejado. Ir hacia él... o no.

Una de las puertas principales estaba abierta y la empujé. Mis pasos resonaban en los pasillos a oscuras. Cuando llegué al primer piso no me pareció que saliera luz de su aula, y tampoco se oía música. Vale, eso era una mala señal. Aunque el pasillo olía a café, y eso tal vez fuera una buena señal.

Aparte de una estrecha y vacilante franja de luz que salía por debajo de la puerta del despacho del señor Anderson, el aula estaba a oscuras. Al entrar, no sé por qué, cerré la puerta tras de mí. Silenciosamente. Pero lo hice. Luego avancé hacia la puerta del despacho y puse la mano el pomo.

Estaba sentado a su escritorio; alzó la vista en cuanto se abrió la puerta. La única luz procedía de una pequeña lámpara de trabajo, suficiente para ver el escritorio y poco más. Se quedó un largo momento mirándome y luego se puso en pie. ¿Se sentía aliviado? No sabría decirlo.

—No estaba seguro de si...

Hizo una pausa y se aclaró la garganta.

—Voy a poner una cafetera. ¿Quieres algo para calentarte?

—No, estoy bien —respondí alzando la bolsa de papel con los dos bollos—. Espero que te gusten los arándanos.

—Me encantan.

Sin embargo, no sonrió. Nos quedamos mirando y luego cogió un libro de su mesa.

—Toma. El otro día me olvidé de dártelo. Es el libro sobre Alexis Depardieu del que te hablé. Nos desviamos un poco del propósito...

—Gracias.

El libro era delgado, sin sobrecubierta. Lo abrí por la primera página y me incliné hacia la tenue luz: *Nadando con tiburones*.

—¿Quién es Peter Lasker? —quise saber.

—El amante de Alexis.

No me atreví a mirarle. Mi corazón latía desbocado.

—¿Antes de que ella se casara?

—Sí, según él. Antes, durante... y después.

Entonces sí levanté la vista.

—Pero ella estaba casada —repliqué en voz muy baja.

—Imagino que para ellos eso no suponía ninguna diferencia —observó con cautela—. Creo que estaban enamorados y no les importaba. Creo que sentían que amarse era más importante que cumplir las normas.

—¿Y nosotros vamos a cumplir las normas? —susurré.

Honestamente, no sabía cuál era la respuesta que esperaba oír.

—Probablemente deberíamos.

Cerré los ojos deseando que no viera mis lágrimas.

—He matado a Matt. Todos sus mails, la cuenta, todo. —Abrí los ojos y seguí diciendo—: Sólo estás tú. Eres lo único que puedo ver.

La expresión de su semblante cambió y entonces dio un paso adelante y luego otro. Estaba lo bastante cerca para alargar la mano y tocarme, pero no lo hizo. En lugar de eso, pasó por mi lado, cerró la puerta del despacho con llave, cogió el libro y la bolsa con los bollos de mis débiles dedos y los dejó con cuidado al lado de la cafetera. Después me sacó la mochila de los hombros y dejó que se deslizara hasta el suelo, y me quitó el abrigo al tiempo que sus dedos rozaban levemente mi cuello y mis muñecas. Dejó el abrigo sobre el escritorio y, sin apartar los ojos de mí, alargó la mano hacia la lámpara.

Clic.

La habitación quedó a oscuras. Oía su respiración. El corazón me saltaba en el pecho. Lo tenía tan cerca que podríamos habernos tocado, pero me sentía incapaz de moverme. Un momento después, noté cómo entrelazaba sus dedos con los míos y se me aceleró el pulso.

Su voz emergió de la oscuridad.

—Ven conmigo. Conozco el camino.

Y le seguí. La cabeza me daba vueltas. Él avanzó con facilidad entre los enormes estantes de productos químicos cuidadosamente ordenados y catalogados, y luego cruzó el pasillo hacia el olvidado cuarto oscuro que, aunque entonces me pareció que hacía un siglo, me había enseñado poco tiempo atrás. La puerta estaba abierta, pero no entró; en lugar de eso, se detuvo con mi mano aún en la suya y esperó.

El brillo rojizo de la señal de la salida de emergencia me permitió entrever el catre en el que a veces debía de dormir la siesta o tomarse un descanso después de entrenar. El aire olía distinto: a Dove y a él, sí, pero también distinguí un cálido aroma a vainilla.

Era el momento de decidir qué reglas eran las que importaban. Había distintas opciones. Yo tenía el poder. Podía dar media vuelta. Podía marcharme. No había ningún misterio: si ponía un pie en esa habitación, habría cruzado la línea.

—No he podido dejar de pensar en ti.

Cuando me volví, cogió mi cara entre sus manos.

—Creía que sólo te estaba ayudando a ti, aunque ahora creo que estaba esforzándome por ayudarme también a mí mismo. Pero tienes que entender que esto es muy serio, Jenna. Nadie puede saberlo. No puedes contárselo a nadie. Porque yo podría acabar en la cárcel.

—Hemos estado juntos en la calle. Hemos ido a sitios juntos. —Aunque un poco tarde, me di cuenta de que, después de lo de Adelaide, el señor Anderson había tenido cuidado de ir a sitios donde nadie nos conociera—. Corremos juntos.

—Y podemos seguir haciendo esas cosas, dentro de lo razonable. Soy tu profesor.

Tus padres me conocen. He estado en tu casa. Soy igual que cualquier otro adulto. O... no tenemos por qué hacer nada. Podemos ser simplemente amigos. Yo... me preocupo por ti, Jenna. No quisiera herirte. No voy a forzarte. Quiero que quieras estar conmigo.

Ésas eran las palabras que había deseado —que había esperado— oír toda mi vida.

—Yo quiero estar contigo.

Me sentía desfallecer. Tenía la piel tan caliente que pensé que, si la temperatura subía un grado más, empezaría a arder.

—Y sé guardar un secreto, señor Anderson, te lo prometo.

i

Después de eso no hablamos. No con palabras, al menos.

37: a

—¿Dónde está Danielle?

El señor Anderson puso los brazos en jarras. Sus palabras cabalgaban sobre nubes de aliento que el viento se llevaba.

—Empezamos dentro de cinco minutos. No me digáis que aún se está cambiando.

El resto de chicas nos agrupamos con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta de calentamiento, dando saltitos para entrar en calor. Ese martes, a una semana de Acción de Gracias, nos encontrábamos en Wasau para correr la última competición de *cross* de la temporada. El campeonato regional se celebraba después de Acción de Gracias, y el estatal durante la semana siguiente. Hacía muy mal tiempo y la temperatura sobrepasaba en un grado el punto de congelación, algo bastante habitual en el norte de Wisconsin en esa época del año. Una fina capa de nieve cubría el suelo helado. El hombre del tiempo pronosticaba entre quince y veinte centímetros de nieve, y todo el mundo opinaba que el invierno llegaría pronto y sería largo y duro.

El viento era constante y en el ambiente flotaba un ligero aroma metálico. Las ráfagas atravesaban silbando mi ropa y se me clavaban en los huesos. Intenté mantener el calor, pero sentía cómo los músculos se tensaban. Necesitaba ponerme en movimiento.

—Iré a buscarla.

El señor Anderson asintió con brusquedad, y corrí dejando atrás a los grupos de padres que se acurrucaban para protegerse del frío (los míos no; papá nunca venía a verme y mamá estaba trabajando como una posesa). David y otro par de novios incondicionales también nos habían acompañado. Al pasar por su lado de camino al vestuario visitante, David me dirigió una mirada inquisitiva, pero yo me limité a encogerme de hombros y...

b

¿Qué, cuál es el problema? ¿El pobrecito Bob se ha enfadado? Espera un momento... ¿Jenna se ha saltado un mes? Bueno, ¿qué esperabas, Bob, que te lo contara con toda clase de detalles? ¿Minuto a minuto? Dios, de verdad, eres un perverso.

Está bien, lo diré en pocas palabras: sí, la competición tuvo lugar un mes después. Había participado en otras tres desde... desde «antes». (No pretendo ser evasiva, es que sencillamente no creo que sea asunto tuyo.) No lo había hecho mal: quedé tercera en la primera carrera y segunda en las dos siguientes. El hecho de que me uniera al equipo parecía haber espoleado a Danielle. Quizá era lo que el señor Anderson esperaba; si estaba en lo cierto, había funcionado. En las tres últimas carreras,

Danielle lo había dado todo.

Pero pronto podría alcanzarla, y lo sabía. Sus marcas no eran demasiado buenas y, cuando entrenábamos en la cinta, yo era capaz de correr un kilómetro y medio en cinco minutos y ella no. Además, se había vuelto más hosca y poco comunicativa. En el vestuario —sí, yo seguía cambiándome de ropa en el baño para discapacitados—, había oído que estaba al borde de la ruptura con David y que su hermano mayor, que estudiaba en la universidad local y había empezado a ir a recogerla a los entrenamientos, se había encontrado cara a cara con David hacía algunos días. No me costaba creerlo. Por el modo en que se comportaba su hermano —interponiéndose entre ella y cualquier otro tío, incluido el señor Anderson cuando sólo estaba entrenando—, cualquiera hubiese podido confundirlo con su novio. Ese tipo de cosas.

Pero después de que me uniera al grupo, habíamos empezado a obtener buenos resultados. Mis compañeras de equipo estaban entusiasmadas porque, después de todo, era probable que llegáramos al campeonato regional, e incluso al estatal. El señor Anderson —Mitch— estaba exultante, y yo también. Sabía que el hecho de conseguir el primer puesto, no sólo en nuestro equipo sino también en las carreras, era sólo cuestión de tiempo.

Por él.

Lo cual no me había granjeado precisamente la simpatía de Danielle, que ahora tenía todavía más razones para odiarme y...

C

Ah, espera. Lo sé. A ti no te importa Danielle, ¿verdad, Bob? Te estarás diciendo: «¿Por qué pierde el tiempo con Danielle, por qué no va al grano, a lo que realmente me interesa? ¿Dónde está lo bueno?».

¿Pues sabes lo que te digo, Bob? Que te jodan. Ésta es mi historia, así que tendrás que aceptarlo.

Está bien. Ya que preguntas, te contaré algo...

Sí, Mitch y yo nos veíamos casi todos los días, y no me refiero sólo a vernos de «ese» modo, aunque... sí, de «ese» modo también. ¿Y sabes qué, Bobby?

Era maravilloso. Mágico. Un cuento de hadas hecho realidad y lo mejor que me había pasado nunca, y eso no me lo puedes quitar. Sé que te está matando; que querías otro tipo de historia, pero no lo es y...

d

Vale, deja que tome aire.

Mitch y yo nos veíamos casi todos los días, la mayoría de las mañanas y después de las clases, pero muy, muy tarde, cuando todos se habían marchado a casa. Yo

estudiaba en la biblioteca, preparábamos el laboratorio para el día siguiente... Sí: por más que te sorprenda, también trabajábamos. Además, estaban los entrenamientos, los ejercicios de preparación física, ese tipo de cosas. Éramos extremadamente cautelosos y siempre nos asegurábamos de dejar las puertas abiertas y la música encendida, y por lo general había otros chicos. Como si no tuviéramos nada que esconder.

Aunque a veces su mano rozaba mi brazo y una descarga me subía por el pecho. O nuestras miradas se cruzaban y yo notaba cómo el calor me trepaba por el cuello y se extendía por mis muslos, y tenía que apartar la vista. Al terminar el trabajo o el entrenamiento, y para que todo el mundo viera que nos marchábamos por separado, acostumbábamos a salir cada uno con su propio coche. Luego volvíamos a encontrarnos: para cenar, tomar un café...

Y otras cosas.

En su coche. En el mío. Acurrucados bajo las mantas en campos oscuros donde explorábamos maneras de mantenernos en calor, cuando él me enseñaba qué y cómo le gustaba.

Los fines de semana también salíamos a correr. Y sí, un par de veces ni siquiera pudimos esperar a llegar a la cabaña. Lo cual no significa que no pasáramos mucho tiempo en nuestro escondite. Era nuestro sitio: un refugio privado y mágico donde podíamos hablar y recargar las pilas.

e

Recuerdo una tarde, un sábado después de haber... bueno, ya sabes. Estábamos envueltos en un edredón, sentados bajo la ventana de su estudio: mi espalda apoyada en su pecho, sus brazos rodeándome con fuerza. Faltaba la lluvia, pero el día era gris y había tanta niebla en el bosque que parecía que estuviéramos en nuestra propia isla. Sonaba música, algo tan húmedo y maleable como aquella neblina.

—Me encanta cuando todo está en calma —comentó.

Sus dedos rozaban y acariciaban suavemente mis pechos, en un contacto apenas perceptible, y generaban diminutos impulsos eléctricos que bailaban sobre mi piel y corrían por mis muslos.

—Como cuando buceas, cuando quedas suspendido entre el agua y resto del mundo.

—Ojalá no tuviéramos que marcharnos —musité.

Mis manos se aferraban a sus brazos, igual que aquella primera tarde en que se lo conté todo.

—Parece que estuviéramos flotando. Está todo tan tranquilo...

—Mmmm —suspiró, apretando los labios contra mi pelo—. Había olvidado esta sensación, sentirse de verdad en paz y no tener que representar un papel ante mi

familia, mi padre, mi... —se interrumpió—. ¿Recuerdas cuando te dije que puedes ver a alguien en el agua y no percatarte de que tiene problemas, de que en realidad se está ahogando? Una vez vi cómo sucedía.

—¿Viste morir a alguien?

Él asintió.

—Era un hombre con bastante experiencia; su compañero de buceo, un novato que agotó rápidamente las reservas de aire, salió a la superficie. El otro tipo siguió buceando solo, lo que no hubiera supuesto ningún problema si no se hubiera alejado o bien hubiera buscado un nuevo compañero, pero no lo hizo. Así que regresamos todos a la embarcación. Treinta minutos se convirtieron en cuarenta, y luego en cuarenta y cinco, y el instructor empezó a inquietarse. Entonces, de repente, el capitán divisó al hombre a unos setecientos u ochocientos metros. Sin prismáticos apenas podía distinguirse, pero estaba en posición vertical y flotaba. Le hicimos señas con los brazos, pero él no nos respondió; el instructor empezó a gritar que teníamos que alcanzarlo sin demora. Yo pensé que se había vuelto loco. No sé, el tío del agua parecía estar bien, no gritaba ni manoteaba. Sin embargo, para cuando consiguieron virar la embarcación y llegar hasta él... había desaparecido. Pero eso el instructor se había puesto frenético: había entendido que le quedaban apenas veinte segundos.

—Pero estaba en la superficie —objeté—. ¿Cómo es posible que no respirara? ¿Por qué no gritó si tenía problemas?

—Porque estás pensando en las películas, y eso no es lo que ocurre en la vida real —contestó—. En la vida real, al que se ahoga no le parece estar ahogándose. En la vida real, si el agua está muy fría, una persona no puede evitar jadear. Es un acto reflejo. El caso es que, aunque esté tibia, cuando el agua te llega a los pulmones se te cierra la garganta. Tu cuerpo intenta protegerse, y la verdad es que ocurren muchas más muertes por asfixia que por ahogamiento. A pesar de eso, a la gente que está en tierra, sobre todo cuando te acercas realmente al final, no le parece que estés en un aprieto. No gritas, pero es porque no puedes, y tampoco te debates en el agua ni desperdicias tus energías agitando los brazos. Simplemente estás ahí. Así que la gente no se percata de que te estás muriendo.

Se quedó un momento callado.

—Ése soy yo. Creo que llevo todo este tiempo ahogándome en un silencio tan profundo que ni siquiera era consciente de ello.

La tristeza lo embargó de nuevo. Por alguna razón, volví a pensar en las fotografías de la señora Anderson: feliz y hermosa como una princesa el día de su boda; luego embarazada y cubierta de cicatrices. Me preguntaba qué habría ocurrido entre ambas instantáneas, si tal vez ella también estuviera ahogándose sin que Mitch se diera cuenta. Tal vez los dos estuvieran hundiéndose.

A pesar de lo que me hacía sentir, nunca llegué a olvidar las palabras de Danielle sobre Mitch y las personas rotas. Es imposible pasarse un millón de horas haciendo terapia y no aprender algo. Así pues, ¿se empeñaba Mitch en intentar ayudar a los

demás porque no había sido capaz de hacerlo primero por sí mismo y después por su mujer? Sabía hasta qué punto el impacto de lo que le había ocurrido a ella —el dolor y la culpa— podía... bueno, desgarrar por dentro y cubrir de cicatrices a una persona. Mira a mis padres. Mira a Matt.

Mi terapeuta dijo una vez que todo lo que yo hacía era una repetición, un intento de convertir todo lo malo que había en nuestra familia en algo diferente y correcto. Así que, ¿por qué tendría Mitch que ser distinto? Tal vez fuera incapaz de ayudarse a sí mismo. Tal vez no entendiera lo que estaba repitiendo, o puede que ni siquiera se diera cuenta de que lo hacía. Los adultos no lo saben todo, Bob.

Y es ahora cuando lo entiendo: aquí sentada, con el frío todavía metido en el cuerpo, en esta horrible sala de urgencias. Mientras escucho la calma.

Sin embargo, entonces, en ese mismo instante, calentita y a salvo entre sus brazos, no deseaba más que ayudarle. Pero no sabía qué decir. Quería poder asegurarle a Mitch que yo lo salvaría —que podía aferrarse a mí—, pero me parecía una tontería. Mitch ya tenía muchas cosas. ¿Había algo que yo pudiera hacer u ofrecerle que no pudiera encontrar en otra parte?

—Pero yo estoy aquí, y ahora sabes que te estás hundiendo —le dije.

Me senté y, al volverme hacia él, el edredón me resbaló de los hombros y se deslizó por mi espalda. Las cicatrices seguían allí, sobre mi vientre y mis muslos. Nunca desaparecerían. Si eso ocurriera, dejaría de ser yo misma.

—Así que no tienes por qué seguir haciéndolo, Mitch. No tienes por qué ahogarte.

Por una vez, hice lo correcto. Algo se liberó dentro de él; la presión y la tensión abandonaron su cuerpo. Sus ojos recorrieron mi cara y luego mis pechos, las cicatrices, y entonces alargó los brazos hacia mí... y no hubo necesidad de decir nada.

Excepto en el momento en que guió mi mano hacia donde él quería, cuando yo ahugué un grito y él suspiró y pronunció mi nombre, y nos hundimos el uno en el otro.

f

Siempre que tuviéramos cuidado, todo era sorprendentemente sencillo. Sé que no quieres escucharlo, Bob. Quieres escuchar que nos sentíamos culpables o que vivíamos en un estado de pánico constante a ser descubiertos. Quieres saber las veces que estuvieron a punto de descubrirnos y lo mal que nos sentíamos, como delincuentes.

Pues déjame darte un titular, Bobby. Me sentía bien, bien, mejor de lo que me había sentido en meses y meses y meses. ¿Quién iba a sospechar de una chica buena y callada como yo y de un tipo simpático, abierto y agradable como el señor

Anderson? Yo sacaba sobresaliente en todas las asignaturas y no me metía en problemas. El Tanque decidió que me había adaptado bien a la escuela, sobre todo después de unirme al equipo de *cross*. Mis padres ponían mucho esmero en no pensar demasiado en nada. ¡Se alegraban de que estuviera en el equipo! Decían que tenía buen aspecto. Que parecía feliz. Mi padre le pidió a mi madre que lo admitiera, que matricularme en el Turing había sido la decisión correcta, y ¿qué podía decir ella? Aunque estoy convencida de que, puesto que estaban intentando recuperar su relación y mamá tenía que preparar las vacaciones, estaban encantados de no tener que preocuparse por una cosa más.

Yo era feliz y Mitch me hacía sentir hermosa, Bob. Me hacía creer que nos mantendríamos a flote el uno al otro para siempre.

Y nadie hacía preguntas, Bob. Nadie sospechaba de nosotros. Todo el mundo miraba y en realidad nadie veía. Teníamos buen aspecto, y ninguno de vosotros notaba la diferencia.

g

Bueno, la competición.

Entré al trote en el silencioso vestuario de chicas pero no vi a nadie.

—¿Hola? ¿Danielle?

Una pausa. Y luego un susurro seguido de un gruñido:

—¿Qué?

Su voz venía de los baños. Pasé junto a las duchas y los clavos de las zapatillas repiquetearon sobre las baldosas, doblé la esquina y vi unos pies por debajo de la puerta de uno de los retretes.

—¿Estás bien?

—Como si a ti te importara. —Su tono se endureció al reconocer mi voz. Casi pude ver cómo levantaba la barbilla, desafiante—. Estoy bien. Saldré en un segundo. Sólo tengo... calambres.

—Ah. Bueno, el entrenador quiere que salgas. Empezaremos dentro de cinco o diez minutos.

—Sí, sí, ya voy, ¿vale? —Al darse cuenta de que yo no me movía, gruñó—: ¿Vas a quedarte ahí hasta que salga?

—El entrenador me ha pedido que te esperara.

Técnicamente, podría haberme marchado y dejar que Mitch hablara con ella cuando por fin se decidiera a arrastrar su lastimero culo fuera del retrete. Además, se lo tenía merecido. Danielle no había mostrado más que maldad hacia mí. No le debía nada. Pero me recordé a mí misma que no tenía por qué ser así. Tal vez creas que es una estupidez, Bob, pero por extraño que parezca, yo sentía que ya había ganado. Me había convertido en la referencia de Mitch en el equipo. Es posible que ella creyera

que había compartido algo especial con él, pero Mitch ya me había contado que tenía muchos problemas y no quería escuchar lo que él tenía que decirle. (Qué clase de problemas, no lo sabía. Mitch era muy bueno en eso: nunca pronunciaba una palabra de más sobre nadie. Eran asuntos privados.) Además, Danielle tenía a David. Y un hermano. Y su padre era un abogado muy bien relacionado. No podía quejarse.

Danielle tiró de la cadena, abrió la puerta y emergió envuelta en una nube olorosa de vómito y melocotón agrio. De camino a la pila, me propinó un codazo para que me apartara. A la luz de los fluorescentes, su piel era amarilla y las manchas que tenía bajo los ojos, negras, como si se le hubiera corrido el rímel. El chándal le colgaba como un saco. Había adelgazado mucho desde principios de año, según ella para aumentar su velocidad. Las demás chicas del equipo murmuraban que empezaba a parecerse a una de esas muñecas articuladas: una cabeza sobre un armazón escuálido, como las modelos de pasarela. Una delgadez enfermiza.

—No tienes buen aspecto —señalé.

—No peor que el tuyo.

Bebió agua del grifo, se enjuagó la boca y luego la escupió.

—¿Estás segura de que puedes correr?

—Cállate, ¿vale? —fue su respuesta. Volvió a enjuagarse la boca y a escupir, y luego se pasó el brazo por la barbilla para secarse las gotas—. No te atrevas a fingir que te importa.

Yo me encogí de hombros, pero no añadí nada más. Si quería caer fulminada de un ataque al corazón, ¿qué podía hacer yo para evitarlo? Por otra parte, Mitch debía de ver lo mismo que nosotras. Era el entrenador. Si la dejaba correr, sería porque pensaba que estaba en condiciones.

Al llegar a la puerta, Danielle se volvió.

—Déjame decirte algo. Cuanto más rota estás, más le gustas.

—Ya lo había oído antes, ¿sabes? Supongo que eso explica tu estado.

—Que te jodan.

Apartó la mirada al tiempo que murmuraba entre dientes.

—¿Qué?

—He dicho que se acerca tu hora.

Sus ojos escudaron los míos como si fueran un láser y luego recompuso su expresión.

—Recuérdalo cuando aparezca la próxima perdedora.

—No soy una perdedora —le dije.

Danielle, de espaldas, se limitó a levantar el dedo corazón.

Cuando regresamos, Mitch estaba dando instrucciones de última hora. Nos miró, primero a mí y luego a Danielle, y me pareció que le costaba tomar una decisión.

—Puedo correr —afirmó Danielle, en tono inexpresivo—. Estoy bien. De todos modos, si no llegamos a los regionales, ésta será la última carrera.

Mitch cerró la boca, nos miró a las dos y luego asintió.

—De acuerdo. Danielle, tú marcas el ritmo. Jenna tú la sigues. El resto cubridles las espaldas, y cuando hayáis abierto una brecha, a por todas, ¿de acuerdo?

Cumplimos con el ritual de unir las manos y gritar la consigna del equipo, pero cuando Danielle puso su mano sobre la mía, me atravesó con la mirada y me clavó las uñas, lo bastante para sentir el pinchazo de dolor y el arañazo en la carne. No me aparté ni retiré la mano. Danielle era una aficionada. No había nada que pudiera hacerme que yo no me hubiera hecho antes, mejor y peor.

h

Tras el pistoletazo de salida, treinta y una chicas divididas en tres equipos echamos a correr en tropel abriéndonos paso a codazos. Danielle y yo éramos las mejores corredoras de nuestro grupo, así que nos pusimos a la cabeza mientras el resto corría detrás de nosotras para impedir que las demás participantes nos adelantaran. La carrera consistía en un tortuoso recorrido de ocho kilómetros a través de un terreno ondulado e irregular con algunos obstáculos: dos arroyos separados por cuatro kilómetros de distancia y un risco estrecho y rocoso con una inclinación del diez por ciento a medio kilómetro de la meta. No había ningún camino.

Durante la primera mitad del trazado el viento sopló en nuestra contra, un vendaval constante y tan intenso que me producía la impresión de estar corriendo sin lograr avanzar. El suelo estaba duro y era tan implacable como el cemento. Mis piernas vibraban con cada zancada. Al cabo de cinco minutos empecé a notar el martilleo en los dientes, y mi cabeza trepidó cuando hice añicos con los tacos el hielo que bordeaba los charcos helados que habían quedado después de la lluvia y el aguanieve de los dos días anteriores.

La coleta de Danielle se balanceaba de un lado a otro delante de mí. Trotaba con paso lento y desacompasado, y tenía problemas. Su brazo derecho estaba rígido y pegado al costado, y el izquierdo se movía demasiado para intentar compensarlo. Sin embargo, no conseguía marcar un buen ritmo y yo, estúpida de mí, me atuve al plan.

Nos adelantaron cuatro, cinco, siete corredoras. Llegamos en tropel al primer arroyo y me fijé en las cinco chicas que teníamos justo delante. Corrían demasiado juntas, al borde de provocar un desastre... que ocurrió. Una de las chicas tropezó con una roca sumergida y cayó de bruces con un chillido, arrastrando consigo a la que la seguía. Aquello hizo que las demás aminoraran el paso y el grupo rompiera filas, salpicando a las chicas que seguían en el arroyo. El agua estaba muy fría, tanto que quemaba, pero yo había cruzado ya a la otra orilla.

Habíamos recorrido prácticamente tres kilómetros; nos quedaban cinco, y uno hasta la curva donde el viento soplaría a favor. Era el momento perfecto para esprintar, cuando nadie se lo esperaba. Pero Danielle seguía con problemas. Parecía ir incluso más lenta que antes.

Me acerqué por detrás a su hombro izquierdo.

—¡Aprieta! —siseé—. ¡Aprieta, aprieta!

—¡Cállate! —contestó entre jadeos. Tenía el cuello cubierto de agua enlodada y el jersey empapado—. Es demasiado pronto. Apretaré cuando... cuando esté preparada...

Nos adelantaron dos chicas más. Una de nuestras compañeras se cansó de esperar, aceleró el ritmo y pasó por delante de nosotras. Fue como una señal, y el equipo entero decidió aprovechar la oportunidad.

Yo hice lo mismo. A la mierda con Danielle. Redoblé mis esfuerzos y alargué las zancadas, martilleé el suelo con las zapatillas y tensé los muslos para acelerar el movimiento de las piernas. Las caras de los árbitros apostados a lo largo del camino se convirtieron en una mancha borrosa. Imaginé que corría con Mitch y que volábamos sobre el suelo, apenas rozándolo, y su voz resonaba en mi cabeza: «Corre corre corre rápido corre corre más rápido corre corre». En dos segundos rebasé a Danielle y luego seguí aumentando el ritmo; era como una estela, un cohete abriéndose camino a través la hierba muerta, shush, shush, shush, shush. Pasé como una bala junto a mis compañeras de equipo y seguí así más de un kilómetro, ascendiendo por la cuesta de una colina, mis piernas como pistones, los cuádriceps estirándose y contrayéndose. El viento me zumbaba en los oídos y tiraba de mi pelo. Me concentré en la chica que tenía delante y la rebasé. Luego la siguiente y una más, y entonces vi que ya sólo había otra chica más por delante, sus piernas como un destello, sus clavos acuchillando el suelo. Después, el otro arroyo. La vi entrar en el agua, dar una zancada y luego otra y de pronto levantó ambos brazos y trastabilló, moviéndolos como aspas mientras caía en el agua. Intenté desviarme hacia la izquierda para alejarme de lo que la había hecho tropezar, pero resbalé, me tambaleé y estuve a punto de caerme. Aun así, los clavos de mis zapatillas se aferraron al lecho del río y conseguí llegar a la orilla opuesta.

Un kilómetro más, otro, otro, corre corre corre. Impúlsate con las caderas, las piernas robustas como un martillo, castiga el suelo, castígalo, castígalo. Mis pulmones protestaban y me ardía la garganta. Mi corazón era un puño que me magullaba las costillas; cada zancada, un sólido estallido que me sacudía la columna vertebral. Recordé la primera vez que había corrido con Mitch, lo mal que lo había hecho; no iba a permitir que volviera a ocurrir, ahora no. Él me estaba esperando en la meta. Me vería coronar la cresta y descender después como un rayo el tramo final, arrastrando tras de mí a una falange de corredoras como la cola de un cometa hasta la línea de meta. Él estaría allí, se sentiría orgulloso de mí; yo sería su chica y él...

—Zorra.

De algún modo, Danielle había logrado alcanzarme y estaba justo ahí, junto a mi codo izquierdo.

—No vas a ganar —siseó—. Ni lo sueñes.

No le contesté. No sé si hubiera podido. Que ella tuviera aliento suficiente era una

mala señal, porque significaba que aún le quedaban fuerzas, y yo estaba empezando a hundirme.

Llegamos juntas a la cresta, a zancadas parejas, una pista en la que cabían tres personas. La pendiente que la bordeaba no era escarpada, aunque sería difícil recuperarse de un mal paso. El camino, surcado e irregular, era una cuesta con el piso duro y matorrales pedregosos a ambos lados, árbitros y padres chillando y amigos alineados como una vaina de judías. Un poco más arriba, la pendiente remitía y se nivelaba en una extensión cubierta de hierba. Sin embargo, si te caías antes podías dar la carrera por perdida.

Que era precisamente lo que Danielle pretendía. Forzó la máquina y me embistió por la derecha, intentando abrirse paso para ocupar el primer puesto. La miré de soslayo y reparé en que los músculos del cuello le sobresalían, tensos como cuerdas. Tenía la boca abierta en una mueca. Habíamos terminado con las charlas y las provocaciones. Íbamos empatadas y las dos corríamos tan rápido como podíamos.

Las caras pasaban volando por nuestro lado. Más abajo, la multitud se reunía en la línea de meta; distinguí a David y a Mitch animándonos con los brazos y pude oír su voz por encima de las demás: «¡Vamos, vamos, sácalo todo, vamos, vamos!». Me concentré en su voz, y corrí hacia él, por él, sólo él.

Corrí por aquel camino con los pies llenos de ampollas, mientras el pelo me azotaba la cara alborotado por el viento y el sudor me corría a mares por el cuello, la espalda y el vientre. Mis músculos se estaban deshilachando, descomponiendo, separándose de mis huesos. Pero iba en cabeza; iba a ganar por él, por él, por él. Una fracción de centímetro y luego otra y luego estaba por delante de Danielle y avancé aún más rápido, más rápido, más rápido, mientras el corazón me latía como un tambor, retumbaba, más rápido corre más rápido ve más rápido corre corre...

Entonces noté un golpe seco bajo las costillas, rápido y certero, y aun así tan fugaz que apenas pude registrarlo. Al momento siguiente, los pies de Danielle se enredaron con los míos y sentí la quemazón de sus tacos cuando me rasgaron el tobillo derecho.

Lo perdí: el equilibrio, la velocidad, todo. Rebotamos una contra otra como autos de choque. Su codo me golpeó en la sien, me torcí el tobillo izquierdo y entonces sentí como si hubiera estampado los nudillos contra una roca. Un estallido de dolor se apoderó de mi pantorrilla y grité, mientras el mundo giraba en una espiral etílica.

Danielle y yo caíamos por la cuesta hechas un amasijo de brazos y piernas. El suelo me raspó la cara y traté de volverme, pero no tengo la agilidad de una gimnasta. Me golpeé el hombro contra una roca y la cabeza contra el suelo helado. La visión me falló, como una bombilla defectuosa, y luego caí rodando por la pendiente.

¿Conoces esa vieja adivinanza, Bob? ¿Qué es blanco y negro blanco y negro blanco y negro? Una monja cayendo por unas escaleras. O una cebra. Pues aquello fue igual, sólo que eran rocas grises y tierra marrón y hierba muerta y bocas abiertas de par en par y caras, muchas caras. Hubo gritos, debió de haberlos, pero yo no los oí.

Le había perdido la pista a Danielle. No sé cuántas vueltas di antes de pararme, pero lo siguiente que recuerdo es que estaba tendida de espaldas, con los pies en alto y mi dolorida cabeza ladeada. La boca se me llenó de un sabor metálico y húmedo. Noté una confusión ahogada de gente que se apresuraba, me rodeaba, se arrodillaba, gritaba, y todas las palabras salían a la vez: «eheheestásbienquelaguienllamealossanitariosjennacomoestálaotrajennajenna...».

«Dejadme en paz. —Tenía la cabeza a punto de explotar y me dolía todo el cuerpo—. Demasiada luz, demasiado ruido, marchaos...»

Entonces alguien me gritó al oído:

—¡Jenna!

Aquella voz, frenética y asustada y que a esas alturas ya conocía tan bien, me trajo de vuelta. Me obligué a abrir los ojos. Había nubes grises. Estaba empezando a nevar; notaba los picotazos del hielo en las mejillas. Aparecieron dos técnicos de primeros auxilios equipados con guantes de látex azules. Sus labios se movían, pero yo no les oía. No me importaba. Lo único que me preocupaba era la expresión acongojada de Mitch.

—Lo siento mucho —dije antes de perder el conocimiento.

38: a

Me diagnosticaron una conmoción cerebral leve y un esguince en el tobillo izquierdo. El médico de urgencias suturó un corte justo por encima del tobillo derecho, y luego añadió un raíl de grapas. Era amable y bastante profesional. Me preguntó por los implantes pero no por las demás cicatrices, aunque las revisó cuidadosamente; me exploró el vientre y las caderas con las manos enguantadas y tiró de la piel, probablemente para comprobar si había alguna reciente. En tal caso, habría tenido que informar al servicio de psiquiatría.

Mitch entró una vez. Tenía la piel del rostro tensa. Me preguntó si recordaba lo que había ocurrido y le respondí que no lo sabía, lo cual era, en su mayor parte, cierto. Dijo que, por cómo me tambaleaba, parecía que me hubieran empujado, pero corríamos tan rápido y tan cerca que los árbitros no podían estar seguros y habían concluido que fue un accidente. Le contesté que probablemente tuvieran razón.

—¿Estás segura?

Si parpadeaba, se le iba a rasgar la piel.

—¿Absolutamente segura? ¿No pasó nada más?

—Nada. Nos enredamos sin querer. Íbamos muy pegadas. —Eso era verdad—. Debería haber tenido más cuidado. Ha sido un accidente. Lo he fastidiado.

—No —replicó, y apretó los labios—. No. No dejaré que vuelva a hacerte daño. No puede seguir haciendo esto, ella...

Giró sobre sus talones sin acabar la frase y apartó la cortina con tanta violencia que las anillas metálicas tintinearón. Danielle y David estaban dos camas más allá. Oí el rapapolvo de Mitch y la respuesta ahogada de ella; David dijo algo que no pude entender. Pero sí recuerdo la voz lastimera y el llanto de Danielle; después de eso, Mitch murmuró algo y David permaneció en silencio. Al final los dejó solos.

Llamaron a mis padres y a los de Danielle y les explicaron que no estábamos muertas ni nada parecido. Puesto que nos habíamos desplazado en autocar, los médicos no veían ningún inconveniente en que regresáramos a casa del mismo modo. No sé lo que hizo el padre de Danielle, pero Pisco-papi se mostró pedante con el personal de urgencias. Creo que había llegado a la conclusión de que tenían que someterme como mínimo a cirugía cerebral exploratoria. Me hicieron una resonancia magnética, a pesar de que el médico de urgencias me dijo que era totalmente innecesario, pero supongo que quería evitarse más problemas con mi padre. Así que eso nos entretuvo un par de horas más. Si no hubiéramos estado en Wasau, creo que la mayoría de los padres habrían venido a llevarse a sus hijas. Cuando nuestro autocar tamaño *hobbit* aparcó frente a la puerta del hospital y nos sacaron a Danielle y a mí en silla de ruedas, se había hecho de noche, hacía frío y viento, y nevaba.

Durante el largo trayecto de vuelta, nadie habló demasiado. Danielle se sentó delante, a la izquierda, con la pierna derecha apoyada en el regazo de David y una bolsa de hielo en la rodilla que le habían vendado. Llevaba incluso muletas. (A mí, en

cambio me dejaron cojear hasta el autocar, cuando de hecho era yo la que había sangrado.) Mitch se sentó detrás. Yo tenía un asiento para mí sola y me quedé dormida un par de veces, pero la chica del otro lado del pasillo no dejaba de despertarme porque había oído que era mejor no dormirse cuando habías sufrido una conmoción.

Aunque David la había llevado a la escuela en su coche, los padres y el hermano de Danielle estaban esperándola en el aparcamiento cuando el autocar apareció por fin a las diez. Su padre era una mole con unos dedos enormes y muy gruesos. En cuanto el autocar se detuvo, empezó a golpear las puertas y subió como un matón, ignorando a todo el mundo: a Danielle, cuando le dijo que podía caminar; a David, que intentaba explicárselo; a Mitch, que se acercaba por el pasillo.

—Estamos bien; estamos bien —ladró el señor Conolly.

Cogió a Danielle en brazos como si no pesara nada, lo cual era más o menos cierto. David les siguió con las muletas y entonces Mitch pasó corriendo junto a mi asiento, pisándoles los talones. A través del cristal empañado vi que el señor Conolly le entregaba a Danielle a su hermano y luego recogía las muletas de David, como si fuera un criado. Éste dijo algo, pero el señor Conolly agitó la mano en el aire para hacerlo callar y estaba alejándose cuando Mitch les dio alcance.

Si Mitch se hubiera mantenido al margen, la cosa hubiera terminado en ese punto. Pero no podía hacerlo —no antes, no entonces ni tampoco después—, así que todos vimos lo mismo.

Mitch colocó una mano sobre el hombro del señor Conolly y dijo algo. El qué, no pude oírlo. Pero por el modo en que el señor Conolly irguió repentinamente la espalda, estaba claro que se trataba de un agujón que se le había clavado con fuerza. De pronto se dio media vuelta, plantó las manos en el pecho de Mitch y le empujó.

«Mitch. —Ahogué un grito al tiempo que el corazón se me subía a la garganta—. Mitch, no».

—¡Joder! —exclamó una voz desde el autocar.

Mitch trastabilló. De no ser porque se agarró a la puerta del coche, se habría caído. El señor Conolly se le echó encima y empezó a chillarle muy cerca de la cara mientras le hundía sus gruesos dedos en el pecho y apretaba el puño a escasos centímetros de su nariz. Mitch era alto, pero su oponente era un tipo fornido y no estaba segura de que pudiera con él.

Nadie hizo nada por ayudar. El hermano de Danielle permaneció a un lado mientras se secaba una y otra vez los labios con el dorso de la mano, como si no pudiera librarse de un mal sabor de boca. Un puñado de padres saltaron como un resorte de sus coches, pero nadie se movió, ni siquiera Mitch. Se quedó de pie y dejó que el señor Conolly le gritara. Creerás que estoy loca, Bob, pero por un segundo pensé que quizá Mitch deseara recibir ese puñetazo. Como si pensara que era mejor que se lo propinara a él y no a otra persona, como Danielle o David.

Mitch sólo se movió cuando David intentó por fin interponerse. El señor Conolly

pivotó con el codo flexionado, listo para soltar un gancho de revés. Fue entonces cuando Mitch levantó con rapidez las manos y agarró la muñeca del señor Conolly, cuya cara de toro se frunció en una mueca. Por un segundo creí que iba a recibir el puñetazo.

En ese momento, Danielle se asomó por la ventanilla del coche y le gritó algo a su padre. No sé qué le dijo, pero hizo que se le pasaran de repente las ganas de pelea. Se deshinchó como un globo y retrocedió para apartarse de Mitch. Luego miró a su alrededor y, al levantar la vista, nos descubrió acechando desde el autocar. Giró sobre sus talones, se metió en el coche, cerró de un portazo, le gritó algo al hermano de Danielle y se marcharon.

Mitch y David les contemplaron mientras se alejaban: Mitch, con expresión pétrea; David, al borde de las lágrimas. Al cabo de un par de segundos, Mitch rodeó a David por los hombros como lo haría un entrenador que quiere consolar a un chico que ha fallado el *touchdown* decisivo. O un padre incapaz de soportar el sufrimiento de su hijo.

b

Obviamente, mis padres no se habían molestado en venir a buscarme. En realidad no estoy siendo justa; eso es mentira. Hubieran venido, teniendo en cuenta que tenía todo el cuerpo magullado. Pero puesto que no podía conducir debido a la conmoción, Mitch les dijo que mi coche estaría seguro en el aparcamiento de la escuela y que él me llevaría a casa, lo cual era la mejor noticia que había recibido en todo el día. Por mí podíamos conducir hasta Canadá. Podíamos conducir para siempre jamás.

La nieve, en forma de cintas sesgadas, caía ahora con intensidad y brillaba a la luz de los faros. Mitch se lo tomó con calma, los ojos fijos en la carretera. Yo encontré un CD de Louis Armstrong y lo metí en el reproductor. Al cabo de un par de minutos, Mitch me preguntó con brusquedad:

—¿Cómo lo llevas?

—Estoy bien. Me duele un poco la cabeza.

—Deberías dormir.

—No. Mitch... lo siento mucho.

Tal vez fuera a causa de la conmoción, pero sentí ganas de llorar. Me mordí el labio.

—Quería ganar por ti.

—Eh, eh, no pasa nada. Habrá más carreras. Tenemos toda la temporada de primavera y después de eso, dos años más. Lo conseguiremos.

Aunque su intención era consolarme, me invadió una oleada de frío. Era la primera vez que mencionaba el límite del tiempo que íbamos a pasar juntos. El único futuro que yo había imaginado era amorfo y borroso, algo que estaba ahí afuera y tan

lejos que nunca llegaría. Dos años es mucho tiempo y muy poco a la vez. Hacía aún más que Matt se había marchado. Pero en dos años yo terminaría el instituto e iría a la universidad para ser... algo. Mitch ya tenía una vida. En dos años, yo estaría durmiendo en una cama extraña y Mitch, dando las mismas clases sobre la saponificación y los radicales libres. Habría caras nuevas en el equipo, pero él seguiría corriendo por la misma ruta entre su casa y el parque. Cuando quisiera paz, podría encender un fuego y tomar té y escuchar música de Mozart y encontrar cobijo en su cabaña. Yo iría de mi habitación a clase, con el cuello de la chaqueta levantado para protegerme de la gélida lluvia que agujonearía mi rostro.

Mitch percibió el cambio.

—¿Qué?

—Pensaba en cuánto me gustaría que nada tuviera que acabar. Ojalá pudiéramos vivir en una cabaña en el bosque; yo prepararía sopa y tú cortarías leña y podríamos estar juntos. Nunca tendría que marcharme a la universidad y nadie...

Me ahorré el resto; ya había dicho demasiado. No quería convertirme en una arpía gruñona que despertara con mal aliento. En los libros y las películas, los amantes eran siempre como Romeo y Julieta: felices mientras imaginaban un futuro idílico durante unos dos segundos, hasta que la realidad hacía estallar su burbuja de cristal y los mataba. O bien la chica —estúpida, estúpida, estúpida— se volvía exigente o histérica y quejica, y el chico hacía algo igualmente tonto.

Durante un largo rato —Dios, pareció una eternidad—, escuché el rítmico zumbido de los limpiaparabrisas. La nieve caía en densas nubes que se arremolinaban a la luz de los faros. Más allá sólo había oscuridad, densa y absoluta.

—No debería haber dicho eso —dije al final.

—¿Por qué no? —No apartó la vista de la carretera en ningún momento—. A mí me ocurre lo mismo. Pienso en ti todo el tiempo. Me siento a preparar una lección y, cuando me doy cuenta, ha pasado una hora y no he hecho más que soñar despierto contigo. Me planteo que no tengo por qué trabajar. Tengo dinero suficiente para ir a cualquier parte, hacer lo que quiera... Pero llega el día siguiente y me descubro dando una clase sobre la reorganización química de los sólidos alterados. Jenna, que sea mayor no significa que tenga todas las respuestas. El mundo tiene sus normas. No somos lo bastante poderosos para crear unas propias.

—Pero ya hemos roto alguna. ¿Quién va a evitar que las rompamos todas?

—Eres joven —señaló—. Sé que no quieres oírlo, pero te llevo mucho tiempo de ventaja y sé que no vamos a romper todas las reglas, todavía no. Has de tener paciencia. Dentro de dos años cumplirás los dieciocho y entonces...

—Y entonces me marcharé. A la universidad, y luego a cursar un posgrado. Aunque me matriculara en Madison, no estaríamos juntos. Tú no dejarás tu trabajo para seguirme allí donde vaya. —No lo planteé como una pregunta porque conocía la respuesta—. Así que estaremos separados. Y tú seguirás casado.

Era lo más cerca que había estado nunca de preguntarle sobre su mujer. Ella

existía. Era una imagen borrosa, una sombra que, en cualquier momento, podía apretar su cara contra el cristal de nuestra pequeña burbuja. O reducirla a añicos.

—Puede que no —señaló.

—¿No? Entonces ¿por qué sigues casado? —Intenté controlar la desesperación que transmitía mi voz, pero no lo conseguí—. Se marchó hace meses y no ha regresado, ¿no?

Ahora estaba embalsada, incapaz de evitar que las preguntas salieran atropelladamente de mi boca y, sinceramente, sin querer hacerlo.

—¿Alguna vez hablas con ella? ¿Todavía la quieres?

—Jenna, no es tan sencillo.

—Entonces dime qué es y trataré de entenderlo. No soy una niña. Tengo dieciséis años, edad suficiente para...

—Conducir —dijo él—. Tienes edad suficiente para conducir. Para ir al médico sin que nadie te acompañe, pero tus padres todavía tienen que autorizar cualquier tratamiento. Tienes edad para trabajar, y para abortar en Illinois sin consentimiento paterno ni notificación, pero no en Wisconsin, Minnesota o Michigan. Tienes edad suficiente...

—Para acostarme contigo —dije yo.

39: a

Silencio.

No estaba enfadada, sino más bien temerosa de haberlo estropeado. Y bueno, sí, puede que estuviera algo resentida. Pero me imaginé que habíamos llegado a mi momento oscuro, el punto de inflexión en el que o bien Mitch me abandonaría o bien viviríamos felices para siempre.

Porque ¿no era así como funcionaban estas historias? Meryl decía que ése era el tipo de cosas que enseñaban a los aspirantes a escritores de novela romántica: el contexto, el encuentro, el momento oscuro, bla, bla, bla. En la escuela, por ejemplo, Dewerman había dicho que *Jane Eyre* era una novela romántica, pero a mí me parecía más bien una tragedia. La causa del desastre no radica en acontecimientos externos sino en algo que vive dentro de Rochester y Jane, la mano oscura de una antigua decepción, un antiguo dolor que hace que las cosas vayan de mal en peor. Piensa en ello como si siempre fuera más oscuro al amanecer, justo antes de que todo se vuelva negro como la boca del lobo, Bob. Por eso la de Romeo y Julieta no es una historia de amor, aunque haya romance y obsesión y rivalidades familiares, sino una tragedia. A pesar de lo que dice Shakespeare al comienzo —ya sabes, te advierte desde el principio de que el final no va a ser precisamente feliz—, sigues esperando que esos dos jóvenes locos y desesperados se den cuenta de que hay alternativas, de que al final acabarán por hacerse mayores.

Yo también me haría mayor. Tendría que marcharme y eso nos mataría, porque Mitch y yo tendríamos que separarnos. Para mí, había un punto de llegada, algo real y tangible, lo bastante distante para ignorarlo pero tan cercano que ya podía saborear el final.

b

Así pues, ¿qué controlaba yo? No podía detener el tiempo. La diferencia de edad entre nosotros no desaparecería y su matrimonio, tampoco. Eran factores que escapaban a mi control. Podía perseverar, por supuesto. Lamentarme, quejarme, protestar, refunfuñar, lloriquear. Convertirme en alguien como Danielle, de hecho. Viéndolo desde la distancia, tal vez debiera haberlo hecho. Habríamos roto en esa camioneta, justo en aquel momento, y nunca habría vuelto a encontrarme contigo, Bob. No estaría aquí sentada, medio congelada y llenando la memoria de una grabadora con mi historia autocompasiva, y tú podrías estar en tu casa con tu mujer, tu perro fiel, *Shep*, y tus hijos.

En fin, el caso es que me sentía como en el instante antes de haber seguido a Mitch a aquel cuarto oscuro; aquél era mi Rubicon Point particular y estaba suspendida sobre el abismo. Había decisiones que sólo yo podía tomar, preguntas que

sólo yo podía plantear.

Así que, intentando no parecer sumisa y comportándome de una forma lo más adulta posible, dije:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Siempre.

¿Era alivio lo que notaba en su voz? ¿Había tenido miedo de decir algo más?

Respiré hondo. Mis labios estaban secos y tenía un nudo en la lengua, pero necesitaba saberlo.

—¿Te acostaste con Danielle?

C

Vale, ahí va una noticia de última hora para ti, Bob: no tengo el cerebro de un mosquito y nunca lo he tenido. Así que no te sorprenderá que te diga que se me había pasado por la cabeza que... bueno, que los celos de Danielle no se debían sólo a que yo había conseguido el puesto de ayudante de Mitch y ella no.

Aun así había cosas que me no cuadraban, y David Melman era la principal razón por la que no creía que Mitch y Danielle hubieran tenido algo. Danielle y David llevaban un año saliendo, desde que David estaba en segundo y ella en primero.

Además, ¿era cierto que Mitch se mostraba cordial con todo el mundo? Sí. ¿Acudía la gente a él para contarle sus problemas? Ídem. ¿Era posible que Danielle tuviera un problema grave y que lo hubiera compartido con él con la esperanza de que pudiera prestarle ayuda? Bueno, podía ser. Después de pasar una temporada en un psiquiátrico, no sólo los locos se reconocen entre ellos en mitad de la multitud: las personas que están rotas por dentro también. Sinceramente, Mitch y yo actuábamos con tanta cautela que era imposible que nadie lo supiera. Pero Danielle había notado algo, y pensé que eso sólo podía deberse a que estaba más unida a Mitch de lo que yo sabía.

Había una escena que se repetía una y otra vez ante mis ojos: el señor Conolly hundiendo su dedo en el pecho de Mitch; el señor Conolly empujándole... y el modo en que Mitch había permanecido inmóvil, sin oponer resistencia.

Como si, tal vez, lo mereciera.

d

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó Mitch.

—Preferiría que no fuera cierto —respondí—. Pero quiero que me cuentes la verdad. También soy lo bastante mayor para eso.

—Lo sé.

Me dirigió una mirada fugaz. Las luces del salpicadero conferían a su piel una

tonalidad verde grisácea y sus ojos eran de un negro resplandeciente, como obsidiana bruñida.

—No, no me he acostado con ella, Jenna. Ni siquiera he tenido la tentación de hacerlo. Tú eres... eres la única con quien he estado jamás.

—Pero hay algo.

—Sí. Pero... maldita sea. Jenna, cariño, no puedo contártelo.

—¿Por qué no?

—¿Te gustaría que les hablara a otros chicos de ti, de tu madre, de tu padre? Has depositado en mí tu confianza. Aunque no fuéramos amantes, confías en mí. Danielle también, cielo. Su vida no es precisamente un camino de rosas y yo no he estado a su lado para ayudarla como solía; Danielle está dolida y, en realidad, ése es mi problema, no el tuyo.

«Amantes». No estaba preparada para lo que aquellas pocas letras me hicieron sentir. Me dejaron sin aliento, supongo, y también un poco asustada. Como una promesa. La amante de Mitch; algo que nadie había sido antes.

—¿Puedes contarme al menos qué te ha dicho su padre?

Él vaciló un momento.

—Que me metiera en mis asuntos —dijo, y añadió con pesar—: y que ella es demasiado joven para saber lo que quiere.

e

La música cesó y el CD salió por la ranura del reproductor. Los limpiaparabrisas zumbaban. La nieve era tan densa y pesada como la lluvia, y los faros de la camioneta dibujaban un túnel brillante y frío a través de ella. Aunque tal vez fuera bueno que nevara, porque eso le proporcionaba a Mitch una excusa para no mirarme y, creo, hizo que le resultara más fácil decir lo que vino a continuación.

—Aunque hay algo que no te he contado —dijo en voz tan baja que apenas le oí—. Sobre Kathy y sobre mí.

Se me hizo un nudo en las tripas. Quería decirle que en realidad no me había contado nada, porque yo había tenido mucho cuidado de no preguntar. Kathy era un agujero negro que al final nos mataría. Pero de algún modo, encontré las palabras.

—Es sobre el bebé, ¿verdad?

Por un momento no dijo nada, pero percibí su sorpresa.

—Me había olvidado de esa fotografía.

—¿Su padre está enfermo de verdad?

—Sí. Tiene cáncer. No mentiría sobre algo así. Sería demasiado atroz. Pero no está tan enfermo como para que ella tenga que quedarse.

—¿Y por qué lo hace? ¿Es por el bebé?

—Sí y no.

Siguió un silencio tan largo que pensé que tal vez no dijera nada más, y luego suspiró.

—La primera vez que Kathy se quedó embarazada... cayó en una depresión. Yo no me di cuenta. Atribuí su mal humor y todo lo demás a lo que, ya sabes, a lo que pasa cuando estás embarazada. No acerté a entender lo que tenía frente a mis ojos. Ni siquiera descubrí hasta mucho después que tenía un historial de depresiones: ingresos hospitalarios, intentos de suicidio con píldoras, el lote completo. En cualquier caso, sufrió una recaída. Recurrió de nuevo a las píldoras, y también se cortó las venas. Para asegurarse, supongo. Está viva sólo porque se asustó al ver tanta sangre y llamó a su madre.

—¿Dónde estabas tú?

—Lejos —respondió con una risa sombría—. Haciendo submarinismo. Te conté que lo había dejado cuando mi padre me obligó a abandonar Stanford, pero eso no es del todo cierto. Kathy yo discutíamos mucho por ese tema. Éramos... polos opuestos, pero a veces sólo descubres estas cosas cuando es demasiado tarde. Yo estaba enfadado con mi familia y me casé demasiado rápido, demasiado joven, por despecho y, en el fondo, supongo que para fastidiar. En cualquier caso, yo quería mudarme lejos, arriesgarme, cursar un posgrado —suspiró—. Intentar salvar algo. Pero Kathy no estaba de acuerdo. Después de perder el primer bebé (un aborto espontáneo en plena sala de urgencias), sólo podía pensar en volver a quedarse embarazada. Además, había decidido culparme de lo ocurrido por no haber estado a su lado. No importaba que en realidad se debiera a las píldoras.

—¿Tú querías intentarlo de nuevo?

—No. No había querido el primero, pero me sentía muy culpable. Lo de casarnos fue idea mía; yo lo precipité. Renunciar a lo que había querido ser me hacía sentir... vacío —dijo cerrando el puño sobre su pecho—. Como si todo lo que alguna vez había sido, todos mis sueños, hubiera desaparecido y ahora sólo quedara un agujero. Intenté llenarlo con todas las cosas que se supone que te hacen feliz: una esposa, una casa, un trabajo. No me malinterpretes. No soy gilipollas. Amaba a Kathy, pero a veces me pregunto si la utilicé como una distracción para no pensar demasiado en lo que había perdido. La cuestión es que, cuando me di cuenta del error que había cometido, no tuve valor para deshacerlo y me limité a seguir corriendo sin moverme del sitio, intentando arreglar las cosas entre nosotros. Y entonces, al descubrir que estaba enferma, tuve tanto miedo de que volviera a intentarlo que fui incapaz de negarme, aunque no veía cómo podría ocuparse de un niño cuando no era capaz de cuidar de sí misma. ¿Sabes cuál fue su respuesta?

—¿Cuál?

—Que yo dejara de dar clases y estuviera las veinticuatro horas del día a su lado. Pero no podía hacer eso. La enseñanza era el último reducto verdaderamente mío que conservaba. En la escuela me sentía más cerca de lo que siempre había considerado mi verdadero yo, y ahora ella quería arrebatarme también eso. Me sentía como...

Jenna, era como ahogarse a cámara lenta. Nuestras vidas se estaban derrumbando, al borde del colapso. Y entonces volvió a quedarse embarazada. No la culpo por eso.

Hizo una pausa y añadió en tono irónico:

—Está claro que yo tuve algo que ver.

Volvió a quedarse en silencio. Esta vez, yo hablé primero:

—¿Qué pasó, Mitch? Con el bebé.

—Murió. Antes de nacer. Lo supimos porque... convencí a Kathy de que se hiciera una ecografía.

—No lo entiendo.

—Su madre y su hermana habían sufrido abortos espontáneos. Tampoco me lo habría explicado de no ser porque, después de intentar suicidarse, salió a la luz. Conozco lo suficiente para saber que un historial familiar de abortos es a veces una mala señal. Ella no quería someterse a un estudio genético; ni siquiera quería hacerse ecografías. Se negó durante mucho tiempo, pero cuando la amenacé con marcharme, capituló y me apunté el tanto —dijo con una risa amarga—. Quién me mandaría... La ecografía reveló que el bebé era anencefálico.

Anencefálico: sin cabeza. Sentí frío en el estómago. No sé de medicina, Bob, pero sí de palabras.

—Le faltaba la mitad superior del cráneo. Y el cerebro no había acabado de formarse. El bebé moriría en el útero o tras el nacimiento. No hay manera de curar algo así. La mayoría de las mujeres se someten a un aborto, pero Kathy se negó. Pasara lo que pasara, quería alumbrar a ese bebé y no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Fue... —Tragó saliva—. Fue horrible. Aquella cosa era un monstruo. No sabes lo que se siente, Jenna, al saber que has «hecho» algo así. Contemplé a Kathy mientras lo abrazaba y lloraba sobre su cuerpo como si fuera el bebé más hermoso del mundo... y yo... no pude...

—Mitch —dije apoyando una mano en su muslo—. No podías saberlo. No tenías ningún control sobre eso.

—Sí que lo tenía, Jenna, ¿no te das cuenta? —se lamentó, aspirando con gesto trémulo—. Si me hubiera negado... si hubiera sido la mitad del hombre que siempre había creído ser, para empezar nunca habríamos engendrado ese bebé. Me dije a mí mismo que estaba atrapado, sin salida, que esto era más agradable que un divorcio, pero no es verdad. Había tomado una decisión. No diré que eso hiciera las cosas más sencillas, porque sería mentira. Todo lo que he hecho para arreglarlo sólo lo ha roto un poco más. Si fuera realmente valiente, terminaría con esta situación. No importa cuál haya sido mi papel, ella no puede hacerme responsable de su felicidad para siempre. Así que... ahí es donde estamos. Supongo que podría decirse que estamos separados. No la veo desde febrero.

Casi diez meses.

—¿Quieres volver a intentarlo con ella?

No sabes lo que me costó preguntárselo, Bob, pero lo hice.

—Oh, Dios, Jenna, no lo sé —contestó—. La mayoría de los días creo que no. Ya no la conozco. Nos hacemos daño, sacamos lo peor del otro y estoy muy cansado. El hecho de no tenerla cerca es un alivio, pero eso me hace sentir culpable. ¿No te parece una locura? Ella está enferma y yo debería seguir intentándolo, ¿no? Eso es lo que haría una buena persona. Pero hay otras veces en que me siento en la cabaña y miro al lago y recuerdo cómo era mi vida antes... y una parte de mí desearía poder retroceder en el tiempo y detenerlo antes de que todo esto tuviera posibilidad de empezar. Pero estoy atrapado. No puedo dar marcha atrás y ser lo que era, y no podemos avanzar porque lo que creía que éramos es una mentira.

Percibía en su voz cómo se sentía. Igual que si estuviera contándome de nuevo la historia de Rubicon Point: que puedes hundirte en el agua o limitarte a flotar sobre el abismo. Él estaba en ese punto, una vez más, y yo estaba allí abajo con él.

—Mitch, ¿quieres arreglarlo?

Silencio. El zumbido de los limpiaparabrisas. El ronroneo de la calefacción.

Más silencio.

Y entonces:

—No —dijo—. No, Jenna, creo que ya no.

40: a

Cuando finalmente entramos en mi calle, ya era casi medianoche. Habíamos recorrido un tramo de la interestatal detrás de una máquina quitanieves, pero no habían despejado todavía las carreteras secundarias y no lo harían hasta dentro de unas horas. Una vez fuera de la autopista, la carretera desaparecía bajo un manto blanco. Aunque yo sabía dónde se suponía que estaban las otras casas, era como si los árboles hubieran aprovechado la oscuridad para arrastrarse a hurtadillas y se las hubieran tragado. El buzón que había en la entrada del camino de casa de mis padres estaba cubierto por un montículo de nieve. Distinguí sólo un levísimo resplandor en lo alto de la colina donde se encontraba la casa. Mitch redujo la velocidad, pero en lugar de girar, aparcó a un lado de la carretera.

—¿Mitch?

Sin respuesta.

—¿Mitch?

Sin respuesta. Se limitó a seguir mirando al frente. No tengo ni idea de lo que veía, Bob. Entonces apagó los faros y, al cabo de un momento, el motor.

La oscuridad engulló la camioneta mientras una ráfaga de viento la atrapaba y la sacudía. La nieve crepitaba sobre el parabrisas.

Busqué su mano a tientas. La cabina estaba caldeada, pero sus dedos, helados. Al notar mi contacto, dijo:

—Oh, Dios.

—Mitch.

Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad, pude distinguir el vago perfil de su cabeza y sus hombros.

—Mitch. Habla conmigo. ¿Estás bien?

—¡Nooooooooooooo! —rugió repentina y salvajemente.

Entonces se golpeó con fuerza el muslo con el puño cerrado; una vez, dos, tres.

—No, no, no, no lo estoy, no lo estoy, no lo...

—¡Mitch!

Ahora estaba asustada, así que hice la única cosa que se me ocurrió: le cogí el puño con ambas manos antes de que consiguiera hacerse daño.

—Para, para. Mitch, estoy aquí, estoy aquí.

Al tocarlo, sus hombros se tensaron y oí cómo algo se abría paso a través de su garganta. Empezó a inclinarse y mis brazos lo sujetaron antes de que pudiera caer más abajo; mientras se derrumbaba, lo sujeté como él había hecho conmigo.

Nunca había oído llorar a un hombre antes, Bob. Pero es atroz. Puede que tú te pases la vida llorando, no lo sé. Teniendo en cuenta cuál es tu trabajo, apuesto a que algunos días cuesta no hacerlo. Pero creo que algunos hombres no están acostumbrados y no saben qué hacer con ese sentimiento. Sus emociones son hexanos que prenden en un espacio cerrado: una explosión que detona con fuerza en su pecho

y les parte en dos, y entonces se sienten como si fueran a morir... del mismo modo que algo estaba muriendo en Mitch en aquel momento.

Todo el mundo se rompe antes o después, Bob. Cualquiera puede ahogarse. A veces lo ves. Otras muchas no, porque el cuerpo protege y la piel esconde, así que te ahogas sin que lo parezca. Y algunas personas cicatrizan tan bien...

Te lo dice una experta.

b

En cualquier caso.

Permanecemos en el camino el tiempo suficiente para que el frío se colara en la camioneta. Escuché el silbido de la nieve contra el parabrisas y los crujidos de la carrocería y el dolor de Mitch, y le acaricié la cabeza contra mi pecho y esperé. Después suspiró y se apartó, pero no llegamos a soltarnos.

—Oh Jenna —dijo voz ronca y temblorosa—. Cuando te he visto caer rodando... me he puesto frenético. Me he asustado mucho. Quería matar a Danielle. Imagina mi enfado; estaba realmente furioso.

—Ha sido un accidente. Debería haber prestado más atención.

—No. No, no mientas. Tengo ojos y sé lo que he visto. Sé lo que ha intentado. Pero en cierto modo me ha hecho un favor, porque me he dado cuenta de que si te pasara algo, si te pasara algo de verdad... no sé qué haría.

—Mitch.

Le toqué la cara. Tenías las mejillas húmedas y su piel tembló bajo mis dedos. Nos balanceábamos al borde de un precipicio.

—Estoy bien. Estaré bien.

—Pero yo no lo estaré. No lo estoy, ¿no lo ves? Porque estoy enamorado de ti, Jenna —susurró—. Estoy enamorado de ti... y me aterroriza admitir lo que eso significa.

—Te aterroriza.

No lo entendía. Me costaba respirar. Me sentía como si me hubieran hinchado la cabeza con helio, volvía a estar mareada y tenía la boca seca, y aun así, cada centímetro de mi cuerpo se despertó de pronto con una descarga eléctrica.

—Mitch, ¿por qué...?

—Porque no sé cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que quise decir eso. Pero estoy enamorado de ti, y quererte lo cambia todo... y te quiero.

Me apretó la mano contra su pecho para que notara los latidos de su corazón, que palpitaba desbocado.

—Esto es lo que me haces.

Guió mi mano lentamente hasta su regazo y advertí ese matiz en su voz, el sonido grave y animal que brotaba desde el fondo de su garganta en el instante en que lo vi

por primera vez.

—Esto es lo que solamente tú puedes hacerme —dijo con una voz gutural mientras me acercaba a él—. Eres la única, Jenna, la única.

—Tú eres todo lo que veo —dije yo.

Luego mis manos tiraron de su camiseta y las suyas se deslizaron por debajo de mi ropa para cogerme los pechos con gran delicadeza, como si pudiera romperme. Pero yo necesitaba los tersos músculos de sus brazos y su espalda, todo su peso; deseaba su cuerpo porque, en ese momento, supe que era lo bastante fuerte para sostenerlo de un modo nuevo y distinto, por lo que éramos en el amor y por el mundo que creábamos juntos en aquel espacio, en ese momento.

—Quiéreme, por favor, Jenna; sostenme, por favor; sálvame, por favor —gimió.

Su boca febril recorría mi cuello, su lengua jugaba con la mía y luego recorría mis pechos mientras me agarraba del pelo, y entonces empezamos a movernos juntos, y no existía nada más que aquello y aquello y aquello y aquello y él.

—Quiéreme, Jenna, por favor —jadeó—. Quiéreme, quiéreme, quiéreme, quiéreme.

41: a

Faltaba poco más de una semana para Acción de Gracias.

Después de Matt, toda la atención de la celebración se centraba en el Viernes Negro. Antes de que Matt se marchara, el Viernes Negro no era lo más importante. Mamá disponía de dinero, tenía una buena línea de crédito y personal que se ocupaba de la mayoría de quebraderos de cabeza. Luego Matt se marchó y las cosas empezaron a desmoronarse. El Viernes Negro se convirtió en la razón por la que Meryl solía venir un día antes, el martes en lugar del miércoles. De hecho, si sé algo de cocina es gracias a ella y no a mi madre.

No lo digo en sentido negativo, Bob; no te pongas freudiano conmigo. Pero desafío a cualquiera, hombre o mujer, a regentar un negocio en números rojos que esté a más de una hora de su casa, y que aun así tenga la energía para colgarse el delantal y cocinar un plato de *gourmet* en menos de media hora. Lo admito: cuando Matt estaba vivo...

b

Bueno.

He tenido que apagar un momento la grabadora, Bob, porque acabo de darme cuenta de algo. De hecho, siento curiosidad. Con este aparato se puede rebobinar y veo que hay un botón para borrarlo todo, pero ¿tiene algún tipo de función de búsqueda? Ya sabes, para encontrar determinadas frases o palabras. Te lo pregunto porque... apuesto lo que quieras a que si rebobino y repaso todo lo que he dicho, ésta es la primera vez que pronuncio las palabras: «Cuando Matt estaba vivo».

Como si hubiera llegado a un punto en mi historia en el que resulta adecuado decirlas en voz alta.

Supongo que, antes de conocer a Mitch, vivía atrapada en una burbuja paralela al tiempo real en la que, de algún modo, Matt luchaba en su guerra interminable. Bueno, Mitch la rompió. Matt estaba muerto y Mitch me había sacado de una tierra habitada por fantasmas.

Así que, pase lo que pase, recuerda esto, Bob.

Puede que Mitch no hiciera nada más por mí, pero al menos hizo eso.

c

Nuestra rutina en Acción de Gracias —después de la muerte de Matt— era más o menos ésta: mamá se partía el espinazo trabajando el martes y el miércoles, y papá hacía lo mismo. Tras la muerte de Matt, solía trabajar también el día de Acción de

Gracias. Los accidentes de tráfico que ocurren durante las vacaciones son el sueño dorado de cualquier cirujano plástico que se dedique a la reconstrucción. El sábado o bien el domingo, según la disponibilidad de papá, cumplíamos con la visita de rigor al abuelo MacAllister.

Y por una vez, no me importaba. Porque tenía a Mitch y todo aquello ya no podía hacerme daño.

d

La mañana de Acción de Gracias amaneció fría e invernal: medio metro de nieve fresca bajo un sol tan deslumbrante que la luz me hizo parpadear. Me quedé tendida bajo la colcha y pensé en Mitch, en lo que había dicho la semana anterior. En cómo encajaban nuestros cuerpos. En cómo me sentía todavía. Transformada, más incluso que la mañana después de que nos acostáramos por primera vez. Era una mujer. Amaba y era correspondida. No quería que aquella especie de obsesión deliciosamente maravillosa se acabara nunca.

Cerré los ojos e imaginé que Mitch estaba conmigo. ¿Qué se sentiría al despertar cada mañana junto a alguien a quien amas? Quería averiguarlo. Mitch había ido a pasar las vacaciones a casa de una de sus hermanas, en Madison, y me pregunté si estaría también tendido en la cama, pensando lo mismo que yo. Eso despertó en mí otros pensamientos y otras y mejores sensaciones.

Podría haberme quedado una hora más remoloneando, pero el aroma a café y a tartaletas de manzana horneadas (la especialidad de Meryl) procedente de la cocina era demasiado torturante para ignorarlo. Así que abandoné la calidez de mi cama. Mi tobillo protestó con un leve gemido que enseguida remitió. Definitivamente, estaba mejorando.

Fuera cual fuese la magia que papá y mamá habían conjurado juntos, seguía funcionando, porque durmieron hasta tarde. En la cocina sólo estábamos Meryl y yo. Tenía la radio sintonizada en una emisora de clásicos de *rock*, y Robert Plant cantaba *Stairway to Heaven* mientras yo me ocupaba de los boniatos asados.

—Tienes mejor aspecto —comentó Meryl.

—Gracias —le dije mientras vaciaba la pulpa de los boniatos—. El tobillo apenas me duele.

—No hablaba de tu tobillo.

Meryl estaba secando el pavo. Antes de conocerla, nunca había visto a nadie deshuesar un ave, y se necesitaba cierto arte para hacerlo sin que la piel se rompiera. Apoyó la pechuga del pavo en la tabla de cortar y cogió el cuchillo de deshuesar.

—Me refería a ti en general. Estás resplandeciente.

—Ah.

Cogí otro boniato caliente y lo corté en dos. El vapor se elevó en volutas mientras

extraía la pulpa y la echaba en un cuenco.

—Debe de ser porque he vuelto a correr. Y en la escuela me va bastante bien.

—Uh-uh.

Meryl realizó un corte profundo a lo largo del espinazo del pavo, desde el cuello, cortó la cola de un tajo y la reservó para el caldo. Después pasó hábilmente el cuchillo por un lado de la carcasa, usando los dedos para separar la carne del hueso.

—¿Quién es él?

—Mmm...

Me debatí entre mentirle o no, y pensé que, si no le daba nombres...

—La verdad es que no es nada oficial. No quiero estropearlo. —Me ayudó que, en parte, fuera cierto—. Mamá y papá no lo saben.

Cierto también.

—Oh, no lo dudo.

Meryl se puso con el otro lado de la carcasa.

—No estarás haciendo ninguna tontería, ¿verdad?

—¿Esperas que te conteste a eso?

—No. Pero tenía que preguntártelo. En cualquier caso, ahora sé la respuesta: sí.

—Meryl, mamá y papá se llevan mucho mejor —dije para cambiar de tema.

—Hasta que se acabe.

A aquellas alturas, el pavo era una masa irreconocible de carne y piel de la que colgaban patas y alas. Meryl trabajaba con el cuchillo de deshuesar la parte más blanda del esternón, poniendo especial cuidado en no cortar la piel. Yo trituré la pulpa de los boniatos y les añadí mantequilla y canela. En la radio, Sting cantaba que me estaría mirando.^[8]

—Mira, no pretendo ser una experta en temas amorosos. Nunca he estado casada ni he tenido hijos. Pero conozco bastante bien a tus padres.

Hizo una pausa para mirarme por encima de las gafas. Tenía los ojos brillantes como un pájaro.

—Si alguna vez te cansas de la locura de esta casa, puedes venir a vivir conmigo.

—Estoy bien.

—Por ahora —dijo mientras cortaba la articulación de un muslo y extraía un hueso—. Un novio puede hacerte sentir invulnerable, como si nada pudiera hacerte daño. Pero al final tienes que bajar de la nube y, a veces, cuando lo haces, no resulta agradable.

—Mmm.

No sabía qué contestar. No estaba segura de qué quería decir en realidad. En aquel momento, me preocupaba más que Meryl pudiera adivinar mis sentimientos, aunque creyera que estaba enamorada de un chico de mi edad. Tenía que andarme con cuidado. Estaba tan concentrada en que no me descubriera que no oí lo que dijo a continuación.

—¿Perdona?

Se lavó las manos y cogió un cuenco grande de porcelana azul con relleno de ostras. Separó la piel del pavo y untó la carne rosa oscuro con montoncitos grises de relleno.

—Hablabas de ese profesor tuyo... ¿Anderson? Tu madre dice que se ha tomado mucho interés. Por lo que parece, va más allá. Primero, lo de la noche de la fiesta de tu madre; después, te trae a casa después del torneo... No conozco a muchos profesores que estuvieran dispuestos a implicarse tanto.

Una señal de alarma sonó en mi cerebro. Otra cosa que te enseña la terapia, Bob, es a leer entre líneas y a proporcionar las respuestas que la gente aceptará. Es igual que saber maquillarse con destreza, aplicando la suficiente verdad para ocultar los granos. O las cicatrices, para el caso.

Así que me encogí de hombros.

—Bueno, me gusta mucho. Como a casi todo el mundo. Pero me preocupa un poco estar abusando, ¿sabes? Es realmente embarazoso tener que encubrir a papá y a mamá todo el tiempo. Tengo la sensación de que me estoy aprovechando de él; si no fuera porque papá no deja de decirme que tengo que acercarme a mis profesores para que me escriban cartas de recomendación... Lo peor es que creo que los demás piensan que le estoy haciendo la pelota, y yo tampoco quiero eso —respondí con un suspiro—. Meryl, no sé qué hacer.

Y seguí colándosela en busca de respuestas contraintuitivas. Mientras yo añadía azúcar moreno y mantequilla al puré de boniato, Meryl ensartó una aguja de mechar y me dio algunos consejos para no parecer una lameculos al tiempo que cosía el pavo. Cuando papá y mamá bajaron a tomar café y tartaletas de manzana recalentadas, estábamos en la parte en que yo le prometía que iría a visitarla a la isla durante las vacaciones de primavera, cuando nacían los corderos, y cualquier conversación sobre Mitch y yo estaba terminada, muerta y enterrada.

e

De todo lo que pasó después de aquello, sin duda, le echo la culpa a Green Bay.

Los Packers jugaban el partido de pretemporada y Chicago los estaba vapuleando. El resultado en el descanso era de 31 a 14. Papá entró hecho un basilisco en la cocina para cambiar su cerveza por un whisky, y supimos que la tarde se preveía turbulenta. Cuando Green Bay terminó de hundirse, el pavo estaba fuera del horno. Veinte minutos después, papá lo trinchaba con gesto sombrío, como si se tratara de cirugía cerebral, y buscaba pelea. Creo que por eso me sirvió pechuga. Probablemente esperaba que yo me quejara, así él podría gritar hasta desgañitarse, clavar el cuchillo con furia en el pavo y entonces podríamos seguir con la comida.

El comedor estaba en silencio; sólo se oía el ruido que hacíamos al masticar y el clic-clic-tic de la cubertería de plata contra la porcelana china. Mi padre refunfuñaba

mientras roía un muslo. Parecía uno de los gigantes de los cuentos.

Aunque no había corrido en toda la semana, me moría de hambre, pero no me gustaba la pechuga. Así que alargué una mano para servirme el muslo que quedaba y pregunté, sólo por educación:

—¿A alguien le importa si...?

—No tan rápido —gruñó Psico-papi—. Aún tienes comida en el plato, señorita. Primero acábate eso y luego veremos si repites.

Se me desencajó la mandíbula. Mamá y Meryl se nos quedaron mirando.

—Cariño —dijo mamá intentando hacerlo entrar en razón—, sabes que no le gusta la pe...

—Emily, no te metas. —Psico-papi se envalentonó—: Estoy asqueado y harto de ver cómo la mimas. Ya ha superado esa etapa...

Hizo un gesto con el muslo a medio roer. De los tendones y los ligamentos colgaban pedazos de carne.

—Todas esas gilipollices de los psiquiatras. No le va a dar un ataque. Consigue todo lo que quiere. ¿No le compramos el maldito teléfono? ¿Y un coche?

Mamá, como la más estúpida entre las estúpidas, volvió a intentarlo:

—Elliot, cariño. Por favor. Baja la voz.

—Mamá, no te preocupes —intervine—. No tengo hambre.

Meryl puso una mano sobre el brazo de mamá.

—Emily, creo que...

Mamá nos ignoró a las dos.

—Tiene dieciséis años, Elliot, y la tratas como a una niña de cuatro. Tienes que dejar de intimidar a la gente.

—No soy un matón —rugió Psico-papi.

Lanzó el muslo al plato, agarró un pesado vaso de cristal tallado, lleno casi hasta el borde de whisky y se lo bebió de un trago.

—Soy su padre —dijo aspirando el aire entre los dientes, con la voz estrangulada por la quemazón del alcohol—. Soy quien paga las facturas. Pago la comida y esta mesa y tu ropa y tu librería. Tienes suerte de que lo haya hecho durante tanto tiempo.

Si se hubiera detenido en ese punto, quizá habríamos podido reconducir la situación. Recuerdo que hizo una pausa, muy corta, como si meditara qué iba a decir a continuación. Puede que incluso considerara la posibilidad de que el silencio fuera más agradable, aunque lo dudo.

En lugar de eso, Psico-papi asintió con un breve gesto de satisfacción y continuó:

—Pero ya estoy harto. Es hora de hacer algunos cambios.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó mamá.

Yo retiré la silla.

—Empezaré a llevarme...

—Siéntate —ordenó Psico-papi.

No me dijo «quédate», pero podría haberlo hecho. Me senté. Mamá entornó los

ojos.

—¿Elliot? ¿Qué has querido decir con «cambios»?

Papá tenía la cara enrojecida. Alargó la mano, cogió la botella, se sirvió vino en el vaso y lo apuró. Con un poco de suerte, perdería el conocimiento antes de causar más daño.

—¿Elliot?

Papá tomó aire. Tenía el labio superior mojado y un hilillo de vino tinto le caía por la comisura de la boca, como si fuera sangre.

—Quiero decir que voy a retirar el aval de tu línea de crédito. Esa tienda está acabada y se ha terminado, Emily. Se ha terminado.

f

Mamá se quedó completamente inmóvil; Meryl, petrificada, y yo, también. Sabía que mamá había acabado por depender, cada vez más, del crédito para hacer frente a sus facturas mensuales. Durante los últimos seis meses, eso era lo único que se había interpuesto entre ella y el cierre de la tienda. La única razón por la que el banco se lo mantenía era porque papá la había avalado con algunos de sus activos. Sin mi padre, mi madre perdería la línea de crédito. Y sin crédito, no podría pagar a Evan ni el alquiler ni mantener un catálogo completo. Había hecho pedidos de cantidades extraordinarias de libros, con la esperanza de que en la temporada navideña el negocio diera un vuelco. Ahora estábamos casi a final de mes, en la vigilia de lo que ella esperaba que fuera un día de ventas masivas, pero que hacía años que no lo era. Si Psico-papi hablaba en serio, no tendría forma de asumir la deuda.

—Dios mío —dijo mamá al fin—. Es como cuando sacamos a Jenna del hospital. No acabas de decidirlo: sabías que ibas a hacerlo cuando celebramos la fiesta, ¿verdad? ¡Hace un mes! Entonces ya lo sabías.

Psico-papi tomó otro trago.

—¿Y qué si es así?

—Entonces este último mes, nuestro viaje, todo lo que has dicho, lo que hemos hecho... —Los labios de mamá se comprimieron en una línea—. ¿Qué creías, Elliot? ¿Creías que si volvías a follar conmigo te sería más fácil joderme?

Las palabras sonaban mucho peor salidas de su boca.

—¿Que no me importaría? —continuó.

—Claro que no.

Psico-papi se las apañó para parecer indignado.

—Estoy pensando en nosotros, en proteger nuestra posición. Esa tienda es un pozo sin fondo, tú misma lo has dicho. Deberías sentirte aliviada. Sólo lo hago pensando en ti.

Pero por cómo apartó la vista de mamá, supe que estaba mintiendo.

—¿Pensando en mí? Esto tiene que ver contigo y con tu amor al dinero. Hijo de...

Se ahorró el resto y se puso en pie lentamente, pomposa como una reina.

—Haz lo que tengas que hacer, Elliot, pero no escurras el bulto. Por una vez, sé un hombre.

Entonces mi padre rugió:

—No puedes hablarme a...

—Que te jodan, Elliot.

Esperó un momento, pero mi padre había apretado la mandíbula con tanta fuerza que se oyó un chasquido.

—Haz lo que quieras. Me importa una mierda —añadió mamá abandonando la cocina.

Él no la siguió. Meryl, tampoco. Quizá yo debería haberlo hecho, Bob. Matt no era su único hijo. Si le hubiera recordado que yo también estaba ahí...

Ojalá hubiera sido más valiente, pero estaba paralizada. Y tenía miedo.

Porque ¿y si yo no era suficiente? ¿Y si nunca lo había sido?

No quería saberlo, Bob. No quería. Todo el mundo se rompe. Algunas heridas nunca se curan y yo no podía, era incapaz.

Así que me quedé sentada y la escuché maldecir y rebuscar en el armario del recibidor. Salió de casa dando un portazo que hizo vibrar los cristales de las ventanas; un momento después, la puerta del garaje chirrió, mamá puso en marcha el motor de su coche y se fue.

42: a

Tras la marcha de mi madre, papá y su whisky se dirigieron al estudio hechos una furia. Meryl y yo recogimos la mesa. Fregué ollas y sartenes y limpié la encimera. Me habría puesto a cuatro patas para restregar las baldosas si Meryl no me lo hubiera impedido.

—Voy a salir a buscar a tu madre.

Se había puesto el abrigo y se estaba enrollando una bufanda alrededor del cuello.

—Gracias a Dios, las carreteras están despejadas; si no, podría haberse caído por cualquier puente. Lo más probable es que esté en la tienda. ¿Quieres venir conmigo?

No quise. Cuando Meryl se marchó, agarré un panecillo de canela y subí a mi habitación. Cogí el libro de Lasker sobre Alexis y volví a dejarlo sin haberlo abierto. Me recordaba lo mucho que echaba de menos a Mitch y cuánto ansiaba oír su voz. En una situación normal habría podido hablar con él en la escuela, por teléfono o enviarle un mensaje. En persona, si íbamos a correr. O después, mientras nos duchábamos, nos secábamos. Mientras hacíamos el amor.

Pero Mitch estaría en Madison hasta el domingo por la noche y, aunque yo pudiera llamar o enviarle un mensaje, él no podría hablar. Tal vez ni siquiera contestara. Al fin y al cabo, las posibles explicaciones también tienen un límite.

Tenía que salir de aquella casa. Ir a algún sitio donde poder respirar. Aunque parezca increíble, mi coche seguía en la escuela. El día después de la competición no había asistido a clase, y entonces habían empezado las vacaciones. Teníamos la intención de ir a recogerlo, pero mamá había estado muy ocupada con la librería y no habíamos encontrado el momento de hacerlo.

Sin embargo, ahí estaba el Lexus de papá.

Metí el libro de Lasker, mi cartera y el móvil en la mochila y entré de puntillas en la habitación de mis padres. Las llaves de papá estaban sobre la cómoda, junto con su cartera y el busca. Saqué la llave del llavero y luego bajé las escaleras a hurtadillas hasta la puerta del estudio. Oí la televisión y lo que sonaba como otro partido, pero papá estaba hablando con alguien, seguramente su enfermera-amante o algún equivalente, porque cacé un par de palabras: «Zorra desconsiderada... quiero... también te echo de menos...».

Sinceramente, no me importaba. Entre Nate Bartholomew y doña Enfermera, decidí que mis padres se merecían el uno al otro.

b

Por suerte para mí, el Lexus tenía tracción a las cuatro ruedas y buenos neumáticos. Conduje despacio hacia casa de Mitch. No sabía cómo explicaría la presencia del coche de mi padre en su camino si alguien lo descubría, pero había unos

trece kilómetros desde el parque y, aunque mi tobillo estuviera mejor, no quería forzarlo. De todos modos, la casa de Mitch no era visible desde la carretera y su vecino más cercano vivía a kilómetros de distancia, así que no tenía por qué pasar nada.

Había nevado dos veces más desde la semana anterior, pero el Lexus avanzó con facilidad sobre las colinas cubiertas de nieve endurecida; el camino de casa de Mitch, sin embargo, estaba despejado. Aparqué frente a la casa, salí del coche y escuché un silencio sólo roto por el susurro del viento, que hacía girar la nieve en espirales que danzaban como derviches helados. La casa de Mitch era todo cristal reluciente, madera y piedra bajo el sol, y parecía vacía incluso desde el exterior.

Aunque calzaba botas, me puse unas raquetas, rodeé la casa hasta llegar a la parte trasera y contemplé la blanca extensión del lago helado. Mitch decía que en invierno se congelaba por completo pero, a pesar de las bajas temperaturas de las dos semanas anteriores, la estación aún no estaba lo bastante avanzada. Podía ahorrar tiempo si atajaba por el lago, y había huellas de animales que lo cruzaban; sin embargo, Mitch también decía que era muy profundo, así que la sola idea de que el hielo se rompiera y me hundiera en el agua hizo que me decidiera por ir hasta la cabaña caminando por el sendero.

Los únicos sonidos que se oían eran el rechinar de la nieve bajo mis raquetas y el ritmo constante de mi respiración. Mi tobillo se quejó, pero el dolor remitió en poco tiempo. El sudor empezó a correrme por el cuello y entre los omoplatos y, a medida que fui entrando en calor, me bajé la cremallera del anorak y luego la del polar. Anduve durante más de una hora, y al girar por el camino que llevaba hasta la cabaña no recuerdo que estuviera pensando en mucho más que en desvestirme y disfrutar de una ducha caliente antes de preparar un té y acurrucarme en nuestro banco bajo la ventana con el libro de Lasker. Al tomar la última curva, miré hacia la cabaña...

Y me detuve en seco.

«No —pensé—. No, no puede ser».

C

Un hilo de humo gris salía por la chimenea y dos de las ventanas ardían con una luz amarilla que no era un reflejo del sol.

Había alguien en nuestra cabaña. ¿Mitch? Pero él estaba en Madison, ¿no? No había mirado en su garaje. No tenía por qué. ¿Acaso Mitch...?

No prestaba atención a dónde pisaba y tropecé con una rama. Lo siguiente que recuerdo es la nieve acercándose a mi cara, aunque conseguí extender los brazos con el tiempo justo para evitar caer de bruces. Me pasé un guante por los ojos, escupí la nieve que se me había metido en la boca y me puse de pie.

Fue entonces cuando vi algo blanco y fantasmagórico a través de la ventana que

quedaba a la derecha de la puerta, y luego el óvalo borroso de una cara.

Una cara que no era en absoluto la de Mitch.

d

Me quedé completamente inmóvil.

Sólo había distinguido una cara, lo que me parecieron unos ojos oscuros y una boca. Entonces, quienquiera que estuviera en la cabaña se apartó y desapareció de mi vista.

Me quedé allí mientras la nieve se derretía sobre mi cuello y el corazón me latía desbocado. Mi cerebro empezó a funcionar. Alguien debía de haber encontrado la llave. ¿Un vagabundo? Quizá un fugitivo. Ambas cosas eran posibles. Mitch me había dicho que solían forzar las puertas de las cabañas. Tal vez hubiera gente peligrosa entre ellos. Quienquiera que estuviera dentro tenía que haber llegado desde el parque o el lado opuesto del lago, porque las mías eran las únicas huellas en aquel camino. En cualquier caso, o bien habían rodeado la casa adrede o bien se habían topado con la cabaña por casualidad.

¿Qué debía hacer? Si llamaba a la policía, ¿qué iba a contarles? ¿Qué podía decir sin que Mitch y yo nos metiéramos en problemas?

En ese momento, me di cuenta de que estaba completamente sola. Nadie sabía dónde me encontraba. Mitch se había marchado, y estaba demasiado lejos para poder venir a ayudarme. Tenía el móvil, pero lo había dejado en el Lexus con el fin de poder decirle a Psico-papi, sin mentirle, que no había oído su posible llamada o que no había podido escuchar antes su mensaje.

Estaba sola, y me habían visto.

Con las raquetas no podía caminar marcha atrás, pero sí volverme y largarme de allí bastante rápido. Que es lo que hice. Miré un par de veces por encima del hombro para ver si algún drogadicto enloquecido salía de la cabaña con un hacha en la mano, pero no había nadie, sólo una voluta de humo y el reflejo del sol brillando en las ventanas.

Al llegar al coche, había ocho llamadas perdidas de mi padre en el móvil. Todos los mensajes eran más o menos iguales. Sólo cambiaban las maldiciones.

43: a

Cuando llegué a casa, había anochecido. Meryl había vuelto y papá echaba chispas... no sólo contra mí.

—Luego hablaremos de tu castigo —dijo al tiempo que rechazaba mis explicaciones levantando la palma de la mano—. En este momento lo único que quiero es saber dónde está tu madre.

—Oh...

Miré a Meryl y pensé: «Mierda, mamá está de verdad con Bartholomew». Opté por hacerme la tonta.

—¿No está en la tienda?

—No, y no coge el móvil —contestó Meryl—. Tu padre ha llamado a todos los hospitales, pero no está en ninguno y no ha habido ningún accidente. Y tú, Elliot, deberías tranquilizarte si no quieres que te dé un ataque.

Él la ignoró.

—¿Sabes dónde está? —me preguntó.

—No —dije, lo que era cierto en su mayor parte. Sabía con quién estaba, pero no dónde—. ¿Has llamado a Evan?

—Pues claro. Tampoco sabe nada de ella.

—Entonces lo más probable es que esté conduciendo por ahí.

—Eso es lo que le he dicho —convino Meryl—. ¿Y dónde estabas tú?

—Conduciendo, también.

Mi padre pareció verme por primera vez.

—Estás mojada.

—Me he caído en la nieve.

—Creía que habías dicho que estabas conduciendo.

—He dado un paseo.

Aún estaba asustada por lo de la cabaña, y muy harta de sus historias.

—Mira, estoy segura de que mamá se encuentra bien. Sólo está enfadada, papá. ¿Qué esperabas? ¿Que se alegrara de que hayas decidido dejar que su librería se vaya a pique?

—No me digas que vas a ponerte de su parte en esto. Es por su propio bien —señaló haciendo un puchero con el labio inferior. Parecía un niño de cuatro años listo para coger su pelota e irse a casa—. Y ambas acabaréis por darme la razón.

—Lo que yo crea no importa. Tienes que dejarle algo de espacio. ¿Por qué tú puedes largarte al hospital siempre que te cabreas con mamá y ella no?

—Ella te tiene a ti —intervino Meryl.

—No te metas en esto —la increpó él.

Papá me miró desde su altura pero, por una vez, no le tuve miedo, quizá porque ya estaba bastante harta de tener que oír sus gritos.

—En tu ausencia hemos recibido una llamada de Pine Manor. Por lo visto, tu

madre ha ido a ver a tu abuelo tras marcharse de aquí.

Me sorprendí.

—¿Mamá ha hecho eso? ¿Y por qué nos han llamado?

—Porque estaba tan alterado después de recibir la visita de tu madre que han tenido que inmovilizarlo, y querían saber si había pasado algo fuera de...

—¿Inmovilizarlo? —le interrumpí. Dios, ¿qué le había dicho mamá?—. ¿Qué ha hecho ella?

—No lo saben, y nosotros tampoco. Quiero que la llames.

—Habéis dicho que no lo coge. Puede que tenga el teléfono apagado.

—No, tiene línea. Está claro que sabe quién la llama. Así que yo... mi móvil; ella no quiere... pero quizá... si ve tu número... si por favor pudieras...

La cara de mi padre se tiñó con manchas carmesí de rabia y vergüenza. Nunca le había visto tan afectado como para hablar con frases incompletas. Le mortificaba tener que suplicarle a su hija que hiciera algo.

—¿La llamarás, por favor?

Dirigí la mirada a Meryl.

—A mí tampoco me lo coge —me explicó—. Por mucho que me fastidie estar de acuerdo con tu padre, agradeceríamos saber que está a salvo.

Así que marqué el número, escuché el tono de llamada y luego oí la voz de mi madre pidiéndome que dejara un mensaje.

—Hola, mamá. Soy Jenna. Voy a colgar y volveré a llamarte. Por favor, cógelo.

Colgué, conté hasta diez y marqué de nuevo.

Mamá contestó al primer tono.

—Estoy bien —dijo—. Estoy más que bien. Estoy genial.

—Mmmm.

Al ver a papá a punto de lanzarse sobre mí, me di la vuelta.

—¿Vas a venir a casa?

—Puede. Algún día. No lo sé.

¿Tenía la voz pastosa? La imagen de mi madre tirada en cualquier rincón agarrada a una botella de Stoli cruzó por delante de mis ojos.

—Tengo que decidir qué voy a hacer.

—Vale.

No tenía la menor idea de si se refería a su matrimonio, a nosotros, a la librería o a las tres cosas.

—Pregúntale dónde está —siseó papá.

—Cállate, Elliot —le pidió Meryl.

—¿Está ahí tu padre? —preguntó mamá, y antes de que yo pudiera contestar, prosiguió—: Claro que sí. Esss... cucha, cariño, esss... essscucha.

—Estoy escuchando —dije; sin embargo, el corazón me dio un vuelco. Mi madre siempre alargaba las eses cuando bebía. Mi única esperanza era que no estuviera en el coche—. Mamá, ¿estás conduciendo?

—No, no... yo... essscucha...

—¿Dónde estás, mamá?

—Jenna, Jenna... Pásame lo que pases, quiero que sepas que sólo hice lo que pensé que era mejor... correcto. Intentaba protegerte, pero no lo hice, no supe...

—¿Mamá? Mamá, ¿de qué estás hablando?

—¡Oh, Matt! —exclamó echándose a llorar—. No sé que habría hecho sin Matt. No podría haberme quedado... haber vivido con-con... migo misma si él...

Sus palabras se convirtieron en un aullido:

—¡Oh, Dios; echo de menos a mi niño, echo de menos a mi chico...!

—Mamá. —Me escocían los ojos—. Mamá, dime dónde estás. Iré ahora mismo.

—¿Qué está diciendo? —preguntó papá.

Me sequé las lágrimas de las mejillas.

—Mamá, por favor; Meryl y yo podemos ir juntas a buscarte. ¿Mamá? ¡¿Mamá?!

Pero la llamada se había cortado. Volví a intentarlo dos veces, pero mamá no lo cogió.

b

No había mucho que pudiéramos hacer después de aquello, así que nos distribuimos por la salita. Yo me envolví en un edredón y apoyé la cabeza en el regazo de Meryl; papá se quedó rígido en su silla, mirando su móvil y nuestro teléfono fijo, deseando que sonara cualquiera de los dos. Habíamos puesto *El mago de Oz*, una película que me encanta; en ese momento, sin embargo, escuchar la voz de Judy Garland me hacía pensar en Mitch. Me moría de ganas de hablar con él, aunque solamente fuera para que me dijera que todo iría bien, que pensaba mucho en mí.

Lo siguiente que recuerdo es que Meryl me estaba zarandeando para despertarme mientras papá gritaba al teléfono:

—¿Qué, qué, qué, dónde...?

El miedo me golpeó el pecho y me puse en pie, totalmente despejada.

—¿Meryl?

—Lo siento, cariño.

Su cara era blanca como la sal.

—Ha habido un accidente.

44: a

Viernes Negro.

Meryl condujo tan rápido como se atrevió, pero aun así no llegamos a Milwaukee hasta pasadas las dos de la madrugada. Papá se pasó casi todo el camino al teléfono, hablando con los médicos, y la única certeza que se desprendía de aquello era que mamá no había muerto. Todavía. Yo iba en el asiento trasero agarrada a mi mochila. Papá no colgó hasta que abandonamos la interestatal por la salida hacia el hospital.

—¿Qué han dicho? —quiso saber Meryl.

Papá mantuvo la vista al frente.

—Parece mucho más complicado de lo que sabemos.

—¿Qué significa eso? —pregunté, pero papá se limitó a menear la cabeza.

Había otras tres personas en la sala de espera de urgencias: un borracho dormido en una silla alejada, con la cabeza apoyada en un codo; un tipo con una toalla manchada de sangre alrededor del puño, y un hombre con un traje gris arrugado, que parecía fuera de lugar porque ni estaba borracho, ni sangraba ni sufría ningún dolor aparente. Cuando le dijimos a la enfermera quiénes éramos, el hombre levantó la cabeza y sentí su mirada en nuestras espaldas. Luego me olvidé de él porque la enfermera nos hizo esperar unos minutos a pesar de las bravatas de papá. Estuvo al teléfono durante lo que pareció una eternidad antes de confirmarnos que mamá estaba ingresada. Nos dijo que podíamos subir, pero no dejó pasar a Meryl porque no era un familiar directo.

—No te preocupes, cariño, esperaré aquí. —Meryl me dio un gran abrazo de oso que quise que no acabara nunca—. Dale a tu madre un beso y un abrazo de mi parte, ¿vale?

La unidad de quemados no está en calma ni siquiera por la noche; los monitores llenan el aire con sus pitidos, las alarmas se disparan y enfermeras y doctores entran y salen de las habitaciones acompañados del crujido de sus zapatos. Nos llevaron a la habitación de mamá, que estaba justo enfrente del mostrador de las enfermeras. Entendí lo que eso significaba, porque había estado allí. Siempre colocan a los enfermos más graves a poca distancia de las enfermeras, para que puedan llegar enseguida.

Tuvimos que vestirnos con prendas estériles, pues el riesgo de infección para los pacientes quemados es muy alto. El olor de la habitación de mi madre hizo que el estómago me diera un vuelco; me resultaba muy familiar: desinfectante, sangre cocida y el dulce hedor a cerdo asado.

(Mi madre, peleándose a gritos con los auxiliares: «No se atrevan a salvar a ese hijo de...».)

Envuelta en un nido de vendas, parecía muy pequeña. Tenía los brazos y las piernas apoyados en almohadas, y la poca piel que quedaba a la vista —en los sitios en que las quemaduras eran de segundo grado y no tan profundas— brillaba cubierta

de pomada antibiótica. Había monitores y tubos por todas partes, vías intravenosas y catéteres y le habían introducido una sonda respiratoria en la garganta. Mamá había intentado arrancársela, y tenían que mantenerla sedada para controlar el dolor.

La piel que quedaba por encima de la máscara de papá estaba pálida como la tiza. Sus cejas parecían manchas de betún sobre mármol blanco. Por una vez se limitó a escuchar mientras el médico hablaba de números y porcentajes: quemaduras de tercer grado en un sesenta y cinco por ciento del cuerpo y de segundo grado en un veinte por ciento.

—Luego está el hecho de que haya bebido, que lo complica todo —continuó en tono neutro—. Su aparato respiratorio también está gravemente afectado. El epitelio ha resultado muy dañado y eso ha derivado en un edema pulmonar grave. Está recibiendo ventilación asistida, por supuesto, pero...

—En pocas palabras —le cortó papá—, ¿qué posibilidades tiene?

—Teniendo en cuenta su edad, cincuenta-cincuenta, puede que un poco menos. Si conseguimos que supere las próximas veinticuatro o cuarenta y ocho horas, todo se reducirá a controlar la infección y...

El doctor siguió hablando durante un rato y al final señaló:

—Nuestra mayor preocupación entonces será encontrar suficiente piel viable para hacer un injerto, pues han quedado muy pocas zonas sanas de las que se pueda extraer.

—Use la mía —dije alzando la vista hacia el doctor—. Coja lo que necesite.

—Jenna —me interrumpió mi padre.

—La cosa no funciona así —respondió amablemente el doctor—. La única piel que hace falta es la suya. Podemos cubrir las quemaduras con piel de cadáver o de cerdo, pero sólo como una medida temporal. La piel de esas zonas terminará por morir y tendremos que reemplazarla. Podemos cultivar piel nueva a partir de células de tu madre en el laboratorio, aunque eso llevará un tiempo.

—Pero también pueden utilizar la mía, ¿no? Si pueden usar la de un muerto, ¿por qué no la mía? —pregunté.

—Porque tu piel también morirá. —Los ojos del médico traslucían comprensión, pero su tono era firme—. Lo siento, pero no es una opción.

Después de aquello, papá y él salieron de la habitación para hablar del procedimiento médico.

Yo me quedé de pie junto a mi madre. Su cara, oculta casi por completo por vendas salpicadas con manchas de color teja, estaba muy hinchada; sólo se le veían los ojos y una parte de la boca. El sistema de respiración al que estaba conectada le insuflaba aire que luego ella expulsaba con un largo silbido. Sentí deseos de cogerle la mano y decirle que todo iba a salir bien, pero el miedo me superaba. Imaginé sus dedos partiéndose en mi mano. Me sentía pequeña e indefensa, como debía de haberse sentido también ella después del incendio en casa del abuelo MacAllister que me mató dos veces: una en la ambulancia y otra dos días después, en un lugar muy

parecido a éste.

—¿Cómo está?

Me volví y parpadeé para intentar disimular las lágrimas. Un hombre vestido con ropa sanitaria, guantes y mascarilla se había acercado por detrás de mí, tan silenciosamente que no lo había oído.

—¿Quién es usted?

Entonces le vi los ojos por encima de la mascarilla.

—Estaba en la sala de urgencias.

Él asintió, me tendió la mano y dijo... A ver si lo adivinas, Bobby. ¿Te acuerdas?

—Ya nos conocemos, aunque tú eras mucho más pequeña y es probable que no lo recuerdes. Me llamo Robert Pendleton. Soy detective.

Tus ojos se fruncieron en una sonrisa por encima de la mascarilla.

—Pero puedes llamarme Bob.

45: a

No recuerdo si te estreché la mano, Bobby. Es muy probable que sí lo hiciera. Sea lo que sea lo que pienses de mí, mi madre me educó bien.

—¿Detective? —repetí—. ¿Por qué?

—¿Cómo está?

—Creo que es posible que muera.

Me eché a llorar. Al decirlo en voz alta sentí como si fuera a hacer que sucediera.

—Oh, eh, eh, cielo, eh, lo siento. Mira... ¿quieres un café? ¿Un vaso de agua? Pobre niña, estás destrozada. Apuesto a que no has dormido. Ven, vamos a sentarnos en la sala de espera... Está justo al final del pasillo, ¿de acuerdo? Vamos.

Estaba sola. No podía llamar a Mitch. Meryl se había quedado abajo. Mi padre había desaparecido. Así que permití que me rodearas con el brazo y me sacaras de la habitación de mi madre. Nos quitamos la bata y los guantes y los peúcos y me dejé guiar hasta la sala de espera. Me trajiste una botella de agua. Incluso desenroscaste el tapón.

Fuiste muy amable, Bob. Como Mitch, en cierto modo, aquel primer día en la escuela. Fuiste bueno conmigo cuando más lo necesitaba.

Aunque, cómo no, me equivocaba. Los polis nunca son amables a cambio de nada.

Tomé un sorbo de agua sólo por educación.

—¿Nos conocíamos, detective...?

—Pendleton... Bob. En aquella época estaba en otro departamento. Participé en la investigación del incendio en casa de tu abuelo, cuando tú tenías ocho años. Fui a visitarte al hospital. ¿Lo recuerdas?

—Recuerdo el hospital.

—Yo también. Pobre niña. Sufriste quemaduras muy graves, pero ahora te veo muy bien. ¿Cómo lo llevas?

Qué pregunta tan estúpida.

—¿Por qué está usted aquí?

—Por lo que ya te he dicho —respondiste abriendo tus enormes manos—. Estoy investigando el incendio en la librería de tu madre. Es el procedimiento habitual en los casos en que sospechamos que ha sido provocado.

Al oír esas palabras, reaccioné.

—¿Alguien le prendió fuego a la tienda? ¿Quién?

—Verás, Jenna.

Esbozaste una sonrisa triste.

—Dios, detesto tener que decirlo, pero creemos... creemos que ha sido tu madre.

b

Yo me quedé mirándote. Tus labios sonreían, pero tus ojos eran duros y brillantes, como el reflejo titilante de la luz en un escalpelo. Ahora sé que estabas evaluando mi reacción: ¿sabía lo de mi madre? ¿Lo sospechaba? Oh, ya sé que creías en lo que estabas diciendo, Bob. Tu mirada no revelaba ninguna intención de tantear.

El caso es que dijiste en voz alta lo que yo no me había permitido pensar. En cuanto registré las palabras, supe la verdad. A pesar de todo lo que mi madre había dicho, yo había intuido su desesperación. Mi padre era un capullo. Y supongo que ella pensó que no tenía nada que perder. Tras haber intentado suicidarme un par de veces, podría decirse que tengo una empatía natural en lo que se refiere al tema. Entiendo el impulso.

Para lo que no estaba preparada era para la garra de dolor que se hundió en mi pecho. Mi madre había decidido que no había nada por lo que mereciera la pena seguir viviendo. ¿Cuáles habían sido sus palabras?

«Echo de menos a mi niño. Echo de menos a mi chico».

Matt. Siempre Matt. Tenía a Matt, y tenía la librería. Me tenía a mí, pero supongo que yo no le bastaba. No encontraba ningún motivo para seguir viviendo. Ni siquiera por mí.

Ni siquiera por mí.

C

—Creo que no debería seguir hablando con usted —dije—. Será mejor que vaya a buscar a mi padre.

Mantuviste tu sonrisa de «agente cordial», aunque tu mirada se endureció.

—Haz lo que tengas que hacer, cielo. Pero déjame decirte algo más antes de que te vayas. Hay un patrón en el incendio de la tienda de tu madre, algunos detalles... muy similares a los que descubrimos en casa de tu abuelo.

Cuando el corazón falla, la gente cae. Las rodillas empezaron a temblarme de repente y supe que estaba a punto de desplomarme como se desplomó mi madre cuando mi padre finalmente la apartó de la puerta para dejar entrar a los marines. Caí con fuerza sobre la silla, igual que una marioneta sin cuerdas.

—Lo siento, cielo —continuaste tú—. Esto no es agradable para mí, créeme. Tú madre está caminando sobre una placa de hielo muy fina.

Yo permanecí en silencio.

—Porque el caso es que encontramos restos del mismo tipo de botella en ambos escenarios. Stolichnaya, de hecho. En casa de tu abuelo, los bomberos supusieron que se había roto a causa del fuego. Éste empezó en las cortinas y había cristales en el fregadero. Tu abuelo bebía, así que tenía sentido. Además, ¿quién iba a querer incendiar la casa de un anciano?

Yo permanecí en silencio.

—Pero creíamos... creemos que tu madre podría estar implicada. Nos centramos en ella cuando ocurrió lo de tu abuelo pero, bueno, tu hermano era un buen testigo. Juró y perjuró que tu madre había estado con él toda la noche y que ambos habían ido a recogerte a casa de tu abuelo. Aun así, ¿sabes qué es lo más curioso?

Ladeaste la cabeza con gesto de perplejidad. Por un instante, pensé que ibas a sacar una libretita y un cabo de lápiz. Pero tú no eres Colombo, Bobby, ni de lejos.

—Nunca llegué a entender por qué tú estabas allí y tu hermano no. ¿Por qué tu abuelo sólo cuidaba de uno de los dos? No tenía sentido, pero tu hermano era mayor y bastante convincente. Y ahora estamos aquí de nuevo. Supongo que entenderás por qué me preocupa.

Yo permanecí en silencio.

Tú te inclinaste hacia mí y juntaste las manos.

—Deja que te cuente una historia, cielo. La he ido componiendo a partir de algunas conversaciones, leyendo entre líneas. Incluso he leído los poemas de tu madre. ¿Sabes cuánto cuesta encontrar su libro? Curiosamente, logré localizarlo a través de la biblioteca del Congreso. ¿Sabías que guarda una copia de todos los libros que se publican? Hoy en día nada llega a desaparecer por completo, ni siquiera si hay un incendio. En fin, tú sólo escucha, ¿de acuerdo? A ver qué te parece.

Yo permanecí en silencio.

—Verás, creo que había un abuelo que era un capullo amargado, un borracho y un maltratador. Tras la muerte de su mujer (después de que ella se ahorcara), sólo tenía a su hija menor para hacerle compañía. Ella lo era todo a la vez: cocinera, ama de casa, enfermera y... ¿compañera?

Lo dijiste con mucha cautela, Bob, pero la palabra era una bala. La carga de una pistola.

Yo escuché.

—Al cabo de un tiempo, la niña se marchó. Probablemente ocultaba muchos secretos, porque es imposible borrar el pasado. No sé dónde leí que las personas son la acumulación de sus experiencias. Sin tus recuerdos y tus secretos... no eres nada.

Yo permanecí en silencio.

—Así que se enamora, se casa, tiene hijos. Por primera vez en mucho tiempo, tiene esperanzas. Pero está esa maldita librería que la arrastra hacia el fondo y no la deja escapar. El capullo de su padre sigue vivo y, quizá, haya vuelto a las andadas. Pero no lo sabe con certeza. Alberga la esperanza de que no sea así. Hasta que lo descubre y decide hacer algo al respecto.

Yo permanecí en silencio.

—De otro modo —continuaste tú—, tendría que plantearme seriamente por qué una madre prendería fuego a una casa sabiendo que su hija pequeña está dentro.

Hiciste una pausa.

—A menos que no lo supiera.

«A menos que ella misma hubiera metido a su hija pequeña, a su princesa, en el

coche antes de volver a entrar. A menos que no pudiera saber que su niña quería su muñeca favorita, la de Ariel, y que se había escurrido de nuevo dentro de la casa, hasta el sótano donde había empezado a esconderse de su abuelo, y que fue su hermano quien se dio cuenta de que había desaparecido... Su hermano...»

Tal vez dijeras algo más, Bob, pero no puedo asegurarlo.

Porque, para entonces, estaba chillando.

46: a

Las enfermeras y los médicos vinieron corriendo. Papá entró como un torbellino y empezó a gritarte que te largaras y no volvieras sin una orden o un abogado o... no lo sé. Cuando te marchaste, Bobby, intentó averiguar qué me habías dicho, pero yo estaba encogida en mi silla con las manos sobre las orejas y los ojos cerrados con fuerza. El fuego me lamía la espalda y el hedor a pelo quemado me perseguía, mientras las crueles llamas se reían socarronamente...

(Mamá maldiciendo, golpeando a los técnicos de la ambulancia que intentaban reanimar al abuelo: «No salven a ese hijo de puta. ¡No se atrevan!».)

—¿Qué te ha dicho?

Psico-papi había vuelto: me agarró por las muñecas y me obligó a apartar las manos de las orejas.

—Maldita sea, Jenna, ¿qué ha dicho?

—Creo que tendría dejar que se tranquilizara —intervino una enfermera—. Será mejor que le traiga algo...

—Salga —ordenó mi padre, no con tanta educación.

La enfermera se escabulló y papá volvió a cernerse sobre mí.

—Jenna, maldita sea, mírame. Tienes que contarme lo que te ha dicho.

Incluso cuando no estaba en modo Hulk, era virtualmente imposible ignorar a mi padre. Las agallas recién descubiertas en casa habían desaparecido, así que, tragando saliva, se lo expliqué. Sus ojos se fueron entrecerrando más y más hasta convertirse apenas en dos resquicios ardientes e inyectados en sangre.

—¿Es verdad? —susurré—. Papá, ¿mamá...?

—Claro que no —dijo—. No seas estúpida. El incendio de la librería ha sido un accidente.

Yo no me refería a eso, y papá lo sabía.

—No me refería a eso. Me refería a...

Se me hizo un nudo en la garganta, pero me obligué a acabar:

—Al abuelo.

—No. No me digas que crees a ese imbécil. Es como todos los policías. Sólo tratan de encubrir su propia incompetencia.

—Pero el detective...

—Que le den.

Sus ojos centellearon y me señaló con el índice.

—Que-le-den. No vas a volver a hablar con él, ¿de acuerdo? Sólo hablarás con un detective en mi presencia y en la de nuestro abogado, ¿lo has entendido?

—¿Te acordabas de él? ¿De antes?

—No. El incendio en casa de tu abuelo fue un accidente, caso cerrado, ¿sí? Presentaré una queja ante el jefe de policía y el alcalde. Conseguiré que le den una patada en el culo más rápido que...

Papá cortó el aire con un gesto de rabia y desdén.

—Jesús, como si no tuviera cosas más importantes de las que preocuparme. Escucha, tengo que volver a casa.

—Pero mamá...

—No puedo elegir. Estoy solo en la consulta y no puedo llamar a ningún otro médico para que me sustituya con tan poca antelación. Tengo que atender a mis pacientes en el hospital. De todas formas, aquí tampoco puedo hacer nada más por tu madre.

—Entonces me quedará yo. Alguien debería estar aquí si se despierta.

—Jenna, tardará aún un tiempo en despertarse. —No dijo que ya nunca más iba a hacerlo, pero podría haberlo dicho—. Pero si es lo que quieres...

—Es lo que quiero —repliqué.

b

Papá debía de haber intimidado a alguien, porque finalmente dejaron subir a Meryl. En cuanto la vi, me lancé a sus brazos y enterré mi cara ardiente en su hombro como una niña pequeña.

—No te preocupes —murmuró mientras nos mecíamos y me acariciaba el pelo—. Pase lo que pase, estoy aquí, cariño.

Había traído mi mochila y me prometió que iría a buscar ropa.

—Y tu cepillo —dijo mientras enumeraba artículos con los dedos—. Champú, crema suavizante, una pastilla de jabón... ¿olvido algo?

—Mi portátil.

Le dije qué libros me hacían falta.

—Oh, y mi coche sigue en el aparcamiento de la escuela. Creo que las llaves están...

Revolví el contenido de la bolsa y encontré el llavero.

—Ningún problema, cariño —dijo comprobando su reloj—. Pronto amanecerá. Ya que estamos aquí, tu padre y yo podemos ir a recogerlo...

—Él quiere volver.

—Que le folle un pez. Sus pacientes pueden esperar. Me encargaré de que te entreguen las llaves, así podrás ir y venir cuando quieras sin tener que depender de él ni de mí. El lunes ya veremos cómo va todo. Puedo aplazar el regreso a casa.

—El lunes tengo que ir a la escuela.

—¿Por qué no te lo tomas con calma? Quizá no te sientas con fuerzas para ir a la escuela durante un tiempo. La gente lo entenderá. —Me miró por encima de las gafas—. ¿Ya le has llamado?

Por un extraño y confuso momento, pensé que estábamos en la misma sintonía. Casi llamé a Mitch por su nombre, pero me contuve a tiempo.

—Lo más seguro es que no se haya despertado aún.

—Si ese novio tuyo se preocupa por ti, no le importará. Además, ¿los jóvenes no dormís con el móvil pegado a la oreja? Llámalo, cariño. Eso es lo que hace la gente que se quiere.

C

La enfermera, que se llamaba Laurie, hizo que me llevaran una cama auxiliar para que pudiera dormir cerca de mamá.

—La gente siempre se queja del frío —me explicó, cargada con un montón de mantas—. He cogido éstas del autoclave de la sala de partos. Creo que estarás calentita y a gusto. Si necesitas algo más, sólo tienes que decirlo.

—Gracias.

Sabía que no iba a poder dormir, pero dejé que me arropara. Había sido tan amable que me parecía lo menos que podía hacer.

—Ah, una cosa más, cariño: aquí no puedes utilizar el móvil; normas del hospital. Si quieres hacer una llamada, has de bajar a la cafetería. Si no, tendrás que salir del edificio. ¿De acuerdo?

Yo asentí; ella bajó las luces y se marchó.

Permanecí un rato acostada, contemplando las líneas rojas y verdes que dibujaban los latidos y la presión sanguínea de mi madre. El ventilador siseaba y suspiraba, aspiraba y luego dejaba salir el aire. La bomba de infusión sonaba rítmicamente mientras inyectaba fluidos en las venas de mi madre, que seguía inmóvil como un cadáver.

Miré la hora en el móvil: casi las cinco de la mañana. Era posible que Meryl estuviera en lo cierto y que Mitch quisiera saberlo. Sé que yo lo habría querido. Pero decidí esperar un poco más. La sola idea de tener que levantarme y exponerme al viento gélido del exterior me agotaba.

Si te estás preguntando si pensé en lo que me habías contado, Bobby, no te equivocas. En el fondo de mi corazón, sabía que mi madre había asestado un golpe mortal a su librería. Me la imaginaba girando sobre sí misma lentamente, atravesando con la mirada los silenciosos lomos de los libros que tanto amaba. No estoy segura de que tuviera intención de suicidarse. Había bebido, así que pudo haber sido un accidente. O no.

Sobre lo que dijiste del incendio en casa del abuelo... Bobby, Bobby, no esperarías en serio que hablara contigo del asunto, ¿verdad? Mitch lo había adivinado. Tú no eres tan listo como él, pero sabes leer entre líneas. Ahora que lo pienso, probablemente debería de haberte pedido que redactaras mi trabajo sobre Alexis; al parecer, se te da muy bien contar historias sobre gente enloquecida. Así que saca tus propias conclusiones.

d

Busqué en la mochila el libro de Lasker, el que me había dado Mitch. Aquel momento era tan bueno como cualquier otro, así que me recosté sobre las almohadas y lo abrí.

La lectura resultaba ligera. Lasker repetía muchas de las cosas que yo ya sabía acerca de Alexis. Según su versión, Alexis y él se habían conocido en Stanford antes de que ella empezara a salir con Wright, y fue lujuria a primera vista. Lasker entraba en detalles sobre cómo era Alexis en la cama (por lo visto, chillaba y le gustaba utilizar las uñas hasta hacer sangrar a su amante), cada cuánto le apetecía meterse en sus pantalones (cada cinco segundos), cómo le hacía sentir: dolorido... Vale, en realidad no decía eso. Lo que Lasker había escrito era «ahíto, aunque todavía sediento de la droga que sólo Alexis inyectaba en mis venas, oh, dulce y feliz muerte». ¡Para que luego hablen de hipérboles! Puede que sea cosa mía, pero imaginé a un Baco abotargado con el pecho regado en vino. O a un heroinómano.

El tono no variaba. No estaba segura de por qué Mitch había pensado que podría serme de ayuda, pero entonces consideré que, para hacerme una idea sobre la personalidad de Alexis, sólo disponía de lo que ella había dicho y de lo que otros, dedicados a proteger su legado, habían escrito. Lasker se centraba en sí mismo, y puede que eso significara algo. Si lo que decía era cierto —y a mí me lo parecía—, Alexis engañó a su marido durante todo el tiempo que duró su matrimonio. La Alexis reflejada en aquellas páginas era vanidosa, narcisista, ajena a todo menos a sus propias necesidades y pasiones, fueran éstas los delfines y las ballenas o un amante.

Pero entonces llegué a un fragmento que Lasker había escrito y que le dio a todo aquello un viso noble y trágico al mismo tiempo. Era tan bueno, Bob, que lo copié palabra por palabra:

Hay personas que mueren por una causa, y decimos que han realizado el supremo sacrificio. Los llamamos mártires, y jamás ponemos en duda su sinceridad.

Sin embargo, muchos otros pasan la vida entera buscando algo —o a alguien— por lo que valga la pena morir, y eso es muy distinto. Ésos son los solitarios y los desesperados, temerosos de que sus vidas no tengan sentido. Anhelan la bala, sólo si es otro el que aprieta el gatillo.

Sabiendo lo que sé ahora, Bob, creo que eso era lo que Mitch, consciente o inconscientemente, quería que viera.

e

Al cabo de dos horas, tenía los ojos enrojecidos e irritados. Cerré el libro y alargué el brazo hacia la mochila. Antes de que pudiera alcanzarla, el volumen me resbaló del regazo y cayó al suelo. Le dirigí una mirada a mi madre, pero no se había

movido. Me incliné para recoger el libro, boca abajo y con las solapas desplegadas como un pájaro con las alas rotas. Al levantarlo, vi un trozo de papel que debía de haber estado escondido entre las últimas páginas. La letra era muy pequeña y apenas se veía, así que tuve que inclinar la nota y entornar los ojos.

«Saul. Libros raros», se leía, además una dirección de correo postal, un teléfono y la dirección de una página web. También estaba el título del libro de Lasker seguido de una columna de números y un importe al final: 127,57 dólares.

Un tique de compra. Me fijé en la fecha: 3 de octubre.

Ubicaba perfectamente la fecha porque la fiesta de mi madre había sido el 6 de octubre. Eso significaba que el día en que Dewerman me había dado el nombre de Alexis era el mismo en que Mitch había comprado...

«¿No tienes que hacer un trabajo de inglés?»

No. No.

Una semana más tarde, Mitch me había dicho que tenía un ejemplar del libro en su biblioteca. ¿O no? No podía recordarlo. No estaba segura. Pero lo sabía todo sobre Alexis.

De acuerdo, espera, espera... Mi corazón se detuvo un instante, luego otro. Un momento, él no había mentido: tenía el libro; pero...

Cerré los ojos y repasé el momento en que me había dado la vuelta y había visto a Mitch y a Dewerman hablando en el umbral. Entonces recordé la nota escrita a mano que le había robado: «J».

Y «amante».

Una nota para él mismo.

¿Para acordarse de comprar el libro?

—No —dije en voz alta—. No, no sucedió así.

f

Mientras bajaba a la cafetería, llegué a la conclusión de que me había confundido. En cualquier caso, tuviera el libro o lo hubiera comprado porque se preocupaba por mí, ¿qué importancia tenía? Estaba pensando en mí. Eso era lo único que contaba.

Había ya algunas personas esperando en la cola, listas para llenar sus bandejas. El aire olía a beicon grasiento y huevos, y mientras espiaba a una cocinera que volteaba unas empanadas de salchicha, me rugieron las tripas. No había comido nada desde la tarde anterior, pero mi estómago tendría que esperar. Escogí una mesa en la esquina y, conteniendo el aliento, llamé al móvil de Mitch.

Un timbre. Dos. Y entonces:

—¿Hola?

—Mitch, soy... —Las palabras murieron en mi boca al darme cuenta de que no era su voz—. Lo siento. Estoy buscando al señor Anderson. ¿Con quién hablo?

—Soy Kathy. La esposa de Mitch.

47: a

Sus palabras me dolieron como un puñetazo en el vientre. Las rodillas me temblaron de repente. Tuve suerte de estar ya sentada.

—¿Quién llama? —quiso saber la señora Anderson—. ¿Es la policía otra vez? Mitch ya les ha contado todo lo que sabe. ¿Han visto qué hora es? ¿Quién le llama?

¿Qué? ¿La policía? ¿Por qué iban a llamar a Mitch con motivo del incendio?

—Yo... estoy en el equipo de atletismo de Mi... del señor Anderson, y soy su ayudante en clase de química y...

—Oh, recuerdo que me ha hablado de ti. Eres otra de las niñas de Mitch, ¿verdad? O... espera. —Cambió el tono de voz y susurró—: ¿Eres Danielle?

Yo parpadeé. De hecho, aparté el teléfono y lo miré. Luego me lo apreté contra la oreja y dije:

—No. Me llamo Jenna Lord. Soy la asistente del señor Anderson. En clase de química. Y... tengo que hablar con él. Sobre el lunes.

—¿Ahora? Hoy es viernes.

Piensa rápido, piensa rápido.

—Em... es una urgencia. Mi madre está en el hospital y lo más probable es que el lunes no vaya a la escuela. Lo siento, supongo que estoy algo alterada.

Creo que el hecho de que todo aquello fuera cierto me ayudó, porque la señora Anderson me pidió que esperara un momento. Mitch estaba en otra habitación; iba a despertarlo y a darle el móvil. Oí el sonido ahogado de sus pasos y a continuación lo que me pareció una puerta que se abría, se cerraba, y voces.

Entonces Mitch se puso al teléfono.

—¿Jenna? ¿Qué ocurre, qué ha pasado?

—Estás con tu mujer —le espeté, lo bastante alto para que dos mujeres que estaban a cuatro mesas de distancia levantaran la cabeza y me miraran.

Me volví hasta quedar de cara a la pared de la cafetería, que era de un nauseabundo color marrón vómito.

—En habitaciones separadas —replicó él—. No sabía que iba a venir, cariño. Fue una sorpresa.

—Ha contestado tu móvil.

—Tenía que hacer algunas llamadas a su familia en Minneapolis y se lo he prestado. Jenna, ¿qué está pasando?

Me escuchó mientras yo expulsaba las palabras entre lágrimas y luego dijo:

—Oh, cielo, ¿puedo hacer algo por ti?

—¿Puedes venir?

Debió de negar con la cabeza, porque hubo una pausa y luego respondió:

—Ahora mismo no.

—Quieres quedarte con tu mujer.

—¿He dicho yo eso? Jenna, piensa. Parecería bastante raro que yo, un profesor de

química, me marchara al amanecer para sostenerle la mano a una de sus alumnas que, sin duda, tiene familia propia.

Yo sabía que estaba en lo cierto.

—Lo siento. ¿Por qué...? ¿Qué hace...?

No me atrevía a plantear la pregunta.

—Espera un segundo... Vale, aquí estoy. De hecho estoy en el baño, con la puerta cerrada.

Hablaba en voz muy baja.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—En un hotel, en habitaciones contiguas. Ella cierra su puerta con llave y yo la mía. Es una larga historia, cariño...

—No tengo ninguna prisa. —Al ver que no decía nada, continué—: Mitch, ¿estáis...?

—No —me interrumpió con decisión—. No. No dormimos juntos. No vamos a volver, por mucho que ella quiera.

Tuve que humedecerme los labios.

—Pero ¿es lo que tú quieres?

Esta vez la pausa fue más larga.

—Mentiría si te dijera que no se me ha pasado por la cabeza. No mereces que te mienta.

Oh, no, sólo me merecía que nos viéramos a escondidas, que me dijeran que era demasiado joven para entenderlo, un hermano muerto y una madre que había intentado matar a mi abuelo y que casi había acabado conmigo. Me merecía un amante que era mi profesor, estaba casado, no iba a divorciarse de su mujer y podía estar mintiéndome en aquel mismo momento.

Entonces tuve otro pensamiento aún más brillante. Tal vez Mitch no hubiera encontrado una razón para divorciarse, hasta ahora. Hasta conocerme. Tal vez ése fuera el motivo por el que ahora estaban juntos.

Pero no fue eso lo que le pregunté.

—Mitch, cuando tu... cuando la señora Anderson ha contestado al teléfono, creía que yo era de la policía. Creía que era Danielle.

Permaneció tanto rato en silencio que pensé que se había cortado.

—¿Mitch?

—Te escucho. Mira, en este momento no puedo hablar. Lo haremos, pero no ahora. Sinceramente, cariño, creo que ahora mismo tienes otros asuntos de los que ocuparte, así que no te inquietes por esto. Te lo explicaré más tarde, ¿vale?

—¿Te has metido en un lío?

—No.

Entonces me explicó que tenía que quedarse un día más y que no volvería a su casa hasta el domingo.

—Pero te llamaré luego, ¿vale? Nos vemos pronto, cielo.

Me dijo que me quería y colgamos.

b

Diez minutos más tarde, al salir del ascensor, recordé que no le había dicho en qué hospital habían ingresado a mamá. Así que volví a bajar. Las mujeres de la mesa se habían marchado, pero la cafetería se estaba llenando y al ver las tortitas no pude resistirme. Tardé quince minutos más en caminar hasta una mesa con mi plato y una taza de café.

La señora Anderson contestó de nuevo, algo para lo que no estaba preparada.

—Oh, hola... ¿Jenna? He vuelto a tomar prestado el móvil de Mitch. Creo que está en la ducha. ¿Quieres dejarle algún mensaje?

Habría parecido extraño contestar que no, y la información no era sospechosa. Le di el nombre del hospital donde estaba mi madre y ella me explicó que su padre también había estado ingresado allí, aunque no en la unidad de quemados.

—Lo del incendio ha sido terrible. Justo ahora estoy viendo las noticias. Es una pena que haya ardido esa antigua librería. Otra desgracia en la misma semana. Dicen que vienen de tres en tres, así que la última debe de estar al caer.

Ignoraba por completo de qué hablaba, así que dije:

—Sí, es muy triste.

—Yo no me preocuparía. Pobres chicos... ¿alguien tiene idea de lo que ha podido ocurrir?

«Oh, el detective cree que lo ha hecho mi madre».

—No.

—Bueno, ya lo averiguarán. Estoy segura de que la policía la encontrará. Por cierto, el libro: nunca tuve ocasión de agradecérselo personalmente a tu madre.

¿Qué? Tardé un par de segundos en entenderlo; parecía que habían pasado cincuenta años desde la fiesta.

—Oh. Claro. Bueno, se alegrará de saber que le ha gustado.

«Si no se muere antes». Entonces caí en la cuenta.

—El señor Anderson le dio el libro.

—Claro —se sorprendió—. A él no le gusta demasiado ese género.

Yo ya lo sabía, por supuesto, pero ¿cuándo la había visto Mitch? Se suponía que todo este tiempo había estado en Minneapolis. Puede que hubiera regresado para pasar algún fin de semana. La explicación más lógica era que le hubiera dado el libro el día antes. Tenía que ser eso, sólo que...

«Nunca tuve ocasión de agradecérselo personalmente a tu madre».

La señora Anderson no habría dicho algo así si le hubieran entregado el libro el día antes.

Un segundo.

La noche después de que Mitch me llevara a casa por primera vez, yo le había telefoneado. Me respondió una voz de mujer, y justo antes de colgar oí que había alguien más en la habitación. Pero Mitch me había explicado de camino a mi casa que su mujer estaba de viaje.

¿Era la misma persona con la que hablaba ahora? Pensé en ello y decidí que no lo era; no me lo parecía. Aquella otra voz sonaba... joven.

Como alguien de mi edad.

—Bueno —estaba diciendo ella—, le daré el mensaje a Mitch, ¿de acuerdo? Por lo demás, ¿qué tal te han ido el resto de las vacaciones? Quiero decir... Lo siento, es una pregunta estúpida.

—No, no se preocupe. Han estado bien —mentí. Me mataba que se refiriera a él por su nombre. Para ser educada (y cambiar de tema), pregunté—: ¿Cómo han ido las cosas en casa de la hermana del señor Anderson?

—¿La hermana de Mitch?

—Sí. ¿No celebra siempre Acción de Gracias con ella? ¿En Madison?

—Oh, creo que confundes a Mitch con otro profesor.

—Ah. ¿No vive en Madison?

—No vive en ninguna parte —dijo la señora Anderson—. Estamos en Appleton, y Mitch no tiene hermanos.

Esperé a que terminara la frase: «... en Wisconsin». Pero no lo hizo. Me sentí como una mema al seguir preguntándole:

—¿Así que no tiene una hermana... o un hermano?

—No. Mitch es hijo único.

48: a

«Voy a visitar a mi hermana en Madison».

La cabeza me daba vueltas. Aparté las tortitas.

«Mi hermana siempre organiza la celebración de Acción de Gracias».

Salí de la cafetería en una especie de nube, floté hasta el ascensor, apreté la flecha de subida y contemplé la cuenta atrás de los números: 7-6-5-4...

«Casey está en Afganistán».

Entré tambaleándome en el ascensor y miré el panel sin verlo. Un asistente pasó por mi lado.

—¿Qué piso? —preguntó.

—Unidad de quemados —murmuré.

Pulsó el botón correcto, y yo me apreté contra la pared del fondo del ascensor y cerré los ojos.

«Tengo tres hermanas».

«Las chicas siempre gastan más agua caliente que los chicos».

«Mi hermano pertenece a las Fuerzas Especiales».

«Qué pequeño es el mundo».

Dios, ¿en qué mundo había estado viviendo? ¿En el planeta Mitch? Me había mentido. Estaba en Appleton con su esposa. No tenía ningún hermano, ni tres hermanas que le dejaran sin agua caliente. Había comprado el libro de Lasker el día en que Dewerman me asignó el trabajo.

No, espera. Como en un sueño, recorrí el pasillo desde el ascensor hasta la unidad de quemados. Mitch había empezado la carrera de Biología Marina en Stanford, según decía, conocía la obra de Alexis y creyó recordar que tenía un ejemplar del libro de Lasker en su estudio. Pero ¿por qué comprarlo? No tenía ningún motivo para hacerlo... a menos que el motivo fuera yo.

«No, estudió en Stanford y luego en Madison, y me habló de tiburones y de submarinismo y de delfines y...»

Y entonces comprendí qué más faltaba en la biblioteca de Mitch, lo que mi padre tenía y él no.

En la cabaña no había ninguna fotografía. Ni tampoco había diplomas.

Parar, tenía que parar. No todo el mundo se jacta de sus logros. Hay mucha gente que no cuelga todos sus títulos en las paredes para que otras personas los admiren, y la cabaña era un espacio privado. Mitch no necesitaba recordatorios. Tenía que frenar. Algunas de las cosas que me había contado tenían que ser ciertas: era rico, estaba casado; yo había hablado con su mujer y sabía que ella estaba acompañando a su padre enfermo en Minneapolis.

Policía. Ella había dicho «policía» y Mitch, que era una historia muy larga. ¿Y qué más?

«Pobres chicos».

«Las desgracias suceden de tres en tres».

Había dado por hecho que hablaba de mí, pero... Pero ella me confundió con Danielle.

—¿Cómo? Disculpa, ¿has dicho algo, querida?

Alcé la vista y vi a una enfermera que no era Laurie en la puerta de la habitación de mi madre. No reconocí a ninguna. Cambio de turno.

—¿Eres Jenna? —me preguntó.

Yo asentí y ella se metió la mano en el bolsillo. Oí un tintineo metálico.

—Laurie me ha pedido que te las diera, pero estabas en la cafetería.

—Gracias.

Cogí mis llaves. Meryl había pegado una nota al llavero: «Aparcamiento para familiares. Segundo piso, fila tres».

—Esta mañana he oído lo de la librería de tu madre en las noticias —comentó la enfermera—. Lo siento mucho.

La señora Anderson también había visto las noticias. «Las desgracias suceden de tres en tres».

—¿Hay alguna televisión por aquí? —pregunté.

La enfermera me acompañó a la sala para familiares, que estaba vacía. Zapeé hasta dar con un canal que emitía las noticias locales, pero eran las ocho de la mañana y el único destacado hablaba de un pingüino bailarín que componía ópera. (Vale, me lo he inventado; pero era algo igual de estúpido.) Esperé moviendo los pies con impaciencia hasta que la presentadora dijo:

—«Un terrible incendio destruye un local muy conocido y querido en el centro.

—»Las autoridades de Milwaukee investigan lo que temen que pueda ser un pacto de suicidio entre una atleta del instituto Turing y su novio —continuó su compañero—. Todo eso, y la previsión meteorológica, a la vuelta».

Danielle. Y... ¿David?

El corazón se me paralizó.

La señora Anderson pensaba que yo era Danielle... porque ya estaba con él cuando la policía llamó a Mitch.

49: a

Tuve que tragarme primero la previsión del tiempo, comentada por un tipo obscenamente alegre llamado Brian que pronosticaba frentes de frío ártico y más nieve para la semana siguiente. Los presentadores intervinieron en el acto, planteando preguntas absurdas cuyas respuestas ya conocían: «Brian, seguro que hay un montón de amantes de las motos de nieve ansiosos por que llegue. ¿Qué puedes decirnos de los lagos y los ríos?». Y daban paso a Brian para que pudiera advertirnos sobre la engañosa apariencia del hielo y los peligros que entraña pisar capas demasiado finas, bla, bla, bla.

La tienda de mamá era la noticia principal. Mostraron imágenes aéreas del incendio —un enorme y turbulento infierno— y luego otras tomadas a nivel de tierra; desde ambas perspectivas, se percibía que no quedaba más que un esqueleto carbonizado. Lo único que había salvado los otros locales de la manzana eran el frío y la nieve derretida que había mojado los edificios vecinos e impedido que ardieran.

La noticia sobre Danielle y David venía a continuación. Escuché con atención, intentando serenarme. Creí entender que David había recogido a Danielle en su casa el miércoles y luego ambos habían desaparecido. Sencillamente, se habían desvanecido. Los reporteros habían deducido la posibilidad del pacto de suicidio a partir de las palabras de una de las amigas de Danielle —la reconocí de la escuela—, quien explicó que Danielle le había comentado que tal vez no regresara después de Acción de Gracias.

—«La policía ha interrogado a profesores y alumnos del instituto Turing en busca de cualquier información que permita dar con los adolescentes desaparecidos. Aunque es demasiado pronto para especular sobre su paradero, fuentes anónimas han revelado a Canal 4 que la señorita Conolly efectuó una llamada a los Servicios de Protección al Menor hace sólo dos semanas. Según se informa, renunció a presentar una queja específica».

Entonces el señor Connolly apareció en pantalla, de pie ante la puerta de su casa.

—«Todo lo que tenemos que decirle a Danielle es: “Cariño, te queremos; vuelve a casa, podemos solucionarlo”».

Gritos de los periodistas congregados. Capté unas palabras: «alegaciones de abuso».

—«Sin comentarios» —contestó el señor Connolly con el semblante gélido de un abogado.

Nuevo plano de los presentadores.

—«Los Servicios de Protección no quieren hacer declaraciones. La policía está llevando a cabo sus investigaciones. En otro ámbito de cosas...»

b

Otra brillante, helada y cruelmente hermosa mañana.

Apenas había tráfico de camino a la interestatal, así que avancé con rapidez. Al cabo de cincuenta minutos me hallaba a sólo cuatro salidas de casa de Mitch. Cuando recogí mi mochila en la unidad de quemados, comprobé que había cinco llamadas tuyas en mi móvil. Mientras conducía, me había llamado dos veces más, pero seguí sin responderle. Necesitaba calcular el tiempo con exactitud. No le estaba evitando, pero no quería que llegara antes que yo. Appleton estaba a sólo cuarenta minutos de su casa, veinte si se daba prisa. Y estaba convencida de que lo haría.

Mi móvil volvió a vibrar. Un mensaje, esta vez. Bajé la vista: «Cógelo». Cinco segundos después, sonó y yo contesté.

—¿Qué?

—¿Dónde estás? —La voz de Mitch sonaba controlada, pero percibí su impaciencia.

—En el hospital.

—No, no estás allí. Me han dicho que te marchaste hace casi una hora.

No dije nada.

—¿Dónde estás?

—En mi coche.

—¿Vas hacia tu casa?

Respiré hondo.

—No.

Le concedí un momento para que hablara, pero todo lo que obtuve fue un silencio.

—¿Cuántas mentiras más me has contado? —continué—. No tienes un hermano. No tienes una hermana, y mucho menos tres. Estás en Appleton.

—Porque Kathy me llamó y me dijo que quería verme. Ella bajó desde Minneapolis y yo subí.

—¿Has estado alguna vez en Madison?

Silencio.

—¿Mitch?

—Jenna.

Frustración.

—Cariño, no lo entiendes. Puedo explicártelo.

—Estoy escuchando.

—No. En persona. Necesito verte.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Para que puedas matarme igual que hiciste con Danielle?

C

Un silencio largo, larguísimo. Y luego:

—¿Qué? —Su desconcierto parecía genuino—. ¿Qué? ¿De qué estás hablando? Jenna, ¿qué estás diciendo?

—Estabas tan furioso como para matarla. Eso fue lo que dijiste.

—Era una forma de ha...

—¡Estaba en tu casa! ¡Contestó al teléfono! ¡Y también en nuestra cabaña! —grité—. ¡La he visto! Pero ahora ya no está, ¿a que no? Se habrá marchado, porque te esperaba. Conocía el lugar, ¡y la única forma que tenía de saberlo es que tú la hubieras llevado allí!

—Oh, Dios mío. Piensas que... —aspiró con fuerza—. Jenna, cariño, Jenna, no, no es así. No lo entiendes.

—¡Deja de decir eso! Lo entiendo muy bien, y cuando encuentre la prueba, ¡cuando la encuentre...!

Creo que le oí gritar mi nombre, pero pulsé el botón de finalizar llamada. El móvil empezó a sonar de nuevo al instante, pero lo ignoré.

Cuando aparqué en el camino de entrada de la casa de Mitch, llevaba diez minutos sin sonar. Estaba segura de que ya había subido a su coche y se dirigía a casa, pero le llevaba ventaja. Lo último que hice fue marcar el número que leí en una tarjeta de visita. El timbre sonó una, dos veces, y entonces:

—Detective Pendleton.

—Soy Jenna Lord.

Te di la dirección y añadí:

—Venga rápido.

Y dejé el móvil encendido en el asiento delantero. Te oí maldecir, Bobby, pero no podía dedicarte más tiempo. Aunque he visto suficientes capítulos de *CSI* y *NCIS* para saber que no tardarías en encontrarme.

50: a

La nieve estaba dura. Había muchas huellas de pisadas que recorrían el camino de ida y vuelta a la cabaña desde la última vez que había estado allí. Aunque me pareció que había transcurrido un siglo desde entonces, en realidad habían pasado sólo dos días. El caso es que me vino bien, porque no llevaba las raquetas.

La primera cosa en la que me fijé al rodear la curva y ver la cabaña fue la ausencia de humo. Bueno, eso no significaba nada. Puede que Danielle no hubiera encendido el fuego. Pero a través de las ventanas sólo se veía oscuridad y la cabaña parecía tan desierta como la casa de Mitch. ¿Qué quería decir eso? ¿Habían pasado Danielle y David la noche del miércoles en la cabaña para marcharse el jueves o el viernes? ¿O había ido Danielle a ver a Mitch y él...? Tal vez sí fuera un vagabundo... No, sabía que no era cierto, porque Mitch no había negado la presencia de Danielle en la cabaña. ¿No?

¿Le había dado margen suficiente?

La llave seguía en la jarra. La cogí, la encajé en la cerradura y la hice girar. La cabaña olía a sopa de tomate y melocotones. Había platos escurridos en la encimera, dos cuencos, dos cucharas, dos tazas y una sartén. ¿Danielle y David? ¿Danielle y Mitch? ¿Mitch y...?

La cama estaba hecha, pero de forma descuidada, no como la dejábamos siempre nosotros. En el baño de arriba había dos toallas colgadas sobre la mampara de la ducha, un bote de champú Herbal Essences con aroma a melocotón vacío y un amasijo de pelo rubio en la papelera, probablemente procedente de un cepillo. Danielle era rubia. Saqué los cabellos de la papelera con ayuda de un trozo de papel higiénico y luego pensé que tenía que guardarlos en algún sitio donde no se dañaran. «Un sobre», se me ocurrió, y volví abajo.

Me detuve frente a la chimenea. Quienquiera que la hubiera encendido por última vez había utilizado papel de periódico. Aún quedaba una sección junto al hogar y me agaché para comprobar la fecha: miércoles, la víspera de Acción de Gracias.

El día en que Danielle y David habían desaparecido, el día antes de que yo viera la cara en la ventana.

b

El cajón del escritorio estaba cerrado con llave. Dudé medio segundo y luego saqué el cuchillo de los besos del bolsillo de los tejanos, donde lo había guardado justo antes de salir del coche. Metí la punta en la cerradura y la moví de un lado a otro sin muchas esperanzas. No pasó nada. Tal vez pudiera hacer palanca. La hoja era muy fina y se deslizó con facilidad a través de la estrecha ranura que quedaba entre el cajón y el escritorio. Recordé haber leído en un libro que los ladrones utilizan tarjetas

de crédito para bajar la lengüeta de las cerraduras. Con suerte funcionaría y...

Clic.

El cajón cedió y se abrió, el escritorio vibró y la pantalla del ordenador de Mitch cobró vida. No me había dado cuenta de que el ordenador estaba encendido. El fondo de escritorio era un paisaje subacuático: protuberantes corales y un arcoíris de peces. Había un programa en funcionamiento: Firefox. Lo maximicé. La ventana se expandió y...

—Dios mío —susurré.

«Tienes edad suficiente para abortar en Illinois. —Me había dicho Mitch—. Pero no en Wisconsin, Minnesota o Michigan».

Él lo sabía.

La lista de clínicas de Illinois estaba frente a mis ojos.

C

Clínicas abortivas.

Dios mío.

Había dejado embarazada a Danielle y después... ¿qué? ¿Ella le había amenazado? La forma en que el señor Connolly había acercado su cara a la de Mitch... Dios, ¿lo sabía? No, no, un momento, aquello no podía ser cierto. El señor Connolly era abogado. ¿Acaso no habría acudido a la policía? Pero ¿por qué otra razón iban Mitch o Danielle, porque ahora sabía que ella había estado en la cabaña, a buscar un listado de clínicas abortivas?

«Me dijo que me metiera en mis asuntos —había explicado Mitch—. Que no es lo bastante mayor para saber lo que quiere».

De aquellas palabras no parecía desprenderse que Mitch fuera el padre... pero yo ya no sabía qué creer.

Inspeccioné el resto de carpetas del escritorio. Contenían esquemas para las lecciones de clase y para las pruebas de laboratorio de química y de biología. Una carpeta etiquetada como «Programas de entrenamiento para el equipo de *cross*», otra para los de atletismo en pista y una tercera con trucos para preparar el Ironman.

Entonces me fijé en una carpeta situada en la esquina inferior izquierda etiquetada con una inicial: J.

«No. —Me quedé mirándola durante mucho, mucho tiempo—. No lo hagas, vete, sólo vete...»

Pulsé dos veces sobre el icono y la carpeta se abrió.

d

Contenía documentos de texto, imágenes y un archivo PDF. Recordé la cámara

digital que Mitch guardaba en su escritorio, en la escuela, pero abrí antes el PDF porque la fecha era anterior.

«Informe de alta: Jenna Meredith Lord».

Rebecca se limitaba a exponer los hechos, sin florituras. Estaba mi diagnóstico: «depresión severa, con rasgos psicóticos, en remisión; síndrome de estrés postraumático» y unos cuantos más, ninguno de ellos halagüeño, estoy segura. Detallaba mi historia hasta el momento del ingreso, la evolución del tratamiento y algunas recomendaciones.

Enseguida vi qué era lo que faltaba.

«Claro que sabía lo de Matt —había dicho Mitch—. Estaba en tu informe de alta».

No, Mitch.

No estaba.

51: a

La verdad, Bob, es que no estoy siendo del todo justa. Rebecca hablaba de «duelo no resuelto por la muerte de su hermano», pero nada más. No mencionaba nada acerca de Irak ni que Matt hubiera muerto en acto de servicio.

Mitch averiguó todo eso en los periódicos.

Había partido de mi fecha de nacimiento, oportunamente incluida en el informe, para remontarse en el tiempo. La muerte de Matt había aparecido en los medios locales durante al menos una semana, y luego todo aquello condujo a Mitch hasta el incendio en casa del abuelo, porque también disponía de esa información. Mi vida entera estaba en el ordenador de Mitch, como si, una vez descubierta mi historia, hubiera querido conocer todos los detalles. El interés se convierte en obsesión que se convierte...

—Puedo explicarlo.

Me volví con rapidez. Mitch estaba de pie en el umbral, despeinado, sin guantes ni botas. Sus zapatillas de deporte estaban empapadas. Debía de haber venido corriendo desde el coche. Dirigió la mirada al escritorio.

—Me preguntaba adónde había ido a parar ese cuchillo.

Quería decirle tantas cosas, que se me amontonaron en el paladar.

—¿Dónde está Danielle? —conseguí preguntar al fin.

—En una clínica, en Evanston. Yo mismo la llevé, y también a David, el viernes por la mañana.

Hizo una pausa.

—Les dije que podían quedarse en la cabaña el miércoles y el jueves. Habían estado en mi casa, así que conocían el camino.

Aquello cuadraba. Yo había estado allí el jueves por la tarde.

—Si eso es verdad, ¿por qué no se han puesto en contacto con sus padres? ¿Por qué todo el mundo cree que han huido?

—Porque Danielle tiene miedo de que su padre quiera impedírselo. La obligaría a tener el bebé, y nadie debería forzar a una niña a hacer eso.

—¿Quién es el padre? ¿David?

—¿No quieres saber si soy yo? —Al ver que yo no contestaba, continuó—: Hay tres posibilidades, pero yo no soy ninguna de ellas.

Recordé lo que había dicho la reportera sobre los Servicios de Protección al Menor. Tres hombres orbitaban alrededor de Danielle: David. Su padre. Su hermano. De los tres, sólo los dos últimos eran posibles candidatos si consideraba la llamada de Danielle.

—¿No se supone que has de contárselo a la policía aunque sólo lo sospeches?

—Ella lo negaría. Es todo lo que puedo hacer, Jenna. Danielle necesitaba ayuda y yo se la presté. David y ella se pondrán en contacto con sus familias cuando todo haya terminado.

Había un error en su razonamiento, pero no supe descubrir cuál.

—¿Y qué pasa mientras tanto con sus familias? Esto no tiene sentido, Mitch. Al menos podrías pedirles que llamaran a sus casas, o a la policía.

Una incipiente jaqueca me agujijoneaba las sienes.

—¿Y qué me dices de todas estas... estas... estas cosas sobre mí? No pretendas contarme que te interesaste por mí después de mi llegada, porque estas descargas están fechadas un mes antes de que nos conociéramos. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué mentir?

Mitch tragó saliva y, de repente, apartó la mirada de mí.

—Yo... quería encontrar la forma de acercarme a ti... Sabía que te sentirías perdida, sola. Pensé que podía ayudarte. Juro por Dios que, al principio, sólo intentaba encontrar alguna afinidad.

—Tú no crees en Dios —repliqué.

Danielle lo había clavado: «Le gustan las muchachas rotas». Me sentí hueca y enferma, como si me hubieran vaciado por dentro con una cucharilla.

—¿Hay algo que fuera real, Mitch?

Me sentí débil por habérselo preguntado. Detestaba el sonido de mi voz: suplicante y pequeña. Sólo un ser absolutamente despreciable me habría dicho que todo era una mentira, y yo sabía que Mitch no era así. Oh, aquello se había jodido por completo; era horrible, eso lo sabía. A su manera, Mitch me había acosado. Pero también me había hecho sentir bien conmigo misma. Me había dado confianza. ¿Haría eso un... depredador? No, no.

El interés se convierte en obsesión que se convierte en... ¿amor?

—¿Alguna vez me has querido? —pregunté—. ¿O estabas enamorado de la idea de ser el buen samaritano que cae bien a todo el mundo y decidía ayudar a una pobre chica? Sólo que después la cosa fue a más y no encontraste manera de salir del lío...

—Dios, ¿cómo puedes pensar eso, Jenna? Lo he arriesgado todo por ti.

¿Era verdad? Sí, lo era. Habíamos salido juntos; lo único que tenía que hacer yo era contárselo a mis padres y encerrarían a Mitch en la cárcel.

—Entonces ¿por qué estabas con tu mujer?

—Me cité con Kathy porque tenía que explicarle que me había enamorado de otra persona, Jenna —contestó—. Para decirle por fin que quería el divorcio.

b

Era verdad.

Sabía que lo era. Sólo tenía que mirar en sus ojos.

O tal vez fuera mentira.

Porque era demasiado perfecto, lo que yo deseaba y necesitaba escuchar. Y ya me había mentido antes.

Fue por eso por lo que, de repente, ya no me sentí tan segura de poder creerle. Aunque quería hacerlo con todas mis fuerzas.

Tenía que alejarme. Me estaba ahogando, allí con Mitch. Tenía que ir a algún lugar donde pudiera pensar. No confiaba en mi capacidad para resistirme a sus intentos de manipularme.

Entonces recordé por qué me había dirigido en un principio a su escritorio: el sobre, el pelo, Danielle; y pensé: «Oh, Dios mío».

Porque te había llamado, Bobby, y tú estabas de camino.

Algo se partió en mi cabeza. Lo había estropeado. La policía vendría y los agentes se preguntarían por qué una alumna sabía tanto sobre su profesor y...

—Oh, Mitch, lo siento mucho —dije entre lágrimas—. He llamado a la policía.

Y me alejé de él y de la cabaña para adentrarme en la nieve.

52: a

¿Adónde me dirigía? Ni siquiera ahora estoy segura del todo. Creo que corría hacia una cosa y, a la vez, estaba huyendo de otra. No exactamente de Mitch, aunque necesitaba pensar y no podía hacerlo teniéndole tan cerca. No volaba hacia la salvación, ni siquiera hacia el rescate, aunque sabía que estabas de camino, Bobby. Me gustaría decir que me apresuré para retrasarte, para hacer pasar todo aquello por el ataque de histeria de una adolescente alterada. Hubiera podido hacerlo.

Sí. Pensé que, si lograba alcanzarte primero, estaría a tiempo de salvarnos. A Mitch y a mí.

Sí. Creo que fue eso.

b

Así que corrí. Mitch era más rápido que yo, pero le había cogido por sorpresa. Intentó agarrarme del brazo mientras gritaba mi nombre, pero yo me solté, salí atropelladamente de la cabaña y volé por encima de la nieve. En un par de segundos se lanzaría tras de mí y me alcanzaría, no cabía duda.

¿Y qué haría? «Abrazarme, matarme, abrazarme, matarme». Mi corazón latía desbocado. El aire helado me desgarró la garganta, pero seguí corriendo, castigando la nieve, castigándola. «Salvarme, matarme, matarse, matarnos a los dos...»

A través de las ramas de los árboles, todavía muy lejos, distinguí la casa de Mitch. Fue entonces cuando decidí que, si seguía por el camino, tardaría demasiado. Así que atajé por la nieve más alta y virgen para llegar directamente al lago. Las botas crujían sobre aquel manto compacto, pero no se hundían tanto como yo esperaba. Mantuve una velocidad constante, con zancadas largas y vigorosas, intentando que el peso que soportaban mis talones fuera lo más ligero posible. Mitch pesaba más: se hundiría y tendría que esforzarse. Eso me proporcionaría el margen necesario para cruzar el lago y alcanzar mi coche. No sabía qué haría después; no había pensado a tan largo plazo. ¿Quizá evitarte, Bobby? Sí, era una opción.

Oí que Mitch me llamaba y eché un vistazo por encima del hombro. Estaba embarrancado en la nieve y supe que no me atraparía. Volví la cabeza hacia la casa mientras me repetía una y otra vez: «¡Venga, venga, venga!».

—¡Jenna, detente! —gritó él—. No sigas, ¡no...!

Respiraba a bocanadas, jadeando. Las puntiagudas ramas de los árboles arañaban y fustigaban mi rostro, mientras otras se partían bajo mis botas. Entonces, de repente, el suelo desapareció y me tambaleé, mientras avanzaba trastabillando con los brazos abiertos como aspas para intentar recuperar el equilibrio. Recorrí así el último par de metros hasta la orilla y caí sobre la superficie del lago.

—¡Jenna! —volvió a gritar Mitch—. ¡No!

Debía de haber unos quince centímetros de nieve, quizá menos debido al viento que había soplado durante el día, llevándosela a puñados. La superficie se había endurecido a causa de las heladas nocturnas, después de que el sol derritiera la nieve. Así que podía avanzar mucho más rápido y lo hice: aceleré, pisando con fuerza y cogiendo impulso mientras cruzaba la superficie helada. Mis botas dejaban surcos en la nieve. Ya había recorrido un tercio, casi había llegado a la mitad y...

Plop.

Oh, Bob.

C

Me quedé paralizada.

Literalmente. Congelada a media zancada, con una bota por encima de la nieve y la otra todavía clavada en el hielo, los brazos pegados a los costados como debería hacer todo buen corredor.

Plop.

¡Crac!

Entonces se oyó un gemido largo y chirriante, como el de Mitch cuando jadeaba arrebatado dentro de mí, un sonido que nacía en lo más hondo de la garganta y que se alargó y se alargó y se alargó...

—Oooooooooooooohhh...

Algo salió de mi boca, una exhalación aguda e inarticulada; e incluso ahora pienso que sí, que sonaba como cuando Mitch y yo estábamos juntos, y por un brevísimo instante, me encontraba en otra parte, una en la que sólo me definían los brazos de Mitch estrechándome con fuerza, con mucha, mucha, fuerza.

Crac. Crac. Crac.

Me daba miedo moverme. Los músculos me temblaban. Era incapaz de respirar.

—Jenna.

Mitch parecía estar más cerca. ¿Se había metido también en el hielo? Estaba demasiado asustada para atreverme a bajar el pie, y ni siquiera me planteaba la opción de volverme para mirarle.

—Jenna, cariño, escúchame, haz exactamente lo que te diga.

—¿Mitch?

Tenía la cara bañada en sudor. Cerré los ojos y tragué saliva. Me pregunté si el agua helada quemaría. Me pregunté si esta vez sufriría una muerte rápida. Mi voz se elevó un tono:

—¿Miiiitch?

—Estoy aquí, Jenna. A cinco metros. No dejaré...

—No me abandones, Mitch, ¡no me abandones!

—No te abandonaré, mi vida. Te amo; nunca te abandonaré. Pero tienes que

escucharme. ¿Me estás escuchando?

—Sí. —Mi cara se cubrió de lágrimas de miedo, de amor, de alivio—. Sí, te estoy escuchando.

—El hielo es demasiado fino. Tienes que volver por donde has venido, ¿de acuerdo? Muévete hacia mí, Jenna, y luego saldremos juntos del hielo, ¿vale?

—Sí.

Tragué saliva y cogí aire mientras el hielo crujía.

—Vale.

—Baja el pie, cariño... poco a poco... así, muy bien, muy bien, mi niña. Ahora quiero que te tumbes, Jenna.

Mi voz se convirtió en un resuello:

—¿Tumbarme?

—Sí, tumbate boca abajo, extiende al máximo brazos y piernas y luego da media vuelta.

—Mitch, no creo... —dije tragando saliva—. No creo que pueda.

—Tienes que hacerlo, cariño. Por favor. No hay otro modo. Hay que redistribuir tu peso para que el hielo pueda soportarlo. Luego te vuelves y te arrastras hasta aquí, ¿vale? Vamos, puedes hacerlo.

Las rodillas estaban a punto de fallarme. El hielo crujió y gimió. Me castañeteaban los dientes y el cuerpo entero me temblaba como si nunca más fuera a entrar en calor; exactamente igual que se había sentido Mitch en el abismo de Rubicon Point. Aun así, hice lo que me pedía: primero apoyé las rodillas, luego las piernas y finalmente quedé tendida boca abajo, con los miembros extendidos en la nieve. Ahora distinguía las grietas en el hielo, que irradiaban desde mi cuerpo en todas direcciones. Bajo mi abdomen, la superficie gimió.

—Buena chica —dijo Mitch—. Ahora da media vuelta muy, muy... despacio, cariño, despacio... Estoy aquí, no voy a marcharme a ninguna parte, no tienes que apresu...

Crac.

Ahugué un gemido. Había conseguido dar media vuelta. Mitch estaba a menos de diez metros, tendido sobre el abdomen y desprendiéndose del abrigo a cámara lenta, mientras apoyaba con cuidado el peso primero en un lado de la cadera y luego en el otro, pero el hielo crujía y restallaba con cada movimiento. Distinguí con horror la misma constelación de grietas a su alrededor y me di cuenta de que también se estaba partiendo y separando bajo su cuerpo.

Y Mitch pesaba más que yo.

—Mi-Mi-Mitch —jadeé—. El hi-hielo.

—Lo sé, cariño. No te preocupes —contestó sin alterar la voz.

Pero su rostro lo delató. Había visto a Mitch feliz, tierno, extasiado, triste y, no hacía ni cinco minutos, culpable y lleno de remordimientos. Pero nunca, nunca le había visto muerto de miedo.

—Cuando te lance el abrigo, alarga el brazo todo lo que puedas y agárralo. ¿Crees que puedes descalzarte las botas?

—¿Mis b-b-b-b...?

—Sí. Pesan demasiado, y el anorak también. Si caes al agua, no sé si podré sujetarte.

No dijo que podía arrastrarlo conmigo. No era necesario.

Me esforcé por descalzarme las botas, pero cada vez que movía el brazo hacia atrás, el hielo protestaba y Mitch me pedía que me detuviera.

—Pero si el hielo se rompe —empecé— no podrás...

—No te soltaré, Jenna. No te preocupes, te lo prometo —me interrumpió.

El sol había asomado entre los árboles y me calentaba la espalda, lo que significaba que también calentaba la nieve y el hielo. Mitch se pasó la lengua por el labio superior. El sudor le rodaba por las mejillas.

—Muy bien, cariño, tenemos que movernos ya. Vamos, acércate a mí y yo me acercaré a ti. Llegaremos...

Crac. Plop.

—Llegaremos a la orilla enseguida.

Hice lo que me decía, con los puños cerrados sobre la manga de su abrigo de piel de borrego, el abrigo que tanta seguridad y calor me había proporcionado y que conservaba su olor... y al que había renunciado por mí, sin dudarlo, como había hecho siempre y siempre haría.

«Estoy aquí, Jenna. Mírame. Justo frente a ti».

«Eres todo lo que veo, Mitch. Eres todo lo que veo».

Nos arrastramos sobre nuestros estómagos y retrocedimos centímetro a centímetro, pero lo hacíamos con mucha lentitud, ¡demasiada! La intensa luz del sol golpeaba nuestras espaldas y bañaba el lago, y entonces el hielo empezó a hablar: un tintineo constante, chasquidos y crujidos, como un cristal quebradizo bajo el golpeteo de un martillo. Mitch mantuvo un ritmo constante —yo lo estaba haciendo muy bien, muy bien, todo iba a salir bien—, pero su respiración se aceleró y distinguí el timbre de su miedo. Avanzamos a duras penas tres metros, luego seis, pero la orilla parecía retroceder y, mientras tanto, el hielo seguía resquebrajándose.

Entonces Mitch se movió... y vi cómo la nieve y el hielo se combaban, se rompían, y se doblaban bajo su cadera.

—¡Mitch! —grité entrecortadamente—. Mitch, ¡quieto!

—Oh, mierda.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre la nieve. Su espalda se elevó cuando respiró profundamente y, al alzar la cara de nuevo, vi cómo luchaba contra el pánico para intentar recuperar el control. Trató de retroceder apoyándose en el otro lado de la cadera, pero se oyó un crac más acentuado y luego algo parecido al sonido de las ramas secas al astillarse bajo una bota. El cuerpo de Mitch se quedó inmóvil y sus caderas empezaron a hundirse a medida que el hielo cedía.

Y, de repente, el agua lo inundó todo: oscura como la sangre, se escurría sobre la nieve, manaba de las grietas bajo el cuerpo de Mitch y se extendía con rapidez.

—Ooh, Dios.

Mitch me miró.

—Escúchame, Jenna. Cuando me hunda...

—No, no vas a...

—Cuando me hunda —repitió—, a menos que haya una placa o algo a lo que pueda agarrarme, tienes que soltarme.

—No. Mitch, no, no, no puedo, ¡no lo haré!

—¡Tienes que hacerlo! —gritó.

Entonces me di cuenta de que el sudor que había pensado que cubría sus mejillas eran en realidad lágrimas.

—Jenna, yo no seré capaz; me dejaré llevar por el pánico y no seré capaz de soltar el abrigo. Tienes que hacerlo tú, pase lo que pase. ¿Lo entiendes? Peso demasiado y no podrás sujetarme, cariño; esta vez no. Te mataría también a ti.

—Mitch, no.

Me eché a llorar otra vez.

—Mitch, no me pidas que lo haga; no puedo dejarte morir...

—Jenna, por favor, cariño, tienes que hacerlo, tienes que sol...

De repente, el hielo que lo rodeaba empezó a hacerse añicos, como una fina lámina de cristal. Luego se oyó un profundo «splash», las fisuras se agrandaron y el hielo cedió.

Y entonces el lago chilló con un grito agudo y chirriante de bisagra oxidada, de metal mohoso. El hielo bajo su cuerpo se partió con un *staccato*, como el repiqueteo de una metralleta: «¡Crac-crac-crac-crac-crac!».

Nuestras miradas se encontraron.

—Jenna —dijo Mitch, poniendo su vida entera en esa palabra.

Entonces, en el intervalo entre un latido y el siguiente, la delgada capa de hielo —esa frágil membrana que le mantenía a flote y en mi mundo— se hundió.

Y un momento después... yo también.

53: a

Bueno.

¿Qué más podría contarte, Bobby? Ya conoces el resto. Fuiste tú el que nos encontró. Menuda escena.

¿Tengo que explicarte qué se siente al ver cómo alguien a quien amas se ahoga sin poder remediarlo? ¿Quieres saber cuánto tardó? ¿Si el agua se lo tragó? ¿Quieres saber si gritó?

¿Tienes algún interés en saber que, de hecho, intentó trepar de nuevo? ¿Que se agarró y clavó las uñas, pero el hielo —ese hielo traicionero, glotón, bromista— seguía rompiéndose y rompiéndose y rompiéndose, dibujando una grieta que avanzaba hacia mí? ¿Que cuando vio lo que iba a sucederme dejó de intentar salvarse?

¿Creerías que alguien puede ser capaz de amar tanto a otra persona?

¿O quieres sabes lo que dije? ¿Cómo me sentía? ¿Que habría sido mejor morir con él?

¿Te ayudaría escuchar, Bob, que de repente se quedó tan quieto, tan callado, que nadie habría creído que aquel hombre se estaba ahogando?

¿Quieres saber qué supuso entender que aquello era el final? ¿Y que no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo?

No.

Creo que no voy a contártelo, Bob. Creo que no.

b

Pero ésta es la verdad, Bobby.

No soy un ángel. Pero si hubiera podido hacer brotar unas alas de los implantes de mi espalda para poder sacarlo del agua, y si hubiera tenido fuerzas suficientes para llevármelo volando a algún lugar muy, muy lejano, lo habría hecho.

Pero no podía, así que no lo hice.

¿Y sobre el resto?

Repasa la obra de Shakespeare, Bob. Cuando lo hayas hecho, hablaremos.

c

Soy de ciencias. Sé que es posible que una persona sobreviva tras haberse hundido en el agua helada, y llevaban mucho, mucho rato intentando reanimar a Mitch. Creo recordar que fue Rebecca quien, una vez, dijo que lo intentan durante más tiempo si creen que la víctima tiene opciones de sobrevivir. Supongo que es algo

que, en mi caso, puede aplicarse.

Pero en las últimas horas ha reinado un silencio muy desagradable. Muy desagradable... y me aterra aceptar lo que eso significa.

Es extraño que no acabara de entender lo que Mitch trataba de decirme, pero por fin lo he hecho. Se sentía igual que mi madre cuando los marines aparecieron en la puerta de nuestra casa. El miedo de Mitch se alimentaba del mismo fuego que me llevaba a reciclar los correos de Matt una y otra y otra y otra vez.

Porque si eres capaz de posponer el momento en que debes enfrentarte a la realidad, el tiempo se detiene y puedes seguir fingiendo que la vida seguirá siendo como la has conocido; que nada —ni siquiera algo tan maravilloso y terrible como el amor— ha roto tu mundo sin remedio.

Así que creo que me quedaré aquí un rato más.

Tengo tiempo de sobra para levantarme de esta camilla y abrir esa puerta y unirme al resto de vosotros.

Tengo todo el tiempo del mundo.

El resto de mi vida.

Cuando salga de esta habitación, no sé qué ocurrirá. Mi madre está en coma, es posible que muera. Papá... No creo que cambie, pase lo que pase. Matt está muerto. Y Mitch...

d

Se me acaba de ocurrir algo.

Si Mitch está... si de verdad está muerto, pueden utilizar su piel para mi madre. Siempre que sea donante de órganos. Conociéndole, lo será. Lo dividirán en pedacitos. Un ojo aquí, un riñón allí. ¿Por qué no la piel? Podrían desollar su cuerpo y envolver a mi madre en él. La última pizca de vida de todo lo que él era ayudaría a curar a mi madre. Sería una auténtica ironía.

En cualquier caso, mi corazón se ha roto. Así que a lo mejor me conceden el suyo. Algo por lo que luchar.

¿Y sabes qué, Bob?

En todo esto, quizá haya algo de perdón.

e

Acabo de acordarme de Danielle y David. Aún es viernes. No... ¿sábado? He perdido la noción del tiempo. Pero el lunes no tardará en llegar y Danielle se someterá al aborto. O no. O se pondrán en contacto con los suyos, o Mitch mentía.

Pero yo estaba en el hielo con él, Bobby, y tú no. Así que no creo que mintiera. Creo que todo lo que dijo Mitch entonces —cada palabra— era verdad.

f

Es probable que quieras que me arrepienta de lo de Mitch. Quieres que asuma que mentía, que era una especie de depredador; que yo soy una víctima, como has dicho. Pero, en cierto modo, Mitch también estaba roto y era tan prisionero de su pasado y sus errores como yo. Puede que, al intentar solucionar mis problemas, estuviera curándose a sí mismo de la única manera que conocía.

Oh, imagino lo que estarás diciendo, tú y todos los terapeutas habidos y por haber. Que estoy racionalizando, que me he identificado con un monstruo, como esos niños a los que secuestran y mantienen enjaulados durante veinte años. Te gustaría que estuviera «herida» de un modo u otro, y entonces intentarías curarme. Bueno, pues tengo una sorpresa para ti, Bobby.

«Curada» es sólo un sinónimo de aceptar tu forma de pensar.

«Curada» es la palabra que usarás cuando finalmente te dé la razón.

Pero he aquí el problema, Bobby: los terapeutas y tú podéis parlotear hasta desgañitaros, pero me es imposible estar de acuerdo con vosotros, y posiblemente nunca lo estaré.

Porque Mitch me dio amor. Me devolvió a la vida, y eso no me convierte en una víctima.

Si cierro los ojos, Bob, ahí está él, frente a mí, y todo lo que veo en la oscuridad es él.

Sólo lo veo a él.

g

Vaya, acabas de llamar a la puerta, Bobby. Sé que eres tú. Oh, sí, los médicos y las enfermeras también llaman, pero nunca esperan a que los inviten a entrar. Se limitan a irrumpir en la habitación. Creo que odian las puertas cerradas. Si piensas en ello, en ese sentido se parecen mucho a los padres.

El caso.

Sé que se te hace la boca agua al pensar en lo que le he contado a esta maquineta. Bueno, Bobby, he aquí mi respuesta.

Éstos son mis recuerdos, mis sentimientos, y tú no puedes tenerlos. Los usarías en contra de Mitch, vivo o muerto. No todo lo que compartimos fue mentira, y él me salvó, Bob: primero al decirme que tenía que soltarle, y después cuando entendió que yo moriría si no dejaba de intentar salvarse.

Así que ahora es mi turno de salvarle.

¿Quieres crucificar a Mitch? Búscate a otro. Porque estas palabras son mías,

Bobby. Mías.

Aunque eso no quiere decir que no vaya a devolverte la grabadora.

Dame sólo un segundo para encontrar ese botoncito rojo, ese en el que se lee «borr...».

Agradecimientos

Cada libro es difícil. Toda relación, ya sea entre dos personas o entre un escritor y su libro, se basa en tomar riesgos. Esta historia me resultó francamente compleja, pues mi intención era presentar una situación en la que ni depredadores ni víctimas cayeran en el estereotipo. Sólo un editor muy especial es capaz de aceptar y respaldar una ambigüedad como ésta. Por suerte para mí, Andrew Karre forma parte de esa rara avis de editores y, por ello, quiero darle mi más sincero agradecimiento.

Jennifer Laughran ha demostrado una vez más ser un abogado fabuloso y el agente con que sueña cualquier escritor. Gracias, Jenn, por comprender de qué iba este proyecto y zambullirte en él.

Para mi leal marido, David: no creo que el día tenga horas suficientes para poder decirte lo maravilloso y paciente que eres.

Una última palabra acerca de este libro: ¿hay en él personas que sufren? Por supuesto. ¿Aparecen monstruos en sus páginas? Sí, al menos uno, seguro. Sin embargo, muchas relaciones se basan tanto en el odio como en el amor; a veces es el sufrimiento el que nos permite crecer, y la realidad es siempre compleja. La experiencia me dice que son pocos los individuos realmente malvados, y que a menudo son las buenas personas quienes, con la mejor de las intenciones, toman malas decisiones y se entrometen en nuestras vidas antes de darse cuenta. La gente se ahoga, en silencio, ante nuestros ojos, constantemente.



ILSA J. BICK era psiquiatra infantil y forense, si bien ahora se dedica por completo a su carrera de escritora. Licenciada en Literatura y Estudios Cinematográficos, vive en Wisconsin y ha publicado más de quince novelas tanto de adultos como juveniles, y ha sido galardonada con multitud de premios.

Notas

[1] En español, Señor. (*N. de la T.*) <<

[2] Plataforma estadounidense de vídeo *online* que ofrece películas y series de televisión en *streaming* mediante suscripción y abono de una cuota mensual. (N. de la T.) <<

[3] Día festivo que se celebra en Estados Unidos el primer lunes de septiembre. (*N. de la T.*) <<

[4] Bióloga y escritora estadounidense, pionera del ecologismo en su país. (*N. de la T.*)

<<

[5] Grupo de famosos escritores, críticos y periodistas de los años veinte que se reunían a diario para almorzar en el hotel Algonquin de Nueva York. (*N. de la T.*) <<

[6] Carrera continua: tipo de entrenamiento en el cual se corre a un ritmo intenso pero controlado. Puede consistir en una carrera continua de hasta diez kilómetros o en intervalos largos con tiempos de recuperación cortos. (*N. de la T.*) <<

[7] Día que inaugura la temporada de compras navideñas, con sustanciosos descuentos. (*N. de la T.*) <<

[8] Referencia a la letra de la canción *Every Breath You Take*, de The Police: «*Every move you make, every step you take, I'll be watching you*» (Estaré mirando cada uno de tus movimientos, cada paso que des). (N. de la T.) <<